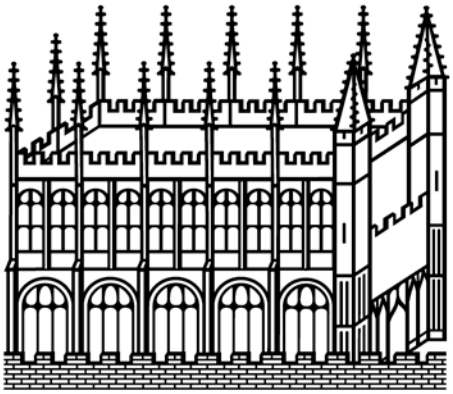


Bodleian Libraries

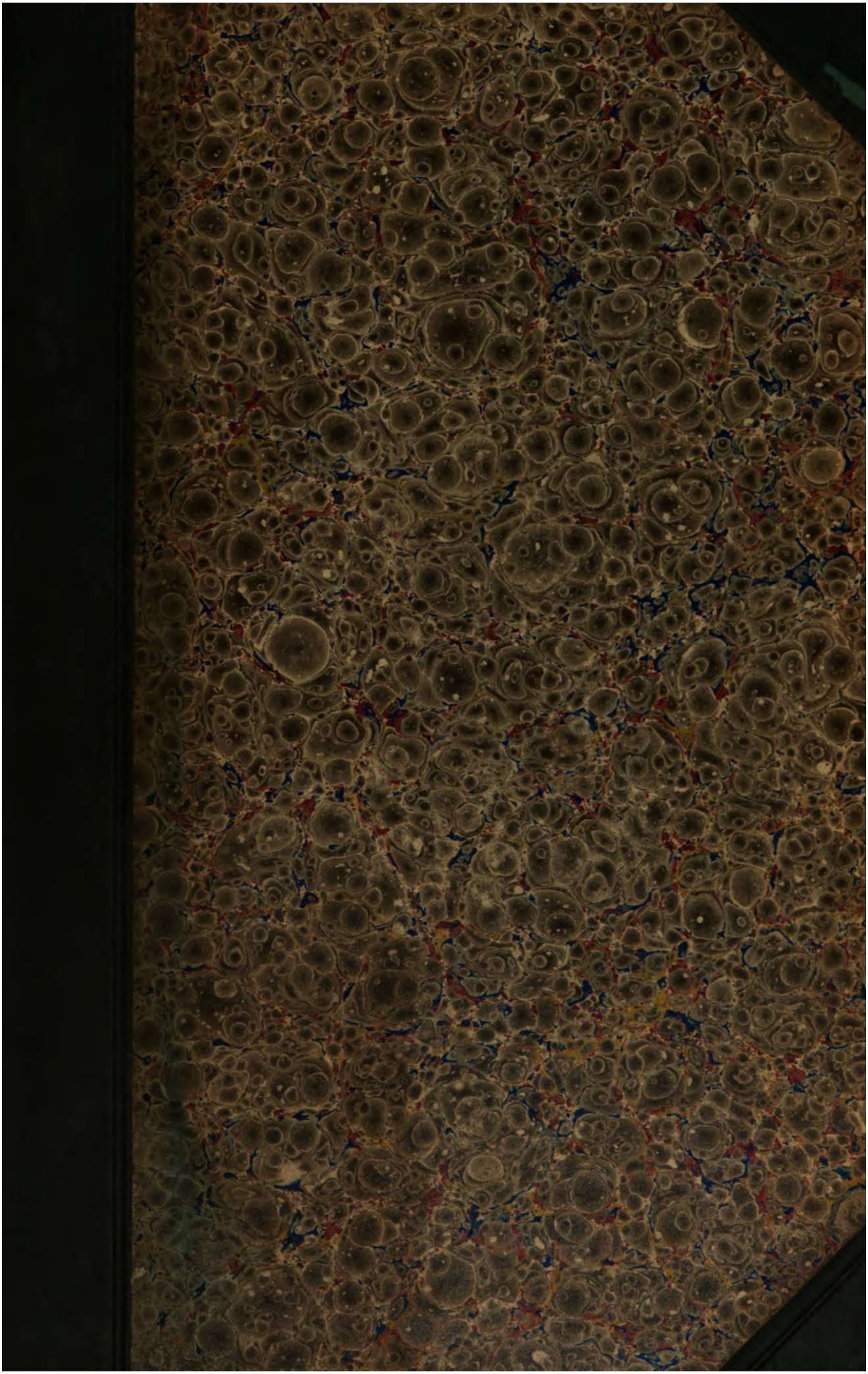
UNIVERSITY OF OXFORD

This book is part of the collection held by the Bodleian Libraries and scanned by Google, Inc. for the Google Books Library Project.

For more information see:

http://www.bodleian.ox.ac.uk/dbooks

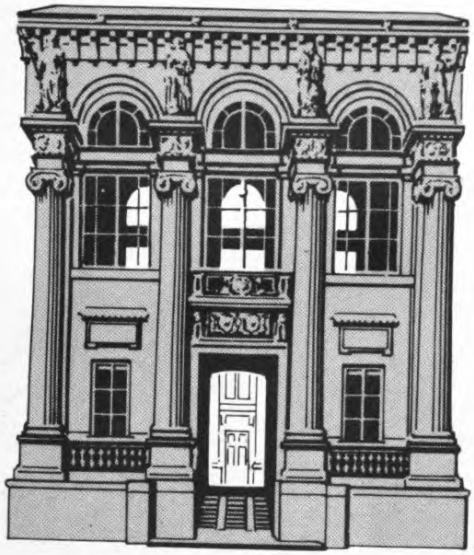
This work is licensed under a Creative Commons Attribution-NonCommercial-ShareAlike 2.0 UK: England & Wales (CC BY-NC-SA 2.0) licence.



S - 4

Holland House

TAYLOR
INSTITUTION
LIBRARY



ST. GILES · OXFORD

Vet. Span. II B. 263

EL ANTENOR

PARTE PRIMERA

POR DON PEDRO MONTENGON.

Antenor censet belli præcidere causam.
Horat. epist. 2 ad Lol.

CON LICENCIA EN MADRID:

POR DON ANTONIO DE SANCHA.

AÑO DE M. DCC. LXXXVIII.

Se hallará en su Imprenta y Librería Aduana Vieja.

TAYLOR INSTITUTION
UNIVERSITY
2 9 OCT 1986
OF OXFORD
LIBRARY

PROLOGO.

LA tradicion no es siempre verdadera. Las noticias cundidas entre los pueblos sobre su origen, son comunmente partos de la rusticidad y supersticion de los tiempos en que fueron concebidas. Todos los pueblos quisieran sacar su origen de las nubes. La vanidad, exâltada por la ignorancia, afeó asi el principio de la mayor parte de las historias; las quales llevan á mis ojos la semejanza de las estatuas de Acteon y de Aquelóo; representados en cuerpos humanos con cabezas de animales, en que fueron transformados. Tales noticias son mas propias de la epopeya, que de la historia: y los sabios Romanos, que en Livio se reían de la loba que amamantó á los hijos de Marte, y de los ancilios baxados á cosa hecha del cielo, no hallaban extraño en Virgilio la transformacion de las naves en ninfas, ni el hallazgo de la lechona con sus cachorros, ni la cueva de la Sibila.

No se deberá estrañar por lo mismo, si á semejanza del que celebró la

fundacion de Roma, me valgo yo de los mismos adornos épicos para celebrar la fundacion de Venecia, pues lo hago en un romance, y no en historia, no quedando tampoco otras antiguas noticias sobre Antenor, que las que nos dá Virgilio, diciendo de él:

Antenor potuit, mediis elapsus Achivis,
Iliricos penetrare sinus, atque intima tutus
Regna Liburnorum, et fontem superare Timavi.
Hic tamen ille urbem Patavi, sedesque locavit
Teucrorum, et genti nomen dedit.

Bien sí podrá parecer á no pocos cosa extravagante, que á la fundacion de Padua por el mismo, quisiera yo unir la de la ciudad de Venecia. Pero á mas de tener en mi abono algunas cronicas venetas que lo dicen, no veo porque desdiga querer darle un fundador no menos ilustre, que el que quiso dar á Roma Virgilio. ¿Su autenticidad se frisa con la de la loba, y con la de los ancilios? Pero Roma exîste, y exîste tambien Venecia; y mi trabajo dará ocasion para que se renueve el cotejo de ellas hecho por Sannazaro.

Urbem aspice utramque,
Illam homines, dices, hanc possuise deos.

EL ANTENOR

LIBRO PRIMERO.

¿ DUERMES, hijo de Laomedonte ? ¡ Dioses ! ¡ Los Griegos han entrado la ciudad! ¡ Arde toda ella, y sus sagrados templos ! La casa de Deifobo es ya presa de las voraces llamas. Las voces y tumulto de los vencedores, se confunden con el llanto y lamentos de los miserables vencidos. Levantate, señor, y huyamos de la comun ruina, que solo podemos evitar con la pronta fuga, si la suerte nos la concede.

Tales voces daba al dormido Antenor el viejo Bites, mayoral de sus ganados, que el dia antes habia conducido á Troya doce blancos toros, para el sacrificio que queria hacer Antenor á la Diosa Palas, lisonjeado como todos los demas Troyanos, por el traydor Sinon, de la partida de los Griegos despues de haber introducido en la ciudad el fatal caballo de madera, fábrica memorable del ingenioso Epéo.

Despertado Antenor por las voces de Bites, se levanta, y aunque azorado por ellas, no podia creer lo que el viejo le decia. ¿ Una sola noche y en pocas horas, y despues de

haber partido el exército enemigo, segun creían, habia de decidir la suerte de la gran ciudad de Troya, combatida por tantos años de todo el poder de la Grecia? Pero la vista del voraz incendio, estendido por varias partes de la ciudad, y el tumulto, grita, y lamentos de los vencedores y vencidos, confirmaronlo en la verdad de lo que Bites le decia.

Sintió entonces acometer á su pecho mil opuestos sentimientos, sin saber tomar ningun partido. Cedia solo á la desesperacion que le hacia detestar la obstinacion del Rey Priamo su hermano, por no haber querido jamas seguir sus consejos sobre la paz, por la qual habia tantas veces perorado, haciendo ver la injusticia de la causa, y el loco empeño en exponer su reyno y trono, y las vidas de sus vasallos, antes que restituir una muger robada á su marido que la pedia.

Mas viendo que eran ya inutiles sus quejas, y que no le quedaba otro partido que tomar que ó el de la pronta huida, ó el de perecer vengado de los vencedores, prefiere morir esforzadamente, á la fuga que el mismo Bites le prometia segura, si á ella de pesrto se resolvia. Despreciadas, pues, las

ardientes instancias, y las lagrimas con que el buen viejo se las hacia, corre á tomar el escudo y la espada, quando despertada ya toda la familia por el tumulto de la ciudad, iban unos y otros vagos y consternados por la casa, sin saber donde, mostrando en sus voces y rostros el horror del peligro. Los flacos imploraban de los fuertes la defensa de sus vidas, invocaban á sus dioses tutelares, haciendo resonar la casa de sus lamentos y voces lastimeras.

Crecia la confusion y espanto, al paso que los esclavos armados iban por todas partes en busca de Antenor para saber su determinacion en el inminente peligro, y que los otros pedian á gritos las armas, que no encontraban, armando á otros el terror de las primeras que les venian á las manos, sin saber los mas el motivo de aquel horrible alboroto.

Entre tanto Antenor resuelto á perecer defendiendo su patria, iba á salir armado en busca del enemigo, quando su muger Teana y su hija Pasitea, mal arropadas, con el pavor, y seguidas de algunas consternadas esclavas, se encuentran con él y lo detienen interponiendo su llanto y ardientes ruegos para hacerlo desistir de su intento, y para

obligarlo á que las sacase de Troya, lo que Bites les habia tambien facilitado por la vecina puerta Idéa antes que la ocupase el enemigo. El resplandor que arrojaban el escudo y la espada que empuñaba Antenor, hacia mas terrible su presencia á la luz de las teas que llevaban algunos esclavos. Chispeaba en sus ojos el enojo que impelia su pecho á la venganza, al tiempo que por otra parte hacia no menor impresion en su animo el llanto y consternacion de su muger é hija, que le representaban el riesgo de sus vidas, de su honor y libertad, que quedaban expuestas al rencor de los vencedores, si en vez de salvarlas él con la pronta fuga, las desamparaba, por seguir el arrojo del valor ya inutil y temerario, pues iba á perecer á manos de sus mortales enemigos, que habian acabado con la mitad de su familia, matandole en la guerra sus tres hijos mayores, Agenor, Ifidamante y Arquiloco.

Aunque Antenor, por máxîma y sentimientos, fue siempre declarado enemigo de la guerra, especialmente de aquella emprendida y llevada adelante por causa tan fea y tan injusta, habiase con todo dexado llevar del comun bien, hecho interes de to-

do honrado ciudadano y principe, que defiende su patria acometida. Por lo mismo exâsperado ahora por la traycion y victoria del enemigo, queria apagar su encendida venganza en la sangre de los Griegos, aunque con riesgo evidente de su propia vida. Ni bastaron los lloros, los ruegos y el peligro de su muger é hija para contenerlo, ni para persuadirle la huida, respondiendoles él con breves y energicas palabras, que la fuga les acarrearia males peores que la muerte, no teniendo ningun asilo en la tierra, por la qual se verian precisadas á ir vagas y sin bienes, con que sustentar sus miserables vidas.

Ellas al contrario le oponian con mayores sollozos, que preferian todos los trabajos y miserias á la servidumbre del enemigo, y al riesgo de su honor y decoro, en que cebarian antes los vencedores su venganza que en su sangre y vidas. Que todo lo podrian salvar con la fuga, y evitar los trabajos y miserias de ella, retirandose á una de las ciudades fuertes de la Frigia, donde las ampararian los ciudadanos.

Mientras duraba este contraste de afectos y sentimientos, comparece armado Laodoco, el mayor de los hijos que le queda-

ban á Antenor, él proseguia corriendo su camino, resuelto á disputar la ciudad á los enemigos; y viendo á su padre detenido de su madre Teana, y de su hermana Pasitea, le dice: si queda alguna defensa á la infeliz Troya, esa debe ser pronta, ó no le queda ninguna. Tentemosla, padre; ó si los Dioses han resuelto su ruina, venguemosla en la sangre de los gefes griegos.

Diciendo esto sin detenerse y sin esperar á su padre, ni cuidarse del llanto y sollozos de su madre y hermana, arrebatado de su ardor juvenil desaparece Laodoco. Su padre Antenor, en cuyo pecho encendió el exemplo del hijo la primera resolucion de contrastar la victoria al enemigo, le sigue inmediatamente, dexando en los brazos de la desesperacion á su muger é hija, que no pudieron detenerlo. Le siguieron algunos de los armados esclavos.

Mas apenas llegó al umbral de la puerta de su casa para salir á la calle, lo contiene y para un improviso prodigio. La Paz en figura de una amable y graciosa doncella, se le presenta vestida de candida tunica y ceñida de resplandor. Llevaba en su mano un frondoso ramo de olivo, y haciendole con él ademan de detenerle, le dice:

„¿ Esperas por ventura, hijo de Laomedon-
„te, contrastar la voluntad de los Dioses y
„la determinacion del destino que resolvió
„la ruina de Troya? Vuelve atrás; es otra
„la suerte que te está destinada. Huye, la
„Paz, mensagera de Minerva, te lo ordena.
„Baxo mi amparo echarás los cimientos á
„una populosa ciudad. Renacerá en ella la
„gloria de los Troyanos. De su seno saldrá
„un imperio el mas dichoso y duradero en-
„tre todos los de la tierra, luego que tus
„descendientes trasladen su señorio á la mar,
„que dominarán baxo los auspicios de la
„libertad. "

Apenas hubo dicho esto, desaparece, dexando penetrado y aturdido de tierna admiracion al buen Antenor, que con los ojos embaidos seguia á la desaparecida deidad, á quien adoró agradeciendole aquel feliz agüero que le acababa de dar. Sintió renacer luego en su pecho un gran gozo y confianza, asegurado de que la misma diosa protegeria su fuga pues se la ordenaba. Con esto volvió atrás para ponerla en execucion, exôrtando á ella á su muger Teana, y á su hija Pasitea, á quienes no hizo enxugar su llanto, ni acallar sus lamentos esta repentina novedad. A sus esclavos mandó cargar con

las alhajas mas preciosas, ayudando él mismo y apresurando la salida.

Executaronla finalmente precedidos del viejo Bites, que con llanto iba prometiendo llevarlos salvos á lugar seguro, si podian salir de la ciudad, antes que los enemigos hubiesen ocupado la puerta Idéa. Atronaban las mugeres con sus sollozos y lamentos la casa que desamparaban, y la calle que tomaban con pavor. La hermosa y afligida Pasitea iba arrimada á su llorosa madre, que llevaba asido de la mano á su pequeño hijo Pedeo. Azorabalas el temor de dar con los enemigos; pero á pesar de sus miedos, deteniase á cada paso la madre para ver si llegaba su hijo Laodoco: preguntaba por él freqüentemente á su marido Antenor, que rodeado de algunos de sus esclavos y Troyanos, cerraba aquel miserable esquadron de su familia fugitiva, no menos solicito por su Laodoco que la madre.

Mas viendo que era peligrosa la detencion, y no sufriendo su paterno corazon desamparar al hijo, envia en busca de él á su ayo Teutro y Eurimo el mas fiel de sus esclavos, diciendoles, que los esperaria á las faldas del monte Ida, junto el antiguo sepulcro de Asaraco. Parten estos con el encar-

go, mientras la llorosa comitiva proseguia su camino, recelandose de todas las sombras que el terror les abultaba. Se les iba juntando gran numero de Troyanos de todas edades, condicion y sexô, que huían del hierro y fuego del victorioso enemigo.

Atento éste en apoderarse del palacio del Rey Priamo, y del alcazar de Ilion, no habia podido difundirse todavia por toda la gran ciudad de Troya. Pero Ulises, que nada perdia de vista, y Esténelo con él, habian tenido la advertencia de enviar algunos destacamentos de los primeros Griegos, que iban llegando á la ciudad, para que ocupasen sus principales puertas. Entre éstas hallabase ya ocupada la Idéa, de un cuerpo de Orcómenos, capitaneados por Ascalafo, quando llegaba á ella Antenor con los suyos, haciendoseles imposible la salida, si no se abrian el paso con las armas por medio de los enemigos; los quales viendo que se acercaba el tropel de Troyanos, arremeten contra ellos, y traban la pelea con los primeros esclavos de Antenor.

Hubieran estos cedido al choque de los Griegos, que los embistieron, si Antenor, trepando con los otros esclavos que lo acompañaban por entre las deplorables mugeres, no

les hubiese hecho frente. Dió con esto tiempo á la oportuna llegada del joven Toante, que acompañado de muchos de sus Licios, embiste á los Orcómenos y los atropella, despues de haber derribado con la lanza á su gefe Ascalafo, facilitando de este modo la salida á los fugitivos.

Era este joven Toante Principe de la Licia, hijo del gran Sarpedon, que fue á Troya con su exército en socorro del Rey Priamo, y aunque nieto de Jupiter, el mas esforzado capitan entre los aliados de los Troyanos, no pudo evitar la muerte que le dió Patroclo. Su hijo Toante habia quedado en Troya prendado de la hermosura de Pasitea, hija de Antenor, con la qual tenia ajustado el casamiento despues de la partida de los Griegos. Habiase diferido para entonces por la persuasion en que estaban los Troyanos de que Agamemnon desampararia el sitio como lo habia resuelto, con consejo de los gefes, luego que vieron muerto á Aquiles.

Se acrecentaron estas vanas lisonjas á vista de los preparativos que hacía la armada para dexar el puerto de Sigeo, como de hecho lo dexó, retirandose parte de los navios á la vecina isla de Tenedos. Se avivaron mas con esto las amorosas esperanzas del joven

Toante viendo que se le abreviaba el termino del suspirado himeneo. Tenialo acaso desvelado el amor en aquella misma fatal noche en que los Griegos que iban dentro del caballo de madera, que habian introducido en Troya, salieron de él ayudados de Sinon, y dieron la señal á los de afuera para que se acercasen á la ciudad y la incendiasen, como lo hicieron.

Pudo asi el desvelado Toante, excitado del primer tumulto y voces de los Griegos, dispertar á los Licios, que estaban aquartelados cerca de su casa, y salvar con ellos á Polites hijo de Priamo, á quien llevaba preso con algunos de sus Griegos Ayax Oileo, habiendolo sorprendido en una fiesta nocturna que celebraba con otros principales Troyanos, muy agenos todos de la suerte fatal que amenazaba á su patria y á ellos mismos.

Este encuentro con los Griegos, en que dió pruebas Toante de su valor y esfuerzo, no solo detuvo al ardiente y tierno anhelo que lo impelió desde luego á ir á salvar del incendio y servidumbre á su amada Pasitea, sino que tambien hubiera burlado enteramente sus amorosas intenciones, si al tiempo que se encaminaba con los suyos hácia la casa de Antenor, no hubiera dado con

Teutro y con Eurimo. Estos le informaron de la fuga y del camino que habia tomado Antenor; lo que fue causa de que volando él en busca de los que huían, los alcanzase y llegase á tiempo de protegerlos, de salvar á su amada Pasitea, y de abrirles el paso sobre los cadáveres de los Griegos.

Antenor, recogidos los suyos, desbaratados del miedo, sacólos fuera de la ciudad, haciendoles apresurar el paso entre las tinieblas de la noche, aunque harto alumbrada del horrible incendio que se iba cebando en los edificios de la malhadada ciudad.

Caminaba aquel miserable esquadron azorado del miedo de los enemigos, y penetrado del dolor de sus perdidos bienes é incendiada patria. Iban mezclados los nobles con los plebeyos, los ricos confundidos é igualados con los pobres, llorando todos su desventura. Las consternadas madres llevaban apretados á sus senos sus aturdidos hijuelos, otras los arrastraban, asidos como los tenian de las manos, huyendo de Troya, cuya horrible confusion y tumulto de gritos y voces lamentables resonaban á lo lejos. Huían todos sin saber donde, recelando á cada paso emboscadas de enemigos: apremiabalos al mismo tiempo el temor de que les diesen alcan-

ce, y volvian á todas partes sus aturdidas cabezas, y hacian resonar los tenebrosos campos con sus sollozos y lamentos.

Serviales de gefe Antenor, que dirigia aquella infeliz marcha, procurando salvar y defender á aquellos miserables Troyanos. Mostrabase imperterrito y magnanimo en el peligro, aunque interiormente llevaba su corazon angustiado por tantos males, asi suyos, como agenos, acongojado del temor de perder á Laodoco, y del dolor de la muerte de algunos de sus esclavos, principalmente por la del buen viejo Bites, que les habia prometido la salida, y que fue uno de los primeros á quien mataron los Orcómenos en el encuentro de la puerta Idéa.

Toante por su parte se afanaba en consolar y aliviar los trabajos y congojas de su amada Pasitea y de Teana, las quales á par de las demas mugeres plebeyas, caminaban á pie prometiendoles él salvarlas del peligro, y llevarlas á su reyno de Licia. En tal estado llegaron al sepulcro de Asaraco, donde se detuvo Antenor para esperar á Teutro y á Eurimo, como lo habia prevenido á los mismos antes de salir de Troya.

Mas los primeros albores del dia comenzaban ya á disipar las tinieblas de aquella

horrible y funesta noche, sin que compareciese ni Teutro ni Eurim». Esta tardanza infundió sospechas á Antenor, de que hubiesen perecido á manos de los Griegos, y temiendo por otra parte que estos lo persiguiesen, hizo que su comitiva prosiguiese el camino hasta un pueblo llamado Girne, situado en la falda del monte Ida, que aunque incendiado y destruido por Aquiles en otro tiempo, le quedaban algunos edificios y reparos, donde podia hacerse fuerte con los suyos y con los Licios de Toante, en caso que los Griegos los acometiesen.

Mandó sin embargo á dos de sus esclavos, que quedasen alli para que en caso que llegase Teutro, pudiesen avisarle del lugar á donde se encaminaba. Hallabanse ya descansando en él los fugitivos Troyanos, quando compareció solo Teutro todo ensangrentado, sin Eurimo ni Laodoco, dando la funesta noticia á Antenor de que ambos á dos habian perecido peleando esforzadamente con los Griegos; y que él habia podido escapar con dos heridas, y recoger por el camino algunos Troyanos perdidos que consigo traía, señalandoselos con la mano.

Entre ellos reconoció Antenor á Creusa muger de Eneas; y compadecido entrañable-

mente de ella, le dixo: ¿Sola venís, Creusa sin Eneas? ¿Qué es de él? ¿Del buen Anchises? ¿De vuestro tierno Ascanio? ¿Por ventura perecieron en Troya? ¿Cómo pudisteis escapar de ella? La afligida Creusa casi desfallecida y enagenada del cansancio y del terror, apenas sin alzar sus llorosos ojos del suelo, le respondió: no quisieron los Dioses, Antenor, que fuese compañera en la huida de mi marido Eneas. El nos sacó á todos salvos de Troya, llevando sobre sus hombros á su viejo padre Anchises. Mas apenas habiamos salido al campo, siguiendo el camino de Antandros, quando amedrantados de las voces y pisadas de los Griegos, que nos perseguian, echamos á huir por los campos en que me perdí, perdiendo al mismo tiempo, para mi mayor desventura, todos los mios, sin poder saber si se salvaron, ó si perecieron á manos de los Griegos.

Antenor despues de haberla consolado, y dadole tiempo para que aliviase su cansancio y su dolor, resolvió encaminarse con todos los recogidos Troyanos á la ciudad de Absirte, situada sobre el rio Asópo, la qual, aunque mucho menor que Troya, habia sostenido varios asaltos de los Griegos y los habia rechazado. Acogieron los Absirtenses, con de-

mostraciones de compasivo afecto, á todos aquellos miserables fugitivos, ofrecieronles generoso asilo en su ciudad, compadeciendo su desgraciada suerte, no menos que la de Troya hecha para siempre memorable, asi por su larga defensa como por su ruina

Esmeraronse especialmente aquellos ciudadanos en honrar y cortejar á Antenor, como á hijo de Laomedonte y hermano menor de Priamo. Y luego que supieron la muerte de éste, y de todos sus hijos degollados barbaramente por los Griegos, sin perdonar al niño Astianacte hijo de Hector, á quien hizo precipitar Ulises desde lo alto de una torre al suelo, como no quedaba ya Troya en pie, ni el trono de Priamo, resolvieron coronar por rey á Antenor, pues era el unico que quedaba de la familia de Asaraco.

Antenor, habiendoles agradecido su unanime ofrecimiento, les dixo, que tenia sobrados motivos para no aceptar su oferta, y para preferir la paz á la ambicion de reynar; pues solo podria subir al trono, y mantenerse en él á costa de la sangre y vidas de los Troyanos y Frigios. Que si la obligacion de defender la ciudad de Troya armó su mano para repeler los enemigos, su animo miraba con horror las heridas que habia hecho en los

pechos, aunque crueles de los Griegos. Que hallandose ahora exênto del empeño del honor de defender su patria ya destruida, buscaba solo un seguro asilo en la tierra donde pudiese disfrutar, en el tiempo que le quedaba de vida, la descansada libertad, que los desaciertos de Priamo, le habian hecho anhelar por tanto tiempo y preferir la dulce paz á la tumultuosa y desasosegada grandeza.

Les acordó á mas de esto, que no habia perecido todo el linage de Priamo, pues el ultimo de sus hijos Polidoro, vivia en la Tracia, á donde lo habia enviado secretamente su padre Priamo, confiandolo á Polimnestor Rey de aquellas tierras, para que lo educase; y que á este debian reconocer por su legitimo Rey. Sin este derecho ageno, les añadió, que tambien se veía precisado á reusar su oferta, por quanto no le seria posible conservar la paz en su reynado, y en aquel suelo destinado á perpetuas guerras por los ayrados Dioses, cuyo enojo no esperasen ver aplacado con la ruina de Troya, pues lo que hubiesen dexado por arrasar los Griegos, lo harian sus aliados especialmente Telefo, Rey de la vecina Misia, que á mas de haberse declarado contra los Troyanos, aspiraba tambien al trono de la Frigia, apoyando sus am-

biciosas miras con el derecho de la herencia que le daba su muger Astioquea hija de Priamo, de la qual tenia á Euripilo y á Esionéa.

A éstas añadió Antenor otras razones para rehusar el cetro, que los de Absirte le ofrecian. Mas ellos deseaban por lo mismo tener por Rey á quien tan de veras queria disuadirles de su eleccion, y le hacian nuevas instancias y ruegos para que la aceptase. Firme Antenor en su proposito, prefirió ir á vivir en una de las ciudades de la Licia, luego que se hubiesen celebrado los desposorios de su hija Pasitea con Toante, el qual no quiso dar mas largas á su amor, sino que determinó celebrar su himeneo en Absirte, antes de ir á sus estados, y de hacerse reconocer en ellos por Rey. Tan ageno estaba de temer la revolucion inminente de su reyno, que entretanto se iba fraguando.

Solemnizaron los Absirtenses con grandes demostraciones de jubilo aquellas bodas, en honor del humano y generoso Antenor, y del mismo Principe Toante, cuyo padre Sarpedon fue causa de que los Griegos levantasen uno de los sitios que por tres veces les pusieron, llegando oportunamente con su exército en defensa de aquella ciudad. Por esto quisieron renovar en las fiestas de su hi-

meneo los juegos frigios y licios, que se reducian á danzas y banquetes publicos, segun el uso de las dos naciones, teniendo cada una de ellas sus peculiares sones é instrumentos de que mucho se preciaban En ellos dió tales pruebas de popularidad y de destreza el joven Toante, particularmente en tañer la lira y flauta licia, que hizo desvanecer de los animos de aquellos ciudadanos la propension que tenian á ofrecer el reyno á Antenor, y encendió deseos en los mismos, de hacerle á él aquella oferta que Antenor tan de veras rehusaba. Y como querian ser los primeros de los Frigios en elegirse Soberano, antes que pudiesen hacerlo las otras ciudades, se les adelantaron en merecer esta gloria, y resolvieron presentar el cetro á Toante, como de hecho lo executaron.

Toante, joven esforzado y ambicioso, que no tenia los mismos motivos que Antenor, para dexar de admitir el cetro de la Frigia, que los de Absirte le ofrecian, y que antes bien veía las grandes ventajas que le traía aquella eleccion y oferta, deseó aceptarla al instante, por que confinando el reyno de Frigia con el suyo de Licia, extendia sus estados y dominio en el Asia, y se hacia en ella el mas temible y poderoso de

todos sus Reyes. Mas antes de dar el consentimiento para ello, quiso consultar su resolucion con Antenor, no solo por el respeto, sino tambien por la opinion y concepto que él mismo se habia grangeado con su consejo.

Antenor, atendidas todas las circunstancias, despues de haber oído su proposicion le habló de esta manera: En vano, Toante, me esforzaré en persuadiros que dexeis de admitir el cetro que os ofrecen, quando no os persuadieron de antemano, ni el exemplo de mi recusacion, ni las razones que yo tenia para rehusarlo. Pero tal vez la vista de las malas conseqüencias que pudiera tener vuestra determinacion, tendrá mayor fuerza que mi exemplo, aunque las cotejeis con los bienes solo aparentes, que tal vez creereis que se os puedan seguir. Porque no niego que el trono, la corona, la suprema preeminencia del hombre sobre los demas, las adoraciones que su carácter recibe, casi igualado al de los dioses, su voluntad atendida y respetada con veneracion, las riquezas y la excelsa dignidad y honores que llega á conseguir, son reputados por los mayores bienes del suelo, que excitan en todos deseo de conseguirlos, porque todos creen que consista su mayor felicidad en su posesion.

Pero aun dado caso que todo esto sea asi, y que en ello no padezca engaño la ciega ambicion de los hombres, todo lo poseeis ya, Toante, en el trono de la Licia, que heredasteis de vuestro padre Sarpedon. Y asi creo que nada de todo eso os movera á desear el cetro de la Frigia que os presentan, pero bien sí el ansia de acrecentar vuestro poder, lo que tal vez no desaprobaria yo en otras circunstancias; mas en las presentes lo juzgo dañoso y perjudicial, no solo para vos, sino tambien para vuestro reyno de Licia.

TAYLOR INST. OXFORD

Este os llamà, Toante; vuestro padre Sarpedon os llevó á Troya para que aprendieseis el arte funesto de la guerra, en que tantos ilustres gefes y descendientes de los dioses colocaron su gloria y la de sus familias; mas ¿quántos fueron los que perecieron antes de conseguirla con las armas? ¿Quántos mas fueron los Reyes y reynos, á quienes la guerra acarreó la ruina, antes que esa pretendida gloria? La Frigia apenas cuenta la mitad de sus antiguos pobladores: la mayor parte de sus ciudades y puertos florecientes, yacen asolados y destruidos. La misma ciudad de Troya, antes tan celebrada por sus riquezas y poder, y por sus suntuosos edificios, ¿qué es hoy en dia, Toante? ¿A qué se

vino á reducir la pretendida gloria de Priamo y la de tan celebrados capitanes? Yacen hechos polvo baxo las ruinas de aquellas soberbias fabricas. ¿ Y sobre sus chamuscadas piedras pretendeis asentar con seguridad el trono ya destruido, quando no estais seguro todavia de poseer el heredado?

Primero debeis ir á haceros reconocer por Rey de vuestros antiguos vasallos, y ver asi lo que os podeis prometer de los mismos, y de las fuerzas de vuestro reyno, quando la armada griega asombra todavia á las playas troyanas, sin saber donde dexarán caer los Griegos el resto de su venganza. ¿ Creeis por ventura, que Agamemnon y Menelao, empleados en destruir lo que no consumió la llama, querran restituirse á la Grecia sin volver cargados de los despojos de Pirra, de Bebricia, de Dardania, de Antandro, y de esta misma Absirte, que fué la primera en quereros por su Rey? Antes, pues, que nos sitien en ella y nos cierren los caminos para vuestro reyno, salgamos de sus puertas, no será jamas bastante pronta nuestra salida; el padre de Pasitea os lo aconseja.

Asi le habló Antenor; pero preponderando mas en el animo de Toante las razones de la ambicion y de la gloria que ofuscan

la vista de la natural sabiduria, agradeció á Antenor sus consejos, y admitió el cetro. Aprobaron la eleccion de los de Absirte las vecinas ciudades de Pirra y de Teralis, y enviaron dos coronas de oro y otros ricos presentes para el nuevo Rey y para su muger Pasitea, que fueron coronados en Absirte con grandes regocijos y fiestas de los Frigios y Licios, quando todavia humeaban las cenizas de Troya.

No tardó á experimentar el joven Rey Toante los fatales efectos que habia pronosticado Antenor por el desacierto de sus ambiciosos anhelos. Estos le acarrearon no solo la pérdida de su vida y de su reyno de Licia, sino tambien del nuevo trono, en que apenas se acavaba de sentar. Porque olvidado de su antiguo reyno, atendiendo solamente á fortificarse en el nuevo para rechazar á los Griegos, y vengar la muerte de Priamo y de su padre Sarpedon, dió tiempo á Antifo, hombre principal de la Licia, y deudo del mismo Toante, para que pudiese rebelarsele, y levantarse con el reyno. Habiale confiado Sarpedon el gobierno, mientras él guerreaba en Troya con su hijo Toante, poniendo en él y en su parentesco la confianza que tal vez el padre podia poner en Antifo, pero

que no debia el hijo, mucho menos despues de la muerte de Sarpedon, y de la ruina de Troya y de Priamo.

De estas circunstancias se valió Antifo, para levantarse con el trono de Licia. Divulgó en ella la muerte del Príncipe Toante, no porque la supiese, sino porque creía que no hubiese podido escapar como escapó del incendio de Troya y de las armas de los Griegos, y porque ignoraba la eleccion que hicieron de él para su Rey los Absirtenses. Verdad es que Toante, luego que fue coronado, despachó á la Licia á Glauco, compañero en la guerra de su padre Sarpedon, para que publicase su salida de Troya y su coronacion. Pero Antifo, habia ya divulgado su muerte, aunque falsa, y se habia hecho reconocer por Rey de la Licia, que de derecho le hubiera pertenecido si Toante hubiese muerto.

Glauco, habiendo llegado á las fronteras de la Licia, halló ya coronado á Antifo Rey de ella, el que para mantenerse en el usurpado trono, se habia él mismo prevenido de antemano temiendo que pudiese renacer Toante de la tumba que le habia levantado su ficcion, y que fuese á pretender su reyno. Con el fin de precaver este accidente, habia

hecho ocupar los pasos del reyno de gente fiel y escogida ; en cuyas manos habiendo caido Glauco , aunque publicaba el órden que traia de Toante , y su coronacion en Absirte , lo prendieron y presentaron á Antifo. Este lo hizo degollar inmediatamente en secreto ; y valiendose de su aviso, juntó á toda prisa exército , y á largas jornadas se encaminó con él á la ciudad de Absirte , donde sorprendió á Toante , sitiandolo en ella.

Luego que tuvo formado el cerco , envió sus embaxadores á Agamemnon con ricos presentes , é intimó al mismo tiempo á los sitiados Absirtenses , que los pasaria á cuchillo sino le entregaban á Toante , vivo ó muerto. El secreto y presteza con que Antifo executó sus designios , previnieron los expedientes del Rey Toante , y le hicieron ver quan errado anduvo en no seguir los consejos de Antenor. No le quedaba otro partido que tomar , que el de acudir al mismo por consejo en las fatales circunstancias en que se hallaba. Aconsejóle Antenor , que sin fiarse de ninguno de sus nuevos vasallos huyese de la ciudad con uno de sus mas fieles criados , mudando trage y nombre ; y que acelerando quanto pudiese su viage , penetrase

en la Licia, que habia desamparado Antifo; y que en el caso de conseguirlo felizmente, se descubriese á sus pueblos por hijo de Sarpedon, con lo qual desbarataria todos los designios de Antifo.

Pero la salida de Absirte no era tan facil de executar, debiendose hacer con el secreto que encargaba Antenor, pues Antifo tenia muy estrechada la ciudad con su exército. Entre todos los medios qúe iban imaginando para efectuarla con toda seguridad, fue preferido el que propuso la afligida Pasitea de huir rio abaxo sobre odres, queriendo ella exponerse al peligro, y acompañar á su amado Toante. En vano Antenor y su madre Teana, quisieron disuadirla de aquella peligrosa empresa y atemorizarla; en vano el mismo Toante se lo desaconsejaba con lagrimas. Firme ella en su resolucion varonil, asi como fue la inventora de aquel medio, asi tambien quiso ponerlo en execucion, cediendo Toante á un amor tan resuelto y esforzado.

Pasaba por medio de la ciudad el rio Asópo, y por él debian tentar la fuga: no dexaban otro camino abierto las tropas de Antifo, que se estendian á lo largo de las riberas del mismo rio. El modo como debian

executarla era sobre tablas, aseguradas entre odres llenos de viento, que podian disponer con secreto, sin servirse de ningun barco que facilmente pudiera descubrirlos á los enemigos, ó dar sospecha de su fuga á los ciudadanos. Facilitaba esta operacion el palacio que habitaban, que hizo edificar años antes el Rey Priamo para su hijo Troilo, bañandolo las aguas del Asópo.

Escogió Toante por compañero de su fuga á Eunomo, que lo crió desde niño, y que lo amaba tiernamente. Luego que estuvieron dispuestos sus fragiles barcos, persistiendo Pasitea en su animosa resolucion, llegaron á efectuarla entre los sollozos y lagrimas de la madre, y con dolor de su padre Antenor, que aunque no sabia alabar aquella animosidad de su hija, admirabala con sentimiento, pues recelaba un exîto infeliz. ¿Pero qué podia hacer el mismo, no aprovechando sus consejos, y queriendo la amante esposa seguir en el peligro á su desdichado marido?

La noche cubria con sus espesas tinieblas el cielo y la tierra, y el sueño tenia ya en profundo descanso á los mortales, quando Toante y Pasitea en trage frigio, y armados á la ligera, se arrancaron de los brazos de An-

tenor y de Teana, para tender sus palpitantes pechos sobre las tablas que fluctuaban en la corriente. Executaronlo con felicidad ayudados de sus esclavos á exemplo de Eunomo, que fue el primero en tenderse de pechos sobre la tabla, á la qual iba atada la de Pasitea, y á esta la de Toante, para que no pudieran desviarse unas de otras. Los odres aliviaban su violenta postura, dexandose llevar insensiblemente del raudal en su sesgo y placido curso. Este los sacó luego de la ciudad, y poco despues del peligro de las velas enemigas, que no los descubrieron, saliendo escasa y amortecida llama de las hogueras que habian encendido á una y otra parte del rio.

Al dia siguiente renovó Antifo su cruel demanda á los sitiados, para que le entregasen vivo ó muerto á Toante, ignorando todos ellos su fuga. Teniala Antenor oculta en su afligido pecho; y no mostró echar menos á Toante, hasta el otro dia, preguntando publicamente por él, para tener suspensos los animos de los ciudadanos, y dar tiempo á los huidos para adelantar camino, antes que los de Absirte, vencidos de las amenazas de Antifo, resolviesen entregarle á Toante, á lo que ya se inclinaban algunos, prefiriendo el bien de todos los ciudadanos á

la vida de su nuevo Rey.

Aunque su divulgada fuga sacó de ahogo los animos de todos aquellos ciudadanos, lisonjeandose que Antifo quedaria satisfecho con los deseos que manifestaron de condescender con su demanda, irritó al contrario mucho mas su venganza, por quanto se llamaba á engaño por parte de los mismos, atribuyendoles el escape de su Rey; y rechazando sus protestas, exîgió por prueba de que no habian sido complices en su fuga, que lo eligiesen á él por Rey en lugar de Toante.

Esta altanera y nueva demanda exâsperó los animos de los Absirtenses, que lexos de condescender con ella, resolvieron humillar su arrogancia, haciendo una salida repentina de la ciudad, como lo executaron, matandole en ella mucha gente, y dandole no poco que hacer en la refriega. Pero como acudiesen sucesivamente muchos esquadrones licios en defensa del acometido real, rechazaron á los que habian salido, que dieron con esto motivo á Antifo para tratarlos como enemigos, jurando de no levantar el sitio hasta rendir ó entrar por fuerza la ciudad.

Entretanto Toante y Pasitea no solo escaparon de las manos de los enemigos, sino

que tambien, habiendo ido á parar á un remanso del rio en que el agua estaba somera, pudieron tomar tierra, tentando antes el vado Eunomo á quien seguian. Toante agradecido al favor de Apolo Licio, que los habia librado de tantos peligros, le prometió que le edificaria un suntuoso templo si lo encaminaba salvo á su reyno. Pero como las tinieblas, que les fueron favorables para la huída, les cerraban ahora todos los caminos en un suelo desconocido, vieronse precisados á esperar el dia, para proseguir su camino con alguna seguridad. Asi lo hicieron luego que el alba restituyó la luz al tenebroso suelo.

Comenzaron entonces á atravesar campos y eriales para salir á algun camino, y poder acogerse en algun techo, donde descansasen de las pasadas fatigas, y cobrasen esfuerzo para proseguir el comenzado viage. Pero la aspereza del suelo y el ardor del sol, que agravaba el cansancio de Pasitea, hicieron traycion á su flaqueza, por mas que su animo fuese superior á su sexô. Toante compadecido de ella, resuelve ir á tomar descanso á la sombra de un espeso bosque, que á corta distancia coronaba uno de los muchos oteros en que iba rematando el monte Ida.

Esperaba tambien descubrir mejor desde aquel elevado sitio la tierra que no conocian, y que donde quiera manifestaba los efectos de la destruccion, y la saña de la guerra.

A pocos pasos parecioles oir voces de gente y golpes de hachas de leñadores, á quienes cubrian las espesas matas y frondosidad de la selva, y por lo mismo los creyeron gente de la tierra. Las alegres esperanzas que avivó en sus pechos este engaño, hicieronles apresurar el paso; pero las mismas se trocaron en mayor susto, quando oyeron que les preguntaban en acento licio, ¿ quienes eran, y á donde iban ? Eunomo que precedia á Toante y á Pasitea, conociendo que no eran ni Griegos ni Frigios aquellos leñadores, sino Licios del exército de Antifo, les respondió que eran Frigios escapados de Troya, y que habian perdido el camino de Absirte á donde iban.

Decia esto Eunomo sin detenerse, y desviandose del bosque, por miedo de que los reconociesen de cerca y los detuviesen. Esto mismo infundió sospechas á los Licios para creer que no eran lo que decian, echando de ver que el temor les hacia apresurar el paso para evitar su encuentro. En-

vian entonces algunos soldados para detenerlos y reconocerlos; y no tardaron á alcanzarlos segun era el desaliento con que huia la cansada Pasitea. Toante viendo ya sobre sí los contrarios, llama á Eunomo que iba algo distante, para que acudiese á socorrerle, y viendolo venir, vuelve cara al enemigo, desenvayna su acero, embiste al primero de los Licios que lo acometió, y cuyo golpe habia eludido, atravesandole la espada por la garganta.

Pero al mismo tiempo los otros que seguian al herido, habiendo disparado sus flechas contra Toante y Pasitea, hieren á esta en la cabeza, y la derriban en el suelo, llamando ella á Toante en sus lamentos. La llegada de Eunomo, y el terrible denuedo con que acometió á los Licios, matando á dos de ellos, dió tiempo á Toante para acudir á socorrer á su desdichada Pasitea, que viendolo venir, desamparando el combate para remediarla, le dice: pelead y salvaos, Toante; pueda la muerte de vuestra infeliz esposa desarmar la ira de los contrarios dioses, que no quisieron que os fuese compañera en la fuga. ¡Que yo huya! exclamó Toante; ni el reyno, ni la vida me merecen aprecio, si el cruel destino me priva

de la vuestra, ó adorable Pasitea; dexad que os arranque el dardo, y remedie la herida para poder acudir á sostener á Eunomo, ó para morir con él en defensa de vuestra vida.

Mas el esforzado Eunomo apremiado del numero y de las armas de los enemigos, cayó, entretanto herido mortalmente diciendo á los Licios: ¡ crueles ! es vuestro Rey Toante ese á quien perseguis, y Eunomo el que lo defiende. A estas voces Agides, gefe de aquel esquadron, que era el que lo habia herido de muerte, queda yerto de horror, dudando si seria su padre Eunomo el caido, que asi tambien se llamaba, y que habia seguido á Sarpedon padre de Toante á la guerra de Troya. Incitado de estas sospechas, se acerca á él y le dice: ¿ Eunomo os llamais ? ¿ Por ventura sois Licio en trage frigio ? Alzó entonces Eunomo sus parpados agravados de las tinieblas de la muerte, y reconoce á su hijo Agides, que le hablaba, y que era el mismo que lo habia herido.

Arrojó entonces el moribundo Eunomo un doloroso suspiro, y alzando el desfallecido brazo, desde el suelo en que estaba tendidó, exclamó: ¡ crueles dioses ! ¿ Tanto aborreciais al infeliz Eunomo, que le teniais des-

tinada la muerte á manos de su propio hijo ? Hijo mio, Agides, me has dado la muerte; pero ven acá, expía en los brazos de tu buen padre, que te perdona, un inadvertido delito. Agides al reconocer á su padre en aquel estado se horroriza, prorumpe luego en rabioso llanto, se arroja de rodillas en el suelo, y asiendole una de sus manos, que apretaba con las dos suyas contra su pecho, le decia entre sollozos: ¡ ó detestable encuentro! ¿cómo podia sospechar, ó venerado padre, vuestro infeliz hijo Agides hallaros aqui, despues que os lloré muerto á manos de Aquiles, segun lo habia divulgado la fama ? ¡ Desventurado de mí ! ¡ ó cielos ! ¡qué hice ! ¡ ensangrenté mi acero en el sagrado pecho de mi mismo padre ! ¡ de un padre á quien tanto amé ! ¡ ó, si pudiera con mil muertes restituiros, padre mio, la vida de que tan barbaramente os privé ! ¡ ah ! él espira..... Padre, amado Padre..... Pueda toda mi sangre expiar mi delito, y merecer mi espiritu que acompañe eternamente al vuestro.

Dicho esto, enfurecido contra sí mismo, se aplica al pecho la punta de la espada, y apechugando con fuerza contra ella cayó sobre su muerto padre. Acudieron en

vano á socorrerle algunos de los suyos, mientras otros eran testigos de la muerte de Toante, á quien solo reconocieron despues de haberle dado dos heridas mortales; pues el tragico suceso de Agides con su padre, y el descubrirse Toante á los mismos, les dió harto motivo para creerlo. Y aunque entonces quisieron remediarle las heridas; mas él, viendo ya muerta á su amada Pasitea, prefirió morir junto á ella, rehusando el oficio que deseaban prestarle los suyos, y muriendo de alli á poco abrazado con su Pasitea, tendido como se hallaba en el suelo.

Esta fue la relacion que para sus fines publicó Antifo de las muertes de Toante y Pasitea; y aunque falsa, fue creida de todos, especialmente de Teana, y de Antenor, que amargamente los lloraron. Solo muchos años despues, muerta ya Teana, verificó Antenor su falsedad, teniendo tambien el consuelo de volver á ver á su hija y á Toante, en la Frigia en donde reynaban. Valiose entretanto Antifo de esta ficcion para amedrentar los animos de los Absirtenses, cuyo sitio llevó adelante resuelto á tomar la ciudad, y á levantarse con el reyno de Frigia. Se lisonjeaba que los Griegos favorecerian sus am-

biciosas miras; pues á éste fin envió á Agamemnon sus embaxadores con ricos presentes.

Llegaron estos al campo griego al tiempo que se hacia en él la reparticion entre los gefes y soldados, de los despojos y prisioneros que libraron del incendio de Troya. Se hallaba alli en el campo Telefo Rey de la Misia, como uno de los mas poderosos aliados que tuvieron los Griegos, desde que desamparó el partido de los Troyanos y de Priamo, que antes seguia, estando casado con su hija Astioquea. Este, luego que supo la llegada de los embaxadores de Antifo, y oyó la pretension con que venian, llevolo muy á mal; por quanto Agamemnon reconocido á su alianza y servicios, prometió dexarlo Rey de la Frigia y de todos los estados de Priamo. Reservabase solamente para sí el puerto de Bebricia, que le servia de escala para la contratacion que tenian los Argivos en el Ponto, y con él aseguraba la entrada del Helesponto, cuya boca dominaba aquel puerto.

Sobrabales á los Griegos la satisfaccion con la ruina de Troya, del exîto de aquella larga y penosa guerra para que quisiesen entender y enredarse de nuevo en otra contienda de armas. Instabales á mas de es-

to el tiempo de la partida, para restituirse al seno de sus familias con los despojos de Troya y de las otras ciudades destruidas, para que Agamemnon diese oidos, y tomase interes en aquella embaxada de Antifo; con esto respondió á los embaxadores, que los Griegos nada tenian ya que ver con las pretensiones de su Rey, despues que habian dado á Telefo el reyno de Frigia.

Difirió Agamemnon dar esta respuesta á los embaxadores á instancias del mismo Telefo, para poder entretanto ganar él tiempo, y enviar á la Misia á su hijo Euripilo con órden de allegar en ella exército, y de entrar con él en la Licia, si Antifo persistia en tener sitiada la ciudad de Absirte. Reservabase él acometerlo en persona con la gente que le quedaba en el campo griego, y con los Frigios que pudiese recoger por el camino; y no se recató de descubrir estas sus intenciones á los embaxadores, para amedrentar á Antifo, y obligarlo á levantar el sitio antes de llegar al termino de las armas.

Mientras Telefo se manejaba asi en el campo griego, Antifo desbarató todos sus manejos entrando por fuerza la ciudad de Absirte, donde hizo carniceria de sus habitantes. Cayeron en sus manos Antenor, Tea-

na y su hijo Pedeo con otros muchos Troyanos. Dudoso sobre si los haria degollar, ó los remitiria á Agamemnon, para darle con ellos prendas de su amistad y alianza, prefirió su ambicion el interes á la crueldad, y resolvió enviarlos al real de los Griegos, sin esperar la vuelta de los embaxadores que habia enviado, y que Agamemnon detuvo con varios pretextos hasta el dia del embarco de los Griegos, para dar tiempo á Telefo, que asi se lo habia rogado, de sorprender con su exército al de Antifo, que tenia sitiada á Absirte.

Anticipó Telefo esta resolucion, antes que Agamemnon despachase á los embaxadores, por quanto Medonte Rey de Tracia, y aliado tambien con los Griegos, ofrecióse á acompañarlo con sus Traces en aquella jornada, queriendo que sirviese este socorro por arras del dote de su hija Argia, prometida esposa á Euripilo hijo de Telefo. Ofrecieronse tambien muchos Griegos, que no podian pasar á la Grecia por falta de naves; de modo, que formando un exército considerable, se encaminó contra Antifo apresurando la marcha. Ignoraba todavia Telefo que Antifo hubiese tomado la ciudad de Absirte, ni lo supo hasta que uno de sus

primeros esquadrones dió con los prisioneros Troyanos que Antifo enviaba á Agamemnon.

Avisado entónces de esta novedad, mandó pasar á cuchillo á los Licios que conducian los prisioneros Troyanos, y á estos los puso en libertad, sin cuidarse de saber su condicion y nombres; atendiendo solo á mostrarse humano con los Troyanos y Frigios, á quienes miraba ya como vasallos suyos, y á los Licios como declarados enemigos; y sin detenerse en su acelerada marcha, se encaminó contra Absirte para recobrarla del poder de Antifo.

Este inesperado accidente libró el animo de Antenor de las congojas y angustias que padecia, de caer en las manos de los Griegos. Pero el consuelo que probó al verse devuelto á su anhelada libertad, se trocó luego en nuevos afanes hallandose con su muger Teana y con su pequeño hijo Pedeo en medio de los talados campos, sin saber donde ir, ni que partido tomar en aquel nuevo estado de miseria á que la suerte lo reducia. El cansancio, la tristeza y angustias que oprimian el corazon de la infeliz Teana, enflaquecieron tanto sus fuerzas, que, cediendo al ajobo de sus males y desventuras,

se dexó caer en el suelo, sin tener aliento para acabar de proferir las quejas que daba á los dioses, por haber puesto su piadoso animo para con ellos á pruebas mas rigurosas que el de Niobe, la qual provocó con su arrogancia y altaneria los males que la oprimieron, y que fueron inferiores á los que enviaban á la hija de Ciseo, exponiendola á tantos trabajos y desgracias, despues que la privaron de casi todos sus hijos.

Mientras Teana se lamentaba asi en su desfallecimiento, se esforzaba á consolarla Antenor, sosteniendola con el brazo en que ella tenia apoyado su rostro extenuado y moribundo. El tierno Pedeo, sentado en el suelo junto á su madre, lloraba creyendo que muriese, y viendo tambien asomadas á los ojos de su padre las lagrimas del dolor y de la angustia que sentia. En tal estado de miseria y de desamparo se hallaban los que poco antes se vieron en la mayor grandeza y real opulencia, quando, ó fuese accidente ó providencia particular del cielo, oyó Antenor unos balidos que llamaron su afanada atencion. Volvia á todas partes sus curiosos ojos para ver si descubria el rebaño, ó al pastor que lo conducia. No viendolos venir, y temiendo que la suerte le robase aquella

ocasion venturosa que los dioses le presentaban, viose precisado á desamparar la desfallecida Teana, dexandola apoyada al tronco del árbol, baxo cuya frondosa copa se habian guarecido.

A pocos pasos que dió, siguiendo el eco de los balidos, salió á un fertil barranco, entre cuyas crecidas matas pacian las ovejas, y luego descubrió al pastor, que estaba sentado á la sombra de un lentisco. Encaminóse hácia él movido del gozo, y de la confianza que le infundió tal vista, y estando ya cerca el hijo de Laomedonte, le dixo asi con las manos juntas, en ademan de humilde suplicante: Si unos infelices, trabajados de su cruel desventura, pueden moverte á piedad, esta vengo á implorar con animo reconocido. Quieran los dioses recompensarte á medida de la comiseracion que sintieres por quien te la pide para sí, y para su desdichada muger, que queda ahí cerca en los brazos de la muerte.

Conmovido el pastor del noble aspecto con que Antenor, á pesar de su postura humilde, imploraba su piedad, se levantó de su asiento preguntandole por el sitio en que habia dexado á su muger moribunda. Señalandoselo Antenor con la voz y con la ma-

no, van en busca de ella; y habiendo llegado al árbol, se esmeran los dos en llevarla al arroyo, que con bullicioso curso serpeaba por medio del barranco entre floridas adelfas. Pudo alli Teana con los buenos oficios del pastor y de su marido, recobrar sus casi perdidos sentidos, y alimentarse con la ordeñada leche, que tomó tambien Antenor y el niño Pedeo, no teniendo otra cosa el pastor con que aliviar su hambre en aquel páramo, que antes era una campiña fertil, poblada de aldeas y ricos labradores que desaparecieron de la haz de la tierra en aquellos años de guerra. Todo lo habia talado y destruido el hierro y fuego de los Griegos.

Viendolos algo recobrados el pastor, deseó saber de ellos, quienes eran, y como se hallaban en aquel sitio. Dixole entonces Antenor que habian quedado prisioneros en la ciudad de Absirte, tomada por Antifo, que los enviaba con otros cautivos á Agamemnon; que encontrandose con el exército de Telefo Rey de la Misia, les habia dado libertad dexandolos al cielo raso y á su ventura. Calló Antenor su nombre, recatandose del pastor á quien no conocia, y de quien deseó saber si moraba en aquellas cercanias,

y si podria darles refugio donde pasar aquella noche.

Con el animo mismo y buena voluntad conque os socorrí, le dixo entonces el pastor, os ofrezco el asilo que me deparó la suerte. Diome ésta sobrados motivos paraque me apiadase de los desdichados, desde que los crueles Griegos apenas llegados á la playa troyana, me quitaron con la libertad todos los bienes que poseía mi padre Ifilo en la villa de Pirrea, saqueada y destruida por Ulises. Mi nombre es Mesiles, podia tener doce años quando los Griegos me cautivaron. Llevaronme á sus reales donde me hacian servir en los mas baxos oficios de la armada, que mi edad sufria, hasta que me enviaron al valle Esichio, no lexos del campo griego, sujeto á Megez hombre fiero y desapiadado, que cuidaba de toda especie de ganados que iban tomando los Griegos, y que encerraban en aquel ancho valle para el abasto del exército.

Alli me tuvieron ocho años hasta que destruida Troya, no quedandoles enemigos que temer, quitaron las guarniciones de los fuertes que levantaron para defensa de los ganados que pacian en aquel valle, y los dexaban ir á sus anchuras, para que pacie-

sen en las faldas de los vecinos collados. Sin duda se olvidaron de que era yo troyano, pues me dexaban la libertad de pastar el rebaño donde queria fuera de aquel valle. Un dia, que no fui visto de los zagales griegos, me alexé tanto con estas pocas ovejas, que el deseo de recobrar mi entera libertad, avivado del temor que padecia de que pudiesen llevarme los Griegos á sus tierras, segun lo significaban, me hizo internar en los campos, donde me lisonjeaba escapar de sus manos.

Sucediome esto felizmente: pues ellos se habran ya embarcado sin duda y partido para la Grecia; yo hace dias que me refugié en una alqueria derrocada, que está ahí cerca. En ella encierro mi hato, y no es otra la habitacion y asilo que os puedo ofrecer, á donde es ya hora que nos encaminemos si deseais pasar en ella la noche. Agradecido Antenor á los buenos oficios y voluntad del pastor Mesiles, diole afectuosas gracias: y viendo algo restablecida de fuerzas á su muger Teana, se encaminaron todos hácia la casa siguiendo el rebaño.

Algunas paredes quedaban todavia en pie sobre sus cimientos, otras habia medio derrocadas, y todas estaban ennegrecidas del humo de la voraz llama enemiga, que habia

consumido los techos. Mesiles se habia refugiado en un soterraneo, que manifestaba haber sido bodega, donde él se guarecia de las fieras por las noches, sin tener otro lecho en que descansar, que el que se formaba con la hojarasca que recogia por los bosques y campos, y sin otro alimento que la leche que ordeñaba á sus ovejas, y algunas frutas silvestres si las encontraba. Ningun mueble ni utensilio tenia, ni arma alguna de que pudiese servirse, ni aun para encender lumbre; pasaba sin fuego y luz artificial, retirandose á aquella caverna, y saliendo de ella con la luz del dia.

Este asilo tuvieron aquella noche los infelices huespedes de Mesiles, recogiendoles él algunos ramos tiernos que pudiesen servirles de blando lecho. El animo de la acongojada Teana, asombrado de aquella muda y espantosa lobreguez, se dexó rendir de nuevo de su afliccion, prorumpiendo en nuevos lamentos y quejas contra su suerte. Llamaba felices á sus difuntos hijos, que se libraron con la muerte de peores congojas y trabajos, como lo eran los que ella padecia. Luego invocaba á su amada Pasitea, y le envidiaba su destino aunque funesto. Abrazaba entre sus sollozos y lagrimas á su hijo Pedeo,

apretandolo á su seno, llamandolo resto infeliz de su desdichada familia, y rogando á los Dioses que quisiesen conservarselo para alivio de los acerbos males que le enviaban.

Procuraba consolarla Antenor, acordandole el feliz agüero que le dió en Troya la Paz, mensagera de Minerva, pronosticandole, que iria á otras tierras donde edificaria otra ciudad, en que renaceria la gloria de Troya y de los Troyanos. Que no sin favor y amparo de los Dioses se hallaban salvos de todos los peligros y desgracias padecidas; y que, aun quando se vieron desamparados en el campo, tuvieron la fortuna de dar con el buen Mesiles que los socorrió. Que asi confiase en los mismos Dioses, que los sacarian tambien de aquellos presentes trabajos, y los encaminarian felizmente á Taurea, donde reynaba su padre Ciseo, y á donde habia resuelto llevarla, luego que la ocasion se lo proporcionase.

Atonito estaba el pastor Mesiles oyendo entre tinieblas estos discursos de sus huespedes, echando de ver por ellos, que eran Antenor y Teana, como lo manifestaban, aunque no los habia conocido el dia antes, por estar ellos tan desfigurados asi de los trabajos y miserias padecidas, como del ruin

trage que llevaban y por haber supuesto Antenor que eran de la ciudad de Absirte, callando en la relacion que le hizo su salida de Troya y su nombre. Pero recapacitando entonces en su memoria las facciones y estaturas de sus huespedes, certificóse en ello sintiendose impelido del gozo á descubrirseles, y á desmentir la falsa relacion que les hizo de su vida y de su nombre.

Le contuvo con todo el ver que Teana se sosegaba, forzada de la necesidad del sueño y del cansancio; y resolvió esperar el nuevo dia para reconocerlos mejor, y experimentar mayor gozo con su descubrimiento. Llegó finalmente á penetrar en aquella caverna la claridad de la luz del dia, que alumbraba su lobreguez por el solo agujero que servia de entrada, y que no llegaron á cegar enteramente los cascajos del derrocado edificio, macizados con el tiempo entorno de la boca de aquel soterraneo, que dexaba bastante espacio para entrar y baxar á él por unas gradas, que aunque desmoronadas, conservaban todavia su antigua forma.

Fue el primero Mesiles en dispertarse; y viendo dormidos á sus huespedes, salió de aquella cueva para ir á reconocer sus ove-

jas, que eran todos sus bienes y ajuar. No faltandole ninguna, ocurriole ir tambien antes que sus huespedes se dispertasen, á formarles vasos para la leche, de unas calabazas que habia á las espaldas de aquel edificio, reproducidas acaso de sus mismas semillas. Como no tenia cuchillo para partirlas y mondarlas los cascos, serviase de una piedra que encontró, proporcionandole la naturaleza y necesidad aquel instrumento.

Dispertaron entretanto Antenor y Teana; y no viendo al pastor en el soterraneo, se dieron prisa á salir de él temiendo que su huesped los huviese desamparado. Estas temerosas sospechas avivaron mas el gozo que sintieron al verlo empleado en aquella oficiosa ocupacion. No fue menor el alborozo de Mesiles al reconocerlos, como habia deseado; viendose precisado á contener las lagrimas que le arrancaba la ternura y compasion para con aquellos deudos suyos, ambos á dos de real sangre, reducidos á tal exceso de miseria y de pobreza.

Disimuló con todo por entonces queriendo llevarlos antes de descubrirse á un bosque vecino, que aunque pequeño, formaba una morada deliciosa. Abundaba el suelo de espesa y florida yerba, en que podian pacer

sus ovejas sin temor que se le descarriasen, mientras conversaba con sus huespedes. A estos entregó los mondados cascos, diciendoles, que todo era preciso en la necesidad, que aquellos vasos les servirian del mismo modo que otros de oro; el que habia agravado los trabajos y miserias de los hombres, sacandolos del sencillo y primitivo estado de la naturaleza, la qual suplia todas las necesidades de la vida, como lo podian ver en él, que nada de necesario le faltaba para conservar su vida en aquel desierto; y que asi, se consolasen en su desgracia, pues la necesidad les haria llevadera y mas gustosa aquella vida, luego que á ella se acostumbrasen.

Las voces de la verdad natural, que son los acentos de la virtud y de la sabiduria, imprimense facilmente en los animos preparados por la desgracia para recibirlas. Ellas no se idearon en las escuelas de Atenas, sino que enseñó á articularlas la naturaleza, y asi fueron de todos tiempos y de todos los hombres, cuya reflexîon iluminada y amaestrada de los accidentes de la vida, deduxo la verdad de los opuestos principios combinados entre sí. No era pues de extrañar que el pastor Mesiles hablase á sus huespedes

en aquel tono ; ni que Antenor y Teana experimentasen consuelo en lo que les decia, tratandolos con mayor confianza que el dia antes , aunque acompañada de mayores demostraciones de afecto y de ternura.

Acompañolos inmediatamente al vecino bosque , llevando consigo sus ovejas ; y los hizo sentar sobre la mullida yerba al pie de un peñasco que cerraba el bosque , donde les ordeñó la leche. Antenor , curioso entonces de saber la causa de la gran cicatriz que Mesiles tenia en el rostro , y que mucho lo desfiguraba, le preguntó si fueron los Griegos los que le dieron aquella herida. Vuestra pregunta , respondió Mesiles , me da motivo paraque no extrañe si no me conoceis, pues yo mismo no os conocí tampoco á vosotros , hasta que os nombrasteis en la cueva. Y como no os conocia , os fingí la historia que oísteis de mi vida , que en nada me compete , ni aun el nombre que tomé de Mesiles , pues soy el infeliz Hipoloco , hijo del deplorable Deifobo.

¡ Dioses ! exclamó Antenor. ¿ Qué oigo? ¿ qué veo ? Hipoloco, hijo mio , dexa que te abrace , que desahogue en tu seno el alborozo con que inunda mi pecho tu descubrimiento. ¿ Mas cómo es , hijo mio , que te

veo tan desfigurado con esa herida, que afeó tus hermosas facciones? ¿Quién te la dió? ¿Qué es de tu buen padre Deifobo? ¿Cómo te hallas en este desierto? ¿Veniste por ventura de Troya la noche del fatal incendio? Cuentamelo todo, hijo mio, pues deseo saber tus desventuras. En otras iguales expresiones prorumpia tambien Teana alborozada por reconocer á Hipoloco, y deseosa de oir su historia verdadera.

Hipoloco enternecido de sus demostraciones y lagrimas, suspiró diciendo: ¡ah! no es posible haceros cabal relacion de todas mis desgracias y las de mi familia, si por ventura las ignorais. Nada sé, hijo mio, le decia Antenor; pues salí de Troya la noche misma de su funesto incendio. Y asi cuentame todas las barbaridades que cometieron aquellas fieras: ¿porque, qué se puede esperar de los Griegos, despues que el tigre de Aquiles insultó tan vil y barbaramente al cadáver de Hector? ¿Qué fueron todos esos indignos ultrages, continuó á decir Hipoloco, en cotejo de las atrocidades que executó Menelao en mi desdichado padre Deifobo? Oid la historia desde su origen; ella hará tal vez mas llevaderas vuestras presentes desventuras.

Como sabia Menelao que mi padre Deifobo se habia casado con Helena, despues de la muerte de Paris, lo primero á que atendió, entrada la ciudad, fue á ir á sorprender á mi padre en su casa, y vengarse de él como deseaba. Despertaronme las voces y el tumulto de los esclavos, que acudieron á defender la casa acometida por los Griegos; estando yo bien ageno de pensar que fuesen los vencedores la causa de aquel alboroto. Luego que me certifiqué, acudí á sostener los esclavos entre las deplorables mugeres, que acrecentaban el tumulto con sus lamentos. Lograron los Griegos derribar la puerta; entran de tropel, matan á mi hermano Perrebo, que defendia la entrada con mi padre Deifobo, á quien hirieron y ataron por órden de Menelao. Merión que lo acompañaba, me dió esta herida en el rostro, que me privó de sentidos, y me derribó en el suelo.

Atropellan entonces con los esclavos que quedaban, y hacen carniceria en ellos y en las mugeres que se les presentaban. Ni le valió á mi infeliz abuela Deíope su edad avanzada, ni la estatua de Minerva, á que se habia refugiado. Pasóle el cruel Menelao la espada por el vientre, sacandola toda en-

sangrentada para degollar con ella á mi hermana Antigone, que estaba junto á su abuela de rodillas pidiendole merced al vencedor. Solo se la concedió el feroz hijo de Atreo, para vengar en su virginidad el deshonor que decia haberle causado Deifobo casandose con Helena. Mandóla atar á este fin, y llevarla á los reales con las otras doncellas que quedaron con vida.

Refrenó no poco su saña la vista de su muger Helena, que puesta tambien de rodillas junto á la estatua de Minerva, estaba dudosa y temblando no sabiendo como la trataria su furioso marido. Dexó él asomar su fiero gozo al encendido rostro, en que apagó el enojo al reconocerla; y con los brazos ensangrentados fue para ella, y la estrechó dexandola manchada con la sangre de que todo él estaba cubierto: y sin darle otras demostraciones de gozo, hizola levantar del suelo, y asiendola de la mano, la llevó á donde habia dexado atado á mi infeliz padre Deifobo. Alli despues de haberlo cubierto de improperios, arremetió contra él como tigre exâsperado, cortóle la nariz y orejas, luego las manos una tras otra; y dandole por ultimo una herida mortal, lo impelió semivivo al suelo, abandonando su cuerpo

á las llamas, que dilatandose ya por la casa, le obligaron á salir de ella con los demas Griegos.

Llevóse consigo á su recobrada muger, causa fatal de tantos males y atrocidades; y á los cautivos los hizo conducir á los reales. Entre ellos iba yo tambien, herido como estaba, reservandome para degollarme ante el sepulcro de Aquiles. Haciannos apresurar el paso los Griegos, para evitar las ruinas de los edificios que iban cayendo, y que á una y otra parte vomitaban horrible fuego. El incendio se habia ya dilatado por toda la ciudad; y no es posible describiros el horror y espanto que tal vista infundia, ni la de los cuerpos semivivos y muertos que yacian por las calles. Al resplandor de las voraces llamas se veían relucir los charcos de la sangre, en que se revolcaban los moribundos, mezclando sus lamentos con los resuellos y vascas de muerte con que luchaban; sobre ellos, y sobre los cadáveres, que encontrabamos nos hacian caminar, forzando con golpes á los que desfallecian.

Dabamos á cada paso con otras tropas de prisioneros Troyanos, que con su llanto y lamentos, confundidos con las voces de los vencedores, y con la caida de los techos y

edificios consumidos del fuego, acrecentaban la horrible confusion de aquella funesta noche. No pude contener el llanto quando descubrí á la infeliz Andromaca y á Casandra casi desnudas como las sorprendieron, y á la inocente Polixena que amargamente lloraba, atada á su afligida madre Hecuba, á quien el dolor y espanto llevaban enagenada. Con ellas iba tambien la muger de Polites invocando la sombra de su marido degollado por Pirro.

Mezclados con las escoltas de los prisioneros iban muchas cateryas de Griegos cargados con el botin que pudieron robar á las llamas. Llevaban á los reales toda especie de vasos, de estatuas, tapicerias, y demas alhajas y preciosos utensilios, con que llenaron gran parte de las tiendas del campo que tenian formado entre el puerto Sigeo y la ciudad, donde estaba el sepulcro de Mirrina. Alli nos tuvieron atados toda aquella noche y siguiente dia; hasta que asegurados los gefes de la total ruina de Troya, trataron del repartimiento de los despojos y cautivos. Tocóme á mi la suerte funesta de ser destinado para victima del matador de Hector, y como á tal me enviaron á las naves.

Hizo celebrar luego Agamemnon la vic-

toria con solemnes juegos y sacrificios, que se habian de acabar con el mio y con el de otros once principales cautivos, que habian de ser degollados en el tumulo de Aquiles. Intimosenos tres dias antes la muerte; y llegado el dia señalado, nos coronaron de verbena, y atados como reses, nos llevaron al sepulcro. Ante él estaba el ara de piedra, en que nos habia de sacrificar el sacerdote Calcante. Nos esperaba éste vestido de fúnebre pontifical con el brazo desnudo, que tenia apoyado al ara misma; resplandecia el cuchillo empuñado de su mano, el qual me infundió un terror que no sabria explicar.

Todo el exército se hallaba presente al barbaro é inhumano espectáculo. Lo presidia el mismo Agamemnon sobre un trono elevado, que lo rodeaban los principales gefes y capitanes. Habia ya nombrado Calcante al desdichado Timetes el primero, como hijo natural de Priamo; y conducido al ara, al tiempo que iba á asentar la rodilla en ella, he aqui que se conmueve de repente la tumba, y hace temblar el suelo. Comenzó luego á salir un denso humo sobre la losa del sepulcro y en medio de él comparece la sombra de Aquiles, que al vivo lo representaba, pero mucho mas fiero y terrible que

quando entraba en la batalla. Sus ojos parecian ascuas de fuego ; y con voz ronca y triste, dixo : no es ese, ó Griegos, el sacrificio que se debe á mi venganza, mas sí el de la sangre virgen mas próxîma á quien me mató. Derramela el acero de Pirro : el hijo es el que debe vengar al padre.

Calcante fuera de sí, y horrorizado al oír esto, dexa caer el cuchillo de las manos, y con los brazos abiertos medio caido de espaldas, estaba atento á lo que aquel horrible espectro proferia. Yo no tuve aliento para volver á fixar los ojos en él, y la sangre casi se me heló en las venas. No fue menor el espanto que se apoderó de todo el exército, testigo de aquel terrible portento. Tardaron á volver en sí los gefes principales, antes que consultasen lo que debian hacer, y la interpretacion que debian dar á las palabras de la sombra aparecida para aplacarla.

Fueron llamados á este fin los adivinos, entre ellos se dexó ver luego Calcante, cuyo ardiente zelo parecia haberse avivado mas con aquella espantosa aparicion, diciendo, que la sangre virgen que Aquiles pedia era la de Polixena, como doncella y hermana de Paris, que fue el que lo mató. Todos á una aprueban su interpretacion, y de

contado dan el encargo á Ulises de traer la doncella al sacrificio. A nosotros, que debiamos ser sacrificados, nos mandaron volver á las naves, y nos libramos asi de la inminente y cruel muerte que nos esperaba.

La desdichada Polixena se hallaba en compañia de su madre Hecuba, que aliviaba con la vista de su hija el fiero dolor que la tenia atonita y abatida con los crueles torcedores de tantos males y desgracias, á que parecia imposible que sobreviviese. No es facil deciros los excesos de furor y de rabia á que se entregó la exâsperada madre, quando Ulises le declaró la determinacion de la armada de sacrificar su hija á los manes de Aquiles. Arrojóse á él con impetu de fiera, á quien roban sus cachorros, arañóle el rostro, y le hubiera arrancado los ojos, si Ulises no se hubiese valido de todas sus fuerzas para desprenderse de ella, y salirse de la tienda, como lo hicieron Fenix y Nestor que lo acompañaban.

Viose precisado Ulises á valerse de los soldados para sacarle por fuerza á su hija desventurada. Mas ésta, lejos de querer hacer resistencia á su fatal destino, fue la primera en persuadir á la madre que dexase cumplir en ella la determinacion de los dio-

ses ; y á los soldados que se acercaban con las lanzas enristradas , mandó que no llegasen á tocarla , pues iria de por sí á la muerte, que preferia á su deshonor y servidumbre. Contuvieronse ellos, obligados de la noble superioridad con que Polixena les ordenó que se detuviesen , quedando alli solo por testigos de los terribles lamentos y sollozos en que prorumpió la madre.

Llegó esta al extremo de postrarse de rodillas ante la hija , rogandole con lagrimas que no quisiese ser ella misma la causa mas cruel de su muerte. Penetró el corazon de la afligida Polixena aquella humilde postura de su madre Hecuba poco antes Reyna la mas ilustre del Asia, y madre de tantos hijos, sin que de todos ellos le quedase otro , que aquella inocente princesa destinada tambien á la muerte. Sofocada ella de la ternura y dolor , que no podia manifestar con las palabras , declarabalo con el llanto que mostraba al cielo teniendo sus brazos cruzados sobre el pecho , taladrado del fiero sentimiento que le causaba el haber de desprenderse de su miserable madre , para ir al cadahalso que le tenia destinado su fatal suerte.

Venciendo finalmente la fuerte resolucion que le avivó el deseo de acabar con la

vida tan fieros é intolerables males , se inclinó para dar el ultimo abrazo á la madre, que puesta todavia de rodillas , daba mayor vigor á sus ruegos y sollozos teniendola asida de las aldas. Mas al ver el ademan de la hija que le daba los ultimos adioses , no pudo resistir su corazon al exceso del sentimiento que penetró sus entrañas , y la privó enteramente de sentidos. Polixena hubiera querido morir junto á ella de dolor , mas siguiendo su fuerte resolucion , aparta de ella sus ojos llorando amargamente para presentarse á Ulises , á quien dixo , que alli tenia la victima , y que la llevase quanto antes al sacrificio.

Ulises entonces con su acostumbrada eloqüencia , encarece su heroicidad , y alaba su magnanimo ofrecimiento : oiale ella con mudo , pero severo continente , hasta que la presentó á Agamemnon. Este , y todos los demas gefes , pareció que ablandasen su ferocidad á vista de la hermosa Princesa , compadeciendo todos su desventura , y la temprana pérdida de tantas gracias y belleza. Pusole la hija de Crisis , sacerdotisa de Apolo , la corona de flores , y despues que Calcante le cortó parte de su hermosa cabellera , para ponerla sobre el sepulcro, la cubrió

con el blanco velo, con que debia ser presentada al sacrificio. Mostró ella en todas estas ceremonias mayor esfuerzo y magnanimidad que todos aquellos gefes y capitanes juntos en las bárbaras proezas que hicieron en los diez años del sitio.

Todo el exército al ver que se encaminaba á la muerte, prorumpió en tan gran llanto y tan altos sollozos, que excedian á los roncos bramidos de las olas que batian las rocas de la vecina playa, acompañando con aquella lluvia de llanto á la miserable Polixena, que imperterrita y sin ser sostenida de ninguno, rodeada solamente de sacerdotes y de sacerdotisas, seguia á los ministros que la precedian con los braseros encendidos, en que humeaban los sagrados aromas. Con esta grave y fúnebre pompa llegaron al sepulcro de Aquiles en que debia ser degollada.

Ocupaba ya el joven Pirro el lugar que dexó Calcante, quando estaba para degollar á Timetes. Mostraba en su presencia y denuedo la fiereza de su padre. Habiala de hecho heredado; pero la desmintió en aquel lance, pues aunque sufrió con ojo firme la llegada de la victima y de los ministros, al ponerse ella de rodillas, no pudo contener

Pirro su llanto, y torció la cabeza para descargarlo. Hizo esto aterecer de horror y de ternura á toda aquella muchedumbre de pueblos que renovaron con mayor fuerza sus sollozos, pareciendo que pidiesen la libertad de aquella victima inocente. Sola ella no lloraba, antes bien viendo á Pirro embarazado y confuso: ¿ para que te detienes ? le dixo: Haz tu barbaro oficio, y dame la muerte: esta me libra de tu servidumbre. Otro motivo de dolor no tengo; sino que sobreviva mi infeliz madre á mi trance y á todas vuestras atrocidades.

Provocado Pirro de estas voces vuelve sobre sí; y como si se arrepintiera de su pasado enternecimiento, dale una feroz mirada, aunque envuelta todavia con el llanto que le causo; y no tardó á descargar con animado furor el empuñado cuchillo, hiriendo con él el seno de la victima. Cayó entonces la infeliz Polixena al pie del altar, que regó con su virginea y real sangre; y el exército recibió su caida con altos sollozos y alaridos.

No pudieron contener su llanto Antenor y Teana al oir esto, obligando á Hipoloco á suspender su narracion. Largo rato lloraron la muerte de la desventurada Polixena; pe-

ro finalmente deseoso Antenor de saber el modo como Hipoloco habia escapado de los Griegos, y lo que hicieron estos despues del sacrificio, le rogó que prosiguiese. Hipoloco le satisfizo diciendo: levantaron una gran pira para quemar el cadaver de Polixena; degollaron muchas reses, acompañando todas las ceremonias con plegarias á los dioses infernales y á Neptuno, á quien rogaban quisiese aceptar tambien aquellos sacrificios, para que les fuese favorable en la vuelta de las naves á la Grecia.

Al dia siguiente se dió orden para que se embarcasen todos los despojos de Troya, y lo demas perteneciente al uso de la armada. Sirvieronse para ello de los cautivos que en sus hombros, y á vista de la destruida Troya que todavia humeaba, trasladaban á las naves las ricas cargas que yacian amontonadas por la playa, segun las reparticiones hechas por Agamemnon. En esto nos empleabamos los cautivos, quando de repente vimos que los Griegos corrian á la tienda del General; y los que estaban en nuestra guarda mostraban gran impaciencia por no poder acudir á donde corrian los demas. Pero luego que supieron que era una contienda nacida entre Ulises y Ayax, el hijo de Tela-

mon, sobre el Paladion, descuidan enteramente de nosotros y corren tambien á satisfacer su curiosidad.

Viendonos entonces nosotros sin guardas, acudimos á saludarnos unos á otros, segun nos ibamos reconociendo, llevados de la natural propension, y del gozo que sentiamos al vernos en aquella especie de momentanea libertad, y creyendonos libres del riesgo de la muerte y de la comun ruina. No os puedo ponderar el júbilo que probé, quando ví á vuestro hijo Laodoco..... ¡Cielos! ¡dioses! exclaman á una Antenor y Teana. ¿Laodoco vive? ¿él vive? ¿Pero cómo es, que vive? Cuentalo, hijo, le decia Teana con lagrimas, pues me tienes impaciente. ¿Qué te dixo? ¿cómo escapó de la muerte? pues nos aseguraron que habia muerto.

Nada de eso os sé decir, respondió Hipoloco, pues nada pude saber de mi buen amigo; porque apenas habiamos desahogado nuestro alborozo en los primeros abrazos, vimos venir hácia nosotros los guardas, que nos hicieron volver á nuestros puestos y cargas ¿No le viste mas? preguntaba de nuevo Teana, ¿sabes si escapó como tú de la servidumbre de los Griegos? No os puedo dar este consuelo, replicó Hipoloco, porque

no lo tuve tampoco de volverlo á ver. Consolaos con todo, pues él vive seguramente, y puede ser que los dioses os lo devuelvan algun dia. Haganlo ellos, dixo Teana, y añade al consuelo que me has dado con la noticia de mi hijo, el que tendré en saber el modo como escapaste de los Griegos. Oidlo en hora buena, continuó á decir Hipoloco, pues renuevo con complacencia la memoria de mi obtenida libertad.

No pudiendo componer buenamente Agamemnon la suscitada contienda entre Ulises y Ayax, quiso que se decidiese por votos del exército, que mandó juntar á este fin. Ulises tenia sobrado embaucados á los Griegos, para que dexase de asistir ninguno de ellos á su peroracion. Los mismos que guardaban á los cautivos nos llevaron consigo. Formaba todo el exército un vasto y terrible circo. Descollaba entre los capitanes Merion, el otro Ayax Oileo, Filoctetes sano ya de su llaga, Teucro y Diomedes. Estaban todos ellos en pie apoyados á sus altas picas cerca del magnifico trono de Agamemnon.

Veíase al otro lado del trono el gran Menelao, junto á la real tienda, en que se dexaba ver la recobrada Helena, vestida de una rica tunica: cerca de ella estaba Pirro, que

llevaba impresas en su rostro las señales del dolor y del arrepentimiento por haber degollado á la inocente Polixena. Compareció luego enmedio de aquel vasto circo el competidor Ayax para tratar su causa. Quisiera acordarme por entero de lo que dixo asi él, como Ulises, para referirlo; pues la fuerza sola de la eloqüencia de Ulises fue la que se llevó los votos del exército en aquella famosa causa. Diré con todo succintamente lo que de ella se me acordáre.

Luego que Ayax estuvo enmedio del circo, volvió sus ceñudos ojos á la armada naval; y señalandola con la mano, la tomó por argumento de la notable injuria que se le hacia en quererle dar á Ulises por competidor en aquella causa y delante de aquellas mismas naves que él habia librado del incendio, con que les amenazaba Hector, quando todos fueron testigos de la vergonzosa fuga de Ulises en aquel lance. Tomó de aqui pie para tratar al mismo de cobarde, y solo bueno para robar. Llamólo bastardo de Sisifo, y solo á él semejante en la rapacidad. Pasó luego á encarecer su nobleza, en cotejo de la de Ulises, diciendo ser el tercer descendiente de Jupiter, cuyo hijo Eaco engendró á Telamon, de quien él

procedia, reconociendo á Jupiter por su bisabuelo.

A mas de esto, imputó á Ulises la muerte de Palamedes, el desamparo de Filoctetes en la isla de Lemnos, y el no haber socorrido á Nestor herido por Dolon. Y concluyó diciendo, haber él recobrado el Paladion del rio, donde Ulises lo arrojó, y haberlo traido á los reales, y que por todo esto se le debia. Fue recibida con grande aplauso del exército la oracion de Ayax; pero callaron de repente luego que vieron comparecer á Ulises.

Este, despues de haber tenido los ojos fixos en el suelo y los animos en mayor suspension, comenzó ante todas cosas á afear la baxeza de los sentimientos de su competidor en hacer alarde vano de su nobleza, como si esta tuviese que ver en la causa. Dixo, que el hombre no debia llamar, ni reconocer por suyo, sino sus propias acciones, pues ni el linage, ni el nombre, ni las hazañas de sus mayores nacian de quien de ellas se jactaba, siendo á él anteriores, y mera combinacion de accidentes, el nacer de padres esforzados. Pero que ya que su contrario habia quitado á los oyentes el rubor de oir tales cosas, y á él en parte la verguenza de

decirlas, le haria ver que descendia en grado igual de Júpiter, cuyo hijo Arcecio engendró á Laertes de quien él nació.

Hizo ver que la muerte de Palamedes y el desamparo de Filoctetes en Lemnos, que Ayax le imputaba, lo habia él executado por parecer de los gefes que le dieron este encargo. Tomó diverso aspecto en sus labios la fuga de que Ayax lo acusaba, y el no haber socorrido á Nestor; y le sirvió esto mismo de argumento para hacer la enumeracion de sus proezas, diciendo, que habia tomado la ciudad de Thebas, las islas de Lesbos y de Tenedos: las ciudades de Crissa y Cila; que él era la causa principal de la ruina de Troya, por haber inducido á Aquiles á que pelease con Hector; por haber hecho prisionero á Heleno, y obligadolo á que le declarase la profecia sobre el Paladion, sin el qual los Griegos no hubieran podido tomar la ciudad.

Que en fuerza de esto, se habia él atrevido á entrar en ella disfrazado con los vestidos del troyano Ifitides, á quien mató, y penetrar en el templo y sagrario de Minerva, donde estaba reservado el Paladion; que alli degolló á la sacerdotisa Pantea que lo velaba, y cargandoselo sobre los hombros, lo

llevó á la muralla por donde lo desprendió.

Anochecia ya, quando Ulises llegó á esta parte de su narracion, animandola con tan vivas expresiones y pinturas, que viendo yo á los Griegos embaidos y fuera de sí, pendientes todos de la boca de Ulises, sentí impulsos de escaparme, y confianza de que no seria notado, ni sentido de ellos, si me deslizaba poco á poco entre los cautivos. Disimularon estos mi tentativa, y envidiaban mi atrevimiento: contribuyó para su exîto feliz el estar inmediata una de las tiendas que formaban el real de los Dolopes, donde me meti. Pude pasar asi felizmente al real de los Traces, que seguian á Medonte; y de ellos me libré, con la precaucion que tuve de armarme de antemano, de un escudo y lanza, que encontré apoyados á una tienda de los Dolopes, porque teniendome los Traces por soldado griego, me preguntaron la comision que llevaba, y la osadia en el peligro me sugirió fingirme mensagero de Tlepolemo, sobre un secreto encargo que pedia prisa; y sin detenerme proseguí mi camino bullendome el gozo en el pecho al ver la confianza, con que aquellos engañados barbaros allanaban el camino á mi libertad.

Creció mi jubilo quando llegué á la ri-

bera del Simois al tiempo que las estrellas comenzaban á bordar el manto de la noche. Avivé entonces el paso hasta llegar al sepulcro de Esico, á quien invoqué para que favoreciese mi fuga. En ella persistí hasta que me encontré muy cerca de las ruinas de Troya, las que pude descubrir, siendo grande la claridad que esparcian las estrellas; mas la vista de la destruida Troya infundióme tal horror, que no me fue posible dar un paso adelante. Pareciame que revoloteasen las almas de los difuntos entre aquellas vastas ruinas, y que saliesen quejas y lamentos de aquella gran tumba de la gloria y fortuna de Troya, emporio poco antes y ornamento el mayor de toda el Asia.

Poseido de aquel espanto, me ví precisado á pasar aquella noche en la orilla del rio escondido entre los sauces y arbustos que criaba la corriente. Todos los campos estaban talados y rasos. La venganza y rencor de los Griegos respetaron solo á los sepulcros, y no quedaba otra cosa en pie. ¿Cómo os pintaré el horror que entonces penetró todos mis miembros y sentidos, quando á poco rato que estaba descansando entre los sauces, ví delante de mi la sombra de mi infeliz padre Deifobo? Mostrabame ella sus

brazos mancos y sus cortadas narices, que manaban sangre, diciendome al mismo tiempo: mira, hijo mio, como me paró la rabia y rencor de Menelao; no te olvides de hacer á tu padre las debidas exêquias.

Dicho esto desapareció, y yo quedé allí enagenado de dolor y de espanto; el pelo se me levantó sobre la cabeza, y sentia que me faltaban fuerzas y aliento para huir como deseaba. Sucedió luego á este terror la compasion y ternura para con mi buen padre, y me puse á llorar amargamente su desgraciada muerte que le predixo Casandra, en vez de los parabienes por sus segundas bodas con Helena. ¿Quién no se hubiera burlado entonces de su profecia: sin poder temer ni pensar las barbaridades de Menelao ni la ruina de Troya?

La memoria de ellas encendió de tal manera mi enojo, que me impelió á ir á vengarme del cruel hijo de Atreo á qualquier costa. Mas al tiempo que me levantaba con ímpetu del suelo, se me escapa la lanza de las manos, y cae en el rio en donde la perdí. Diciendo esto Hipoloco, advierte Teana que le faltaba su hijo Pedeo, y se muestra solícita por él. Hipoloco reparó tambien que se habian salido del bosque las ovejas,

y hubo de interumpir la narracion para ir en busca de ellas y de Pedeo.

LIBRO SEGUNDO.

HAbialas descarriado el niño empeñado en alcanzar una de ellas, sin advertir los padres su travesura, por estar muy atentos á la narracion de Hipoloco. Volvió este á proseguir su interumpida historia, despues de haber recogido sus ovejas, diciendo asi: Alboreaba ya quando el arrebato del enojo me hizo perder la lanza que se llevó la corriente. Arrojé tambien á ella el escudo que solo me servia de peso inutil y de embarazo para caminar á prisa, como la necesidad y el peligro me lo aconsejaban, para alejarme de los Griegos, y refugiarme en una de las ciudades frigias.

Pude ver entonces claramente y sin el mismo terror que se apoderó de mí la noche antecedente, toda aquella vasta ruina de Troya, hecha espantosa soledad. Sus muros abatidos en parte, en parte enteros; sus torreones chamuscados de la llama, y medio

caidos. Descubriase desde afuera por varias partes lo interior de la ciudad, sus destruidos templos y palacios convertidos en abrigo de fieras y en nidales de aves de rapiña, y toda la vasta extension de aquel emporio del Asia, obra de los mismos dioses, hecho asiento de insectos y sabandijas.

No pude contener las lagrimas, acordandome de su antigua grandeza, de tantos varones esforzados é ilustres, y de tantos fuertes ciudadanos que quedaban alli sepultados. Renovóseme entonces vivamente la memoria de las palabras que me dixo la sombra de mi padre Deifobo, encargandome que le hiciese las exêquias: y vinieronme dudas de si su cadáver quedaria por enterrar. Sentí entonces fuertes impulsos de certificarme de ello, y lo intento; mas al tiempo que iba á subir por una hacina del caido muro, veo asomar un negro espectro, y dar tal ahullido, que sin poderme contener, aguijoneado del espanto que me infundio, eché á correr con quanto ahinco pude, y no paré hasta que casi sofocado del cansancio y de la falta de respiracion, me dexé caer en el suelo á la sombra del bosque de Diana, que tambien respetaron los Griegos.

No me permitió el cansancio llegar hasta

el templo de la diosa. Tendime baxo uno de los primeros acebos que forman aquel bosque, é imploré desde alli el favor de Diana, paraque me diese en él seguro asilo. Ella oyó sin duda mi plegaria, pues inmediatamente ví venir hácia mi un sacerdote, cuya vista me sorprendio sobremanera. Sabeis que no habia sacerdote desde que Doricles desamparó el templo por temor de los Griegos, quedando desde entonces sin culto. Pero Doricles habia muerto, y no podia yo conocer al sacerdote que hácia mi venia; hasta que ya cerca, conocí que era Epistrofio padre de Pantea, degollada barbaramente por Ulises en el sagrario del templo de Minerva.

¡Qué consuelo, Dioses, no me infundió su vista en aquella sombria soledad! Me arrojé á sus pies de rodillas, pues me pareció ver á una deidad, rogandole que amparase al desdichado Hipoloco hijo de Deifobo. Reconocióme él entonces, y despues de haberme dado mil demostraciones de afecto, me conduxo al Templo. Alli quiso que le refiriese el modo como habia escapado del incendio y del poder de los Griegos. Contéle por extenso lo que habeis oido, y deseando yo saber tambien el modo como él salió de Tro-

ya, me dixo: que al tiempo que salia de su casa huyendo del incendio, vió á Eneas que volvia á la suya para sacar de Troya á su viejo padre y familia, con la qual salió hasta el bosque de Diana, donde dexó á su padre y á su hijo Ascanio, para ir en busca de su perdida Creusa; que habiendosele aparecido esta, supo por ella que habia fenecido, lo que le obligó á seguir su huida hasta la ciudad de Scepsis, para embarcarse en el vecino puerto de Antandros, luego que tuviese prevenidas las naves.

Que él habia querido quedarse en aquel bosque y templo, por la devocion que tenia á la diosa Diana, confiado en la veneracion que habian manifestado tenerle los Griegos. Que alli se mantenia con las ofrendas que venian á presentar al templo los pastores que se habian refugiado en las serranias del monte Ida. Oyendo esto de Epistrofio, y prendado de sus demostraciones, me determiné á quedarme en su compañia, rogandomelo tambien él mismo.

La venida al templo de uno de los pastores con una hija suya llamada Pánope fue causa que lo desamparase. Prendéme sobremanera de la hermosura y gracia de la doncella, que pudiera sobresalir en medio de la

grandeza y esplendor de Troya, quanto mas en aquella soledad, y en la pobreza y miseria en que yo me hallaba, y privado para siempre de mi amada Erictone, hija de Ucalegon con quien habia de casarme, y que pereció sin duda en el incendio, pues no me fue posible saber de ella, ni descubrirla entre las cautivas que se salvaron, á no ser que su padre haya escapado con ella de Troya, si para ello le valió su adivinacion.

Con el motivo de estar alli con Epistrofio, informado el pastor Basilis, padre de Pánope, que era yo Hipoloco hijo de Deifobo, me echa los brazos al cuello, diciendome, que él servia de pastor á mi padre, y que el ganado que guardaba me pertenecia. ¡Qué nuevo consuelo infundieron en mi pecho estas palabras del padre de Pánope! Agradecido yo á su desinteres, le abracé tambien con lagrimas, y determiné seguirlo á la sierra con su hermosa hija. Olvidaronseme todas las pasadas desgracias y trabajos; parecióme que renacia á la mayor dicha, al verme junto á la graciosa doncella. Tanta fuerza infundió la naturaleza á las facciones de la hermosura, y á dos brillantes ojos enardecidos del amor.

Desaparecieron á su esplendor todos mis

afanes y tristeza. Pareciame que Troya habia renacido de sus cenizas, y que la suerte me restituia toda mi grandeza. Todo me parecia haberlo recobrado con Pánope, especialmente despues que llegamos al sitio frondoso y ameno, en que Basilis tenia su habitacion. Este delicioso asilo me deparó la suerte; alli me reconocia sobrado venturoso con Pánope, y con ella me lisonjeaba acabar mis dias sin tener porque envidiar mi corazon amante á los mas poderosos Reyes de la tierra. ¡Crueles dioses! ¿No bastaba haber privado al infeliz Hipoloco de todos sus bienes con la ruina de Troya y de su entera familia, sino que tambien le envidiasteis en su desventura, lo que tal vez hubieran desdeñado sus enemigos mismos, los mismos Griegos?

¡Ah! ¡qué digo, triste de mí! ¿Pánope era en sí un bien sobrado grande paraque dexase de envidiarmelo la suerte, y de arrebatarmelo? ¡Suerte cruel! ¿Tú lo executaste quando apenas comenzaba ella á sentir el dulce efecto de la correspondencia á mi amor ardiente? Perdonad si mi llanto precede á la narracion de la mayor de todas mis desventuras. Habia poco tiempo que estaba con ellos y con Basilis, llevando como

ellos vida de pastor, quando quise ir á ver á Epistrofio, y llevar algunas ovejas para hacer el sacrificio y exêquias á mi padre Deifobo. Las ovejas que llevé son esas que ahí veis, y con ellas llegué al bosque de Diana.

No encontrando en él á Epistrofio, ni respondiendo á mis voces, determiné esperarlo, lisonjeandome que llegaria de un instante á otro. Pero pasó el dia, y entró la noche sin que viniese; y no viendolo tampoco en el siguiente, entré en sospechas de que hubiese muerto, ó que se hubiese ido del templo. Empeñado con todo como estaba en esperarlo, quise quedar alli hasta el otro dia, quando veo venir un pastor de la serrania á todo correr, y que ya cerca comenzó á decir al verme: huye Hipoloco, huye; un cruel esquadron de Griegos acometió la serrania esta noche pasada, ha incendiado las casas y degollado á sus dueños. Basilis y Pánope han sido victimas de sus crueldades, como tambien mis parientes, yo pude escapar de la muerte con la huida, y te aviso de la desgracia para que la evites, pues me encamino á la ciudad de Antandros.

Aturdido de esta noticia, olvido á Epistrofio, y huyo con mis ovejas por la lla-

nura opuesta á la sierra. Apresuraba el paso regando el suelo con mis lagrimas por la pérdida de mi amada Pánope y de Basilis. El amor haciame detener freqüentemente, para informarme de aquella desgracia que no acababa de creer. Parecióme que podria salir de mis dudas, desde una loma que cruzaba el camino que habia emprendido. Su cuesta era blanda y facil, las ovejas me siguieron hasta la cima, y desde ella descubriendo el humo que se levantaba en varias partes de la sierra, lo tomé por señal indubitable de mi desdicha, y de la desgracia de la hermosa Pánope.

El dolor y la desesperacion dieron conmigo en el suelo, en que me revolvia como un frenetico, invocando la muerte para que acabase de una vez todos mis males. Hacia resonar con mis sollozos y lamentos aquel páramo, cuyo eco devolvia el nombre de Pánope, mil veces proferido por mis dolorosos acentos. Rebentado de gemir y de revolcarme en el suelo al sol ardiente que estaba en la mitad de su carrera, me aconsejé con la necesidad que todo lo doblega á su querer, y resolví buscar algun recobro en algunas de las caserias que desde la loma veía esparcidas en la llanura que descubria.

Caminé toda aquella tarde esperando encontrar gente que me recogiese, y llegué al anochecer á este derrocado edificio, entre cuyas paredes me refugié con mis ovejas. Aqui pasé la noche en continuo sobresalto; y resolví hacerlo mi morada, convidado del soterraneo que descubrí al dia siguiente. Asi me hallo aqui hace ya dos dias, donde el primer consuelo que probé, fue el de vuestra vista, aunque me oculté baxo el nombre de Mesiles y de la historia que os conté, temiendo declarar mi nombre verdadero; puesto que se hizo sobrado odiosa á la suerte la familia de Laomedonte y de sus descendientes, para que se valgan de su gloria, los que en parte la heredaron, á fin de ser mas compadecidos de aquellos á quienes en nada pertenecen; pero no para con quien es porcion como lo sois vosotros de la misma sangre, pues debeis tomar parte en la compasion que mutuamente nos debemos.

Asi dió fin Hipoloco á su relacion, con que enterneció los animos de Antenor y de Teana, por las tristes memorias que les renovaba en aquel yermo, que Antenor pensó desamparar quanto antes para ir á refugiarse á la ciudad de Antandros, puesto que no estaban muy distante de ella, en donde

Eneas les podia proveer de embarcacion para pasar á Taurea donde reynaba Ciseo padre de Teana. Hipoloco aprobó el pensamiento de Antenor, y mucho mas Teana, que quiso ponerse inmediatamente en camino para salir de los continuos sustos y afanes que padecia en aquella soledad. Executaronlo, tomando el camino del bosque de Diana, por donde Hipoloco vino, el qual echó delante sus ovejas. Seguianlas ellos llevando Teana asido de la mano á Pedeo, en cuya edad no hacian mella aquellos trabajos, no habiendo conocido los bienes que habia perdido.

Estos al contrario eran el objeto del sentimiento y de los discursos de sus padres desdichados y de Hipoloco, hasta que la vista del bosque de Diana que descubrieron desde lejos, les renovó la memoria de Epistrofio, y avivó en todos ellos la curiosidad de saber si habria vuelto al templo. Estaban ya á corta distancia de él, quando vieron partir de carrera las ovejas que los precedian, haciendo resonar el campo con sus balidos. Hipoloco echó á correr tras ellas, dexando atrás á sus compañeros que no podian seguirlo, ni comprehender la causa de aquella extraña carrera, quanto menos los ademanes de

jubilo, que Hipoloco les hizo luego con las manos, é instancias paraque apresurasen el paso; y sin esperarlos proseguia el camino hácia el bosque, donde él descubrió á Epistrofio, á Pánope y á Basilis, que le salian al encuentro, y sus ovejas conocieron el ganado que alli pacia, lo que fue causa de que corriesen á juntarse con él.

Hipoloco llorando de gozo se precipita en los brazos de Basilis y de Pánope á quienes habia llorado por muertos, como ellos lo habian tambien llorado á él, desahogando su jubilo con mil demostraciones de afecto y de ternura. No fueron menores las demostraciones que se hicieron Antenor y Epistrofio, quando llegaron á reconocerse; y despues que descansaron del camino, como estuviesen todos muy deseosos de saber los accidentes que les habian pasado, Antenor fue el primero que contó, á instancias de Epistrofio, su salida de Troya, hasta que se encontró con Hipoloco. Este dixo luego el motivo que le obligó á huir del bosque de Diana, donde no habia podido encontrar á Epistrofio en los dos dias que alli se detuvo, pudiendo asi avisarlo el pastor de la entrada de los Griegos en la sierra, y de la supuesta muerte de Basilis y Pánope, á quie-

nes rogó le contasen el modo como habian escapado de sus armas.

Pánope le hizo la relacion atribuyendo su libertad al amparo de la diosa Diana. Grande, á la verdad, dixo inmediatamente el viejo Epistrofio, es el poder de la diosa; y aunque lo pudiera confirmar con muchos prodigios, os contaré solamente el que acaba de pasar por mí, y que fue la causa de que vos, Hipoloco, no me encontraseis en el templo, combinando la diosa tan diversas circunstancias, para salvar á un mismo tiempo á los que la obsequiaron. Habia yo dexado el templo para ir á la clara fuente de Erice, como freqüentemente lo acostumbro. Al baxar la quebrada, donde está el puro manantial, descubro junto á él un rancho de gente armada, que aunque me parecieron Griegos, no creí que lo fuesen, pensando que se hubiesen embarcado todos para sus tierras.

Desengañaronme las voces que me dieron paraque me parase, y tres de ellos vinieron hácia mí con los arcos empulgados. Yo me paré obligado de los años que no me permitian la huida, y pudieron ellos prenderme á su grado, y llevarme á donde quedaron los demas. Alli desahogan todos su barbaro jubilo con las befas que de mí hacian.

Tras ellas quisieron saber mi nombre, y yo se lo dixe, como tambien el ministerio de sacerdote que exercitaba en el templo de Diana, á quien respetó Aquiles y el mismo Agamemnon, el qual ofreció algunos dones en él por expiacion de la corcilla consagrada á la misma diosa, que mató en el bosque de Aulide.

Oyó esto con insolente risa el feroz gefe, diciendome, que eran cabalmente aquellos dones de Agamemnon, y el tesoro que los Troyanos escondieron en aquel templo, los que él queria. Dicho esto, movió con los suyos, obligandome á que los llevase al templo. Me revisto entonces del zelo de la diosa, y queriendo evitar la violacion de su templo, como no lo podia hacer con las fuerzas, lo executo con el engaño, aunque me costase la muerte, y los encamino hácia la parte opuesta al templo, sin que ellos echasen de ver su error por mas que nos cogió la noche en el camino. Buscando algunos de ellos abrigo donde pasarla, descubren una cueva en donde hallaron dos jovenes troyanos que habiendo escapado del incendio se habian refugiado en ella, y hechola su morada, donde su mutuo amor los consolaba de la pérdida de todos sus bienes en la ruina de Troya.

Llamabanse Megalo y Enipia, á quienes conocia con el motivo de venir ellos al templo á presentar las primicias de su caza: exercicio en que el joven Megalo pasaba su vida y con que se sustentaba, siendo muy diestro flechero. Y acaso se ocupaban en desplumar la presa que hizo Megalo aquella tarde, quando los Griegos los sorprendieron. Tan corta hubiera sido su ventura, despues de su mayor desgracia, sin el manifiesto amparo de Diana, que á todos tres nos socorrió en el mayor peligro como lo vais á oir.

No pudiendo valerse el sorprendido Megalo del arco para defender su vida y la de su amada Enipia, huvo de ceder á los aceros que le encararon los Griegos, mientras otros lo ataban, á fin de cometer sin oposicion en la inocente Enipia toda las barbaridades que se les antojaron, haciendola servir de victima de su luxuria, á pesar del llanto y esfuerzos con que ella queria defender su honor, y á pesar del furioso dolor de Megalo, á quien puso frenetico aquella maldad, executada ante sus ojos en el tierno objeto de sus primeros amores.

Pasaré en silencio las atrocidades de aquella noche, para contaros el prodigio del si-

guiente dia. Apenas amaneció, quando nos sacaron de la cueva para proseguir el supuesto camino del templo; pero el rabioso Megalo se resistia á pasar adelante, vengando con horribles injurias é imprecaciones el bárbaro ultrage hecho al honor de su tierna esposa. El gefe Torax, que asi se llamaba, exâsperado de las maldiciones de Megalo determina matarlo; mas al tiempo que iba á descargar su levantado alfange, se presenta de repente Diana en figura de amazona que tal lo parecia. Llevaba un pecho desnudo, aunque graciosamente cubierto de su suelta cabellera, que le caía sobre el hombro; empuñaba su diestra una lanza muy lucida, y en la siniestra llevaba atado al lazo un ledo sabueso que iba junto á ella.

Infundiome compasion su hermosa presencia, temiendo que los Griegos la tratasen como á la desgraciada Enipia. Mas ella mostrando despreciarlos, dirigiome á mí la palabra, diciendome: ¿puedo saber, Epistrofio, quál sea tu delito, pues te veo atado como reo? Cobré yo aliento con estas palabras, oyendo que me nombraba, y le dixe: qualquiera que seais, ninfa de las vecinas selvas, ó hija de Latona, pues tal me lo pareceis, apiadaos de quien quiere impedir

la violacion de vuestro templo. El templo, dixo entonces ella con magestuosa severidad, está baxo mi amparo, como lo está mi sacerdote y los que me veneran. Sueltas quedan vuestras ataduras, y no teneis porque temer á estas estatuas sin vida. Dicho esto desaparece dexando teñido el ayre de celestial resplandor en que se escondió á mi vista.

Al esfuerzo que hice para acatarla soltaronse mis ataduras, y pude postrarme libremente para agradecerle su prodigioso favor. Creció mi gozo y mi reconocimiento para con ella, quando ví que quedaban transformados en piedra los Griegos, en la misma postura y ademán en que los sorprendió la Diosa. Ni me saciaba de contemplar al fiero Torax con el brazo levantado é impreso en su rostro el enojo, de que se revistió para dar mayor impetu al golpe de su acero, causandome temor aun entonces que sabia que no tenia ya motivo para temerlo.

Megalo suelto tambien de sus ataduras apenas acababa de creer lo que veía, hasta que la yerta inaccion de todas aquellas estatuas, desmintiendo sus vivos ademanes y facciones, lo convenció del prodigio. Quedáramos alli contemplando aquellos guijeños cadaveres, si la desgraciada Enipia no llamára

nuestra atencion y cuidado. Procuró el afligido Megalo infundirle vida con sus tiernas y afectuosas expresiones, y haciendola advertir el milagro de la diosa, para disipar sus congojas y mortales angustias, que la tenian en el suelo casi privada de sentidos.

Recavamos aliviarla un tanto; mas no fue posible conducirla al templo como Megalo deseaba, y fue preciso que volviese yo para llevarles algun sustento. Este caso maravilloso me sirvió para confortar á Basilis y á Pánope, á quienes encontré aqui en el bosque que lloraban la muerte de Hipoloco, cuya llegada confirmó mi confianza en el amparo y poder de la diosa, y con ella nos restituyó el gozo como lo esperaba firmemente.

Quedaron todos sorprendidos de la narracion de Epistrofio; y no dudaron del prodigio oyendolo de la boca de aquel venerable sacerdote. A instancias del mismo difirieron su ida á Antandros hasta el siguiente dia, en que se despidieron de él con lagrimas, persistiendo en querer quedarse en el templo, aunque Antenor é Hipoloco se lo desaconsejaban. Al paso que se iban acercando á la ciudad de Antandros, crecia el consuelo de los caminantes, especialmente de

Teana y de Antenor, comenzando á ver algunos campos cultivados, y á los labradores empleados en su cultivo, aunque armados como gente de guerra, que entregaban á la tierra las semillas, pero temiendo que solo sirviese de alimento á la venganza y al rencor del enemigo.

Esta vista avivó en el animo de Antenor el aborrecimiento concebido á la guerra y el amor á la paz, á que su humano corazon se sintió siempre inclinado. Tenia ahora mayores motivos con el exceso de sus desventuras para detestar la ambicion y la codicia de los hombres, que deificaron las pasiones que les eran comunes con las fieras, de cuyas imagenes se sirvieron para honrar sus hielmos y escudos, á fin de ennoblecer con ellas la fiereza, la venganza y el enojo que cubrieron la tierra de sangre y de todo genero de males compañeros de la guerra.

Como Eneas nada sabia de la huida de Troya de Teana y de Antenor, quedó sorprehendido y penetrado de comiseracion quando se le presentaron en trage y ademan de humildes suplicantes. El los abrazó con lagrimas, los recibió en su casa y los presentó á su padre Anchises, que sobremanera se alegró de volver á ver salvo al herma-

no del Rey Priamo. Con él se lamentó el buen viejo, de que hubiesen sido desatendidos sus consejos sobre la paz, y de la obstinacion de Priamo, causa de la ruina de su reyno y del trono de Asaraco. Quiso saber de él inmediatamente el modo como se habia salvado, y condescendió Antenor con sus deseos, contandole su salida de Troya con Toante hijo de Sarpedon, y como encontró á Creusa. Eneas al oir nombrar á su perdida muger prorumpe en llanto, que no destruyó en su animo la alegre sorpresa, que le causaba Antenor con tal noticia de que quiso que lo certificase, como lo hizo.

Persuadiose Eneas que la aparicion de su sombra, quando volvió á buscarla á Troya debió ser engaño de su imaginacion; echando de ver entonces por la noticia de Antenor, que no era posible que hubiese muerto repentinamente Creusa por el camino, sin que las Troyanas que la acompañaban la viesen morir ó matar por los Griegos. Rogóle Eneas con impaciencia que le dixese donde la habia dexado; y Antenor continuando su narracion le dixo, que la habia acompañado á la ciudad de Absirte, pero que entrada la ciudad por el exército de Antifo, nada mas pudo saber de ella.

La penosa incertidumbre en que quedaba Eneas con estas noticias, le obligó á enviar inmediatamente á la ciudad de Absirte un mozo sagaz y esforzado, llamado Niso, paraque secretamente se informase del paradero de Creusa.

Apenas Niso habia partido de la ciudad de Antandros, llegó la noticia de que Telefo habia derrotado á Antifo; que este quedaba en sus manos prisionero, y que recobrada la ciudad, los Absirtenses lo reconocieron y proclamaron inmediatamente por Rey. Añadia la fama que el mismo Telefo iba á la ciudad de Antandros, donde sabia haberse refugiado Eneas con muchos Troyanos; y que queria impedir su embarco y obligarlo á que quedase en la Frigia. Verificandose mas de cada dia estas voces, resolvió Eneas embarcarse con todos los Troyanos, para esperar á la capa en el puerto la vuelta de Niso y su respuesta; ó la que podria tal vez darle el mismo Telefo, enviandole á este fin un mensage amigable. Era mas facil que Telefo le diese razon de una ilustre cautiva y se la devolviese en caso de tenerla en su poder, que no que Niso supiese de ella despues de la toma de Absirte y enviado á la ventura.

Efectuó Eneas su embarco luego que se dexó ver el exército de Telefo, trasladando á sus naves los tesoros que tenia en Scepsis, y esperó en la mar la entrada de Telefo en Antandros. Envió entonces á Acates y Orontes para que en su nombre rogasen á Telefo que quisiese informarlo de Creusa. Telefo no solo los recibió amigablemente, sino que tambien despues de haberles participado la muerte de Creusa en Absirte, quando la ganó Antifo, les encargó dixesen á Eneas de su parte, que si se queria quedar en Frigia, lo tendria en ella en la misma consideracion en que lo tuvo Priamo. Y sabiendo que con él estaba Antenor, hizoles el mismo encargo para este; mas no fiandose ni uno ni otro de las promesas de Telefo, resolvieron seguir el destino que los llamaba á otras tierras.

Dirigió Eneas el rumbo hácia la Tracia por consejo de Anchises por quanto reynaba en ella Polimnestor, aliado que era y amigo del Rey Priamo y de los Troyanos. Como sabia Eneas que la armada de los Griegos habia ya pasado el mar Egeo, de vuelta para la Grecia, no dudó dirigir el rumbo entre la playa troyana y la isla de Tenedos, deseando dar los ultimos adioses á su desventu-

rada patria, en cuya ruina agotaron los dioses el poder de su ayrada venganza. Prorumpieron en llanto todos los Troyanos al descubrir las torres y chapiteles hechas hacinas de piedras, y el puerto de Sigeo enteramente destruido. Enviaron sus sollozos y lamentos por ultima despedida á las cenizas de sus deudos y amigos, que quedaban alli sepultados.

Apenas se desviaron de aquellas playas, descubrieron los altos montes de la Tracia; y al tercer dia de navegacion surgieron en una espaciosa ensenada, donde pensaron edificar una nueva Troya. Ancoradas las naves, quiso Eneas reconocer el suelo en compañia de Antenor; llamó su atencion un tumulo que vieron cercado de cespedes, y se encaminaron á él con intencion de arrancar algunos ramos, y cubrirlo con ellos para hacer este piadoso oficio á los manes del difunto; mas quedaron espantados al ver que el ramo arrancado goteaba sangre. Movido de esta estraña novedad, quiso Eneas arrancar otro para ver si producia el mismo efecto; y como manase sangre como del primero, sin poder penetrar la causa de aquel prodigio, imploraron el favor de las ninfas de aquel suelo, y el de Marte á quien venera por su

Dios particular la Tracia.

Hechas las plegarias intentó Eneas arrancar el tercer ramo, y oyeron entonces ayes y lamentos que salian de aquel mismo tumulo, y luego una voz que dixo: Cesa, Eneas de despedazarme; no martirices á los finados, ni quieras manchar tus piadosas manos con cruel porfia. Troya no me es extraña, ni esa sangre mana de un tronco insensible. Huye de este suelo bárbaro, y alexate de tan codiciosa tierra. Sabe que soy Polidoro: aqui yace mi cuerpo traspasado de dardos, que arraigaron en él, y despuntan en ramos sobre la tierra con que me cubrieron.

Al oir esto quedan alli yertos de horror no solo por aquel prodigio, sino tambien por la cruel muerte de Polidoro. Era este el ultimo de los hijos de Priamo, que lo envió secretamente con gran cantidad de oro al Rey Polimnestor, paraque lo criase en su palacio, temiendo ya la ruina de Troya; pero Polimnestor que nada podia ya temer ni esperar de Priamo, hizo matar á Polidoro para congraciarse con Agamemnon. Divulgado este caso por la armada, gritaron todos á una voz que se dexase quanto antes aquella tierra. Executaronlo despues de haber hecho las exêquias al tumulo, y se encaminaron

hácia la isla de Ortygia.

Era enteramente opuesto este rumbo al que debia tomar Antenor para ir al Chersoneso : mas no atreviendose Eneas á desmembrar su armada., hubo de seguirlo Antenor hasta Ortygia , y esperar alli ocasion para pasar á Taurea. Proporcionosela Anio Rey de aquella isla , que permaneció siempre amigo de los Troyanos , á quienes recibió en su puerto , ofreciendole una embarcacion que estaba para partir á Elime , ciudad del Ponto , desde donde podria pasar en ella á Taurea. Agradeció Antenor la oferta del Rey Anio, y despidiendose de Anchises y de Eneas, que habian de ir á Candia á edificar la ciudad que les predixo Apolo , se embarcó con Teana y con Pedeo para ir á Elime , donde llegó despues de una larga y trabajosa navegacion.

Antes de dexar aquel puerto para ir al Chersoneso , quiso consultar al antiquisimo oráculo de Apolo , que alli era muy venerado , para saber qué fin tendria su viage , y si era acaso el Chersoneso la tierra que le indicó la Paz , en donde querian los dioses que fundase la ciudad que le significaron.

Quando se presentó en el templo para recibir el oráculo , los sacerdotes antes de

introducirlo le taparon los ojos con muchos dobleces de velos, segun sus antiguas ceremonias; pues no era permitido entrar de otro modo en el templo. Hicieronle poner de rodillas sobre una piedra, que habia á corta distancia de la gruta, por donde el Dios daba los oraculos; y acabada su plegaria, oyó inmediatamente una dulcisima armonia de sones, y luego una voz que cantando decia: „ Se mudará en trono el cadalso que te „ espera: no reynarás largo tiempo en él. „ Los dioses te llaman á tierras mas remotas. „ Renacerá la gloria de tu destruida patria „ en el seno de la ciudad que edificarás. Tus „ descendientes asentaran sobre el mar su li- „ bre señorio. Tendrá en las olas cimiento „ mas duradero, que los demas que se levan- „ tan sobre la tierra. "

Quedó Antenor sorprendido y penetrado de sagrado respeto y de maravilla, no tanto por lo que el oráculo le decia, quanto porque en casi todo correspondia á lo que le predixo la Paz la noche de su salida de Troya. Haciasele no obstante incomprensible, lo que profetizaba sobre el cadalso que se mudaria en trono; pero confiado en su veracidad, no se le hacia tan temible lo que pudiera amenazarle, quanto se conso-

laba con el trono en que habia de reynar aunque por poco tiempo. Esto mismo fue motivo de no poco consuelo para Teana quando lo supo, y le avivó los deseos de llegar quanto antes á su anhelada patria, donde esperaba que reynase su marido.

Con este buen agüero dexaron el puerto de Elime para pasar á Taurea, muy agenos de que se hubiese de verificar tan presto el oráculo, y por medio del mas funesto accidente de quantos hasta entónces habian experimentado, naufragando miserablemente á la vista de su patria suspirada, y viendose expuestos á morir á manos del Rey su padre despues de haberse salvado del naufragio.

Autor de esta desgracia fue el dios Marte; el qual indignado de que Antenor llegase salvo al Chersoneso protegido de la Paz, resolvió perderlo, antes que inspirase á los Traces y á las naciones confinantes, los pacificos y humanos sentimientos que manifestó siempre en el sitio de Troya. Y como entonces no pudo lograr que muriese á manos de Aquiles, como lo intentó por dos veces, resolvió anegarlo en los mares de Tracia; pues preveía que si llegaba á ser recibido del Rey Ciseo, le seria sucesor en el reyno,

y enagenaria de la guerra los animos de los Chersonesios.

Para impedirlo resolvió ir á pedir al Aquilon que anegase en el Ponto el navio en que iba. Preparóle el carro Belona ; y ya pronto, llama al son de su herido escudo á la fuerza, al terror, á la osadia, á la crueldad, á la venganza y á la muerte, que son los fieros ministros de su saña. Juntos ya en su gran templo, todo de hierro, les habla asi : Lo que tiempo hace recelaba, está ahora para suceder. Antenor, protegido de la Paz nuestra mayor enemiga, navega hácia Taurea con viento prospero. Llegará á ella sino procuro que perezca mientras queda expuesto al poder del rey de los vientos y de los mares. Me veda el destino hacer con él escarmiento semejante al que hice con Orfeo, que con su dulce canto, y con el suave son de su afeminada lira, corrompia la ferocidad de los Traces, y los apartaba de la guerra. Tal es mi voluntad ; seguidme.

Inclinaron sin chistar sus ceñudas frentes aquellos duros ministros. Y asentados ya todos en el carro, partió éste de carrera al chasquido del latigo de Belona, semejante al rayo que rompe el seno de una nube, y sulca la admosfera á par del pensamiento. El

ruido del exe y de las ruedas atronaba á la Europa y Asia, cuyos altos montes allanaban sus cumbres arrogantes á la llegada de la feroz deidad y al aspecto de su lanza fulminante. Su vista no hizo igual impresion en el pecho del soberano de los vientos; antes bien sin moverse de su trono de yelo, quando se paró Marte sobre el carro para hablarle, apartó solo de su tetro y fruncido rostro las guedejas que por él revoloteaban al soplo de los ligeros vientos sus aduladores.

Marte entonces le dixo asi desde el carro: navega por el Ponto el mayor enemigo mio y de mis empresas, protegido de la Paz; él afeminará mis pueblos, y sufocará en ellos los feroces sentimientos que les inspiro, sino perece antes de llegar al Chersoneso. Anega pues de un soplo la nave que lo lleva, y perezca con él todo el perjuro linage de Laomedonte. El Aquilon, oido esto, le respondió: Puedo anegar la nave en el Ponto, mas no está en mi mano anegar tambien con ella á quien protege el destino. Mostró Marte su vivo resentimiento al oir esta respuesta, meciendo en fiero silencio sus ojos preñados de rabia. La venganza entonces, para congraciarse con él, le propuso que pereceria An-

tenor si naufragaba en la playa taurica junto al templo de Diana, donde eran sacrificados los naufragos que alli llegaban con vida.

Instó entonces el dios de la guerra al Aquilon paraque hiciese naufragar la nave en aquella costa, pues él entretanto iria á conmover los animos de los sacerdotes del templo, paraque se apoderasen del naufrago Antenor. El rey de los vientos condesciende con sus ruegos, hincha sus inmensos carrillos, y arroja de su vasto pecho un fiero torbellino, que remolinando nubes y aterrando selvas, llegó á conmover el Ponto con tal fuerza y violencia, que las exâsperadas olas amenazaban anegar al suelo. Fueron vanos el arte y el empeño del piloto y de los marineros contra el furor del viento, que arrebatando la nave, la impelió contra los escollos y baxíos de que estaba sembrada toda aquella playa. Hizose alli mil pedazos, y dexó expuestos á los miserables navegantes entre las rocas, donde los mas perecieron.

Quedaron los semivivos victimas de la desvelada inhumanidad de los sacerdotes del templo de Diana, que incitados de Marte, acudieron como perros hambrientos á la presa. Seis solo sacaron con vida, que medio

muertos como estaban, los llevaron al templo para degollarlos en el altar de la Diosa. Entre ellos se hallaba Antenor con su muger Teana y su hijo Pedeo, salvados de las olas por particular cuidado de la Paz, que no pudo impedir su naufragio, pero que los libró de la muerte cruel que les amenazaba en aquel bárbaro templo.

Era este muy célebre en todo el Ponto por la sangrienta deidad que alli era venerada. Distaba corto trecho de la ciudad de Taurea, la qual dió el nombre de Taurica á toda aquella region, y á la diosa Diana tutelar de aquel templo. Levantabase este sobre un pequeño collado, que sojuzgaba la mar, á quien parecia amedrentar con el aspecto de su horrible y tosca magnificencia, macizada de brutescos peñascos y columnas, que inspiraban el horror de la muerte y de los sacrificios de sangre humana que hacian aquellos bárbaros sacerdotes.

Los hombres fueron los que hicieron crueles á los dioses, dando á la divinidad la semejanza de sus pasiones, y haciendo servir el mismo respeto y veneracion que le daban de instrumento de sus ciegos y crueles antojos y de sus opiniones. Edificó aquel templo el antiguo Tapsio, é instituyó sus detestables

ritos y sacrificios, á fin de impedir la entrada en su reyno á los forasteros. Hizose él sumo Pontifice y cabeza de aquella religion, é instituyó que lo fuesen tambien sus descendientes y herederos de su corona; cuya inhumana dignidad pasó de padres á hijos hasta el Rey Ciseo, padre de Teana.

Marte satisfecho del naufragio de Antenor, viendolo ya en poder de los sacerdotes, cuyos animos habia exâsperado, se retiró á su templo de Rodope, lisonjeado de que pereceria Antenor á manos de los mismos. La severa observancia de aquellos crueles ritos hacia su muerte inevitable; y para executarla se esmeraron aquellas fieras en exercer su detestable piedad en los naufragos, llamandolos con remedios á la vida para poder derramar su sangre en el sacrificio. A fuerza de sus inhumanos oficios lograron que recobrasen sus perdidos sentidos en los calabozos separados, en que los tenian y alimentaban, sin saber Antenor y Teana lo que les pasaba, ni en qué lugar se hallaban, ni cómo habian llegado á poder de aquellos sacerdotes.

No tardaron estos á intimarles la muerte, hechos ya los preparativos para el sacrificio con gran expectacion y regocijo del pueblo de Taurea, que ansiaba solemnizarlo. Ha-

bia ya señalado el dia el Rey Ciseo, á quien estaba reservado el degollar las victimas, como sumo sacerdote que era de la diosa Diana. Para ello salió de la ciudad acompañado de los principales sacerdotes y de los grandes de su corte. Llevaba delante de sí las efigies de sus mayores desde el antiguo Tapsio hasta Toas su padre; y le seguia inmenso pueblo, que repetia los cantares de los sacerdotes, hasta que llegaron al templo, donde los ministros de la diosa tenian prevenidas las victimas, tapados sus ojos con las sagradas vendas, que sostenian al mismo tiempo las coronas de flores y de hojas que llevaban en la cabeza. Pusieron tambien en una urna los nombres particulares que les daban á su antojo, para sacarlos por suertes segun el rito prescribia.

Luego que el Rey entró en el templo, fue á ocupar el sitio donde habia de degollar las victimas. Entre ellas se hallaba tambien el niño Pedeo, á quien sacaron los sacerdotes del casco de la rota nave, y lo llevaron al templo sin saber él el paradero de sus padres, ni estos el de su hijo, por haberlos tenido separados. Aun entonces, que estaban juntos en el templo, no podian verse unos á otros, por tener tapados los ojos: y

aunque tocó al niño la suerte de ser nombrado el primero para el sacrificio, no pudieron conocerle por haberle puesto otro nombre diverso del que tenia. Conmoviose todo el pueblo al ver llevar aquella inocente criatura al altar. El mismo Ciseo sintió aterirsele la sangre; pero el respeto debido á una supersticiosa religion, que sufocaba todos los sentimientos de humanidad, reanimó su esfuerzo, y le dió aliento para desenvaynar el cuchillo, luego que los sacerdotes lo dexaron de rodillas sobre la tarima del ara.

Asiole Ciseo la cabellera para hacerle levantar el rostro y meterle el cuchillo en la garganta. Mas al tiempo de dar vigor al brazo se siente como detenido, volviendo á obrar en su animo la compasion para con aquella edad tierna; y no pudo dexar de preguntar al niño por su patria y padres, como lo hizo, diciendole: ¿niño, de donde eres? Mas como él no respondiese á su pregunta, creyendo Ciseo que fuese efecto del temor de la muerte, mandó á los sacerdotes que le quitasen la venda, para que pudiese verlo y hablarle libremente. Obedecieron aunque de mala gana los sacerdotes, murmurando en su interior de la floxa compa-

sion que manifestaba el soberano, el qual luego que vió desvendado al niño le dixo: dime ahora de dónde eres, y no temas. ¿De donde venias? De Troya, dixo temblando el niño. = ¿De Troya, y cómo te llamas? = Pedeo = ¿Y á qué venias á Taurea? = A ver á mi abuelo. = ¿Tu abuelo está en Taurea, quién es, cómo se llama? = Es el Rey Ciseo. = ¡Dioses, delira este niño!

Quedó atonito y suspenso todo el pueblo, que veia y oia aquella estraña novedad, y mucho mas Ciseo, cuyo pecho comenzaron á conmover la ternura y las dudas que le excitó la respuesta del niño; pues aunque le hacia acordar que su hija Teana estaba casada en Troya con Antenor ¿como podia creer que aquel niño naufrago fuese hijo suyo? Instigado con todo de tales dudas, quiso certificarse de la verdad que comenzaba á penetrar en su corazon, volviendo á decir al niño; ¿estás en tí, niño, Ciseo es tu abuelo? = Ciseo Rey de Taurea. = ¿Pues quienes son tus padres? = Mi padre es Antenor, y mi madre se llamaba Teana. = ¡Cielos! ¿Hijo eres de Teana, donde está tu madre? = Me traía consigo en la nave que naufragó. = ¡Ah! paraque me detengo. Desvendad esas victimas, quiero ver á esa muger.

Siguió á esta órden de Ciseo un gran mormurio del pueblo, que ansiaba certificar su curiosidad, mientras los sacerdotes con embarazada confusion y resentimiento quitaban los velos á las victimas. Ciseo sin esperar que se las presentasen, fue en persona á reconocerlas, al tiempo que la desvendada Teana viendo ante sí con maravilla al Rey su padre, exclamó ¡ó padre mio! Reconociendola tambien entonces Ciseo, se abraza con ella diciendole: ¡ó hija mia! ¡á qué suerte funesta querian exponer los dioses á tí, á tu padre y á tu hijo! mas ellos no consintieron que se efectuase. Teana, reconoce á tu amante padre, que te abraza: he aqui á tu hijo Pedeo, nada te queda que temer. ¿Si se habrá salvado Antenor del naufragio? dixo ella no habiendolo visto. ¿Antenor? dixo el Rey; ¿será acaso uno de esos naufragos? El nombrado Antenor acercandose entonces al Rey, se le presentó con respeto, y le dixo: Aqui teneis, señor, al infeliz hijo de Laomedonte, á quien quisieron probar los dioses con todo genero de trabajos y desgracias. Ciseo lo reconoce y abraza con suma complacencia de Teana, y vuelto hácia los sacerdotes, les dixo: ministros de Diana, no comprehende á mis deu-

dos el sacrificio, ni la diosa puede querer que yo derrame sangre que dimana de la mia. En vez de ella derramaré la de cien toros, que hagan solemne este dia, muy feliz para mí, en que recobro mi infeliz hija en el momento que estaba para ser degollada por su mismo padre. Aplauda el pueblo mi mayor consuelo.

Dicho esto, asió de la mano á Teana y al niño Pedeo, y dió órden á los grandes y á los guardias que le siguiesen. El pueblo comenzó á aplaudir con voces de alegria al Rey, acompañandole con ellas hasta la ciudad; pero quedaron escandalizados los bárbaros sacerdotes del proceder del Rey, que habia quebrantado las leyes de la religion y los ritos del templo, y mucho mas viendo exêntos del sacrificio á todos los otros naufragos, por querer Ciseo que quedasen tambien libres en atencion á la libertad de su hija, nieto y yerno.

Luego que llegó á su casa real, desahogó con ellos el jubilo de que su pecho rebosaba por el hallazgo de su hija en tan funestas circunstancias. Solemnizólo con publicos banquetes, y luego con el sacrificio de los cien toros que tenia ofrecidos á Diana. Esmerabase Ciseo en honrar y cortejar á

Antenor, despues que le oyó contar toda la historia de sus trabajos de que nada sabia: pues aunque estaba enterado del largo sitio de Troya, ignoraba que los Griegos hubiesen tomado y destruido la ciudad, y que su hija, perdidos todos sus bienes, anduviese fugitiva y expuesta á todos los males y miserias de una vida desastrada. Contribuyó esto mismo para acrecentar la ternura y compasion para con ella, y el afecto para con Antenor.

Mostrabase este muy agradecido á tantas demostraciones y favores de Ciseo, reconociendo en ellos el cumplimiento del oráculo de Apolo, que le pronosticó que se mudaria en trono el cadalso que le esperaba; pues acababa de escapar del ara en que habia de ser sacrificado, y no podia dudar que todas las distinciones y honores con que Ciseo lo condecoraba, llevaban por mira el dexarlo por sucesor de su trono y corona. Hallabase Ciseo sin hijos varones, porque el unico que tenia, llamado Tespias, hacia poco tiempo que habia muerto en la flor de su edad, de resulta de una herida mortal que recibió en la batalla que ganó de los Yaciges; y por consiguiente la corona recaía en su hija Teana.

Creció por lo mismo la veneracion y concepto que concibió Antenor del oráculo de Apolo Elimeo, viendo verificada tan presto y con tan feliz suceso aquella su incomprehensible profecia. Mas quan grande era el aprecio que formó de aquel oráculo, tanto mas crecia su horror y aborrecimiento á los inhumanos y detestables ritos del templo de Diana, y á sus bárbaros sacerdotes; y desde entonces resolvió en su interior destruir aquel sangriento culto si llegaba á poseer el cetro.

Guardabasé con todo de manifestar estos sus sentimientos, no porque pudiese servirle esta prudente reserva de medio para llegar con mayor seguridad al trono, sino paraque en caso que llegase á él, pudiese poner en execucion sus intentos sin ningun obstáculo, reputandolos convenientes al bien de la humanidad á que su corazon se sintió siempre propenso. Esta adorable inclinacion que recibió de la naturaleza, asi como creció con los desastres y males de la guerra de Troya, asi tambien tenia sufocados en su animo los anhelos de la ambicion de reynar, como lo manifestó en la ciudad de Absirte. Ni se alegraba tanto de las disposiciones de Ciseo en su favor para llegar á sucederle en

el trono, quanto porque asi aseguraba en él á su hijo Pedeo.

Por esto procuraba siempre inspirarle los humanos y pacificos sentimientos de que abundaba su corazon. Este fue uno de sus primeros cuidados, luego que se vió colocado por la fortuna á la sombra del trono de Ciseo, descansando en él de todos sus pasados trabajos y desgracias. Acordabaselas freqüentemente á su hijo para inspirarle mas horror á la guerra, que fue la causa de todas sus desventuras, como lo es siempre de los mayores males de los pueblos que la padecen.

Deciale, que un Rey no debia reputar jamas ningun motivo justo para hacer guerra, sino quando veia sus estados y vasallos acometidos del enemigo; y que aun entonces debia buscar antes medios en su consejo y prudencia para desviarla sin las armas si podia. Que debia tambien sacrificar al bien de sus pueblos todo motivo de particular resentimiento, y mucho mas todo empeño de llevar adelante un antojo, con pretexto del honor ofendido; ó de patrocinar un derecho tal vez ambicioso, tal vez injusto. Que á las veces, en lugar de vengar con las armas un ultrage hecho á su corona, reci-

bia mayor humillacion é ignominia con pérdidas sensibles de sus estados y de su pueblo, y tal vez encontraba su ruina y la de su corona, donde creia levantarse con mayor gloria.

Confirmabale estas verdades con los exemplos de los reyes de aquellos tiempos, echados de sus reynos, ó muertos en las batallas, ó sepultados baxo las ruinas de sus mismos tronos por la loca pasion de guerrear; y esta con solo el fin, ó de estender mas sus estados, ó de adquirir nombre y gloria con las armas, ó de defender un necio capricho ó tal vez una injusticia, como le sucedió á Priamo por no querer restituir á Helena á los Griegos. Procuraba persuadirle que la gloria mas solida, y que daba mas pura satisfaccion á un soberano, era la que redundaba al mismo de la dicha y bien de su pueblo. Que la otra ruidosa, que pretendian adquirir los reyes con las armas, era incierta, turbulenta y peligrosa, acompañada de zozobras y afanes que les amargaban la vida. Que la mayor prudencia y consejo de un soberano, se habia de echar de ver en desviar con sus manejos toda contienda de armas, antes que en buscar pretextos para hacer guerra ó razones para justificarla, ó en

hallar medios ruinosos y violentos para llevarla adelante.

Tales sentimientos inspiraba Antenor á su hijo Pedeo; y no tardó en llegar la ocasion de manifestarlos á los Chersonesios en la guerra conque los amenazaban de nuevo los Yaciges. Motor principal de ella fue el dios Marte, que no pudiendo ver sin indignacion desbaratados todos sus designios en el naufragio de Antenor, y que este habiendo escapado de la muerte se hallase honrado y favorecido de Ciseo, quiso tentar el perderlo por sí mismo, sin ir á implorar ageno poder. Para esto resuelve valerse de Teutrante Rey de los Yaciges, que perdió la batalla ganada por el joven Tespias hijo de Ciseo, á quien costó la vida aquella victoria.

Aunque Teutrante pudo escapar del campo, en que dexó muertos diez mil de los suyos, no se hallaba enteramente restablecido de la herida que recibió en la batalla, ni le sirvió de escarmiento aquel desastre. Antes bien fomentaba en su pecho los deseos de la venganza, y de reparar con nueva guerra aquella ignominia. A él pues se presentó Marte en sueños, todo cubierto de las insignias de su terrible magestad. Apoyaba su nervosa diestra á la lanza que centellea-

ba: sostenia en la izquierda su reluciente escudo, obra maravillosa de Vulcano: su dorado peto arrojaba un funesto resplandor; y de sus ojos saltaba el fuego de la venganza. Hacia mucho mas espantosa su presencia la viva llama que ardia en la boca de la chimera que llevaba asentada sobre su hielmo.

Teutrante amedrentado con tal vista iba á arrojarse del lecho, á pesar de la herida que en él lo tenia; pero lo detuvo el dios de la guerra, diciendole: ¿Te acobarda por ventura, hijo de Asides, el dios que te protege, y que viene por sí mismo á ofrecerte su favor para que recobres la gloria perdida en el campo de Sirta? Al vencedor le costó la vida su victoria; y su viejo padre Ciseo no tiene brazo que oponer al tuyo. ¿Se dirá que los esforzados Yaciges, y su valeroso Rey se hallan bien con la ignominia padecida, y se jactarán los Chersonesios de haberlos humillado? Si te detiene la pérdida de tanta gente que pereció en la batalla, ahí estan los Tiragetas que unirán sus estandartes á los tuyos. Penetra con ellos en el centro del Chersoneso. El trono de Ciseo te espera: marcha, la victoria precederá á tus haces, y abrirá el camino á tu osadia.

Agitado Teutrante de este discurso se dispierta todo azorado; y aunque desapareció de sus ojos el dios de la guerra; más como ardia en su pecho el deseo de la gloria, que le habia inspirado, pide armas á gritos; quiere que se junte luego exército, y marchar él mismo á su frente contra el enemigo. Sintiendose luego contenido del dolor de la herida, enojabase contra ella, y contra sí mismo por no poder verse quanto antes en el campo de batalla, y coger en él los laureles que Marte le prometia. Pareciale tener siempre al mismo dios delante de los ojos que le incitaba al combate, y que le avivaba los anhelos y las lisonjas del triunfo. Para no verlo dilatado, le sugiere su misma impaciencia tentar el animo de Ytolco Rey de los Tiragetas, mientras se restablacia de su herida.

Enviole inmediatamente sus embaxadores, proponiendole por premio de su alianza porcion del Chersoneso, como si lo contase ya por suyo, y no tuviese otro motivo para renovar la guerra á Ciseo, que el ansia de vengarse de la ultima rota. Manda entretanto reclutar gente y fabricar armas, sin querer que quedasen ocultas estas disposiciones y preparativos á sus enemigos: tan asegurada tenia la victoria, y la alianza de los

Tiragetas que el dios Marte le prometia.

Engrandeció la fama, como suele, este aparejo, angustiando sobremanera el ánimo de Ciseo, que temia que aquella tempestad le amenazase la ruina de su trono. Para resistirla ó desviarla, resolvió juntar los principales de su reyno y de su corte, á fin de pedirles su consejo. Los unos, presumidos de sus fuerzas, y llevados de las ventajas de la pasada guerra, proponian que debia ir sobre la marcha contra el enemigo, y oprimirlo antes que se le juntasen los aliados. Otros proponian la alianza de los Samotraces, para oponerlos á los Tiragetas. Otros eran de parecer, que sin pedir alianza eran ellos solos bastantes para oprimir á los enemigos, esperandalos en sitios fuertes y bien abastecidos. Todos finalmente proponian la guerra de varios modos. Solo Antenor habiendole mandado decir su parecer, les habló de esta manera.

Si las armas fuesen el solo eficaz y seguro medio para repeler á los enemigos, ó para desbaratarlos, no necesitaria Ciseo de pedir nuestros pareceres sobre ello, ni nosotros de darlos, sino que al primer aviso, ó temor de ser acometidos, debieramos acudir á la espada y decidir con ella la suerte,

ahora fuese previniendo la venida del enemigo, ahora esperandolo á pie firme en sitios fuertes, ahora solos, ahora confederados. Todos estos medios deben ser expedientes del General resuelta la guerra; no seran jamas seguro remedio del mal que se quiere evitar, ni cierta prenda del bien que se espera conseguir, armandonos para ello. ¿Porque, quién nos asegura que el éxîto de la guerra corresponda á nuestras animosas intenciones? ¿Quién os puede prometer, ó esforzados Traces, que vuestras lanzas y espadas consigan el fin que con ellas os proponeis? Todos hacen guerra, porque todos fiados en sus fuerzas ó valor, esperan vencer. Sobre esta incierta esperanza cimentan los hombres su gloria, y se exponen á perder por ella, su vida, patria, y bienes; ¿mas el valor decide siempre por ventura de la victoria? No es las mas veces la fortuna la que toma á los hombres y á su presumpcion por juguete de sus caprichos.

¿Qué expediente pues, direis, se debe tomar en tales circunstancias? Todos los medios se deben tentar primero que el de las armas. Este debe ser el postrero quando es inevitable; porque ahora quedeis victoriosos con las armas, ahora vencidos, será siem-

pre un expediente dañoso para el reyno; sin que la presumpcion, ni el gozo de la mayor victoria, pueda resarcir jamas los daños que la acompañan. ¿Y qué será si la victoria llega á coronar la injusticia del enemigo? Si al desdoro del vencimiento se añade el cautiverio, la pérdida de vuestros bienes y de la vida?

Quiero con todo acordaros con alabanza la ultima batalla de Sirta, y la victoria que obtuvisteis de Teutrante: de ese mismo Teutrante, que habiendo escapado á uña de caballo entre diez mil cadáveres de los suyos, pasados á cuchillo, intenta ahora haceros nueva guerra. ¡Victoria grande, rota memorable! ¿Qué hará, si quereis, esclarecido el nombre de los Chersonesios? ¿Mas fuera de ese sonido vano de gloria que hace menor impresion en el oido y concepto de los extraños, que en los vuestros, fuera de la presumida satisfaccion de haber vencido, y de haber degollado los contrarios, qué fruto sacasteis de esa gran victoria? ¿Fruto digo, pues qué, acaso fueron inferiores vuestros daños á los del enemigo? ¿Podeis, no digo jactaros, pero dexar de detestar tal triunfo obtenido con la pérdida del hijo de vuestro Rey? ¿A costa de un principe esforza-

do, gloria del padre y vuestra, y ahora dolor vuestro, y suyo? ¿A costa de quatro mil de vuestros mejores ciudadanos, que con su sangre y vidas os consiguieron esa funesta victoria?

Dexo de contar vuestros talados campos, vuestras perdidas cosechas, el abandono de la labranza, la penuria que probais de bastimentos, el llanto y lamentos con que hicieron resonar sus techos las madres, las esposas, los hijos de los que murieron, y los de aquellos, á quienes privará de sus mas cercanos deudos la nueva guerra, arrancandolos del seno de sus familias, del cultivo del campo, que os negará la necesaria subsistencia, y que en vez de ella, os ofrecerá solo abrojos y cambroneras.

Dexo de referiros los opuestos y seguros bienes, que solo hacen felices á los pueblos, y que solo puede esperar un reyno de la conservacion de la paz; pues sé que todo guerrero hace gala de mirarlos con desprecio. No extrañeis con todo, os ruego, si antes de arrojar la paz del Chersoneso, recurriendo á las armas, os aconsejo á que la conserveis, tentando primero todos los medios que pueden conseguirlo. No hace solo fuerte y poderoso al hombre el afilado hierro,

puede á las veces mucho mas su consejo. Este nos hace superiores á los tigres y á los leones, que nos vencen en fuerza y ferocidad. Para rendirlos, no necesitamos de largas lanzas, ni de dardos enherbolados; un lazo, una trampa los somete á nuestra sagacidad, y una ahumada los ahuyenta y desvia.

Teutrante nos amenaza con guerra; por todo su reyno resuena el eco de sus preparativos. Armemonos en hora buena; prevengamonos antes que nos coja desprevenidos. ¿Pero entretanto, por qué debemos olvidar, ó dexar ociosas las armas de la prudencia y del manejo? Con ellas podemos impedir que nos acometa; con las mismas podemos desbaratar sus intentos. Esas son las armas con que la naturaleza condecoró nuestra superioridad sobre los brutos, negandonos garras y colmillos para que no pudiesemos despedazarnos, ni devorarnos entre nosotros.

Lejos pues, esforzados Traces, de imitar á los lobos carniceros, ni á los feroces tigres, cortemos las fuerzas á Teutrante con el manejo. Segun son grandes las ansias que tiene de borrar la recibida afrenta, las hubiera ya satisfecho si hubiera podido hacerlo por si solo; mas por faltarle esta posibilidad se une con los Tiragetas. No sé si Ytolco se negará

á sus ruegos, ó si se dexará vencer de sus ofertas: pero bien sé, que si se niega Ytolco, no nos hará guerra Teutrante. Prevengamos pues sus intentos, y ganemosle por la mano esa misma alianza; no porque vuestro valor y fuerzas necesiten de tales confederados para resistir á ese inquieto enemigo, sino porque asi le cortais el medio de haceros guerra, y evitais los daños que la acompañan. ¿No es esta la mas util y bella victoria que podeis conseguir de Teutrante?

Si este expediente os parece el mejor, porque es el menos dañoso, y el mas noble y util para los pueblos y para Ciseo, me parece que no será tan dificil conseguirlo. Yo á lo menos me lo prometo, si Ciseo quisiese honrarme con este encargo. Por su gloria, por la de su reyno, por su bien, por el vuestro, por el de vuestros hijos, y familias tomaré sobre mí este empeño: pues creo, que quan sobrados os hallais de gloria, para que querais acrecentarla con riesgo de vuestras vidas y bienes, tan alcanzados estais de los bienes de la paz. A esta prometo un solemne sacrificio si mis intenciones llegan á tener un éxîto feliz; sino, será siempre honroso para todos nosotros el haberlo tentado, y yo seré de los primeros en desenvaynar el acero,

y en morir si asi lo exîge la defensa de vuestros lares y familias.

Aunque era tan nuevo y tan desconocido este lenguage á los Traces que lo oían poniendo ellos su gloria en solas las armas; y aunque todos á una aconsejaron la guerra, parecia con todo que se inclinaban al pensamiento de Antenor. Nada aventuraban en tentar el medio que proponia, mucho mas ofreciendose él mismo á darle un éxîto feliz. Mostrose desde luego propenso Ciseo á seguirlo, hablandole Antenor á medida de sus deseos, por el aborrecimiento que su paterno pecho conservaba á la guerra, despues de la muerte de su amado Tespias, y resolvió enviarlo á Ytolco por su embaxador, para obtener su alianza antes que Teutrante ganase al mismo con sus largas promesas. Diole para esto un lucido acompañamiento que condecorase su persona y embaxada.

Pero por prisa que se dió Antenor para adelantarse á Teutrante, este tenia ya establecida la alianza con Ytolco; é Ytolco aceptadas sus ofertas se habia puesto en marcha con todo su exército para unirse con su aliado, haciendo vanas las tentativas del humano Antenor. No por esto se acobardó su generoso corazon; antes bien envió al en-

cuentro del mismo Ytolco dos principales Traces de su acompañamiento paraque en su nombre le pidiesen seguridad para su persona, pues tenia que proponerle un util encargo que le llevaba por parte del Rey Ciseo. Vino bien Ytolco en darle la seguridad que le pedia, y Antenor votó un templo á la Paz si llegaba á tener buen éxîto su comision.

Diole prendas la diosa de haber aceptado su voto con un prodigio que le aconteció en el camino. Porque antes de llegar á los reales de los Tiragetas, acercandose con su caballo á un enebro, para cortar un ramo y formar con él el simbolo de la paz, segun lo acostumbraban los Chersonesios, el cortado ramo se convirtió de repente en oro puro y resplandeciente. Sorprehendido de aquella maravilla, dudaba si seria ilusion de sus ojos; mas dandolo á ver á todos los de su comitiva, como todos ellos le certificaban de la verdad, no menos sorprehendidos de ella, quiso probar á cortar otro ramo para ver si se seguia el mismo prodigio. El ramo cortado de nuevo con todas sus menudas vacas, mudó de repente su verdor en solida y preciosa amarillez. Pusose entonces á cortar otros ramos que se convirtieron tambien en la misma preciosa materia, y no

desistió de aquel empeño, hasta que igualó el numero de los ramos con el de los Traces que le acompañaban.

Adoró entonces á la Paz, de quien reconocia evidentemente aquel prodigio, y le prometió tenerla por su particular deidad y abogada. Penetrado entonces de confianza en el feliz fin de su embaxada, apresuró el camino. Y habiendo llegado al campo de Ytolco, hizolo este acompañar hasta su tienda real, donde lo recibió con muchas demostraciones de afecto; no porque Ytolco tuviese aficion á los Chersonesios, sino porque tenia deseos de conocer al hijo de Laomedonte y hermano del Rey Priamo, hecho ya muy memorable por su ruina y por la de su reyno. Estaba á mas de esto con mucha curiosidad de saber de boca de un Troyano los hechos de Aquiles, de Ulises y de Hector, y el origen verdadero de aquella larga y famosa guerra. Honrolo pues como á persona de real sangre, haciendole poner asiento en frente del suyo, y á la misma humilde elevacion sobre pieles de fieras como lo estaba el suyo. Y despues de haberle hecho beber en un vaso de cuerno, engastado rusticamente en plata, que él libó primero; le dixo que propusiese el encargo que

traia de parte del Rey Ciseo. Antenor, teniendo en la mano el precioso ramo, le habló asi.

No ignorais, magnanimo Ytolco, que un Rey que vela sobre su pueblo, no debe despreciar las voces de la fama que le amenazan algun daño; pues aunque no deba tampoco darles entero asenso, es justo que indague la verdad en su fuente para tomar sus debidas precauciones. Para esto me envia Ciseo; para esto os pedí el beneplacito que tan generosamente me concedisteis, y de que yo me valgo con todo el reconocimiento, á que es acreedora la grandeza de vuestro real ánimo. Porque habiendo esparcido Teutrante que queria pediros alianza para acometer al Chersoneso, no quiso Ciseo despreciar la jactancia con que lo publíca, aunque le parezca muy extraño que querais hacerle guerra no habiendoos dado él mismo ningun motivo para ello; antes bien habiendo fomentado los amigables sentimientos que la justicia y nobleza de los vuestros le tienen merecidos.

Pero si algun motivo privado os induxo á condescender con los ruegos de Teutrante por haberos ofendido Ciseo sin voluntad para ello, desea daros satisfaccion de

la ofensa, y repararla amigablemente, antes que agravarla con las armas. Esto os servirá de prueba de la sinceridad de sus intenciones, pues os hace á vos una amigable declaracion que no hiciera á ningun otro por llevar ella visos del temor que no conoce Ciseo, antes que de la magnanimidad que á ello le mueve. Y aunque no es de extrañar que el resentimiento y la venganza impelan á Teutrante á declarar la guerra á Ciseo, causa bien sí maravilla la confianza altanera con que desde el lecho en que lo tiene sujetado la herida, reparte entre sus aliados un reyno ageno, haciendo otros tantos trozos de sus provincias, por paga, segun él dice, de los que le sirviesen en la conquista.

Dudo que estas voces sean verdaderas, pero si Teutrante las profirió, y si es cierta su ideal reparticion, ¿quién le asegura que podrá mantener su palabra con los aliados? ¿La union de las armas, hace por ventura cierta la victoria? ¿ó las desvanecidas amenazas de Teutrante atarán las manos á Ciseo, ó enflaquecerán el valor de sus vasallos? Antes de llegar á esta prueba, que pudiera tal vez humillar la arrogancia de Teutrante, desearia Ciseo poneros por medianero de sus pacificas intenciones para evitar

los daños y males que acompañan á la guerra. Y en caso que Teutrante rehusase vuestra ilustre y respetable mediacion, os ruega Ciseo querais amenazarlo con que desampararéis su alianza, y os unireis con él, no para hacer guerra á Teutrante, sino solo para hacerlo desistir de su porfia, perturbadora de la tranquilidad de los estados y de los Reyes sus confinantes.

Lejos de haceros Ciseo por este singular favor vanas y pomposas ofertas, que otro cimiento no tienen que las lisonjas de un Rey inquieto, os quedará por él reconocido, y por prenda de su sincera gratitud os envia este ramo, que os confirmará la sinceridad de sus magnanimas intenciones. Dicho esto le entrega el ramo de oro; é Ytolco lo recibe con tal admiracion, que en vez de responder inmediatamente al discurso de Antenor, quedaba encantado contemplando aquel ramo maravilloso. Este añadió tanta fuerza á las razones de Antenor, que Ytolco antes de acabar de saciar su curiosidad en él, sintió trocados sus sentimientos, de modo, que aunque habia ya asentado alianza con Teutrante, y puestose en marcha para unirse con él, resolvió desistir de aquella empresa, y adherir á la proposicion de Ante-

nor, á quien agradeció con expresiones de admirado reconocimiento aquel precioso don, prometiendole que desaconsejaria á Teutrante la guerra, y que en caso que despreciase su mediacion, haria muestra de unir sus armas á las de Ciseo.

Quiso á mas de esto cortejar á Antenor, teniendolo á su mesa, cuyos manjares y adornos se resentian de la rusticidad de su Rey. Acabada la mesa, estando muy deseoso Ytolco de oir de la boca de Antenor el origen y sucesos de la guerra de Troya, le rogó se los refiriese. Antenor, viendo que su relacion podia contribuir para conseguir mejor el fin de su embaxada, comenzó á decir asi, estando presentes los principales Tiragetas. No es posible, generoso Ytolco, dexar de renovar con la memoria de tan gran desgracia, el acerbo sentimiento que dexó ella impreso en los ánimos de los pocos que pueden contarla; mas puesto que deseais saberla desde su origen, aunque para ello necesitaria yo de muchos dias, procuraré dexaros plenamente instruido con la brevedad que me será posible. Oidla:

No satisfecho el dios Neptuno con haber inundado los campos de Troya, por haberle negado Laomedonte el precio conve-

nido por los muros de la ciudad, robóle tambien á su hija Hesione, á quien ató á una roca para hacerla devorar de un monstruo marino. En vano el arrepentido Laomedonte prometió darle el precio convenido, conjurandolo con su llanto paraque no expusiese su hija á muerte tan cruel. Sordo Neptuno á su llanto y ruegos persistió en executar su venganza. La infeliz Hesione iba á ser despedazada del monstruo, al tiempo que Hercules, llegando á Troya con los otros Argonautas, é informado del caso, se ofrece á librar á Hesione de la muerte, si Laomedonte prometia darle en recompensa dos de los prodigiosos caballos que poseia. Laomedonte se los promete al instante, y Hercules armado de su clava entra en el mar; espera sobre la roca al monstruo, á quien acogotó, llevando luego al padre en triunfo la libertada Hesione.

Pero Laomedonte por un proceder incomprehensible niega tambien á Hercules los prometidos caballos. El, irritado entonces, quita por fuerza la hija á Laomedonte y despues de haberla violado, la entrega á Telamon, que la llevó consigo á Grecia, y no quiso este restituirsela al padre, que envió á pedirsela. Esta injuria apropiosela su hijo

Priamo, el qual para vengarse de los Griegos, envió á su hijo Paris paraque tentase robar á Helena, muger de Menelao, hecha ya muy célebre por su rara hermosura. Llegó Paris á conseguirla con el funesto favor de la diosa Venus, que quiso con este don recompensar la preferencia que le dió el mismo de hermosura en cotejo de Palas y de Juno, que se sometieron á su juicio y decision en la selva Idea.

Divulgado el robo de Paris, Menelao y su hermano Agamemnon Rey de Argos y de Micenas, ofendidos de la violada hospitalidad y del deshonor de su lecho conyugal, amenazan á Priamo con guerra si no les restituía la robada Helena. Viendo ellos sus ruegos desatendidos y despreciadas sus amenazas, determinan juntar exército contra Troya para tomar por fuerza lo que de grado no se les queria restituir, aunque muger, y muger robada. Publicada la expedicion por los dos hermanos, se les unen la mayor parte de los Reyes de la Grecia; y junta ya toda la armada en el puerto de Aulide, declarado por gefe de ella Agamemnon, hicieron vela mas de mil naves, que llegaron felizmente á las playas troyanas. No tardaron á apoderarse del puerto de Sigeo, lo

que les facilitó poner el sitio á Troya, determinados á no levantarlo hasta que tuviesen á Helena en su poder.

Persistieron por ocho años continuos con muertes y pérdidas sensibles de ambas partes; hasta que cansados finalmente los Griegos de tan larga contienda, no menos que funesta, trataban de levantar el sitio y de restituirse á la Grecia. Un accidente los hizo mudar de resolucion; y el mismo decidió de la ruina de Troya y del reyno de Priamo. Oid de qué manera: Habia en Troya un célebre adivino, hijo de Priamo, llamado Heleno. Este cayó desgraciadamente en manos de Ulises, que lo amenazó de muerte, si no le vaticinaba en qué consistia que los Griegos no podian tomar á Troya. Heleno atemorizado de sus amenazas, le dixo, que Troya no pereceria, si no traian al campo griego á Filoctetes, y si no conseguian sacar de la ciudad el Paladion, que era una célebre estátua de Minerva tenida en Troya en suma veneracion.

Ulises, oido esto, encierra á Heleno para poderse aprovechar él solo de sus profecias, y obtener toda la gloria que del éxîto le resultaria; y sin perdida de tiempo se embarca con Fenix para ir á Lemnos á sa-

car de aquella isla á Filoctetes, y traerlo al campo. Habia trazado siete años antes el mismo Ulises dexarlo solo en aquella isla por los horribles gritos que daba Filoctetes, y por el intolerable hedor que arrojaba de la podrida llaga que le causó la picadura de la sierpe, que guardaba el templo de Apolo en Crysa, donde entró Filoctètes para sacar el tesoro. Vivió todo aquel tiempo el desdichado en aquella isla deshabitada, manteniendose de la caza que alcanzaba con sus flechas, que eran las que habia heredado de Hercules, y sin las quales Troya no podia ser tomada, ni era facil sacarselas, si él mismo no las llevaba consigo al campo griego.

Consiguiólo Ulises, esperando que Filoctetes se durmiese en la gruta que le servia de habitacion, donde lo ató, ayudado de sus compañeros, y lo llevó á la nave conque lo traxo á los reales. Alli fue recibido con extraordinario gozo de la armada, que celebró la intrepida sagacidad y esfuerzo de Ulises. Faltabale la mayor de todas las empresas, que era robar el Paladion, estátua, como os dixe, de Minerva, que por antigua tradicion se creia haber baxado del cielo, y haber quedado colocada por si mis-

ma en el sagrario del templo, que Ylo acababa de edificar á la Diosa. Alli era venerado el Paladion con suma religion, destinandole sacerdotisas que dia y noche lo velasen, pues de su conservacion dependia la de la ciudad.

A pesar de todos los desvelos y peligros que encerraba en sí esta empresa, llevóla al cabo Ulises del modo que vais á oir. En una de las muchas y freqüentes salidas que hacian los sitiados, aconteciole á Ulises matar á un soldado, llamado Ifitides, que se le parecia en la estatura y en el gesto; y no necesitó de mas para acometer lo que ardientemente deseaba: despoja á Ifitides de sus vestidos y armas, y vistiendoselas él se mezcla con los Troyanos en otra salida que hicieron, y con ellos entra en Troya sin ser conocido. Asi pudo penetrar en el templo, donde degolló á la sacerdotisa Pantea que velaba el Paladion. Con él cargó, llevandolo envuelto con los velos sagrados á la parte del muro, que bañaba el rio Simois, por donde lo desprendió con una soga, desprendiendose tambien él mismo.

Los juegos y fiestas con que solemnizaron los Griegos este famoso robo, fueron otros tantos funestos agüeros para los Tro-

yanos, que desde entonces vieron allanarse todos los obstáculos á sus enemigos. Reconciliose Aquiles con Agamemnon, con quien estaba sumamente enojado, por no haberle querido ceder la hermosa Briseida, que él mismo cautivó en Lirnesa. Ni Nestor Rey de Pylos, ni el mismo Ulises, ni Patroclo el mayor amigo de Aquiles, pudieron inducirlo á que volviese á los reales, hasta que tomado ya el Paladion, mató Hector á Patroclo. Encendido entonces Aquiles del enojo y rabia que le causó la muerte de su amigo, jura vengar al hijo de Menecio en la sangre de su matador; entra como un torrente en la trabada batalla de Griegos y Troyanos; hace riza de estos, y queda dueño del campo.

No pudiendo sufrir Hector la altaneria que ostentaba Aquiles por aquella victoria, resuelve salir á pelear con él de solo á solo, y lo executa, sin que los ruegos de su padre Priamo, ni los sollozos de su madre Hecuba, ni el llanto de Andromaca su muger, pudiesen contenerlo. Era mas poderosa la gloria que esperaba alcanzar con la muerte del hijo terrible de Thetis y de Peleo. Todos los Troyanos acudieron á los muros para ver aquel memorable combate.

Compareció Aquiles todo resplandeciente con las armas que su madre Thetis le traxo al campo, y que arrojaban á lo lejos tan vivo resplandor, que igualaba al del sol quando roxea en el ocaso. Hector espantado de aquella terrible vista y presencia, comenzó á huir; seguialo Aquiles como rápido azor, que se dexa caer sobre la fugitiva paloma. Mas conociendo Hector que su enemigo le iba á los alcances, antes que dexarse herir ignominiosamente en la fuga, se para, y le hace frente para disputarle la victoria.

Contuvose tambien entonces Aquiles, y se acometen luego como dos feroces leones que se disputan la presa. Sus petos y escudos resistian á los golpes de los aceros de temple admirable; y no dexaban sus armas lugar á las heridas, sino por la parte en que se unia el morrion de Hector con el peto. Por alli cabalmente, despues de larga contienda, dirigió el destino la espada de Aquiles con que pasó de parte á parte el cuello al infeliz hijo de Priamo, que cayó en el suelo, donde inmediatamente espiró.

No apagó su muerte la rabia del vencedor, ni quedó satisfecho su enojo pateando vilmente el cadáver, y haciendole otros indignos ultrages; sino que tambien le espe-

tó los pies con la espada, y le pasó por las heridas un nervio, con que lo ató á la zaga de su carro; y montado en este, hizo dar á sus caballos tres rapidas vueltas entorno de los muros de Troya, que se deshacia en llanto, viendo al hijo de su Rey arrastrado barbaramente por el suelo, cuyo polvo iban barriendo el rostro y cabellera. Tras esto quiso Aquiles dexar expuesto su cuerpo á las aves de rapiña, que lo hubieran devorado, si el desdichado Priamo no hubiese rescatado á precio de oro y de su humilde llanto el cadáver para darle sepultura.

Tan atroz y bárbara victoria, digna de un tigre poseido de la rabia, no dió largo gozo al feroz Aquiles, pues murió tambien atravesado de una flecha que le disparó Paris. Asi murieron los dos varones mas esforzados entre los Griegos y Troyanos, quedando estos sin su mayor defensa con la pérdida de Hector, y la ciudad expuesta á su inminente ruina. Apresuróla Filoctetes, venido de la isla de Lemnos, matando tambien á Paris con una de las fatales flechas heredadas de Alcides, á las quales estaba destinada la destruccion de Troya. Debieron con todo recurrir los Griegos al engaño, fabricando un enorme caballo de madera, que

trazó el ingenioso Epeo. En el vientre de aquella gran máquina se encerraron los mas esforzados Capitanes griegos, para poder introducirse dentro de ella en la ciudad.

Consiguieron tambien esto, dando á entender á los Troyanos que habian hecho tan grande aquel caballo, paraque no pudiesen ellos meterlo en la ciudad; porque Calcante les habia predicho, que si esto sucedia pereceria toda la armada de los Griegos; los quales por otra parte se veian precisados á ofrecer en voto aquel caballo para aplacar á la diosa Minerva, enojada contra ellos por el robo del Paladion. Quanto mas refinada fue esta ficcion, tanto mas presto fue creida por los Troyanos, que por lo mismo pusieron todo su empeño en introducir aquella fatal máquina en Troya, pues á costa de este solo trabajo, habia de perecer la armada de sus enemigos. Para efectuarlo echaron á tierra parte de la muralla, y acudieron todos á porfia hasta los mismos niños y viejos, á tirar de las sogas, por mas que los adivinos les predixesen que iba preñada aquella máquina del fuego que habia de abrasar la ciudad.

Mientras los Troyanos trabajaban en esto, mostraron los Griegos hacerse á la vela. Pero volvieron á tomar puerto con el favor

de la noche, y esperaron que los del caballo les diesen la señal de haber salido de su vientre, para encaminarse á la ciudad é incendiarla, como lo hicieron; permitiendoselo asi los dioses, que en tanto grado cegaron á los infelices Troyanos, pues ayudaron ellos mismos á su ruina. Sin que yo lo diga, podeis imaginaros las atrocidades que cometieron los Griegos en aquella horrible y funesta noche, en que incendiaron la ciudad, pasando á cuchillo á sus habitantes. Murió el Rey Priamo á manos de Pirro, hijo de Aquiles; perecieron todos sus hijos y nietos; quedaron cautivas sus mugeres é hijas, y toda aquella gran ciudad, con sus sumptuosos edificios, reducida á cenizas. Yo pude salvarme entre las llamas con mi muger Teana, hija del Rey Ciseo, el qual me dió ocasion, quando apenas habia llegado á Taurea, para experimentar por medio de mi embaxada los efectos de vuestra magnanimidad y justicia; y para esperar que Teutrante, atendida vuestra respetable mediacion, ó generoso Ytolco, quiera preferir la paz á una guerra injusta.

Asi dió fin Antenor á su relacion, que oyeron con gran complacencia los principales Tiragetas y su Rey Ytolco. Ratificó este

entonces su firme voluntad sobre la paz y sobre la alianza que Antenor le pedia en nombre de Ciseo. Diole á mas de esto dos pieles de leon y un alfange de fino temple. Hizo tambien repartir entre los Chersonesios que lo acompañaban otros tantos arcos y aljabas, en recompensa de los ramos de oro que le entregaron, y que Ytolco recibió con demostraciones de afecto penetrado de aquella maravilla. Despidiose de él Antenor muy regocijado por el éxito feliz de su embaxada, y volvió á ponerse en camino para Taurea.

LIBRO TERCERO.

SUmo fue el gozo del Rey Ciseo quando le informó Antenor de la propension de Ytolco á la paz, y de la promesa que le hizo de unir sus armas á las de los Chersonesios en caso que Teutrante no quisiese desistir de la guerra ni aceptar su mediacion. Formó por lo mismo Ciseo mayor concepto de la prudencia y manejo, de quien le habia conseguido con él lo que casi imposible le parecia, y de lo que hubiera dudado hasta su execucion, si no se lo confirmase el prodigio de los ramos de oro quando Antenor se lo contó. Acrecentó esta maravilla el amor y respeto de Ciseo para con él; ni tardó á darle la mayor prueba de su aprecio nombrandolo compañero suyo en el trono. Quiso tambien que se comenzase á edificar en Taurea el templo que el mismo Antenor habia votado á la Paz, de la qual reconocia, asi el prodigio de la transformacion de los ramos en oro, como la inesperada mudanza del Rey Ytolco.

Este, entretanto, cumplió inmediatamente con la palabra dada á Ciseo, de disuadir á Teutrante la guerra, enviandole sus embaxadores para que le intimasen, que uniria sus armas con las de Ciseo si no desistia de la guerra. Teutrante, aunque no se hallaba enteramente restablecido de su herida, habia movido con su exército para ir á unirse con Ytolco, luego que este le dió el aviso de que habia salido de Tomida con el suyo. Fue por esto igual la sorpresa al despecho que encendió en su animo la intimacion que le hicieron sus embaxadores, que lo encontraron en el camino. Enfurecido Teutrante al oir tal embaxada, que echaba por tierra las esperanzas que habia concebido de vengarse de Ciseo, mandó prender y degollar alli mismo á los embaxadores; y sin detenerse se encamina con su exército contra el mismo Ytolco, esperando hallarlo desprevenido, y tratarlo como á su mayor enemigo.

Avisado Ytolco con tiempo del cruel y bárbaro desacato cometido con sus embaxadores por Teutrante, y que iba contra él, lo previno poniendole una emboscada, donde el ardor de los Tiragetas le quitó la ocasion de desbaratarlo enteramente, acometien-

do antes de tiempo á la vanguardia de los Yaciges, que sostenidos valerosamente de Teutrante, rechazaron á los Tiragetas, aunque con pérdida bastante para que Teutrante, cubierto de las tinieblas de la noche, volviese á meterse en su reyno. Avisó inmediatamente Ytolco á Ciseo de esta novedad, rogandole quisiese ir á sostenerlo con su exército, pues temia que si desamparaba su reyno, penetraria en él Teutrante sin estorvo, y exercitaria su venganza. Condescendió Ciseo con los ruegos de Ytolco, y juntando luego exército, fue á sostener á su aliado, de quien supo que Teutrante habia enviado á pedir alianza á Metalces Rey de los Emoscitas.

Fue esto nuevo motivo paraque juntos ya Ytolco y Ciseo, resolviesen entrar en el reyno de Teutrante, para amedrentarlo y obligarlo á hacer las paces antes que Metalces se le juntase. No era esto lo que el Rey Ytolco pretendia, sino vengarse de Teutrante por las muertes de sus embaxadores, instando á Ciseo para que entrasen juntos en la Yacigia y la talasen, persiguiendo á Teutrante hasta prenderlo ó arrojarlo de sus estados. Oponiase á esto Antenor, como cosa contraria á los sentimientos de la paz y de

la humanidad, con que podia ser tambien llevada la guerra, castigando á quien lo habia ultrajado y ofendido, sin destruir los pueblos y talarles los campos, que no le habian hecho agravio. Decia que los vasallos no eran responsables de los arrojos y desatinos de su Rey; que solo debian ser tratados como enemigos los que se opusiesen con las armas en la mano á una justa pretension; pero los rendidos y los que no tomaban armas, no dexaban ningun derecho á la venganza y enojo del vencedor.

Ytolco, inflexible en su resentimiento, reputaba flaqueza de ánimo estos sentimientos de Antenor; y persistia en querer entrar á sangre y fuego en el reyno de su enemigo, diciendo que si no le destruian sus pueblos y vasallos, quitandole con ellos los medios de hacer daño y de vengarse, le acrecentarian el poder y los deseos de destruir él mismo á los que tan floxamente lo perdonaban. Viendo Antenor que era imposible persuadir á Ytolco lo contrario, aconsejó á Ciseo que se separase de él, para conseguir por otro camino el fin de las paces que se proponia. Ciseo lo executa, dando á Ytolco por pretexto de su separacion la dificultad de abastecer de víveres á los dos exercitos

juntos en tierra de enemigos ; pero su unico fin era el evitar las crueldades y desafueros , que Ytolco se proponia cometer en los estados de Teutrante.

Separados ya los dos exércitos , mientras Ytolco pasaba á cuchillo á los infelices pueblos , y les destruia sus campos y cosechas, Ciseo , por consejo de Antenor , se esmeraba en tratar con humanidad á los que le caian en su derrota , mirandolos antes como benigno Soberano , que como vencedor. Hacia publicar que las intenciones que llevaba eran de exîmirlos de las vexaciones de su turbulento Rey , y de los daños de la guerra que no iba á hacer á los Yaciges , sino solo á su Rey , que era el unico que lo habia ofendido y provocado á tomar las armas.

No acababan de creer los admirados pueblos aquellos efectos de la humanidad y beneficencia , que experimentaban del Rey Ciseo en aquel genero de guerra amigable, que comenzaban á preferir á la paz de su mismo Soberano ; pues Ciseo , declarandolos libres de pechos y contribuciones , los exhortaba solamente á que convirtiesen las armas en instrumentos de labranza. Algunas ciudades , vencidas de tan benigno y generoso proceder , le abrian espontaneamente

las puertas, que hubieran podido resistir á todas sus fuerzas. En ellas le daban honores, y le hacian demostraciones, como si fuera una deidad la que llegaba.

Los pueblos precedidos de sus sacerdotes salian á recibirlo quemando en su honor incienso, y rindiendole las armas, como don que sabian serle el mas acepto. Otros formaban hacinas de aljabas, de arcos y lanzas, erigiendolas en trofeo á una y otra parte del camino, y les pegaban fuego al tiempo que Ciseo y Antenor entraban en la ciudad, queriendo solemnizar con estos fuegos el jubilo que ellos sentian en su llegada. No era menor el gozo que experimentaba Ciseo con aquella especie de pacifico triunfo, de que sacaba tan dulce satisfacion. Pesabale haber conocido tan tarde á la humanidad, y á su respetable consejero, viendo que ella era mas poderosa que las armas, y que la fuerza y la crueldad que las empuñaban; pues sin apremio y sin violencia le rendia los corazones de los pueblos que no llegaba nunca á sujetar la mas completa victoria.

Esto mismo fue motivo para que siguiese tambien el parecer de Antenor, que le sugeria no dexar guarniciones en las ciudades por donde pasaba, lo que repugnaba

antes á Ciseo por temor de que le cerrasen el paso quando volviese. Porque le decia Antenor, que aunque este era el medio mas seguro y obvio para los guerreros y conquistadores, á quienes era necesario mantener con la fuerza, lo que con fuerza habian sujetado; pero que él no debia avasallarse á temores tales, pues tenia por mas seguros garantes la humanidad y la beneficencia, que los brazos de los soldados que desmembrase del cuerpo del exército, para repartirlos por las ciudades que dexaba á las espaldas, y que espontaneamente se le habian rendido.

Confirmó quan acertados eran los consejos de Antenor el mismo cruel proceder de Ytolco, cotejado con el de Ciseo. La ira y el odio concebido contra Teutrante habia exâsperado tanto su venganza, que cometia mil atrocidades con los infelices Yaciges que caian en sus manos, abandonandolos á todos los excesos y licencias de sus soldados. El hierro, el incendio, la rapiña, la violacion, toda especie de barbaridades eran las que le abrian el paso contrastado de la desesperacion de los vencidos, y de la falta de bastimentos. Su exército saciado de sangre y cargado de despojos, perecia de miseria y de hambre, ó del hierro de los pueblos mismos,

que le cerraban las ciudades y los pasos de los montes, que defendian con empeño y encono igual al encono y empeño de sus invasores; los quales dando luego en la ciudad de Yolpe, fuerte y bien abastecida, que les cerró las puertas, quedaron alli para combatirla.

Entretanto Ciseo y Antenor habian recorrido dos enteras provincias, sobrados de todo, aclamados de los pueblos, y venerados como dioses que llenaban la tierra de los dones de su beneficencia. Bramaba Teutrante viendo su reyno acometido de dos poderosos enemigos, sin que Metalces acabase jamas de llegar á socorrerlo. Ni le angustiaban tanto las crueldades de Ytolco, quanto el nuevo é inculpable modo con que Ciseo le hacia la guerra, pues le enagenaba los animos de sus pueblos, y le quebrantaba las fuerzas sin violencia, mostrandose antes Soberano y protector, que vencedor y enemigo. Esto sin embargo no irritaba tanto su enojo y venganza, quanto le movia á resentimiento, no ageno de admiracion y maravilla de un enemigo tal, que en vez de querer usurparle el reyno, atendia solo á su bien y felicidad, unicamente funesta para sí mismo, pues de dia en dia lo dexa-

ba con menores fuerzas para resistirle y para vengarse de sus mismos vasallos que espontaneamente se le rendian.

Antes pues que Ciseo pasase adelante, se resolvió Teutrante á proponerle condiciones de paz, no solo porque se hallaba sin fuerzas para echar de su reyno á los aliados, sino tambien para probar con esta tentativa si las pacificas intenciones de Ciseo eran tales quales manifestaba. Hubo finalmente de hacerlo por necesidad, quando supo que Metalces no podia socorrerlo por hallarse acometido en sus estados por Teuto, el qual habiendose rebelado contra Elpige Rey de los Medulos, le habia quitado el trono con la vida, y aspiraba á la conquista de los Emoscitas. Sintió sumamente Teutrante esta noticia que lo dexaba á discrecion de sus enemigos, los quales podian sacar mejor partido de las paces si tardaban á hacerlas. Lisonjeado con todo de hallar mejor cabida en Ciseo que en Ytolco, le envió sus embaxadores.

Encontraron estos á Ciseo en la ciudad de Yerapis, empleado, como solia, en atender al bien de los ciudadanos, á quienes trataba con afabilidad de particular. Cosa extraña entre aquellas gentes, y que respira-

ba á sus ojos una adorable seguridad y confianza, que por lo mismo se grangeaba su amor y veneracion. Repetian con jubilo los nombres de Antenor y de Ciseo, colmandolos de bendiciones; las calles y plazas se veian enramadas; los vecinos pueblos acudian á participar del alborozo universal que se acrecentaba en las fiestas y solemnes juegos que celebraban, como si hubieran obtenido una señalada victoria; los templos transcendian de sagrados perfumes, y cada dia se hacian en ellos nuevos sacrificios en agradecimiento á los dioses, por haberles enviado tan adorable enemigo.

Este público gozo confortó á los embaxadores de Teutrante, pues venian temerosos de que Ciseo quisiese vengarse en sus vidas, del ultraje cometido por su rey contra los embaxadores de Yrolco. Revistieronse del temor respetuoso de que venian penetrados, echandose á los pies de Ciseo, implorando su humanidad antes de exponer el motivo de su venida. Ciseo, prevenido por Antenor, les respondió, que él por su parte estaba pronto en hacer las paces que le pedian, pues solo habia tomado las armas para defenderse provocado de Teutrante. Que sus intenciones no eran ofender á los Yaci-

ges, á cuyo bien y felicidad atendia; pero que nada podia establecer, como era justo, sin el consentimiento de Ytolco su aliado.

Aunque los embaxadores al verse acogidos con tanta afabilidad del Rey Ciseo, recobraron sus animos, libres de la angustia y del temor con que venian; pero recelando que los quisiese remitir á Ytolco y que este los matase, se presentaron de nuevo rogandole quisiese tomar sus vidas baxo su amparo. Ciseo se lo prometió, y para asegurar su palabra, en vez de remitirlos á Ytolco, le envió á este un mensagero para hacerle saber la peticion de Teutrante.

Hallabase todavia Ytolco obstinadamente empeñado en el sitio de Yolpe, en que habia perdido parte de su gente, quando llegó el mensagero de Ciseo. Mas él lejos de venir bien en aceptar las paces, negose á toda condicion que no fuese la del trono y cabeza de su enemigo. Estaba tan determinado en esto, que al tiempo que enviaba á Ciseo la negativa, despachaba órdenes á su reyno, para que le viniese nueva gente y pertrechos para llevar adelante la guerra y el sitio de Yolpe hasta rendirla. Sintieron Ciseo y Antenor esta obstinacion de su aliado: porque como no miraban sino al bien

de la humanidad y aborrecian la guerra, fuese amigo ó enemigo el que la hacia, asi como acudieron á pedir alianza al mismo Ytolco para evitar la guerra con que Teutrante les amenazaba, asi tambien querian ahora suspender la que Ytolco queria continuar contra Teutrante.

No bastando otro mensage que le enviaron á este fin, se vió precisado Antenor á ir en persona para conseguir lo que era imposible que otro consiguiese. Partió con real acompañamiento, qual correspondia al que estaba ya declarado sucesor del trono de Ciseo; y habiendo llegado al campo de Ytolco, hizole ver ante todas cosas las grandes ventajas que le llevaba Ciseo, por haber tratado á los pueblos con humanidad, y los bienes que habia conseguido en cotejo de los daños y pérdidas que asi él como su exército sufrian, y de los males que habia causado á los miserables pueblos, que nada tenian que ver con los desaciertos de su Rey. Tomó de esto argumento para persuadirle la paz que Teutrante les pedia; mas no bastando todos sus discursos para apagar el enojo de Ytolco, se vió obligado Antenor á decirle, que si queria persistir en aquella guerra desatendiendo á la mediacion de su

aliado, este asentaria las paces de por sí.

Mostrose entonces muy resentido Ytolco del proceder de Ciseo, que lo desamparaba á lo mejor, quitandole de las manos la victoria de Yolpe; y Antenor para justificacion suya y de Ciseo, le habló de esta manera.

No creo, Ytolco, que tengais el justo motivo que creeis para resentiros del proceder de Ciseo, y mucho menos para tacharlo de ingratitud, acerca de la paz á que se muestra inclinado, puesto que nada estableció sobre ella con Teutrante que se la pide. Verdad es que Ciseo la admite por su parte, no porque á ello se vea obligado por alguna pérdida, ni porque tema á Teutrante, sino por el solo bien de los pueblos, por el suyo y por el vuestro tambien; pues la guerra es siempre en sí misma un mal para todos, y la paz un bien que prefiere Ciseo á la loca gloria de la conquista, y al vano esplendor del triunfo. Mas con todo, Ciseo no la admite sin vuestro consentimiento. ¿Qué motivo teneis en esto de quexa, ó qué razon hallais para tachar de ingrato á Ciseo?

Quando este se vió amenazado de Teutrante, acudió á vos para pediros alianza, no porque se hallase falto de fuerzas ni de

ánimo para hacer frente á su enemigo, sino para evitar la guerra y ahorrar á sus pueblos los males y daños que arrastra tras sí. Yo fui el mensagero, y no me olvidé de los terminos con que os pedí el favor, no para vencer ni arrojar del reyno á Teutrante, sino para amedrentarlo con vuestra mediacion, y obtener por vuestro medio la paz. Pero Teutrante, desatendiendo vuestra interposicion, os ultrajó barbaramente, degollando á vuestros embaxadores, y acometiendoos á traicion. Os dió con esto sobrado motivo para hacerle guerra, y para vengaros de tan cruel ofensa. La guerra se la habeis ya hecho, y os habeis vengado, obligando finalmente á Teutrante á pediros la paz.

En èstas circunstancias os envia Ciseo dos mensages para obtener vuestro consentimiento; vos, no solo los desechais, sino que tambien dais quexas al tercero, porque Ciseo pretende quitaros de las manos la victoria de Yolpe. Mas esta victoria, todavia incierta, todavia dudosa, equivale á la de dos provincias, y á la de trece ciudades que espontaneamente se rindieron á Ciseo? ¿No pudiera lisonjearse él mismo de rendir todas las demas, si quisiese desechar la paz, y obrar por solos deseos de interes, de ambicion ó de venganza?

Pero lejos de llevar tales miras en su proceder, las desecha y está pronto á restituir á su enemigo, lo que nada le costaria conservar y apropiarselo si quisiera. Su corazon obtubo lo que deseaba de Teutrante, con la paz que este le pide. Si esta noble y generosa venganza no satisface al vuestro, decid, qual es la que pretendeis? ¿Por ventura pasar á cuchillo al pueblo de Yolpe? ¿incendiar sus edificios? ¿tener la cruel satisfacion de esparcir al viento sus cenizas? ¿Mas con ellas esparcireis tambien las de Teutrante? ¿Degollaréis acaso al mismo en cada uno de esos defensores, que temiendo vuestra venganza usan del natural derecho de repeler la fuerza con la fuerza, para defender con ella sus vidas, su ciudad, sus hogares y familias?

Teutrante os hizo una grave injuria, no la niego; ¿mas si quiere reparar el agravio, y daros cumplida satisfacion, qué mas podeis pretender? Y si lo conseguis sin exponer vuestros soldados á la matanza, y á vos mismo al riesgo del combate, ¿por qué habeis de llevar adelante la guerra á tanta costa, y buscar ocasiones que pueden frustar vuestro enojo y venganza, y hacerosla tal vez funesta? La llama y el acero os allana-

ron el camino hasta Yolpe ; dexasteis regada la tierra con la sangre de los desdichados Yaciges , que no pudieron escapar del filo de vuestras armas. Queda cubierto de estragos y de horrores el suelo que habeis andado. ¿ Mas con todo esto , qué venganza habeis tomado hasta ahora de la persona de Teutrante ? ¿ O si os parece haberla tomado, no ha sido tambien á precio de la sangre y vida de dos mil soldados que perdisteis en el camino , y de otros tantos en este obstinado sitio ? ¿ Y por querer sacar un ojo á Teutrante , querréis vos cortaros los brazos , y quedar sin vista ?

Si os resolveis pues á pretender una solemne satisfacion de Teutrante , esta sea la primera condicion de la paz. La otra que pretende Ciseo , es igualmente util y gloriosa para entrambos , y necesaria para la conservacion de las paces establecidas : Que entregue todas las armas , las que puedan servir para usos provechosos á la industria , que las convierta en ellos ; las que no , que sean quemadas. Con estas dos solas condiciones hará Ciseo las paces con Teutrante , y le restituirá las ciudades y provincias. Mas si se niega á alguno de estos dos justos pactos, continuará la guerra Ciseo , no con las ar-

mas, sino con la humanidad y clemencia; pues con ellas logra un triunfo continuado de su enemigo, sin sangre de sus soldados, sin la de los pueblos que le abren de par en par las puertas de las ciudades, y que le rinden sus corazones en tributo de honor y de veneracion. Si estos dos pactos os satisfacen, se le propondran á Teutrante en nombre vuestro y en el de Ciseo; sino, decid si teneis otros que proponer.

Aunque Ytolco se resolvió á firmar aquellas dos condiciones, no fue tanto porque quedase convencido de las razones de Antenor, quanto por el temor de que Ciseo se hiciese dueño de todo el reyno; antes que él saliese con la conquista de Yolpe, y porque esperaba que Teutrante no las admitiria. Volvió no obstante Antenor con este buen despacho á la ciudad de Yeralis, donde dexó á Ciseo, que se alegró no menos que los embaxadores de Teutrante, que lo esperaban con solicitud, y que llevaron á su Rey las condiciones firmadas por los dos aliados. Antenor para forzarlo á admitirlas, aconsejó á Ciseo que pasase adelante para ganarse mas los animos de los Yaciges, y hacer suyas otras ciudades.

Crecia la afectuosa satisfacion de los pue-

blos para con él, al paso que recibian mayores pruebas de la magnanimidad y bondad de Ciseo, que los exîmia de los pechos y gabelas que su Rey les imponia, y los persuadia á mas de esto, á preferir la tranquilidad en el seno de sus familias, á los males y calamidades de la guerra. Hizo publicar las condiciones de la paz que proponia á Teutrante, y que si este las admitia, no pretendia otra satisfacion, contentandose con haber dado á los Yaciges pruebas de sus pacificas intenciones, y de los deseos que fomentaba de su solo bien y felicidad. Cundia con esto el entusiasmo de afecto y de veneracion de pueblo en pueblo, y llegó á conmover tanto á los habitantes de la ciudad de Temiris, que salieron á recibir á Ciseo con todas las demostraciones de culto que pudieran dar á una deidad, y lo aclamaban todos por su Rey, teniendole preparado el trono y diadema para coronarlo solemnemente.

Ciseo habiendo entrado en la ciudad, aunque dexó disfrutar al pueblo de los deseos y confianza que alimentaba de coronarlo sin desechar ni admitir su oferta, no les manifestó su contraria voluntad, hasta que llegando el dia señalado para la coronacion,

subió al trono, pero solo para hacerles este discurso.

No vine á vuestra ciudad, Temirenses, para despojar á Teutrante de lo que heredó de sus mayores, sino solo para contribuir á vuestro bien, en todo lo que fuese justo por mi parte, y util para vosotros. Este solo glorioso derecho me da la guerra á que vuestro Rey me provocó. Si esto consigo, si el fruto de mi venida ha de ser vuestra felicidad, nada mas quiero, nada mas pretendo. No querais, pues, tampoco vosotros que yo desmienta mis intenciones, aceptando la corona que me ofreceis. Hagamos que se rinda Teutrante al desinteres de la humanidad, y que conservandole yo los derechos que tiene al trono, os conserve tambien á vosotros los que teneis á su beneficencia.

No os pese que conservando yo eterno aprecio á vuestro ofrecimiento, dexe de admitirlo; porque si fuese tan grande mi ambicion que aceptase el trono que me ofreceis, os veriais precisados á mantenerme en él á costa de vuestras vidas y de vuestra sangre, si viniera á pretenderlo con las armas aquel á quien de derecho le pertenece. ¿Cómo pudiera sufrir mi amor ver sacrificar vuestras vidas, vuestros bienes y vues-

tros hijos en mi defensa ? No, Temirenses, el trono mas apreciable para mí, la mas apetecible corona, es vuestro afecto ; este acepto con la mas viva y tierna gratitud ; si Ciseo reyna en vuestros corazones, esto le basta. Quieran solo los dioses aceptar los votos que les hago por vuestra dicha y por la de vuestros hijos.

Un gran murmurio de llanto, confundido con las voces de admiracion y de júbilo del pueblo siguió al humanisimo razonamiento de Ciseo; y luego una afectuosa porfia de la gente que penetrada de veneracion le doblaba las rodillas, y abriendole en aquella postura el paso, lo llamaban su padre, su amparo, su dios, y le instaban á gritos para que aceptase la corona que le ofrecian, pues estaban determinados á no admitir mas á Teutrante por su Rey, despues que habian dado el paso de ofrecerle á él la corona, porque si los desamparaba, vengaria Teutrante en ellos y en sus hijos aquella demostracion de afecto que con él habian usado. A pesar de sus instancias, persistió Ciseo en no admitir su ofrecimiento, prometiendoles que pondria todo su poderio en que no redundase en daño de ellos su recusacion.

Lisonjeado el pueblo de esta promesa prosiguió en darle todas las publicas demostraciones de veneracion que su afecto le sugeria. Llegaron á poner su efigie y la de Antenor en los templos; levantabanles publicos altares, donde degollaban reses en su honor. No fueron inferiores á estas demostraciónes de amor las que le dieron los mismos de su sentimiento, quando Ciseo los dexó para pasar á la ciudad de Pirapolis donde tenia Teutrante su tesoro. Habia confiado por lo mismo la defensa de aquella ciudad á Misdras, deudo suyo; y á mas de la gente de guerra que tenia en ella, envió Teutrante otros dos mil soldados de refuerzo temiendo los rápidos progresos de Ciseo; y él, no fiandose enteramente de sus propios vasallos, se retiró á sitios fuertes y montuosos, donde no podia ser facilmente acometido.

TAYLOR INST. OXFORD

Era Misdras hombre valiente y esforzado, pero era igualmente feroz y cruel, y no pensaba en abrir la ciudad á Ciseo, aunque sabia el desinteres y bondad con que trataba él mismo á los pueblos que se le rendian. Tampoco ignoraba Ciseo la determinada voluntad de Misdras, pero como esperaba ganarse los animos de los ciudadanos, quiso enviar á Misdras un mensage pidien-

dole entrada amigable en la ciudad, con promesa de que no tocaria al tesoro de Teutrante si se la concedia. Que sus intenciones eran utiles á los ciudadanos; que nada queria para sí sino la satisfaccion de contribuir al bien del pueblo, y que por lo mismo esperaba que no le negaria la entrada.

Misdras, habiendo oido el mensage, responde, que no concedia entrada amigable en la ciudad que se le habia confiado, á quien venia á ella con todo el aparejo de guerra, y con exército formado. Que las intenciones de Ciseo, en vez de ser utiles, como pretendia, eran por el contrario las mas perjudiciales á los Yaciges, pues con el blando pretexto de mirar por su bien, los despojaba de las armas para dexarlos sin defensa, y para avasallarlos mas facilmente á su suave perfidia. Que puesto que venia á restablecer su tranquilidad, los dexase gozar de ella sin inquietarlos y se fuese á su reyno, en vez de enagenar los animos de los Yaciges de la obediencia de su Rey; y que finalmente lo trataria como á enemigo si se acercaba á la ciudad.

Sintieron Ciseo y Antenor esta respuesta de Misdras; y aunque tenian fuerzas bastantes para poner sitio á la ciudad y tomar-

la, prefirieron ahorrar la sangre y vidas de sus soldados y de los ciudadanos, valiendose del manejo antes que de la fuerza, para ver si los Pirapolitanos se les rendian espontaneamente; pues sabian que todos ellos estaban disgustados de Teutrante, y mucho mas de Misdras, por las crueldades que cometia, y por la dureza con que los trataba. Extienden pues su exército al rededor de Pirapolis, como si de hecho la sitiasen; y al mismo tiempo publíca Ciseo, que quedaria libre la entrada y salida de la ciudad á todos los ciudadanos que quisiesen prevalerse de la real promesa que les hacia de respetar sus bienes y personas. Que repartiria los tesoros de Teutrante, sin reservarse nada para sí, entre aquellos Pirapolitanos, que le facilitasen la entrada en la ciudad sin derramamiento de sangre.

Era considerable el tesoro que alli tenia Teutrante; y por lo mismo quanto mas alagueña y poderosa era la oferta de Ciseo para con los ciudadanos, tanto mas temible era para Misdras, y tanto mas este acrecentaba sus rigores intimando crueles penas y executandolas por los mas leves indicios y sospechas que recibia de los ciudadanos. Estos al contrario, como sabian quan grande

era la humanidad de Ciseo, y el afecto y confianza que se habia ganado de todas las ciudades en que habia sido recibido, iban trazando medios y buscando ocasiones para librarse del yugo de Teutrante, y de las crueldades de Misdras.

Lo que de unos no conseguia el odio, lo recavaba la esperanza de los tesoros prometidos, teniendo por seguro que Ciseo les cumpliria la palabra; y lo que comenzaban á pensar é idear consigo mismos, lo trataban luego en secreto con sus amigos y confidentes. Crecian las juntas y los corrillos clandestinos, en que se sugerian y comunicaban los medios y trazas para entregar la ciudad, y á Misdras con ella. Mas este velaba sobrado en continuo sobresalto, paraque no llegasen á hacersele sospechosas las visitas mas inocentes, y para que no ensangrentase los cadalsos con las muertes de algunos. Exâsperó mucho mas con esto los animos de los ciudadanos, los quales no atendiendo ya tanto á la promesa del tesoro, ni á la entrega de la ciudad, quanto á vengarse del tirano, esperaban muchos ocasion oportuna para quitarle la vida.

No era esto tan facil de executar en una ciudad llena de soldados, que defendian á

Misdras, estando tambien él mismo en vela continua rodeado de guardias. Mas lo que no pudo conseguir ni el odio, ni el interes, ni la fuerza, lo logró el amor de Sipsa, venciendo todos los obstáculos y dificultades desde el mismo cadalso en que estaba para ser degollado; siendo causa al mismo tiempo de que Ciseo entrase en la ciudad sin derramamiento de sangre, á quien dió tambien nuevo motivo este caso para preferir los consejos de la humanidad á los de la fuerza y violencia de las armas, que no son siempre ni los mas seguros, ni los mas poderosos, como lo parecen á la crueldad y á la venganza.

Era' este Sipsa un mozo noble de los principales de Pirapolis, que estaba para casarse con Efile, doncella de extraordinaria hermosura, cuya fama acrecentandose con el motivo del próxîmo himeneo, llegó á los oidos de Misdras. La crueldad suele ir acompañada de la disolucion y luxuria. Misdras desea ver á Efile; la vé y queda prendado de ella de tal manera, que desde entonces determinó quitarsela á Sipsa. Pretexta para ello motivo de conjuracion en los dos amantes, y á fin de disimular sus intenciones les añade por complices á todos aquellos

de quienes quiso deshacerse, ó porque los temia, ó porque queria vengarse de ellos.

Todo lo recava la fuerza. Sipsa, sorprendido con su amada Efile, se ve arrebatado y conducido con ella á una mazmorra, á vista del aturdido é indignado pueblo que devoraba en su interior las quexas y el resentimiento por tan violenta y manifiesta injusticia. Deshacianse en llanto y lamentos los infelices amantes al verse en la escura prision, y en poder del tirano sin poder atinar ellos la causa porque los condenaba: pues aunque el animo del amante Sipsa llegase á sospechar, no sin motivo, que Misdras llevase intenciones de quitarle á su amada Efile; mas como la veía presa en aquel mismo calabozo, no dudaba que quisiese privarla de la vida, aunque ignorase el motivo. Otro no tenia Misdras que el de dar apariencia de delito á la prision de Efile, para quitar sospechas á sus intenciones que eran de sacarla secretamente de la carcel y gozarla encerrada en su casa.

Dió esta comision Misdras á Erapes capitan de su guardia de quien hacia mucha confianza, ignorando que fuese aquel mismo Erapes cercano deudo de Efile por parte de la madre, y que la amase tiernamente con

amor de deudo. Erapes, oida la comision, disimula lo que era, y por lo mismo acepta el encargo; pero solo con intencion de quitar á Efile la vida con sus propias manos, resuelto á morir tambien con ella antes que Misdras la deshonrase. Habiendo llegado á la carcel hace quedar fuera á los soldados que lo acompañaban, penetra en el calabozo, y presentandose á Efile con una tea encendida en la una mano, y con un cuchillo en la otra, le habla de esta manera.

Efile, vengo con el encargo de llevarte á Misdras, que quiere hacer servir tu hermosura y tu honor de instrumento vil de su luxuria; mas vengo al mismo tiempo con este acero, para salvarte de tan detestable oprobrio. Si prefieres tu deshonor á la vida, plañe tu desgracia; pero si al contrario prefieres la muerte á tu ignominia, dame las gracias, pues vengo á librarte de ella con este acero que derramará al mismo tiempo mi sangre, paraque nada le quede que hacer al tirano. Mas antes deseo saber quáles son tus sentimientos para matarte con mayor gozo, si son dignos de tu nacimiento, ó para apresurar tu muerte y la mia, si de él degeneran.

Efile, casi enagenada por las angustias de

la muerte que le avivó el ruido de los cerrojos, que Erapes abria, creyendo que fuese el verdugo, volvió algo sobre sí, y cobró no poco aliento quando reconoció á Erapes á la luz de la tea. Mas oida la extraña y terrible proposicion que le hacia con el acicalado cuchillo en la mano, dixo solo: ¡triste de mí! salva al inocente Sipsa. Este, á quien tenia antes sumamente angustiado el discurso y fiero ademan de Erapes, animado entonces su corazon amante con la exclamacion de Efile, le dice: Detente Erapes, y escuchame: Si me pones en libertad, no solo te prometo librar á Efile del deshonor y de la muerte, sino que tambien me vengaré del tirano.

Sorprendido Erapes de la animosidad con que el joven Sipsa le hacia aquella proposicion, desea saber el modo como lo executaria. Sipsa le dice que presentandose á Misdras con los vestidos de Efile, cubierto con un velo que él mismo le podia facilitar. Queda suspenso Erapes al oir el atrevido ofrecimiento de Sipsa, y comienza á vacilar entre las lisonjas que le excitaba su esfuerzo, y los temores de la dificultad de la execucion. Vencido y acobardado de estos, responde á Sipsa, que no era posible efectuar-

lo por quanto los soldados que traia consigo podian llegar á descubrir el engaño. El esforzado Sipsa inspirado de su ardiente amor y osadia, hacele ver que esa misma dificultad facilitaba la empresa si desataba á los otros presos, encerrados alli por Misdras, con cuya ayuda podian matar á los soldados, haciendolos entrar uno tras otro.

Erapes entonces se rinde al nuevo ofrecimiento de Sipsa, y lo comienza á poner por obra, tomando juramento de los presos antes de desatarlos. Todos lo dan con firme determinacion de morir en la demanda. Efile renace á la vida y á la libertad, entre las zozobras y el júbilo que le causaba el caso. Sipsa libre tambien renueva á los pies de su libertada amante el juramento con lagrimas de gozo fiero y resoluto. Luego que estuvieron sueltos todos los demas, Erapes entrega á Sipsa su espada, á otro el cuchillo, y á otro el manto, paraque al tiempo que entrase el llamado soldado, se lo echase encima á fin de impedirle el manejo de las armas, y las voces que pudiera dar viendose asaltado.

Hecho esto, sale Erapes á llamar al primero, el qual apenas habia entrado en el calabozo quando se ve cubierto con el man-

to, y sin darle Sipsa tiempo de desprenderse, lo pasa de parte á parte; y de esta manera fueron muertos los demas. Apoderanse los presos de sus armas, ponense sus vestidos, y Sipsa trueca los suyos con Efile. Erapes entretanto llega con el velo que fue á buscar y cubriendo con él á Sipsa, se encaminan al palacio de Misdras. Habia este prolongado aquella noche el convite, esperando la llegada de la hermosa Efile, que Erapes le habia de traer; pero que en vez de ella le traia á Sipsa bien cubierto con el velo. Con él llega donde se hallaba Misdras con dos confidentes suyos; y estos recibida la señal de retirarse, lo executan, quedando solo Misdras con la supuesta Efile acompañada de dos soldados, y con Erapes, que llegó á decirle haber cumplido con su encargo.

Misdras impaciente, se levanta con los brazos abiertos para ir á recibir en ellos á su ansiada Efile; pero el animoso Sipsa, que la representaba, se precipita en ellos con el cuchillo en la mano con que le pasó el corazon, sin que necesitase duplicar la herida, pues cayó allí mismo en el suelo sin vida al tiempo que lo acometian los otros con sus aceros. Tiñeronlos sin embargo en la

sangre del tirano para saciar su venganza, y asegurarse de su muerte. Sipsa se despoja inmediatamente de la tunica de Efile, y concierta con Erapes el modo de tener oculta la muerte, hasta dar aviso á sus deudos y amigos, para apoderarse con ellos de una de las puertas de la ciudad, y dar parte á Ciseo de lo sucedido.

Concertado el modo, lleva Sipsa ante todas cosas á su amada Efile á la casa de sus padres, á quienes tenia sumergidos en rabioso llanto y fiero dolor la pérdida de su hija desventurada. Su inesperada vista asi como los volvió de muerte á vida, asi tambien con el gozo de su recobro, encendió mas en el pecho del padre y de sus deudos el deseo de vengarse de Misdras y de Teutrante, favoreciendo los intentos del libertador de su esposa y de su hija. Arma á este fin sus esclavos y los de sus deudos, que precedidos de Sipsa, acometen una de las puertas de la ciudad, deguellan las centinelas sin tumulto, y dexan la salida libre á Sipsa que corrió al real de Ciseo.

Este y Antenor se hallaban cabalmente en aquella hora muy angustiados en una extraordinaria junta con sus principales capitanes, tratando del expediente que debian

TAYLOR INST. OXFORD

tomar sobre la funesta noticia que poco antes llegó á Ciseo, de la muerte del Rey Ytolco en el sitio de Yolpe, mientras animaba á los suyos al asalto. Por lo mismo conmovieronse mas sus animos, quando en tales circunstancias, vino á dar aviso á Ciseo uno de sus guardias, que Sipsa, ciudadano principal de Pirapolis, deseaba hablarle sobre un negocio de suma importancia. Aunque extrañó Ciseo aquel aviso tan á deshora, y de un ciudadano de Pirapolis, mandó que se le diese entrada tomando las debidas precauciones.

Sipsa respirando la fiereza de la matanza con que acababa de apagar su enojo en la vida de Misdras, se presenta y le cuenta el modo y circunstancias como le habia abierto la ciudad, rogandole quisiese entrar en ella quanto antes con las mismas condiciones de paz con que habia tratado á las otras ciudades. Ciseo, oido esto, abraza á Sipsa, alaba su esfuerzo, le agradece el aviso, y le promete que le recompensará conforme á la palabra que hizo publicar. Da órden inmediatamente á los capitanes para que introduzcan en la ciudad algunos esquadrones, intimando severas penas á los soldados si dañaban á alguno de los ciudadanos, y pro-

metiendoles sueldo doblado si obedecian.

Consiguió asi Ciseo meter parte de su exército en Pirapolis, sin dañar á ninguno y sin desorden. Para ahorrar la sangre y muertes de los mismos soldados de Teutrante, hizo tapiar las puertas de los quarteles, en que se hallaban, para obligarlos á rendirse sin hacer ni recibir daño. Alguna oposicion hubo en las puertas de la ciudad; pero cediendo las centinelas al numero mayor de la gente de Ciseo, entregaron las armas, quedando aquella misma noche Ciseo dueño de Pirapolis.

Apenas amaneció hizo publicar la muerte de Misdras y la libertad de los ciudadanos prometiendo á todos seguridad. El alborozo se difunde y crece al paso que se iba divulgando el modo como Sipsa habia muerto á Misdras, y librado á Efile de la carcel y del deshonor del tirano. Ensalzan de aqui los nombres de Ciseo y de Antenor, hacen en su honor sacrificios, y se esmeran en aventajarse á todas las demas ciudades en demostraciones de veneracion y de afecto. Ciseo despues que se le rindieron los soldados, convocó al pueblo á quien dió las gracias por la propension y afecto que le manifestaban; le prometió conservarle sus dere-

chos; y por ultimo dixo, que queria cumplir quanto antes con su real palabra, repartiendo entre los libertadores de la ciudad el tesoro de Teutrante.

Asi lo hizo despues que dió el encargo de reconocer el dinero y preseas que habia en el erario, á los principales Pirapolitanos, que nombró á este fin, y que lo distribuyeron entre Erapes, Sipsa y los demas que habian contribuido á facilitarle la entrada en la ciudad. Tan admirable desinteres y generosidad excitó el entusiasmo de los ciudadanos, que desahogandose con expresiones de jubilo, iban fuera de si por las calles llamando á gritos á Ciseo, divino, padre de los pueblos, sublime dechado de humanidad y de beneficencia que comparaban con la de los dioses. Ciseo disfrutaba estos loores que le hacian apreciar mas el motivo que los excitaba, y que le hacian extrañar que los Soberanos con un opuesto proceder, se privasen de aquella sublime gloria, y mas sublime satisfacion y dulzura, valiendose de su mismo poder y autoridad para hacer felices sus pueblos, engendrando en sus corazones el afecto y veneracion á su humanidad y clemencia, antes que el temor y quexas, y el odioso desprecio y aborrecimiento á su poder violento y altanero.

A los juegos y fiestas, que hicieron los ciudadanos en honor de Ciseo, deseó este que se añadiese, para empeñar mas el afecto de los mismos, la celebracion del casamiento de Sipsa con Efile. Esta fue una de las mas vistosas y alegres fiestas que solemnizó aquella ciudad, asi por su magnificencia, como por las liberalidades que usó Sipsa con el pueblo, repartiendo entre él gran parte del tesoro que le tocó. Añadiase á esto el haber querido Ciseo condecorar con su presencia la solemnidad de aquel casamiento, dignandose de poner él mismo con sus propias manos las guirnaldas de flores en las sienes de los esposos, á quienes coronaba como á libertadores de la ciudad.

En medio de estos divertimientos y fiestas, que contribuian para consolidar el afecto de los ciudadanos, no perdia de vista Antenor las desagradables circunstancias que podia producir la impensada muerte del Rey Ytolco en el sitio de Yolpe, habiendo perdido en él Ciseo un aliado poderoso y temido de Teutrante. Era de creer que este, faltando á Ciseo tal aliado, se negase de contado á las condiciones de la paz, y que sabida la muerte de Misdras, y la toma de Pirapolis, acudiese á recobrarla con las ar-

mas. Para prevenir todas las funestas conseqüencias que pudieran causar los intentos de Teutrante, se ocupaba Antenor de continuo en encontrar medios para frustarlos. Qualquiera otro que incitado de la ambicion de gloria y de conquista, no tiene en cuenta las crueldades y males de la guerra, y antes bien las desea para sus creces, mirando á los hombres como otras tantas reses destinadas por la suerte, para ganarse con la sangre de los mismos el vano nombre de victorioso, obraria diversamente que Antenor, y en vez de fatigar su imaginacion y consejo para evitar la victoria, aunque segura, quisiera al contrario regar con la sangre de una nacion entera el imaginario laurel, que no ha de coronar su frente, sino la losa de su sepulcro en el rincon de un templo.

Mas Antenor, que vió quan fatales fueron las victorias á los mismos Griegos vencedores, y que probó en sí, y en su destruida patria los fatales efectos de la guerra, fuego atroz de la ira y de la ambicion de los vanos mortales, se esmeraba en ahorrar por todas vias, aun á sus enemigos mismos, las calamidades que avivaron la sensibilidad y compasion de su corazon humano, en el que iba

trazando todos los medios para evitarla y para conservar la paz. Uno de ellos fue aconsejar á Ciseo que enviase inmediatamente embaxadores á Asio hijo del difunto Rey Ytolco, para renovar con él la alianza que tenia hecha con su padre; lo que podia servir de freno para contener á Teutrante. Mas este entretanto habiendo sabido casi á un mismo tiempo, la muerte de Ytolco, la de su deudo Misdras y la entrada de Ciseo en Pirapolis, desdeñó someterse á las condiciones de las paces, á que iba dando largas. Juntó todos los Yaciges que pudo de las serranias en que se hallaba, gente feroz, con la qual se encaminó á grandes jornadas hácia Pirapolis, prometiendose desbaratar á Ciseo, y arrojarlo de su reyno faltandole su aliado.

Esta noticia consternó las pacificas intenciones de Antenor y de Ciseo, y acrecentó sus congojas, pues á mas de ponerlos en la necesidad de hacer frente á Teutrante, debian luchar con la consternacion que se apoderó de todos los Pirapolitanos, quando se divulgó la venida de Teutrante, resuelto á pasarlos á cuchillo por la muerte de Misdras y por la entrega de la ciudad. Siguió á la consternacion el arrepentimiento de todos ellos por la facilidad con que habian condes-

cendido en quemar sus armas, hallandose ahora sin otra defensa que la que Ciseo quisiese tomar por ellos; pues aunque lo habian experimentado humano y clemente, podia ser desbaratado y vencido por su Rey Teutrante, y quedar ellos expuestos á su saña y venganza.

Los hombres generalmente se prometen mucho mas de sí mismos y de sus brazos que de los agenos, porque asegurados de sus fuerzas y sentimientos, dudan de los de aquellos de quienes han de depender. Iban tomando cuerpo sus quexas, que llegaron á parar en publicas murmuraciones; de modo, que se vió precisado Antenor á juntar el pueblo consternado para asegurarlo, en nombre de Ciseo, de su defensa y amparo contra todas las tentativas de Teutrante. Decialles, que si hasta entonces habian solo experimentado la humanidad y clemencia de Ciseo, les haria ver él mismo quan terrible era en la batalla si esta llegaba á ser indispensable. Que solo habia él entrado en la Yacigia, provocado á ello por su turbulento Rey; pero que en vez de valerse de los derechos que reputaba injustos, y que solo se forjaron los conquistadores con la fuerza y con la violencia de apoderarse de las ciudades

que se les sometian, y de imponerles los pechos que se les antojaban, él al contrario, dexaba libres los pueblos, y los exîmia aun de los antiguos tributos que pechaban á su Rey.

Que la unica condicion que exîgia, sin valerse de la fuerza, sino antes bien de los ruegos, era convertir en instrumentos de labranza y de industria las armas. Que extrañaba por lo mismo, que fuese esto causa de su arrepentimiento, y de que se quexasen y murmurasen por ello, habiendolas quemado ellos mismos espontaneamente por complacer á Ciseo. Que este los defenderia sin que ellos expusiesen sus vidas al riesgo de la batalla, y que si él mismo no fiase mas de la fuerza de su consejo y humanidad, que de las armas de sus soldados, al primer aviso de que Teutrante venia, hubiera dado órden paraque volviesen á labrar quantas armas quisiesen para ponerse en defensa. Que si á pesar de todo esto no se fiaban enteramente de la proteccion de Ciseo, este dexaba en su arbitrio que hiciesen quantas armas se les antojasen. Que él entretanto iria contra Teutrante, no á vencerlo con el acero, sino á rendirlo con el manejo de la prudencia, satisfecho de haber usado con ellos de todos

los esmeros de su desinteresada clemencia y humanidad.

Las aclamaciones y expresiones de gozo con que recibió el pueblo el discurso de Antenor, oyendo que podian rehacer las armas, le daban á ver al mismo quan dificil era poner en execucion entre los hombres las intenciones pacificas de la humanidad. Confirmabanselo las circunstancias en que se hallaba de haber de llegar á las manos y á la matanza, en caso que Teutrante negandose á toda condicion de paz quisiese acometerlo. Serviale no obstante de consuelo y de dulce satisfacion el haber hecho lo posible por su parte, para exîmir de los males y daños que no hubieran evitado los vasallos de Ciseo, sino hubiese prevenido la guerra con que Teutrante les amenazaba, y sino hubiese tratado á los Yaciges como vasallos propios, antes que como enemigos, dandoles á conocer y probar, con las armas en la mano, los adorables frutos de su piadosa beneficencia.

Por un efecto de esta misma condescendió Antenor con los deseos de los Pirapolitanos, concediendoles el que rehiciesen las armas; pues preveia, que si se hubiese opuesto con rigor, lo hubieran puesto en la necesidad de valerse de la fuerza y de la violen-

cia para hacerse obedecer. Sin esto quien les pudiera impedir tampoco que vuelto Ciseo á su reyno, no fabricasen quantas armas quisiesen. Quiso con todo sacar ventaja de esta concesion que les hizo en nombre de Ciseo, sirviendose de los mismos contra Teutrante, publicando que recibiria en su exercito á todos los que quisiesen seguirlo. Nada dudaron en esto los Pirapolitanos, pues tenian por seguro que Teutrante los trataria como rebeldes por la entrega de la ciudad y por la muerte de Misdras. Antes bien fueron tantos los que acudieron al exercito de Ciseo, que no quedando en la ciudad numero bastante de defensores, hubo de persuadir á muchos de ellos, que volviesen á Pirapolis para sostener á Sipsa.

Ciseo habia confiado á este la defensa, no solo para honrarle con este cargo, y premiar con tal honor su esfuerzo, sino tambien porque siendo el mas culpado en la muerte de Misdras y en la entrega de la ciudad, la defenderia con mas ardiente y constante empeño. Hecho esto, y seguido Ciseo de la gente mas florida, y de la mayor parte de la nobleza de aquella ciudad, encaminó su exercito contra Teutrante. Venia este al mismo tiempo contra él, arreba-

tado del enojo y despecho por haberse apoderado Ciseo de su tesoro, y repartidolo entre sus vasallos. La muerte ó la victoria eran los unicos extremos á que se habia abandonado su rabiosa desesperacion.

Enfriaron con todo no poco su resentido ardor las voces que echó adelante Antenor, de que Asio, hijo de Ytolco, renovada la alianza con Ciseo, venia á juntarse con él para vengar la muerte de su padre. Hubiera omitido Antenor esta estratagema si no lo induxera á servirse de ella el deseo de contener á Teutrante, de evitar la batalla que parecia inevitable, y de obligarlo á la paz. Ni lo hacia porque le temiese, pues se hallaba Ciseo con otra tanta mas gente que la que él tenia; sino movido solo de sus humanos sentimientos, y por la especie de obligacion en que se reconocia de proteger á los Pirapolitanos, y á los de Yeralis, lo que hacia inevitable el encuentro con el enemigo, pues por huir de él no evitaba tampoco los daños de la guerra que queria precaver.

Contribuyó tambien para acobardar á Teutrante la pérdida de un cuerpo de quinientos caballos, que sorprendió é hizo prisioneros la caballeria de Ciseo. Hizolos ade-

lantar Teutrante para que ocupasen un sitio oportuno donde queria poner sus reales. Ciseo, sabida su llegada, envió su caballeria ligera para que los sorprendiese por la noche, con órden de prenderlos si podian, sin matar á ninguno, como lo hicieron encontrandolos dormidos. Contentóse Ciseo con quitarles las armas y caballos, y á muchos de ellos los dexó ir libres paraque llevasen la nueva de su desgracia á Teutrante, todo á fin de acobardarlo, y de forzarlo á que hiciese las paces antes de llegar al extremo de la batalla.

A pesar de todos estos pacificos medios, parecia que aquella no se podia eludir, no deteniendose Teutrante por ningunos reveses, y llegando á ponerse á vista del exército de Ciseo. Habia este prevenido su llegada, atrincherandose en la falda de unos collados, para llevarle esta ventaja mas. Prefirió Ciseo este consejo de Antenor al de todos los demas capitanes que se prometian derrotar enteramente al exército de Teutrante, menor en mas de la mitad que el suyo, y reventado de las forzadas marchas á que le obligaba. A la verdad era acertado este consejo de los capitanes, para obtener la victoria del enemigo. Pero Ciseo queria vencer á Teu-

trante sin sangre de sus soldados, y sin la de los contrarios: y por lo mismo que estaba asegurado de la superioridad de sus fuerzas, queria con ellas obligar á Teutrante á que estableciese las paces, aunque á los guerreros politicos les pareciese que debiera rehusar las condiciones mas ventajosas que le propusiese su enemigo mismo.

De hecho, Teutrante viendo tan fortalecido y tan poderoso á Ciseo, no se atrevió á acometerlo. Ni se hubiera tampoco atrevido al otro dia á tomar las disposiciones para ello, si no lo induxera la desesperacion en el estado en que se hallaba, y en que se habia puesto ciegamente él mismo, temiendo que Ciseo se le echase encima con todas sus fuerzas, ahora huyese, ahora pasase adelante: extremos de que le parecia no poder sacar igual ventaja, á la que le daria el ataque, que era lo que aconsejaban la venganza y el enojo. Impelido de estos pone en órden de batalla sus esquadrones, cuyas filas iba recorriendo á caballo acordando á sus soldados la osadia y esfuerzo, que habian siempre manifestado los Yaciges; la gloria que habian alcanzado, y la que se grangearian venciendo á Ciseo. Que aunque eran inferiores en numero, no lo eran en el valor;

lo que debia infundirles mayor aliento, pues veían el terror y el miedo que se habian apoderado de los Chersonesios, estandose encerrados en sus reales como temeroso ganado en el redil.

Aun no habia acabado Teutrante su exôrtacion quando se presenta un trompeta enviado por Ciseo, que le convidaba con la paz. Teutrante, que forzado solamente de su desesperacion, en las criticas circunstancias en que se hallaba, se disponia al combate, dá inmediatamente oido á la proposicion y la acepta. Para tratar con seguridad de ambas partes sobre las condiciones, danse mutuamente los rehenes: Teutrante á su hijo Poliestor, Ciseo al hijo de Antenor Pedeo. Pasó luego Antenor al real de Teutrante, y este le recibió con ceño, que indicaba su rencoroso resentimiento, pero que al mismo tiempo desmentia el esfuerzo que afectaba. Antenor le habló asi:

No podeis ignorar, Teutrante, los generosos sentimientos y el magnanimo desinteres con que Ciseo, provocado de vuestras hostiles disposiciones, entró en vuestros estados. El os hizo con su humanidad y beneficencia la guerra que le movisteis con las armas. Armado solamente de su bondad y

clemencia, penetró hasta el centro de vuestro reyno, sin que podais atribuirle la muerte de uno solo de vuestros vasallos, y sin que podais contar como perdída ninguna ciudad de las muchas que le abrieron las puertas, y que lo quisieron por su Rey. Nada quiere Ciseo para sí; nada desea sino es la paz, y con ella el bien suyo y vuestro, y el de ambos á dos reynos. La humanidad que le hizo piadoso, hizole desinteresado. La misma, levantando su consejo y prudencia sobre las miras de la ambicion y de la politica, le hizo encontrar medios, no solo para hacer desvanecer los peligros que parecia que lo habian de tragar, sino tambien para librar de los peligros mismos á su enemigo; á vos mismo, Teutrante, pues no hay paraque me recate de decirlo.

La codicia y la ambicion que aspiran á la conquista, armanse de la fuerza y de la crueldad para conseguirla; y no perdonan á los mas feroces medios para conservar lo que una vez han conquistado, y que por lo mismo reconocen por suyo. Ciseo, ageno de llevar tales miras, no solo dexó sin guarniciones las ciudades que espontaneamente se le rindieron, sino que tambien rehusó los ofrecimientos que otras le hacian, y desde

el mismo trono, que otras le tenian levantado para coronarlo por Rey, defendió vuestros derechos, y peroró en favor vuestro. Otro motivo no tuvo de obrar asi, que el de satisfacer á su sublime desinteres, como tambien porque está persuadido de que las armas y la fuerza no dan autoridad ni derecho para usurpar y apropiarse lo ageno. Ellas deben ser solo instrumentos de la propia defensa y de la conservacion de la paz.

Dexo de hacer mencion de todas las otras pruebas de heroica generosidad que os dió Ciseo, para poneros á la vista la mayor de todas ellas en las condiciones de la paz á que os convida; ellas son la de restituiros todas las provincias y ciudades que se le rindieron y de volverse á su reyno; para ello solo pretende de vos, con ruego, dos cosas; la una que las paces queden establecidas con solemne juramento; y la otra, el perdon que espera obtener de vuestra magnanimidad para vuestros vasallos que se le entregaron.

Nada mas dixo Antenor. Teutrante, que acababa de oirlo, quedó suspenso dudando todavia de las generosas proposiciones que se le hacian. Su animosidad y rencor sentianse desarmados del generoso desinteres de Ciseo, que confirmaba con aquellas condi-

ciones todo su pasado proceder, y la clemencia y bondad con que habia tratado á sus pueblos. Su pecho, vencido finalmente de la nobleza de los sentimientos de su enemigo, no quiso serle inferior en ella. Respondió á Antenor, que no le dexaba condiciones que proponer por su parte, pues eran sobrado ventajosas para él las que Ciseo le proponia por la suya. Que sus vasallos quedaban perdonados; que las paces quedarian para siempre asentadas entre los dos, y que estaba pronto para ratificarlas con el solemne juramento que deseaba.

Luego que Ciseo quedó enterado de la voluntad de Teutrante, se levantó el altar á la Concordia, en la mitad del espacio que dexaban en el campo los dos exércitos. Se sorteó el caballo, que, segun la costumbre de los Yaciges, era sacrificado á la Concordia por los dos Reyes que hacian el juramento, y que ensangrentaban en él sus espadas. Estando ya todo dispuesto, se acercaron al altar Ciseo y Teutrante, seguidos ambos á dos de sus principales capitanes. Pero al tiempo que desenvaynaban sus aceros para teñirlos en la sangre de la victima, se oye una gran grita en el campo de Teutrante, que interrumpió la real ceremonia. Era

la causa que un ala entera del exército de Teutrante desertaba de él con los estandartes, para pasarse al campo de Ciseo. Teutrante al ver esto, encendido de despecho, dexa la comenzada ceremonia, y echa á correr con la espada desenvaynada, diciendo á gritos que persiguiesen á los traidores.

Promotor de aquella desercion era Rétames uno de los principales ciudadanos de Pirapolis, que seguian á Ciseo en aquella jornada. Tenia él un hermano llamado Ylaces en el exército de Teutrante, á quien envió de antemano un secreto mensage aconsejandole, que luego que se avistasen los dos exércitos se pasase al campo de Ciseo, para vengarse asi de Teutrante por la muerte que hizo dar Misdras á otro hermano suyo á quien aborrecia, creyendo Rétames que fuese por órden de Teutrante, como Misdras lo habia publicado. Pero ni Teutrante sabia de tal muerte, ni Ciseo del mensage que Rétames envió á su hermano Ylaces, haciendole mil promesas en nombre de Ciseo, si se pasaba á su campo antes de dar la batalla.

Ylaces á quien llegaba de nuevo la muerte de su hermano, determina poner en execucion el consejo de Rétames. Válese para

ello del disgusto y quexas de los soldados por las marchas arrebatadas que les hacia hacer Teutrante, sin dexarles apenas tomar descanso para llegar quanto antes al enemigo. Comenzó pues á sobornarlos primero con insinuaciones, luego con promesas, á que ellos se rindieron facilmente, siendo el gefe de su cuerpo el que se las hacia. Mas como las paces que se iban á establecer entre los dos Reyes, hacian desvanecer este concierto, temiendo Ylaces que asentadas aquellas, se descubriese su traicion, resolvió con los suyos pasar al campo de Ciseo, antes que se concluyesen, y asi lo efectuó, siguiendole todos los que tenia sobornados, y otros que no lo estaban.

Los que quedaban fieles á Teutrante, viendo que este corria diciendoles á gritos que persiguiesen á los traydores, obedecen. Rétames entonces y los otros Pirapolitanos, que se hallaban en los reales de Ciseo, acuden á defender á Ylaces, y á los demas Yaciges que huian de Teutrante, y que animados de Rétames, vuelven cara á los que los perseguian, y travan con ellos reñida batalla. Ciseo y Antenor desamparan tambien el altar y acuden á contener á los suyos, paraque no se empeñasen en la pelea. En ella

Teutrante arrebatado de su enojo, mientras quiere animar á los suyos con su exemplo, recibe una herida de flecha, que, penetrandole por un ojo hasta los sesos, lo derribó en el suelo.

Los Yaciges que vieron en tierra á su Rey, caen tambien de animo y echan luego á huir. Rétames é Ylaces, enardecidos con aquel suceso los persiguen. Viose precisado Ciseo á enviar su caballeria para impedir á Rétames el alcance sangriento, y para prometer á los fugitivos amparo y seguridad; y de este modo pudo evitar mayores males, y sosegar los partidos. Decian los Yaciges haber visto al dios Marte con rostro terrible sobre una nube, que parecia venir á proteger á Teutrante antes que le llegase la flecha, y que con su lanza estaba amenazando á Ciseo y á Antenor, quando estos sosegado ya el tumulto, acudieron en persona para remediar á Teutrante á quien hallaron sin vida. Este fue el fruto que él sacó de aquella aciaga guerra, movida á Ciseo, sin otro motivo que el de la venganza, y el de recobrar con ella el honor y la gloria perdida en la batalla de Sirta, cuya victoria costó tambien á Tespias la vida.

La paz protegió á Antenor y sugirió

consejos á sus humanos sentimientos para desviar todos los peligros que le amenazaban: saliendo de ellos vencedor con medios que parecian ridículos y despreciables á los ojos de la guerrera politica, deslumbrada por el vano esplendor de la gloria, y cegada por la codicia. ¡ Mas quanto no se engañan los hombres siempre que tienen á sus pasiones por consejeras ! La ambicion que aspira á la conquista, no encuentra medios mayores que los de la destruccion para asegurar sus fuerzas oprimiendolas de los contrarios ; ni tiene mas pronto recurso para oprimirlas que la crueldad y la muerte. Estas maxîmas nacieron del temor mismo, de la colera y de la venganza, armadas del poder que les dió el honroso nombre de derechos de justicia: y como los hombres las ven establecidas en la tierra desde muchos siglos, y aduladas en los tronos, en donde coronaron á la fiereza y á la feliz osadia, de aqui es, que las solemnizan en los templos con lagrimas de ufano júbilo, y con pomposas acciones de gracias á los dioses, porque los favorecieron para cometer diez mil homicidios, á titulo justo de defender sus propias vidas.

¿ Mas quán justo fué el motivo que les hizo aguzar los aceros, y que los juntó en

el campo de batalla? ¿Quán legitima la causa que sacrificó millares de hombres, arrastrados de la fuerza ó de la miseria, como reses al matadero, para sostener con sus brazos y con su sangre un ambicioso capricho, ó un antojo de venganza, con el nombre del honor ofendido? Arbitros de la guerra, á vosotros mismos, á la naturaleza seréis responsables de las atrocidades y males que ella acarrea. Pueda la humanidad llegar á sufocar los espiritus marciales, y los desapiadados sentimientos que engendran la ambiciosa altaneria, y el enojo resentido de los mortales corazones!

Sosegado el tumulto, y recogidos los fugitivos, volvió Ciseo con su exército á Pirapolis, donde no quiso admitir ningunos honores, ni demostracion alguna de triunfo. En vez de este, quiso que se hiciesen las exêquias con gran pompa al difunto Teutrante, cuyo cadáver traxo consigo á la ciudad. Todos los pueblos luego que supieron su muerte estaban muy solicitos y curiosos por ver lo que haria Ciseo en aquellas circunstancias, en que muerto Teutrante le era facil coronarse por Rey de la Yacigia, mucho mas habiendole ofrecido el trono algunas ciudades. Todos lo creian; y ninguno pensa-

ba que le ocurriese á Ciseo poner en el trono de su vencido enemigo, al hijo que dexaba, todavia muchacho, y que el mismo padre lo habia dado en rehenes, para la seguridad del juramento.

Causó por lo mismo mas extraordinaria admiracion, y maravilla quando hizo publicar la coronacion del niño, señalando el dia en que lo pondria en el trono de los Eracidas. No pudo dar Ciseo mayor gozo á los Yaciges, ni que mas los llenase de afecto y de veneracion para con él. Pues aunque toda la nacion estaba mal avenida con Teutrante por sus vexaciones y por las cargas que les ponia, comenzaron con todo á temer despues de su muerte que los Traces Chersonesios los dominasen. Como Ciseo disipaba sus recelos y temores con una prueba de desinteres y de generosidad para ellos admirable y divina, les dió motivo de mayor júbilo que enagenaba sus corazones.

Manifestolo el inmenso gentio que acudia de todas las provincias y ciudades á la de Pirapolis, para dar las gracias á Ciseo por su adorable magnanimidad y beneficencia, coronando al hijo de Teutrante en el trono de sus mayores. No vieron los Yaciges ni mas magnífica solemnidad, ni mas glorio-

sa, ni que empeñase mas el tierno afecto y reconocimiento de los pueblos. No siendo la ciudad capaz de abrazar tan gran gentio, y no pudiendo este satisfacer en ella la curiosidad que tenia de ver la coronacion, eligió Ciseo para celebrarla un pequeño collado inmediato á la ciudad, cuya arboleda y la del campo á la redonda hizo arrasar, para que el ansioso pueblo disfrutase mejor la vista de aquella solemne y gloriosa ceremonia.

Llegado ya el dia destinado, salieron los Reyes acompañados de los principales capitanes y de las personas mas ilustres, encaminandose hácia el collado, entre las continuas aclamaciones y loores del inmenso pueblo que ocupaba la arrasada llanura. Sobre el otero se habian erigido dos tronos, y delante de ellos el altar para el sacrificio. Ciseo y Antenor llevaban en medio al niño Poliestor hijo de Teutrante. Precedialos Pedeo, que llevaba en un azafate de plata el cetro y la corona, que entregó al sumo sacerdote luego que llegaron al collado, y que el mismo colocó sobre el altar. Ciseo se sentó en el trono, y en el de la derecha el niño Poliestor, á quien Ciseo hizo este discurso.

La solemnidad de este dia, el inmenso concurso del pueblo, sus alegres aclamacio-

nes, y ese sagrado altar en que descansa la corona, antes que en tu cabeza, pueden tal vez, Poliestor, deslumbrar ahora tus ojos y engreir tu corazon, viendote levantado sobre tus semejantes; pero si lo adviertes, todo eso te está diciendo, que tu padre Teutrante desapareció de la tierra como el dia de ayer. La tierra solo conserva sus huesos, resto pobre y triste de toda su desvanecida grandeza. Su cetro va á pasar á tus manos, y su corona á tus sienes, no paraque abuses de la soberania rigiendote á tus antojos, sino para que con ella puedas hacer feliz á tu pueblo, atendiendo á su bien, como padre que vas á ser de tus vasallos. Ellos se te sujetan no paraque los trates con rigor y con altaneria que pueden exâsperarlos, sino con clemencia y bondad que te grangearán sus adoraciones.

Su tacito consentimiento te hace Rey, reconociendote por legitimo heredero de tu padre. Su resentimiento, si se lo causas, puede tambien hacerte ver, que la fuerza y el poder no son siempre las armas mas fuertes de un soberano. Quieras, Poliestor, ser antes adorado que temido. En lo primero te asemejarás á los dioses; en lo segundo á las rapaces fieras, que á pesar de sus garras y col-

millos, temen porque son temidas. Podrás con la fuerza y con el rigor despedazar como ellas; pero podrás tambien ser como ellas despedazado. Por su bondad y beneficencia son adorados los dioses; lo serás del mismo modo, si eres bueno y benefico como ellos; lo serás, si prefieres la dichosa paz á la guerra siempre funesta.

Esta te acarreará continuos desvelos y zozobras, te expondrá á mil peligros, causará mil males á tu reyno. Para mantenerla no te bastarán las contribuciones de tus pueblos; te verás precisado á cargarlos de pechos y de injustos tributos, que siendo sensibles á las familias, te precisarán á recurrir á la fuerza y á la violencia para exîgirlos. Nacerá de aqui el aborrecimiento y quexas de tus oprimidos vasallos. Los viejos padres verán, con dolor y llanto, arrancados de sus flacos brazos los robustos hijos para exponerlos á la muerte, sin quedarles quien sustente su desvalida vejez. Los campos privados de sus cultivadores darán solo cambroneras. Aquexará á tu reyno la carestia, el hambre con ella y la miseria, engendradoras de mil otros males, que devorarán á tus pueblos, y á ti tal vez y á tu trono.

La paz, Poliestor, es al contrario el cimiento mayor de la dicha de un reyno, con ella no necesitarás de oprimir á tus pueblos con violentas derramasantes; bien verás rebosar tus erarios de los tesoros que servirán para hacer mayor tu beneficencia. La abundancia coronada de cosechas, se levantará del cultivado seno de la tierra para repartir á manos llenas sus dones entre los multiplicados habitadores. En vez del llanto, de la miseria y de la desolacion, efectos funestos de la guerra, el contento, la riqueza, la poblacion serán el alma de tu reyno. A la preciosa sombra de la fertilidad pacerán los multiplicados ganados, las yeguas no verán adiestrados sus potros á la matanza, sino á la carrera en los solemnes juegos de los estadios, á la comodidad y divertimiento de sus domadores. La maldad, la injusticia, los robos, los desafueros huirán de tu reyno, y dexarán reynar en él la dichosa seguridad y el contento de tu pueblo.

Para gozar yo de estos bienes, evité de todos modos la guerra que me queria hacer tu padre Teutrante; mas vencido finalmente de mi desinteres, no quiso que yo lo aventajase en generosidad, y se resolvió á establecer paces perpetuas conmigo. La muerte que

lo hirió con su dardo, previno su juramento dexandote un util exemplo que imitar. Di, pues, si quieres jurar conmigo esas mismas paces. El altar, la victima, los sacerdotes esperan tu determinacion, que hará este dia el mas alegre y festivo para tus vasallos y para los mios, y juntamente el mas apreciable y glorioso para Ciseo que te va á poner en el trono de tus mayores. Y respondiendo Poliestor que sí, tomó Ciseo la corona, que le presentó de rodillas el sumo sacerdote, y se la asentó en la cabeza. Pusole tambien en las manos el cetro; y acercaron luego los sacerdotes la victima en cuyo cuerpo metieron sus espadas Ciseo y Poliestor, ayudado este por su tierna edad del sumo sacerdote.

Mostró este inmediatamente á todo el pueblo la tabla sagrada teñida con la sangre del caballo, diciendo, que habia paz perpetua entre Ciseo y Poliestor y entre sus vasallos, maldiciendo en nombre de los dieses al primero que la violase. Renovó entonces el pueblo sus alegres aclamaciones, con las que acompañaron á los Reyes hasta la ciudad. Celebróse en ella con solemnes fiestas y banquetes la coronacion de Poliestor, y la admirable generosidad de Ciseo.

LIBRO QUARTO.

HAbian vuelto entretanto los embaxadores que Ciseo envió á Asio, hijo de Ytolco, para rogarle que quisiese renovar con él la alianza que tenia hecha su padre. Asio vino bien en renovarla por los temores que entonces le causaban los progresos del rebelde Teuto en las tierras de los Emoscitas sus vecinos, dando mucho en que entender á Metalces su Rey. No tardaron á comparecer en Pirapolis los embaxadores de Metalces, que venian, no solo á dar los parabienes á Poliestor por su coronacion, sino tambien á pedirle socorro contra el rebelde Teuto, y á renovar con él la antigua amistad establecida con su padre Teutrante. Ningun encargo traian para Ciseo; ni este se dió por entendido deseando volver á sus estados.

Lo hizo despues que se halló presente á la eleccion por suertes de las personas que habian de componer el Senado, durante la menor edad del Rey, á quien servia el Senado de tutor, para quitar todo motivo de ambicion á los particulares, y de emulacion á

los grandes. El Senado instruia al Rey, le daba consejos y lo amaestraba en el gobierno; tal era la util costumbre de los Yaciges.

El mayor de todos los triunfos no era comparable con el continuado que obtenia Ciseo en todo el camino, que hacia por las provincias y ciudades hasta entrar en sus estados. Los pueblos, transportados del afecto y de la veneracion que se habia grangeado de ellos con su clemencia y humanidad, le tenian preparados altares á lo largo de los caminos, donde en su honor quemaban estoraques los sacerdotes. Las ciudades en que entraba ostentaban su reconocimiento con toda la magnificencia y pompa que su atrasada cultura les permitia; pero que no disminuia por eso los esmeros de su amor y de su respeto, haciendole demostraciones quales pudieran á una divinidad, que hubiese baxado á la tierra, y abasteciendo su exército de toda especie de provisiones.

Asi se restituyó Ciseo á su reyno y á su capital Taurea, satisfecho de su gloriosa expedicion con todo su exército salvo, despues de haber disipado, con el consejo del humano Antenor, toda la gran tempestad con que le amenazaba Teutrante. Venciole sin tener necesidad de desenvaynar el acero, haciendo

su nombre mas ilustre y adorable con su clemencia, que si hubiese conquistado el reyno de su enemigo con la fuerza, y hubiera destruido sus ciudades, talado sus campos, y cubierto la tierra de estragos, de sangre y de horror. Estos son los fieros monumentos con que los ambiciosos conquistadores pretenden eternizar sus nombres, y de que toma materia la adulacion para formarles coronas de loores, dando á la crueldad el titulo de esfuerzo, y poniendo los robos y la matanza entre las acciones gloriosas de una alma codiciosa, cruel y vengativa.

Todos aquellos felices sucesos que obtuvieron los manejos de Antenor para eludir la guerra, acrecentaron la devocion y amor de Ciseo á la Paz, y le infundieron mayores deseos de ver acabado quanto antes el templo que le habia votado Antenor, en agradecimiento de la alianza de Ytolco, que reconocia por favor particular de la diosa. Empleó en él Ciseo todos sus esmeros, queriendo que no fuese inferior en grandeza y magnificencia al de la diosa Diana, á fin de aficionar mas á la paz los animos de sus vasallos, y desviarlos insensiblemente de la propension que fomentaba á las armas. Pero la suerte, que le preparaba un desastrado fin,

no le dexó probar el gozo de verlo acabado. Reservaba este consuelo para Antenor, cuyo genio criado en la magnificencia y cultura de la Frigia, habia de pulir la rudeza de los Traces, destruir el bárbaro y sangriento culto de Diana, é introducir la industria y las artes compañeras de la Paz.

Esta revolucion iban preparando en secreto los sacerdotes del templo de Diana, desde que Ciseo rehusó ensangrentar su mano con la sangre de su hija, de Antenor, y de los demas naufragos destinados al sacrificio. El zelo furioso de una religion falsa hace tanto mas crueles á sus ministros, quanto mayor satisfaccion y confianza imprime en sus animos la creencia de que los dioses aprueban, y aun exîgen la crueldad. Esta toma entonces el nombre de piedad, aunque sea en los hechos mas detestables. Oponerse á tan extravagante opinion, es delito de impiedad y de irreligion, digno de ser aniquilado con la llama y con el hierro, aunque para ello deban armar su mano la traicion y la rebeldia.

De estas se valió Eopas principal sacerdote del templo de Diana y furioso defensor de sus ritos, para vengar el culto violado por Ciseo. Dabanle mayor osadia para ma-

quinar la muerte de Ciseo, las infulas de la preeminencia que acababa de recibir del mismo. Su genio ardiente y fiero, como mas capaz de los impulsos del ciego y cruel zelo que lo exâsperaba, le sugirió los medios para tramar aquella maldad, y le allanó todos los obstáculos, que hacian casi imposible la execucion. La ausencia de Ciseo de su reyno dió mayor animosidad á su zelo, paraque comunicase sus intenciones á un hijo suyo, llamado Siope, sacerdote tambien del mismo templo. Inspirolé sus fieros sentimientos, y con él llevó al cabo la tramada maldad.

Contribuyó para facilitarla, el extraño accidente de presentarse al templo dos mozos con una garza que habian herido en la caza, para pedir explicacion al oráculo del prodigio que les habia acontecido; porque al tiempo que acudieron á coger la herida garza, esta les dixo con voz humana, *el Rey os matará*. Atemorizados y atonitos los mozos de aquel funesto agüero, que por tal lo tuvieron, traían consigo la garza al templo para consultar al oráculo, y hacer sus expiaciones, á fin de eludir aquel fatal pronostico. Eopas era el interprete del oráculo en aquel año, y su hijo Siope el que introducia los suplicantes, y el que los presentaba al sagrario.

Siope, habiendo oido la peticion de los asustados mozos, hacelos detener en el umbral del templo, mientras iba á informar al interprete de su súplica, paraque tuviese tiempo de meditar lo que habia de responder, de modo que llevase la respuesta ayre de adivinacion. El fiero Eopas, echa de ver luego, por la relacion que le hacia Siope del dicho de la garza, que se le presentaba la ocasion mas oportuna para sus intentos. Entretanto que él estudiaba la respuesta que habia de dar á los mozos, manda á Siope que se apodere de la garza y que la conserve. Siope lo executa, y despues que purificó á los mozos con el agua lustral, los introduce en el sagrario de la diosa; y postrados alli en el suelo esperaban la respuesta del oráculo.

Eopas, que estaba escondido tras el velo del sagrario, luego que los tuvo largo rato en aquella postura remueve las trevedes, cuyos muelles comunicandose con otros ocultos instrumentos, hacian un sordo, pero espantoso ruido. Con él preocupaban los sacerdotes las mentes de los credulos suplicantes, y llenaban sus animos de sagrado horror. El estro enardecido, de que se revestia su espiritu con aquel ruido, dando vigor á su

voz, hizole proferir estas palabras: „ Mori-
„ réis cruelmente á manos de Ciseo, si no
„ vengais la ofensa que me hizo. Su sangre
„ sola, derramada por vuestras manos, os li-
„ brará del peligro, y aplacará mi venganza.
„ Mi templo sera vuestro asilo; Eopas os ins-
„ truirá de mi voluntad. "

Las mentes y animos de los mozos, enagenados antes del ruido, se horrorizan ahora con tal respuesta, quedando alli encorvados del espanto, con las frentes pegadas en el suelo sin tener aliento para deshacer aquella violenta postura. ¿ Matar al Rey ? ¿ Ordenarlo la diosa ? ¿ cabe tal maldad en los divinos pechos ? ¿ Pero como podian dexar de creerlo, si acababan de oir distintamente la voz salida del tabernaculo, que los remitia á Eopas, paraque se informasen de sus intenciones ? Llega Siope ; los saca del sagrario; mas no del enagenamiento en que los tenia el horror y el espanto ; los lleva al atrio del templo, donde le ruegan consternados, que les enseñase, quien era Eopas, á quien el oráculo de la diosa los remitia.

Todo estaba ya concertado entre Eopas y Siope. Los mozos conducidos á Eopas, le refieren la respuesta del oráculo, y le ruegan quiera explicarles los designios de la Dio-

sa.Eopas para mas inducirlos á la maldad, hace del que se horroriza al oirla, como si la ignorase, y como si no fuese él mismo el que la habia mandado. Mostrandose con todo dudoso y vacilante sobre lo que debia hacer, les dice, que queria pedir luz á la diosa, que tan enojada se manifestaba, é ir con ellos al sagrario para ver si Diana les daba la misma respuesta. Para lograr mejor su fin, y para mas avasallar los animos de los mozos, espera la noche para introducirlos en el templo; él los acompaña al sagrario, y postrado con ellos ante el tabernaculo, pedia con fervor á la Diosa que lo iluminase en un caso de tanta monta.

Siope, á quien Eopas habia encargado entretanto que hiciese sus veces de interprete escondido tras del velo, rompe el silencio espantoso, que ocupaba la vasta lobreguez del templo, escasamente alumbrado por una lampara, y repite el oráculo casi con las mismas palabras, diciendo: „ Morireis á manos de „ Ciseo, si no vengais su delito con su muer„ te. Tiña su sangre al sagrado cuchillo. „ Mi templo os servirá de refugio. Eopas „ sea el interprete de mis intenciones: obe„ decedle. “

Eopas exclamó entonces, postrado como

estaba en el suelo; ¡ Suprema deidad de Taurea , y protectora del Chersoneso ! ¡ Reyna de Delos , y numen sagrado de los montes y selvas ! tu inescrutable voluntad sea hecha. Mi alma , alumbrada de tus divinas inspiraciones , hallará medios seguros para que se cumplan. El brazo de estos tus suplicantes, fortalecidos con tu poder , será el executor de tu terrible venganza. Caigan sobre ellos todos los males , y mueran de mala muerte, si rehusasen , si dudasen cumplir tu divino mandamiento. Perezca el impio Ciseo á sus manos , y queden estas santificadas con un sacrificio tan acepto á tu adorable enojo. Dicho esto se levanta y manda imperiosamente á los mozos que le sigan ; ellos fuera de sí, sin saber por donde caminaban , obedecen á ciegas. Eopas los lleva á una cueva , donde los hace desnudar y pasar encueros toda la noche , despues de haberles echado mucha agua sobre sus cabezas ayudado de Siope.

Al siguiente dia junta Eopas los demas sacerdotes , y les anuncia dos victimas que aquella noche habian escapado del naufragio y acogidose al templo. Les manda al mismo tiempo preparar lo necesario para el sacrificio , y anunciarlo al pueblo con la sagrada trompeta. El mismo Eopas , á quien

tocaba como primer sacerdote, dar aviso al Rey del sacrificio, lo executa; rogandole se dignase señalar el dia para su celebracion. Ciseo se lo señala, y Eopas vuelve al templo para instruir á los mozos en los medios, que la diosa le habia inspirado para matar al Rey quando fuesen conducidos al altar para ser degollados por su mano.

Para esto, los exercitaba en la cueva, en donde los tenia encerrados, haciendoles remedar la maldad para fortalecer mas sus animos en la ocasion, quando de hecho la executasen. Formó un altar en aquel soterraneo; puso junto á él la estatua, que parecia representar á Ciseo con el cuchillo en la mano. Siope los llevaba atados con la misma floxa atadura con que los habia de llevar en el lance verdadero, y ellos, llegando al altar, se desprendian de sus ataduras, arremetian á la estatua y la cosian á puñaladas; entretanto no quedaba ociosa la garza, que habia de hacer el papel mas terrible; dia y noche le enseñaban á decir: *matalo*, *matalo*.

Bien procuró Antenor disuadir á Ciseo de aquel nuevo sacrificio, como cosa indigna de la magestad real, acordandole el peligro á que se vió expuesto de degollar con sus manos á su propia hija. Deciale, que la gra-

cia que hizo entonces á la misma, á él, á su hijo Pedeo, y á los otros naufragos, usando de su supremo querer y autoridad, la hiciese tambien á aquellos infelices, pues su resolucion no seria menos acepta á la humanidad. Aunque el buen Ciseo se inclinase al parecer de Antenor, faltabale la voluntad para sojuzgar á su opinion donde se trataba de religion y culto, mandado por los dioses; á cuyo opinado querer solo pudo sobreponerse el amor paterno, y la fuerte impresion que hizo en su pecho el descubrimiento de su hija en aquella funesta circunstancia.

Hubo de ceder Antenor á la firme resolucion de Ciseo; mas no quiso asistir al bárbaro sacrificio que tan aciago habia de ser para el Rey. Los otros sacerdotes que ignoraban la trama de Eopas y de Siope, iban preparando todo lo necesario para el sacrificio. El pueblo siempre curioso y amigo de novedades aunque sean las mas crueles y barbaras, ansiaba que anunciasen las trompetas la salida del Rey. Toda la ciudad de Taurea estaba en movimiento para acompañar al Soberano al templo. Las instruidas victimas esperaban tambien con ardor el momento en que habian de vengar á la ofendida

diosa, creyendo meritoria y santa á sus ojos aquella maldad, pues ella la ordenaba. Tan poderosa fue para con los ciegos mortales la engañada persuasion del querer de los dioses, una vez impresa en su alucinada mente por el cruel fanatismo.

Llegó finalmente Ciseo al templo acompañado de inmenso gentio; ocupa el sitio junto al altar para degollar á las victimas, y despues de haber echado el incienso en el brasero, desenvayna el cuchillo. Siope conduce la nombrada victima á la peana, donde la dexa puesta de rodillas, mas al tiempo que Ciseo iba á asirla de los cabellos, comienza á menearse la descubierta estatua de la diosa; oyese el gran ruido de los muelles é instrumentos, á los quales instruida la garza, que Eopas tenia en el sagrario, empieza á decir: *matalo*, *matalo*. La consternacion, el terror y el espanto se apoderan de todo aquel gran gentio y del mismo Ciseo, que fuera de sí dexa caer el cuchillo de las manos. La prevenida victima enardecida mucho mas con la voz de la garza, á la qual conoció sin haber sabido antes de ella, arremete con mayor furor al Rey, y lo comienza á herir impunemente: su compañero, enardecido tambien con su exemplo, lo imita sin

poder ser Cieso socorrido ; pues todos sus guardias , los sacerdotes , y el pueblo espantados de aquel prodigio y de la voz de la garza , que creian ser de la diosa , echaron á huir hácia las puertas en que unos á otros se atropellaban.

Acrecentóse equella horrible confusion y tumulto con los gritos y gemidos de los que acosados del espanto no podian salir del templo , quedando muchos sufocados en las puertas , sobre cuyos cuerpos esforzabanse á ganar la salida los que podian ; hasta que la misma muchedumbre , haciendo imposible la huida , contuvo á los postreros, en cuyos pechos dió lugar el terror á la compasion , llamada de los gemidos del moribundo Ciseo. Su cuerpo pasado de puñaladas yacia junto al altar en el suelo , en el lago que formó su misma sangre.

Los matadores desaparecieron , abriendose paso con los cuchillos ensangrentados , por entre los consternados sacerdotes , que los creyeron armados milagrosamente por la diosa paraque matasen á Ciseo. Vivia este todavia quando acudieron á socorrerle los mas animosos ; y pudieron conducirlo á la habitacion del principal sacerdote que lo era el mismo Eopas , el qual fue de los primeros

en reverenciarlo á presencia de los demas sacerdotes; mas interiormente jubilaba su barbaro zelo por el exîto feliz de aquella detestable empresa, de la qual se reconocia él glorioso autor.

Aunque Ciseo se hallaba con dos heridas mortales, entre las muchas que le dieron las furiosas victimas, tuvo tiempo para declarar, en la presencia de los grandes y de los sacerdotes, por sucesores suyos en el reyno á su hija Teana y Antenor. Este, enterado luego del tragico suceso, por la gente que huía trastornada del templo á la ciudad, quiso ir en persona á ver y socorrer, si podia, á Ciseo; pero habia ya muerto quando llegó. Los guardias y personas principales que se hallaron presentes á la muerte, y á la declaracion del Rey, salieron á recibirlo, y á reverenciarlo como á sucesor en el reyno. La vista del cadáver ensangrentado, acordandole con dolor los matadores que tan barbaramente lo hirieron, le sugirió hacer cercar el templo de centinelas paraque no pudiesen escapar; mas Eopas hizo vanas todas las diligencias y pesquisas.

Fue llevado el cadáver con gran pompa á la ciudad, donde duraron por varios dias las solemnes exêquias que se le hicieron.

Llorólo el pueblo, que lo amaba por su bondad y beneficencia, acreedoras á mejor fin. Habia de seguirse inmediatamente la coronacion de Teana y de Antenor; pero la hizo diferir la oposicion de los que debian aprobar la declaracion del difunto Ciseo, los quales no querian prestar el homenage á Antenor, sino juraba antes que renunciaria la corona, y se someteria á nueva eleccion, en caso que sobreviviese á su muger Teana, sin la qual no podia reynar Antenor, vedandoselo las leyes del reyno, por no ser de la sangre de los Tapsidas y por ser forastero. Aunque sintió Antenor este agravio que hacian los Chersonesios al nombramiento de Ciseo que lo declaraba sucesor suyo en el trono, sufocó con todo su resentimiento, é hizo este sacrificio á la Paz en su corazon; pues veía que iba á causar al reyno turbulencias y males, si queria exîgir con la fuerza, lo que tal vez no hubiera jamas recavado con ella.

Sus humanos sentimientos hicieronle ceder á la obstinacion de sus vasallos, despues que estos le prometieron reconocer por sucesor suyo y de la Reyna Teana, á su hijo Pedeo; y con estas condiciones fue coronado y reconocido por Rey. Manifestó todo el

pueblo sumo gozo en su coronacion, á lo menos en apariencia; ahora fuese porque la condescendencia de Antenor á su porfia no desagradaba á la superioridad que les daba la misma; ahora porque les ahorraba una guerra civil, en caso que Antenor hubiese querido oponerse á sus pretensiones apoyadas á las leyes del reyno.

Tomó Antenor esta determinacion del pueblo de no quererle reconocer por Rey, en caso que sobreviviese á Teana, por la señal que le predixo el oráculo de Apolo en Elime, para ir á otras tierras á edificar la nueva Troya. Asi veía enteramente cumplida la profecia en su coronacion, mudado el cadalso del altar, en que habia de ser degollado, en el trono de Ciseo, en que se hallaba reconocido por Rey, y corto su reynado segun le habia predicho Apolo por la declaracion que le hicieron sus vasallos en caso que muriese Teana. Ageno pues de querer mantenerse en aquel trono con la fuerza, estaba al contrario firmemente determinado á dexarlo para obedecer á los dioses que asi lo determinaban contento de dexar por sucesor suyo á Pedeo, el unico hijo que le quedaba; pues no sabia el paradero de Laodoco, que quedó prisionero de los Griegos.

Mas en vez de mirarse como Rey de prestado, puso al contrario todos sus esmeros y cuidados en hacer al Chersoneso el asiento de la felicidad, como si hubiese de ser perpetuo su reynado. Ni lo acobardaba la aspereza de la tierra, ni la rusticidad de sus habitadores, faltos de cultura y de la industria y artes, que la fomentan. Su primer mira fue agradecer al oráculo de Apolo Elimeo la profecia que veía enteramente cumplida en su persona. Para ello determinó enviar al oráculo algunos ricos dones; mas no habia en el gran puerto de Taurea barco alguno capaz de pasar con seguridad á las opuestas playas del Ponto. Los Chersonesios no conocian la navegacion; y para comenzar á aficionarlos á ella mandó fabricar tres naves, con el pretexto de enviarlas á Elime con dones para el oráculo de Apolo.

Eran sobradas para el intento; mas llevaba al mismo tiempo la mira de hacerlas cargar de los productos de la tierra, paraque abriesen el camino al comercio y á la navegacion, que habian de ser los mas sólidos cimientos de la riqueza, de la industria, y de la cultura de su reyno. A ellos debieron los Troyanos su rápido acrecentamiento y las riquezas que adquirieron, ha-

ciendo á Troya el emporio del Asia, que pudo resistir por diez años enteros á todo el poder de la Grecia y de sus Reyes conjurados en su ruina.

Persuadido de esto Antenor, y determinado á ponerlo en execucion, hizo ante todas cosas hermosear y fortalecer el puerto de Taurea mientras se fabricaban las naves. Todo lo enoblecen los Reyes con su exemplo; todo lo recavan con su liberalidad. Los Chersonesios vieron en breve tiempo transformados en naves los robles de los montes. El Rey asistia freqüentemente á su construccion. Acabadas ya, atraian la curiosidad del pueblo excitando deseos en muchos de los Traces de dominar con ellas la mar, á la qual antes temian, ó no merecia su atencion. La rudeza ofusca las luces de la industria y de la cultura, á que debieron los hombres en todos tiempos sus riquezas y comodidades.

Viose con todo precisado Antenor á proponer premios y exênciones á los mercaderes para fletar aquellas naves, y para encontrar marineros, que quisiesen pasar con ellas al puerto de Elime. Sirvieron oportunamente de pilotos los tres Ortigios que se salvaron del naufragio y del sacrificio. Fue grande

el concurso del pueblo atraido de la novedad de ver partir aquella flota, que aunque pequeña, era la mayor tal vez que salia de aquel puerto. Las dificultades mismas que encontró Antenor para fletarla, hicieron doblar su empeño y desvelos para promover la marina. A este fin determinó recorrer por sí mismo los puertos y ensenadas de la peninsula, para poder tomar mejores y mas prontas providencias. Queria hacer marinos y comerciantes á los que solo eran guerreros y rudos cazadores.

Hizo publicar de antemano su jornada dando libertad á todos los señores y ricos, que quisiesen acompañarlo y segurlo, para que lo pudiesen hacer como mejor les pareciese. Logró con esto poner en gran movimiento á sus vasallos, y empeñó insensiblemente la vanidad de los ricos y de los grandes en seguirlo; porque los hombres siempre se creyeron honrados en el cortejo de los Reyes. Acudieron á la ciudad de Taurea, de las provincias y ciudades mas remotas, los mas ricos habitantes para acompañar en aquella jornada al Rey, que no se lo mandaba sino que los convidaba á aquel viage. Mas parecia un lucido exército de nobleza, que un mero acompañamiento, para ir á ver puer-

tos yermos y abandonados. Pero tan rica y noble comitiva atraia por necesidad todo genero de personas, de oficios y de provisiones. Suministraba á todos el Rey tiendas de campaña donde no bastaban los edificios.

Deteniase en los puertos que hallaba mas poblados y en mejor disposicion paraque pudiese tomar prontas creces la marina. Mas como no era posible que esta floreciese sin gente que poblase las playas, debió echar mano de los premios y de los honores para obligar mas con ellos á sus vasallos. Instituyó distintivos de nobleza para los ricos que enviasen dos de sus esclavos á poblar los puertos; y á los esclavos les daba el terreno de que necesitaban para formar sus habitaciones. Exîmia á los mismos, y á sus herederos por diez años de las alcabalas de toda mercaduria y productos, que entrasen ó saliesen en los barcos que construyesen. Hizo publicar á mas de esto en todo el Chersoneso, que á todos los hijos segundos ó terceros de los labradores que fuesen á poblar los puertos, les adjudicaria en propiedad los terrenos inmediatos y baldios.

Convidados y atraidos de tales promesas y honores, y de la novedad de hallarse el Rey y las personas principales del reyno,

acudian muchos de todas partes. Pudo gozar Antenor del fruto de sus desvelos, viendo dilatarse por las playas las nuevas habitaciones, y señorear la mar barcos de todos tamaños, que hacian construir los adinerados por deseo de enriquecerse, y algunos señores principales para obsequiar y complacer á su Rey, el qual hizo tambien construir á su cuenta otras tres naves, con intencion de formar con ellas y con las que habian hecho construir algunos señores principales otra flota mayor para enviarla á la Grecia, con una embaxada á Agamémnon. El fin principal que tenia en ello, era el de pedirle alianza y ofrecerle rescate por su hijo Laodoco; y aunque nada de esto consiguiese, esperaba á lo menos poder tener noticia de su hijo, y quando no, conseguiria exercitar á sus vasallos en la nautica, y establecer en otros puertos su comercio.

Excitóle esta especie, y se la facilitó una nave griega que forzada de la tempestad se refugió en el puerto Cheroneo. Concurrieron para enoblecer aquella expedicion algunos señores principales, que sabiendo que Antenor enviaba la flota á la Grecia, hecha ya célebre en todas partes, quisieron enviar sus hijos para que acompañasen á los embaxado-

res, y para que viesen con esta ocasion aquellas famosas ciudades. No quiso Antenor dexar el puerto Cheroneo hasta que se hicieron á la vela las naves, entre las aclamaciones de los que comenzaban á envidiar desde la playa á los que partian gozosos por ir á ver nuevo mundo, y nuevos usos y costumbres. El hombre necesita de una mano fuerte, activa y poderosa, que dé impulso á la inaccion de su rudeza; pues una vez puesto en el camino, ó de la utilidad, ó de la gloria, halla en él y en su misma industria nuevos incentivos y medios para llegar al propuesto fin.

Lisonjeado Antenor de conseguir el suyo con los expedientes que tomó por sí mismo; despues que recorrió los principales puertos, dexó en ellos personas de su satisfaccion y confianza, que atendiesen á los nuevos establecimientos, y los acrecentasen en su ausencia. Llamabalo á Taurea un objeto de la mayor importancia para sus altas miras, y que mas que ningun otro podia contribuir para consolidar el cimiento de la felicidad y grandeza de su reyno. Interesabase en él la religion, cuya diversidad de culto, de ritos y de ceremonias, influye en los genios y costumbres de los pueblos que los abrazan.

El temor forjó á los falsos dioses, y la desvanecida ignorancia de los hombres les dió su semejanza, atribuyendo á los bultos que adoraron sus mismas pasiones y sentimientos. Asi los temian y servian en la ceguedad de sus mentes, á proporcion de las opiniones mas ó menos barbaras y ridiculas que engendró en ellos su mayor ó menor rudeza. La de los Chersonesios se resentia del cruel é inhumano culto que daban á la diosa Diana en sus detestables sacrificios, tenidos en suma veneracion por los mismos. Contribuyeron para ello los honores y privilegios que concedieron los Reyes á los sacerdotes, pues eran ellos mismos pontifices sumos y cabezas de aquella religion sangrienta.

Las preocupaciones que esta fomenta, pervierten los sentimientos de la naturaleza, haciendo reputar piadosas y sagradas las acciones y ritos mas barbaros y crueles, por creerlos aceptos á la misma divinidad. El terror y respeto, nacido de la engañada creencia, envuelve en mayores tinieblas á la razon, y cubre enteramente las luces del entendimiento; ni es posible disipar la obscura niebla del engaño, sino se destruye el principio de donde procede. ¿Mas quien se ha de atrever á poner la mano, aunque armada del

poder y de la fuerza, en un principio tenido por sacrosanto?

Este era el otro objeto de los desvelos de Antenor, y que ocupaba de continuo sus humanos sentimientos, mal avenidos con los crueles ritos y sacrificios de la diosa Diana; por lo qual estaba siempre atento para echar mano de la primera ocasion que se le presentase de destruir aquel culto. Ni era solo el peligro á que estuvo expuesto él mismo, de ser sacrificado con Teana y con su hijo, lo que mas avivaba los deseos de executarlo, sino principalmente la muerte aciaga de Ciseo. Aunque todas las circunstancias de ella daban hartas sospechas para creer que Eopas habia sido el autor, no se podia proceder contra él, hallandose defendido de los privilegios sagrados que vedaban á la justicia la entrada en aquel santuario, si no era evidente el delito del sacerdote, ó si formalmente no era delatado.

Estos fueron los motivos que hicieron sobrescer á Antenor por entonces del procedimiento contra Eopas; mucho mas quedando persuadido todo el pueblo de que la muerte de Ciseo fue manifiesto castigo de la diosa, procurando el mismo Eopas y los demas sacerdotes fortalecer esta opinion en-

tre el vulgo, pues redundaba en mayor concepto, interes y veneracion de los mismos. No necesitaba acalorarse para persuadirlo á aquella gente ruda, deslumbrada del espanto y del terror que infundió á todos el movimiento de la estatua de la diosa, el ruido de los instrumentos y la voz de la garza que decia que lo matasen.

Rara vez quedan enteramente ocultos los delitos y sus autores. El tiempo, tarde ó temprano los descubre, valiendose de accidentes tal vez ridiculos, tal vez increibles, pero que sirven de luz para poder penetrar en el obscuro seno en que la maldad se encubre. De esta especie fue el accidente que manifestó el delito de Eopas, dando ocasion á Antenor para poner en execucion sus grandes designios, aboliendo enteramente aquel inhumano culto. Empresa ardua para el mismo Rey, é imposible tal vez á la determinacion de sus humanos sentimientos, sino tuviera en su favor la atrocidad del delito, y de la impia trama confesada por el mismo Eopas.

Pero entretanto quedaba sepultada la misma en un respetoso y sagrado olvido, hasta que sucediendo á Eopas en el supremo ministerio Ypodoonte, otro sacerdote del tem-

plo, recibió los primeros indicios de la maldad por una doncella que fue á consultar al oráculo sobre un espantoso sueño que tuvo. Llamabase Yrpea, y era amante de uno de los dos mozos que mataron á Ciseo, cuya muerte luego que llegó á sus oidos, hizola sospechar que pudiera ser su amante el matador, pues no lo volvió á ver desde el dia que salió á cazar con su amigo, ni se sabia mas de ellos. El amor la obligaba á sufocar en su mente estas funestas sospechas que agitaban su fantasia; y como los sueños son partos de nuestras desveladas solicitudes, soñó de hecho, que su amante, despues de haber muerto al Rey, se refugiaba con su compañero á una cueva del templo de Diana, donde los sacerdotes los encerraban para dexarlos morir de hambre y de desesperacion.

Pareciale á Yrpea que su amante desdichado devoraba á bocados, como lobo carnicero, á su moribundo amigo, y que apartaba su rostro, y encarnizados dientes, para rogar á la misma que acudiese al templo con ofrendas, y lo librase de aquella horrible muerte. Despertada Yrpea por las congojas y angustias que le causó aquella vision espantosa, dexa la casa de sus padres, sin poder

resistir á los violentos impulsos que padecia, llega al templo, donde consulta con el sacerdote que recibia á los suplicantes, sobre el sueño que la traia agitada contandoselo por entero. El ministro hacela preparar con las acostumbradas ceremonias para recibir el oráculo. Entretanto va el mismo á dar parte á Ypodoonte, sucesor de Eopas, de lo que Yrpea le habia contado, paraque pudiese acertar mejor en la respuesta.

Mientras Ypodoonte medita el sueño y sus circunstancias, se acuerda del silo que habia en la cueva del templo, cuya boca tapada con una losa, igual á las otras que formaban el pavimento, no dexaba en él señal alguna exterior, de que pudiese haber alli aquel vasto escondrijo. De él se servian antiguamente los sacerdotes, y entonces lo tenian casi olvidado. Mas como no se pudieron encontrar los asesinos de Ciseo, á pesar de las muchas diligencias que hicieron los sacerdotes mismos que ignoraban la trama de Eopas, el sueño de Yrpea suscitó la especie á Ypodoonte, que pudieran haberse refugiado en aquel silo, y que alguno de los sacerdotes, complice en la maldad, podia haberlos encerrado alli, y dexadolos morir de hambre, como Yrpea lo habia soñado, para

que no se descubriese el delito por ninguna via.

Instigado de esta sospecha determina certificarse del hecho. Confia al ministro del oráculo su resolucion, va con él á la cueva, quita la losa ayudado del mismo, y penetran los dos en aquella vasta tumba, alumbrados de una tea. Descubren alli con espanto á los dos mozos abrazados, cuyas secas y momias carnes, conservaban todavia, las mismas facciones que quando vivos, de modo que pudieran ser conocidos de quien los habia visto y tratado en vida. Junto á ellos encuentran un flueco de la insignia del principal sacerdote, que no podia ser de otro que de Eopas. Ypodoonte lo conserva como el mas seguro indicio de que Eopas habia estado alli dentro, y sale determinado á llevar al silo á Yrpea, para ver si uno de aquellos mozos era el amante que decia.

Para disminuir el horror que pudieran causar á Yrpea las tinieblas de aquel lugar y la vista de los cadáveres, alumbró con varias teas su lobreguez. Yrpea, asida de la mano de los dos sacerdotes; paraque temiese menos, entra en la tumba; pero habiendo llegado á corta distancia, desde la qual pudo reconocer á su amante, pasmada del subito

terror, y del espanto que le infundió su vista, profiere con exclamacion el nombre de Erómenes, y cae desfallecida. Sacaronla luego los sacerdotes de aquella profundidad paraque pudiese recobrar sus perdidos sentidos, y habiendolo conseguido, se informan de ella de los nombres y condicion de aquellos mozos, y del lugar de donde eran.

No necesitó mas Ypodoonte para certificarse de la maldad de Eopas. Detiene en el templo á Yrpea, y va á dar parte al Rey de lo que pasaba. Antenor viendo que aquel caso le presentaba la mas oportuna ocasion para destruir el templo y sus abominables sacrificios, como ardientemente deseaba, resuelve proceder solemnemente contra los reos para realzar mas el delito, y justificar su conducta á los ojos del pueblo credulo y supersticioso. Manda prender inmediatamente á Eopas y á Siope, y á todos sus allegados; junta los principales de su corte; les dá parte de la delacion de Ypodoonte, y les ruega que vayan á ver los cadáveres de los mozos paraque atestiguen la verdad.

Los comisionados que se hallaron presentes á la muerte del Rey Ciseo, al ver los cadáveres, reconocen por el trage y proporcion que eran los mozos que lo mataron: é in-

formados de Yrpea, que eran ellos Erómenes y Misipo, de Efire, lugar no muy distante de Taurea, los hacen reconocer de sus respectivos padres. Las demostraciones de dolor que hicieron los mismos, declararon mas que sus palabras ser aquellos sus hijos. Todos se confirman en que Eopas los encerró en aquel silo, donde los dexó perecer paraque no se pudiese tener ninguna noticia ni de su muerte, ni de la maldad del mismo. Todo lo confesó Eopas á vista del tormento; descubre la trama y los medios de que se habia valido, juntamente con su hijo Siope, para matar á Ciseo.

Como resultaban de esta confesion todos los embustes, trazas y trampantojos de que se valian los sacerdotes para dar los oráculos y engañar al pueblo, no se contentó Antenor con hacerlos publicar en Taurea, sino que quiso que fuesen publicados en todas las ciudades del reyno, juntamente con su condenacion y suplicio. Hizolo esto, á fin de que el pueblo conociese la ciega y engañada creencia que habia prestado á tales oráculos, y á los ritos y sacrificios barbaros de tales sacerdotes.

La gran plaza de Taurea fue destinada para dar en ella la sentencia á los reos á vista

de todo el pueblo. Condenaronlos los jueces á ser derrumbados de la torre de los lamentos, asi llamada, por los que daban los delinqüentes sentenciados á padecer aquel horrible suplicio, pues quedaban asidos y engarrafados vivos de las grandes y agudas puntas de hierro que salian fuera de la pared de la torre, desde cuya cima los arrojaban atados de pies y manos. Alli quedaban prendidos de los garfios, hasta que la muerte los acababa y el tiempo los consumia. Este rabioso suplicio padecieron Eopas y su hijo Siope, victima del furioso zelo y fanatismo de su padre. Quedó este asido de la atadura que le tenia prendidos los brazos á las espaldas y su hijo Siope pasado el vientre de dos garfios, atemorizando entrambos á toda la ciudad con los horribles gritos y lamentos que arrojaban.

No dexó pasar Antenor la noche que siguió al suplicio de los reos, sin poner en execucion la ruina del templo como lo tenia determinado, mientras los animos del pueblo estaban poseidos del terror de la sentencia, y horrorizados de la confesada maldad y embustes de los sacerdotes. Ni comunicó á ninguno su determinacion, ni se fió para su execucion de tercero, sino que fue él mis-

mo en persona á dar exemplo á los soldados que tenia prevenidos para ello. Pegó él mismo con sus reales manos el fuego á las materias combustibles, que hizo poner en el templo, cuya magnifica y vasta techumbre, consumida en poco tiempo por las llamas, se aplomó en el suelo. Quedaron solo en pie las macizas paredes y columnas que al otro dia fueron el objeto de la curiosidad atonita y muda, con que el pueblo las contemplaba sin atreverse á desplegar sus labios; pues veian en aquella destruccion la justa venganza de la barbara muerte de su buen Rey Ciseo.

Este pretexto dió Antenor para justificar su proceder; y del mismo se sirvió para acabarlo de destruir enteramente, deshaciendo sus paredes y columnas. Mas su principal objeto era, el aprovecharse de aquellos magnificos materiales por su solidez y grandeza para levantar el templo de la Paz, al qual Ciseo habia echado los cimientos. Esto mismo quitaba la odiosidad al nuevo culto que queria instituir Antenor, llevando adelante las intenciones del difunto Ciseo. El empeño y los esmeros, que ponia en el adelantamiento de la obra, recavaron el verla concluida en poco tiempo con gran contento

suyo, para establecer quanto antes los utiles y humanos ritos, en vez del cruel y bárbaro que con no menor gozo acababa de abolir con éxîto tan feliz.

Destinó para el servicio del nuevo templo de la Paz á los mismos sacerdotes que servian en el de Diana. A Ypodoonte le hizo el principal sacerdote; pero mudó las insignias pontificales y el trage de los sacerdotes, haciendolos vestir de blanco lino, y llevar coronas de flores en la cabeza mientras se empleaban en el servicio del templo. Para dar á este mayor celebridad, quiso que fuese consagrado: y paraque su consagracion fuese mas magnifica y grande, instituyó solemnes juegos y fiestas, propuso premios y distinciones para los vencedores, á fin de empeñar y aficionar mas los animos al nuevo culto de la Paz.

Entre todas las fiestas que se celebraron en su honor fue sobremanera pomposa y respetable la que dió el mismo Antenor, y que hizo despues anual para sí y para los Reyes sus sucesores. Llevaba por mira enoblecer la labranza, que es el otro cimiento de la riqueza de una nacion y del edificio de su grandeza; é intituló á esta fiesta del *Arado*, por ser el arado el principal instrumento de

la labranza. Quatro bueyes blancos enramados de flores, lo tiraban, regido por el mismo Antenor, á quien seguian todos los señores principales que habian salido vencedores en los otros juegos. Iba él vestido de todas las insignias de la magestad, que daban realce magnifico y adorable á la real persona, empleada en aquel humilde exercicio al qual enoblecia. Precedia el Principe Pedeo á los bueyes, sobre cuyo yugo dexaba descansar el aguijon que llevaba en la mano, semejante al de su padre, y tambien le acompañaban los hijos de los vencedores.

Llegaron con este órden aclamados de todo el pueblo al campo destinado, que estaba inmediato á la ciudad, y que quedó desde entonces consagrado á la Paz. Comenzó á formar Antenor el primer sulco en el campo preparado de antemano, y llegando al termino, sacaba la ahondada rexa, para formar el inmediato sulco, como si fuera un experto labrador. Aclamaba el pueblo, que se hallaba presente á aquel ilustre espectáculo al rededor del campo, cada vez que el Rey daba la vuelta con los bueyes, precedidos de Pedeo, para comenzar el nuevo sulco. No desistió Antenor de aquel glorioso trabajo, hasta que acabó de arar el cam-

po regado con sus sudores. El sol parecia haberse parado todo aquel tiempo, para admirar en la mitad de su carrera aquella solemnidad digna y propia de la Paz en cuyo honor se hacia. Sin ella no puede prosperar la labranza, ni dar el campo los panes que los hombres reconocen por su mas necesario alimento.

Por lo mismo se encaminó Antenor á su templo, donde introduxo tambien á los bueyes con todo su lucido acompañamiento, para asistir á los himnos y plegarias que hicieron los nuevos sacerdotes. Rogaban sobre todo á la diosa que alejase la guerra del Chersoneso, que hiciese prosperar en su suelo las cosechas, y que quisiese ser la protectora de su navegacion y comercio. Prometió Antenor ofrecerle las primicias de los frutos, en vez de holocaustos y sacrificios de reses, que no quiso se hiciesen en el templo; y por prenda de su promesa, dexó sobre el altar la real mitra que llevaba en la cabeza.

Con tan augusto espectáculo dexó establecido Antenor el nuevo culto de humanidad sobre el cruel y bárbaro que habia enteramente destruido; y con él habia tambien quitado el mayor fomento á la rusticidad de los Chersonesios. Esto no bastaba para pro-

mover su industria y su cultura, si no quitaba los otros estorvos y embarazos, que podian impedir las creces á este otro ramo de la prosperidad de su reyno. Dos eran los principales obstáculos que quiso desde luego allanar; los gravosos tributos que pechaban á sus Reyes, y la aspereza del suelo que no ofrecia caminos para los acarretos. De la abolicion del primero se valió para facilitar el segundo. Hace publicar en todas las ciudades y pueblos, que los exîmia de la mitad de los antiguos tributos con la condicion que les imponia de abrir á su cargo los caminos carreteros en sus respectivos distritos. El gozo y contento con que recibieron sus vasallos la nueva exêncion de su Rey, allanaron de un golpe las infinitas dificultades que se presentaron á Antenor para hacer los caminos, por los gastos inmensos que requerian si se habian de hacer á cuenta del real erario.

Esta ventaja, que su perspicacia sacaba de los impedimentos que cruzaban sus designios, no bastaba tampoco para conseguir presto como lo deseaba los fines que se proponia. Las etiquetas que podian nacer de unas ciudades con otras, los pleytos sobre los distritos, el descuido tal vez de las mismas, ó su desidia

en poner manos á una obra ardua, podian retardar el cumplimiento de lo que el Rey no les mandaba positivamente. Recavó quitar y desvanecer todos estos obstáculos con una especie digna de sus humanos sentimientos, qual fue ir en persona á recorrer su Reyno.

Una de las mas utiles instrucciones de un Rey y de un Principe, es conocer el pueblo que ha de gobernar, y el reyno y provincias á cuya prosperidad debe atender. Ni conocerá, ni hará prosperar sus estados, si no vé con sus propios ojos las provincias y ciudades que estan á cargo de su gobierno, y los terrenos que son el erario perene é inagotable del Soberano y de sus vasallos. Contribuye á mas de esto el conocimiento y vista de sus pueblos y provincias, para grangearse mayor confianza y amor de sus subditos. Puede aliviarlos mejor y mas presto de las opresiones é injusticias de sus gobernadores, y ver de cerca á la verdad, que huye del solio, donde el mismo temor y respeto que exîge la soberania, son á las veces sus mayores enemigos. La pompa y la sujecion la amedrentan, y la tienen apartada las doradas solapas, y los mirados rodeos de estudiadas expresiones.

Todo esto que imposibilita, á la verdad, el ascenso al trono, que la hace en él odiosa y despreciable, le grangea mayor aprecio de un Soberano que la encuentra lejos de la ostentacion y fausto de su trono, en el camino que hace, en la choza en que se abriga, entre las mismas incomodidades que sufre, y que tal vez le hacen mas sabrosa la libertad que disfruta con el desahogo del peso y de las ataduras del fausto, de la pompa, y del augusto ceremonial que suelen tener á la magestad esclava de su propia grandeza.

Antenor lejos de querer ser temido y respetado por el aparato exterior de la soberania, queria ser antes amado por su sola humanidad, mucho mas poderosa y respetable que todas las picas con que cierran la entrada de los palacios los altos alabarderos que los guardan. Para hacerla mas apreciable á sus pueblos, quiso manifestarsela mejor en el viage que emprendia por todos sus estados con el Principe Pedeo. La instruccion del Principe era otra nueva ventaja que se propuso sacar de su viage, á mas de la que le daba la de quitar con él todos los obstáculos que pudiera encontrar la obra de los caminos que deseaba ver concluidos, á fin de facilitar el trafico y la comunicacion de unas

ciudades con otras, y de estas con los puertos.

Hizo publicar la determinacion que tenia hecha de visitar las provincias y ciudades en compañia del Principe, haciendo saber á los pueblos que le serian odiosos todos los superfluos gastos que hiciesen en su recibimiento, y al contrario muy acepto el empeño que pusiesen en acabar quanto antes los caminos. Para ello les concedia que se impusiesen las mismas ciudades las derramas que quisiesen, pues habia de redundar la obra en mayor provecho de los ciudadanos, y en aumento de sus comodidades y riquezas, con la facil transportacion de sus cosechas y productos.

Se convirtió en gozosa actividad la desidia de los pueblos que comenzaron á desmontar el suelo, allanar montes, levantar calzadas y construir puentes, donde la necesidad ó mayor comodidad lo requerian. Contribuyó para dar á algunos caminos mayor aspecto de magnificencia, la emulacion de las ciudades mismas, nacida de la libertad que les daba el Soberano para que hiciesen los caminos como mejor les pareciese. Asi sin imponer gravamen á los pueblos, sin gastos del erario, sin cargo de comisionados y asentistas, siempre eternos, siempre escasos en sus empresas, llegó á ver Antenor concluido y

perficionado en breve tiempo este importante cimiento de la publica utilidad y grandeza ; y pudo en el termino prefixado poner en execucion el otro no menos util designio de recorrer, y visitar su reyno, y de hacerlo reconocer al Principe.

No hay cosa que mas concilie á los Reyes el amor y la tierna veneracion de sus vasallos, que la confianza cariñosa que muestran hacer de los mismos y de su fidelidad. Ella penetrando en sus corazones, excita en ellos el tierno afecto, primer mobil del mas puro sentimiento de un alma. Nace este del principio de la interior libertad, que se rinde espontaneamente á la suave fuerza de la virtuosa demostracion de un pecho soberano, que la exîge sin apremio y sin pretenderlo, comunicandose con decorosa afabilidad con quienes se reconocen inferiores, aunque tenidos y tratados como hijos de su misma grandeza y soberania. Con estas solo se levantan sobre ellos, para hacerlos felices con el uso de su poder, depuesto el aparato de la grandeza y el de la severidad y real preeminencia, baxo el qual se ocultaban antes en sus retretes impenetrables, ilustre y rica prision de sus luces, de su libertad, y de sus sentimientos.

Las demostraciones de júbilo con que las primeras ciudades recibieron á su Soberano, confirmaron el amor y aprecio que les grangeaba su llegada. Por lo mismo que no queria ninguna costosa demostracion de pompa, le daban las mas preciosas y estimables, nacidas de su enagenado afecto; postrabansele de rodillas por los caminos, por las calles por donde pasaba, ensalzando á voces su bondad y beneficencia, en que se hacia semejante á los dioses. Recibia él todas sus súplicas; oia sus quexas, y les hacia inmediatamente justicia. Llevaba por maxîma, que la razon y verdad estaban siempre de parte del oprimido; que no debia ningun respeto á la autoridad y preeminencia de los que abusaban de ellas para hacer vexaciones y tropelias. Hacia resarcir á los que las cometian los daños que habian causado: quitaba de los empleos á los que mal los exercian. Sugeria medios para el fomento de la industria del pueblo, para alivio de los pobres en los generos de primera necesidad, y para promover la labranza á proporcion de los conocimientos que le daban los terrenos que recorria.

En esto iba entendiendo Antenor, quando recibió en la ciudad de Themida el aviso de la llegada de la flota, que habia envia-

do al puerto de Elime. Los que iban encargados de ofrecer sus dones al templo, y de consultar al oráculo sobre el tiempo que duraria su reynado, le traian la respuesta que les habia dado el mismo: „ Que sus vasallos „ le indicarian el termino: que no lidiase „ con el querer del destino que lo llamaba á „ otras tierras, paraque fundase en ellas una „ nueva Troya, y echase los cimientos á un „ dichoso señorio. "

No se contentó Antenor con esta respuesta del oráculo, que lo dexaba en las mismas dudas que antes tenia. Determinó volver á enviar á Elime otras personas de su confianza, paraque rogasen en su nombre al dios Apolo, que quisiese determinarle el tiempo que le quedaba por reynar en el Chersoneso. Para que no volviesen vacías las mismas naves, concedió sus buques sin gasto de flete, y sin gravamen alguno á todos los que quisiesen cargar en ellas sus mercadurias. Usaba Antenor de esta liberalidad, por temor de que sus vasallos dexasen ir vacías las naves, á pesar del promovido comercio y de los caminos acabados, que facilitaban el transporte de las mercadurias.

Se alegró de haberse engañado en su concepto, quando supo que no bastando las tres

naves para los muchos generos que no cesaban de llegar al puerto de Taurea ; se vieron muchos precisados á formar almacenes para depositar los que no podian ser fletados. Antenor se aprovecha del embarazo de los mercaderes , para poner en execucion la idea que le suscitaron de enviar con esta ocasion otro convoy á la Frigia , no solo para extender mas el comercio de sus vasallos , sino tambien para tener noticias de aquellas tierras que habia desamparado. Admitido por los mercaderes el proyecto , segun era ventajoso para ellos , atendidas las exênciones y franquicias que Antenor les concedia, nombró tambien embaxadores paraque pidiesen alianza al Rey que reynase en la Frigia , aunque fuese el mismo Telefo ; pues este parecia haber quedado con aquel reyno.

Tomaban asi insensiblemente grandes creces el comercio y la navegacion , y los iban á tomar tambien la interior industria y la labranza con el favor de la Paz , que parecia hubiese de hacer florecer por largo tiempo al Chersoneso ; pero la comenzaron á turbar repentinamente los Samotraces que entraron en el Chersoneso , incendiando algunos lugares , talando los campos y restituyendose inmediatamente á sus tierras carga-

dos con los despojos de sus correrias. Aunque parecia que no llevasen en ellas cabeza, haciendolas antes como ladrones, que con exército formado, incitabalos sin embargo á ello, baxo mano, su Rey Terabano, que miraba con envidioso recelo los progresos del Chersoneso, acrecentados mucho mas por las voces de la fama de lo que eran en sus principios. Temia Terabano su futura grandeza, y pretendia impedirla, moviendo guerra sorda á Antenor, á fin de distraerlo de sus designios, y de impedir los progresos de su prosperidad; lo que conseguia sin infundirle temores que lo obligasen á juntar exército para proceder contra las hostilidades de sus Samotraces.

Fundaba Terabano estas miras ruines de su envidiosa politica, en la aversion que Antenor manifestaba á la guerra, lisonjeandose que no se la haria mientras él no se mostrase el agresor á cara descubierta. Conseguia tambien con esto dispertar en los Chersonesios su antigua inclinacion á las armas, y el descontento para con Antenor, porque dexaba incendiar sus pueblos, y llevar cautivos sus vasallos sin pensar en su defensa. No erró Terabano en este su presentimiento, porque apenas se esparció la entrada de los

Samotraces, quando comenzó el pueblo á tratar de cobarde y de descuidado á su Rey, que solo entendia á enflaquecer su valor dexandolos atropellar de sus enemigos. Añadian que á este fin habia él introducido el culto de la Paz, para apartarlos de la guerra, y para hacerlos viles labradores y marineros, antes que fuertes y aguerridos soldados.

Ningun pueblo puede conocer su verdadero bien; esclavo y victima de las preocupaciones de su ignorancia y de su rudeza, se dexa arrastrar de ellas, no teniendo otras luces, ni otra norma para obrar que la costumbre, aunque sea perniciosa, aunque deba acarrearle la ruina. Aun entonces cree el mal que le sobreviene, meramente accidental, antes que efecto de su ruin constitucion y de los principios por los quales se rige. Pruebe alguno á sacarlo del lodo de la miseria y rudeza, á que lo acostumbraron sus mayores, y en que se halla bien su barbara desidia, lo verá semejante á la ingrata fiera, que se irrita y debate contra la mano benefica que atiende y se esmera en curar su llaga. Ni apreciará jamas el beneficio, porque jamas lo reconocerá por tal, habiendolo conseguido á su despecho.

El hombre rudo y barbaro es antes ca-

zador y guerrero, que labrador y artesano. No conociendo ni la riqueza, ni las comodidades, solo aprecia su vida en quanto la alimenta con facilidad y sin trabajo, que no requiere flema, ni espera sedentaria, ni multiplicados instrumentos de industria, para grangearse el sustento. Con la flecha y el arco, hechos á poco coste, mata la hambre, la fiera, el enemigo, y apaga su venganza, que son los primeros objetos de sus deshacendosas pasiones.

De aqui provino la inclinacion primera de todos los pueblos á la guerra, y la opinion invencible que se formaron del noble empleo de las armas; pues con ellas se sobreponen á sus enemigos, y conservan ó recobran su preciosa libertad. De aqui el alto concepto del valor y de la fortaleza; de aqui los premios, las coronas, los triunfos para fomentar mas esta guerrera inclinacion; y finalmente la gloria, de cuyos imaginarios atractivos, enagenado el corazon y el entendimiento del hombre, se formó de ella una deidad, cuya idolatría parece herencia del humano linage, pues ni los dogmas de la religion, ni las máxîmas de la sabiduria, ni la muerte, pudieron impedir los sangrientos homenages, que siempre dieron á Marte, ni disminuir

el glorioso concepto que se formaron de la animosidad y guerrera fortaleza.

¿Qué mucho, pues, que los Chersonesios deslumbrados por poco tiempo del consejo y beneficencia de Antenor para engrandecerlos y hacerlos cultos, reclamasen entonces su antigua rudeza, y pretendiesen que él mismo juntase luego exército; que entrase con él en la Samotracia, y que pasase á cuchillo sus pueblos? Ni se recataban de divulgar sus quexas y murmuraciones contra su Rey.

Otro de los muchos bienes que pueden sacar los Soberanos de tratar de cerca á su pueblo, es el saber é indigar sus sentimientos para gobernarse segun ellos. Con esto no pudieron ocultarsele á Antenor las quexas de sus vasallos, por las correrias de los Samotraces; mas como era sumamente humano y prudente, lejos de mostrarse resentido, ni de estarlo por murmuraciones tales, ni de pretenderlas impedir con el castigo y con la fuerza, se aprovechó al contrario de las mismas en silencio para llegar mejor á sus fines.

Manda inmediatamente que cada ciudad envie cien infantes y diez caballos; hace hacer provisiones para el exército, y destina el lugar para la reseña. No contento con esto, envia embaxadores al Rey Poliestor, hacien-

dole saber los daños que le habia causado Terabano : le suplica que quiera manifestarse su aliado y defensor de la Paz , y de la tranquilidad que él y Ciseo procuraron restablecer en su reyno. Publica esta embaxada que enviaba á Poliestor , asi en todos sus estados, como en los de Terabano : en los suyos para deslumbrar al pueblo ; en los de Terabano para amedrentarlo. Estaba bien ageno Antenor de hacer la guerra como parecia que lo manifestasen todas estas disposiciones y preparativos , que solo los hacia para echar mas firmes cimientos á la paz.

Ardia entretanto el hierro en las fraguas; chispeaba en los ayunques baxo los golpes de los brazos afanados en aguzarlos con ahinco para matar á los enemigos. Oianse por todas partes los relinchos de los caballos , el eco de las trompetas y las voces de la ufana jovialidad de los soldados , que reprehendian los temores y el llanto de sus madres y mugeres , acostumbradas ya á la dulce seguridad y descanso de la paz , que les hacia la guerra aborrecible. Las quexas contra Antenor , se convirtieron en alabanzas mas ardientes , y en mayor aprecio de lo que antes reprehendian. Pero Antenor insensible á sus alabanzas , como á sus vituperios , satis-

fecho solo de haber conseguido en parte el fin de sus intentos, esperaba el momento oportuno para acabarlo de conseguir.

Antes que se juntase el exército, envia un cuerpo considerable de los suyos contra la Samotracia, con órden severa al gefe de que no hiciese en ella otro daño que cautivar quantos hombres pudiese, capaces de llevar armas, pero sin herir ni matar á ninguno, ni tocar á sus habitaciones, ni mugeres, ni á sus campos, pues nada de todo esto habia agraviado á los Chersonesios. El gefe de aquella expedicion la executa segun el órden que tenia, y vuelve al Chersoneso con gran número de prisioneros. Antenor los hace tratar con humanidad, y quiere darles él mismo pruebas de la suya y de su corazon magnanimo. Visitaba en persona á los principales entre ellos, les hace ver los daños que engendraba la guerra, y los mayores que ellos probáran si él los hubiese abandonado al rigor de la venganza.

Luego que tuvo aviso que venia Poliestor á juntarse con él, para vengar el agravio y daños que le habia hecho Terabano, esparce entre los prisioneros la venida de aquel Rey con numeroso exército contra la Samotrecia, y dá inmediatamente á muchos

la libertad para restituirse á sus patrias. Estos habiendo llegado á ellas engrandecen la increible humanidad del Rey Antenor, á quien habian visto, y con quien habian hablado, tratandolos él como si fueran sus iguales, antes que como enemigos y como prisioneros. Divulgan juntamente su pronta venida á la Samotracia con el Rey Poliestor. Estas voces llenan de terror á los pueblos, é infunden mayores temores á Terabano.

Arrepentido este de haber irritado á tan poderoso y eficaz enemigo, mientras se dispone entre angustias para resistirle, recibe un secreto mensage de Antenor, por medio del qual le hacia saber la firme resolucion en que estaba de entrar en sus estados unido con el Rey Poliestor; pero que si queria asentar perpetuas paces y alianza con él, no pasaria adelante, por ser esto lo que á entrambos convenia, no menos que á sus respectivos vasallos, cuya sangre, vidas y bienes no debian ser responsables de los antojos de sus Soberanos. Que si tenia algun motivo de quexa contra él, lo declarase, pues estaba determinado á darle pronta satisfaccion, á pesar de la superioridad de sus fuerzas y de las de su aliado.

Todo Rey poderoso que quiere de veras

evitar la guerra, la evita. Antenor que lo deseaba, usó con Terabano de esta especie de mensage, al parecer sumiso y timido, segun puede pensar la politica altanera; mas estaba bien lejos de llevar tales visos á los ojos de Terabano, que se hallaba desprevenido y amenazado de dos enemigos tan poderosos. Ageno de poner Antenor el decoro de la magestad y de la soberania en la venganza de su honor ofendido, lo ponia al contrario en la magnanimidad de sus sentimientos. Bastabale como á Jove tornar sobre sus enemigos, y triunfar de ellos con el espanto, antes que con la destruccion y con el estrago. Echaba de ver por otra parte que la falta de luces, y la sobra de altaneria, obligaban á muchos Reyes á llevar adelante una guerra solo porque se la hacia el enemigo; y porque el honor les enseña que deben preferir su ruina y la de sus vasallos, á su mal entendida humillacion.

Quiso pues Antenor quitar esta prevencion á Terabano convidandole con la paz y ahorrarle la humillacion de pedirla. El rayo de la estrella precursora de la serenidad, no infunde tanto consuelo al trabajado marinero, quanto á Terabano el secreto mensage que Antenor le enviaba para convidarlo

con la paz, en terminos tan agenos del alto tono que pudieran darle sus fuerzas y las de su aliado. Abraza inmediatamente el inesperado partido, y envia sus embaxadores á Antenor. Sabia que obtendria la paz sin condicion gravosa ni vergonzosa; otro motivo que obliga á muchos á preferir la guerra á la paz. Este paso de Terabano era el que deseaba Antenor; y lo manifestó en el honorifico recibimiento que hizo á los embaxadores, tratandolos con todas las demostraciones de que era capaz su corazon grande y generoso.

No quedaron ellos tan sorprendidos de su magnifico recibimiento, quanto de la sola condicion que exîgia Antenor para la paz: que era el que ambos á dos Reyes la jurasen solemnemente en el altar de la Concordia, segun los ritos de los Samotraces. Mostróles al mismo tiempo deseos Antenor de que Terabano á mas de las paces hiciese alianza con él; porque esta estrechaba mas los intereses de los Soberanos, hacia mas firme y duradera la concordia, fundada en la esperanza de sus mutuos socorros, en caso que se viesen amenazados de guerra ó acometidos.

Los embaxadores, instruidos de la condi-

cion de la paz, y de los deseos que manifestó Antenor de la alianza, despidieronse de él penetrados de sus humanos y generosos sentimientos, y dan parte á Terabano. Este se dispone para ir con toda magnificencia al lugar convenido en la raya de los dos reynos, donde se debian jurar las paces con solemnidad. Alli llegó antes Antenor, sin reservarse ninguna ridícula pretension de preeminencia y superioridad de Rey á Rey, como lo pudieran hacer dos desvanecidos particulares en sus etiquetas de nobleza. La superioridad solo la ponia él en someter á los otros con su consejo á los derechos de la humanidad y al bien general y particular de sus vasallos, triunfando de la ambicion, de la codicia, de la crueldad y de la venganza, engendradoras de las guerras. Victoria tanto mas aventajada y adorable, quanto es mas dificil y mas propio de los dioses vencer estas pestes del linage humano, que servirse de ellas para destruirlo.

Fueron muy alegres las vistas de los dos Soberanos, asi por el motivo que los juntaba, como por la sinceridad de sus sentimientos. Antenor fue tambien el primero en abrazar á Terabano, á quien dixo: *Seamos amigos, Terabano: queramos antes aseme-*

jarnos á los dioses, que á las fieras. Se interesa en ello nuestra verdadera gloria, y el mayor bien nuestro y de nuestros vasallos. Prometióselo Terabano en presencia de la numerosa y lucida corte que ambos á dos traian. Juraron las paces en el altar de la Concordia, despues de haber sacrificado una lobatilla á la Paz, segun lo hacian los Samotraces; á cuya costumbre quiso tambien atenerse Antenor para no dexar ningun estorvo á la alianza que tambien juraron. Prometieronsela de nuevo en el convite que tuvieron bebiendo en un mismo vaso.

Para solemnizar mas aquella funcion despues de acabado el convite, quiso Terabano que su cantor Ataxîa divirtiese á Antenor con alguna de sus canciones; y el desgreñado Ataxîa, habiendo templado su rustico laud, cantó de esta manera.

CANCION DE ATAXÎA.

Rayo de clara luz, que se desprende
Del seno de la luna, quando brilla
En su entero esplendor, era Absabane,
Hija del Rey Candaspe. Suspiraba
Por su dulce hermosura, Megabiso,
Mozo real, cuya esforzada mano

El cetro no empuñaba todavia,
Aunque la edad, y el brazo eran bastantes
A sostener el peso; pues ya pruebas
De su esfuerzo y valor dió al enemigo
La vez primera que su anciano padre
Al campo de la gloria lo conduxo.
Guarnecia á su labio el rubio vello
Flor de la mocedad, que enoblecia
De sus lindas facciones la belleza.
Inferior en edad era Absabane;
Mas superior en gracia y hermosura
A toda otra hermosura de su sexô,
Quanto el lucero, precursor del dia,
Sobresale entre todas las estrellas.
Suspiraba por ella Megabiso
Desde la vez primera que la vido
De Diana en el templo, en que se dierôn
Juradas prendas de su amor eterno.
Resplandecia en los modestos ojos
De la real doncella el dulce fuego
De su amabilidad, que parecia
El claro y vivo albor de la mañana,
Con que la hermosa aurora se corona.
Ni el candor de la nieve endurecida
Al soplo boreal, en la alta cumbre,
Del empinado Caucaso, igualaba
Al candor de su seno, en que sentia
Igual ardor de efecto y de ternura,

Al afecto y ternura que por ella
Fomentaba el hermoso Megabiso.
En vano ajaba las mullidas pieles
De los habitadores de las selvas,
Que heria con sus dardos en la caza,
Y que de lecho blando le servian;
Pues el amor en ellas le negaba
Descanso á sus fatigas, ni queria
Que enagenase el sueño sus sentidos.
Siempre la viva imagen de Absabano
Estabale presente, é importunaba
Con sus ardientes gracias y ademanes
Su aquexada memoria y pensamientos;
Exîgia con dulces atractivos,
Que al padre por esposa la pidiese.
Mas su padre Candaspe, por esposa
La prometió primero á Misidrates,
Que encerraba al mar Caspio en sus domi-
[nios.
Esto ignoraban ella y Megabiso,
Hasta que Misidrates fue en persona
A llevarla á su reyno en real pompa.
Desfallece á tal nueva la doncella,
Quando la supo de su amante padre;
Mucho mas quando el fiero Misidrates
Se presentó á sus ojos consternados,
Manando de ellos llanto inagotable.
No tan odiosas, ni temibles tanto
Le fueran las quixadas de los tigres,

Quanto de Misidrates los abrazos.
Con sus gemidos resonar hacia
De Megabiso el nombre en las estancias
De su escuro retiro : ni queria
Ver la luz de la aurora , ni del dia.
La sola muerte ansiaba de continuo,
Termino solo de su amarga vida;
Pues negarse del padre no sabia
Al querer resoluto , porque amaba
Al padre mucho mas que no á sí misma,
Pero odiaba otro tanto á Misidrates.
¿Qué harás, pues, ó dechado de hermosura,
Infeliz Absabane , en tal estado?
He aqui que en real pompa ya se acerca
El odiado himeneo. Entretexieron
Las afanadas Gracias la guirnalda,
Y las ricas preseas , con que debe
Coronar el amor tu cabellera.
El fiero Misidrates inflamado
Del fuego que encendieron en su pecho
Tus tiernos atractivos , te requiere.
¿Querrás sacrificar tu amor ardiente
Y el de tu Megabiso , á quien lo ignora?
Al padre , que lo ignora , y que apresura
Con solicito amor tu misma muerte,
En la union del odiado Misidrates.
Mas ella muda y triste , de sus ojos
El apagado resplandor tenia

Fixo y yerto en el suelo, en que caía
Rara y helada lágrima; resuelta
A morir de dolor, sino apiadaba
El padre de por sí su desventura.
Pretendia que aqueste conociese
Y remediase el mal, que no sabia
La misma descubrir á su buen padre,
Ni podia con labio amortecido.
En este triste estado la sorprende,
La inesperada vista y la presencia
De su amante y amado Megabiso.
Este herido del eco de la fama,
Que hacia resonar por todas partes
El real himeneo de Absabane,
Casi desfalleció de acerbo duelo.
Ingrato reputaba y fementido
Su prometido amor con juramento
Exâsperado de tan fieras dudas,
Que los nacidos celos le atizaban,
La muerte resoluto les prefiere;
Mas morir no queria sin vengarse,
Sin que tambien cayese Misidrates,
Y la misma Absabane si culpable
Y desleal la hallaban sus sospechas.
A este fin disfrazado se encamina
A la real demora de Candaspe;
Donde el rumor, los celos, la osadia
Le allanan con el oro los caminos

Al interior retiro de Absabane,
Donde entrar imposible parecia.
Mas despobló primero sus mexillas
Del blando primer vello, que era el solo,
Que hacerle traicion tal vez pudiera
En trage de doncella entre doncellas.
Tal lo creyó Absabane á primer vista
En su tetro dolor: ni recatóse
De proferir la misma en sus lamentos,
El nombre de su amado Megabiso,
Al tiempo que este entraba con el trage
De la esclava Emirane, confidente
De su secreto amor y de su duelo.
El eco de la voz de la Princesa
Hiere de Megabiso las sospechas,
E infunde un gozo rápido en el pecho
Del encubierto amante, que rompiendo
De su ficcion el velo, se descubre,
Y se ofrece á librarla de la muerte;
O si morir resuelve, morir jura
Juntamente con ella, pero á trueque
De que primero muera Misidrates.
La turbacion y espanto que avivaron
El severo pudor de la doncella,
Quiebran de Megabiso la osadia,
Negandose á la oferta en que de nuevo
Porfiaba el amante resoluto.
En aqueste contraste de agitados

Y ardientes sentimientos los sorprenden
Misidrates y el padre que alli entraban
Con lucido cortejo y real pompa,
Para llevar al fiero sacrificio
A la infeliz Princesa en la presencia
Del mismo disfrazado Megabiso.
Los encontrados vientos que hacen campo
De sus terribles iras y silvidos
A la ondosa Meotis, no levantan
Tan gran tumulto en ella de tormenta,
Quanto en el corazon de los amantes
La vista inesperada de los Reyes.
Recelaba Absabane que sufriese
Quiebra su honestidad en el concepto
Del mismo Misidrates y del padre,
Si arrebatado de sus fieros celos,
Llegaba á descubrirse Megabiso;
Si su atrevido amor se propasaba
De la rabia impelido y del tumulto
De todos los afectos, que encendian
Su exâsperado pecho baxo el velo
Y adorno mugeril con que encubria
Su sexô y su carácter verdadero.
Mas la turbacion sola y la tristeza,
Nubes de la hermosura de Absabane,
Llamaron luego la atencion del padre,
Que viendola tan triste se afanaba
En penetrar la causa de aquel duelo.

Este tenia entorpecido el eco
De su suave voz, ni la dexaba
Romper el lazo con que ató su lengua
El trastorno de todos sus sentidos.
Misidrates presente, que esperaba
Ver arder en los ojos de Absabane
El fuego del amor sublime prenda,
Del que encendia á su arrogante pecho,
Desden reputa la tristeza y llanto,
Y el silencio obstinado de Absabane,
Con que negar queria, sin decirlo,
Su corazon y mano al himeneo,
Que Candaspe le habia prometido.
Mientras en vano se afanaba el padre
En sacar el secreto que en su pecho
Tenia la Princesa sepultado,
Se cansa el resentido Misidrates
De dar ya tanta tregua en sus sospechas
Al desden manifiesto de Absabane;
Ni sufre su soberbia que Candaspe
Apremie por mas tiempo la yerta alma,
Y el ftio corazon en que conoce
Albergar un odioso sentimiento.
Vengarse quiere con igual desprecio,
Torciendo su mirada desdeñosa
A la supuesta esclava, á Megabiso,
Que estaba alli en silencio resoluto
A encarar en el lance qualquier riesgo:

Mucho mas quando quiso Misidrates
Informarse del mismo en tono altivo,
La causa del dolòr de su señora,
Pues lo creía verdadera esclava.
Reprime de sus celos el arrojo
La fingida Emirane que sentia
Impulsos de asaltar á Misidrates
Con el celado hierro. Mas si pudo
Contener al furor de su venganza,
No supo refrenar su sentimiento,
Diciendo á Misidrates con despecho:
¿No te dice bastante su silencio
Y su acerbo dolor, que te aborrece
Mucho mas que á la muerte, que prefiere
A tu cetro, á tu trono, á tu corona?
A otro tiene Absabane prometido
Su mano y corazon con juramento.
Queda yerto á estas voces Misidrates,
Y helada su altivez. Hirió de muerte
Esta misma respuesta á la Princesa.
Su desfallecimiento y el suspiro
Que arrojó confirmaron á los ojos,
Y oidos de su padre consternado
El dicho de la esclava, de quien quiso
Indagar el secreto. Mas al tiempo
Que en ella fixa su turbada vista,
Reconoce su engaño. La creía
Emirane la esclava, pues el trage

El donaire y la gracia eran los mismos.
Mas no viendo tampoco semejanza
Con las otras esclavas de su hija,
Que él mismo conocia, á mil sospechas
Su corazon entrega; aunque ninguna
Tocaba al disfrazado Megabiso.
Candaspe en su sorpresa, deseando
Conocer á esta esclava, que mostraba
No ignorar los motivos que encubria
La obstinada Princesa, asi le dice:
¿De dónde esa osadia y desverguenza
En responder á un Rey, y en mi presencia
Con tono tan altivo? ¿Eres acaso
Esclava de Asabane? Di tu nombre.
Megabiso á estas voces no se turba;
Bien sí tiñóse su semblanre hermoso
De todas las señales que remedan
La turbacion y el miedo. Eran efecto
Del meditado arrojo de sus celos.
Mas recobrando su semblante el ceño
De una feroz resolucion, responde:
Señor, hago las veces de Emirane,
Que me encargó el hacerlas como hermana
Que le soy, y como ella tan acepta
A mi amada Princesa á quien adoro. =
¿Dí pues lo que la tiene sumergida
En dolor tan profundo? ¿cómo sabes
Que aborrece sin causa á Misidrates? =

Señor sin causa? ¡ó dioses! ¿No le sobran
Las causas al amor quando no siente [za.=
Incentivos de amar? contra él no hay fuer-
Mas para aborrecer, debe ser otra
Que el desamar la causa. ¿Tiene acaso
Otro objeto Absabane que la empeñe?=
Otro debe tener; y un otro tiene.=
Dilo pues= Mas señor, secreto es este
Que no es bien que revele á ningun otro
Que á solo vos; y lo dire si quiere
Dexarnos sin testigos Misidrates.
Aunque quiso Candaspe que la esclava
Revelase el secreto en la presencia
Del mismo Misidrates, pero aqueste
Que llevaba sobrados desengaños,
Se ausenta de la estancia con despecho,
Despreciando los ruegos de Candaspe,
A quien dexó en el pecho mil congojas.
Anhelaba saber, pero temia
Llegar á penetrar lo que ignoraba.
Desamparado solo con la esclava,
Descuida de Absabane que alli cerca
Hallabase privada de sentidos,
Y dice al encubierto Megabiso:
Te explica pues: ¿quién es ese atrevido,
Ese infeliz mortal que obtener pudo
De Absabane el amor solicitado?=
¿Atrevido, infeliz? ¿Y no pudiera

Seros igual en sangre y poderio? =
¿Mas igual mio, quién? No sé encontrarlo,
Entre todos los Reyes mis vecinos,
Fuera del resentido Misidrates. = [ellos? =
Uno entre ellos es pues = ¿Uno es entre
¿Y quién pudiera ser? Acaba, dilo. =
Temo, no sé, sin con motivo justo,
Exâsperar, señor, á vuestro pecho,
Si á sus ardientes ansias satisfago. =
No tienes que temer. Me basta solo
Que agrade á mi Absabane el himeneo,
Paraque siendo igual el que la pida
La obtenga por esposa. = ¡O santos dioses!
¿Por esposa se la daréis? = No hay duda.
Pareció desdeñarla Misidrates. =
Y quando Misidrates no la ceda,
Disputarsela quiere hasta la muerte
El Principe, que digo. = ¿Quién es ese?
¿A qué tanta tardanza? = Es Megabiso. =
¿Es Megabiso? ¿y quándo y cómo y dónde
Pudo verla y amarla Megabiso? =
Con la ocasion de los solemnes juegos
En honor de Latona celebrados,
La vió acaso en el templo de Diana,
Dandose á conocer en otro trage
Que el que su sexô y condicion sufria. =
¿Porqué pues ocultarselo á su Padre? =
Si lo decis por ella, ella responda.

Si lo decis por Megabiso, ignoro
Quáles fueron señor sus intenciones. =
¿ Mas por ventura sabe Megabiso
Que estaba prometida á Misidrates ? =
Aunque tarde, lo supo : Fue esto mismo
Lo que obligó al amante enardecido
A venir en persona á pretenderla,
O á morir si obtenerla no podia. =
¿ A pretenderla ó á morir ? ¿ y cómo ? =
Si el fiero Misidrates persistiera
En quererle usurpar lo que por suyo
Reputaba su amor juramentado. =
Y en donde hallar ahora á Megabiso ? =
Aqui mismo señor ; en este trage
A vuestros pies os pide por esposa
Su adorable Absabane, ó bien la muerte
Con este mismo hierro que aqui traigo,
Y que os presento á vos, aunque celado
Lo tenia mi amor para vengarse,
O morir por mi mano, ó por la vuestra. =
Sorprendido y atonito Candaspe
Al ver al descubierto Megabiso,
Encerrado en la estancia de su hija
Con el hierro en la mano, no sabia
Que partido tomar en las sospechas,
Y afectos encontrados que excitaba
Aquel descubrimiento en aquel sitio.
Previene Megabiso sus recelos,

Y sosiega su pecho en quien aviva
De nuevo á la ternura el gran suspiro,
Que arrojó la Princesa enamorada.
Candaspe acude entonces hácia ella,
Para saber su voluntad qual era
Delante del ansioso Megabiso.
Mas ella que cobraba sus sentidos
Al paso que notaba en su buen padre
La propension de darsela al amante,
Le declara sus tiernos sentimientos
Postrandose á sus pies regando el suelo
Con su modesto llanto, cierta prenda
De su pura inocencia y entereza.
Candaspe la consuela, y la promete
Desempeñar primero la palabra,
Que dada le tenia á Misidrates.
Pero sacólos este del ahogo,
Partiendo con despecho hácia su reyno,
Sin prevenir al Rey de su partida.
Vengarse quiso asi del indiscreto
Proceder de Candaspe y del desprecio
Que mostró la Princesa á su himeneo.
Libre entonces Candaspe del empeño,
La concedió al amante Megabiso.
El amor coronó su atrevimiento.

Complacióse Antenor de oir la cancion de

Ataxîa, á quien manifestó su agradecimiento con una generosa dadiva. Fueron dignos de su magnificencia y generosidad los presentes que hizo al Rey Terabano, y que indicaban la naciente cultura y grandeza de su reyno. Renovaronse en la despedida las demostraciones del gozo, que probaban por las establecidas paces y alianza, que Terabano mantuvo firmes todo el tiempo que Antenor reynó en el Chersoneso.

Tan poderoso es el manejo de un Monarca que prefiere la paz y el bien de su pueblo, á los daños y males que acompañan la guerra. Tan humano y benefico formó la naturaleza el animo de Antenor, infundiendole luces de verdadera sabiduria para apreciar la sólida gloria y grandeza de un Soberano, cimentadas no en los incentivos de la ambicion y de la venganza, que abusan de sus fuerzas y poder para oprimir á quien les ofendió, sino en las miras de la humanidad, que hacen tronar si, el poder, no para sojuzgar y destruir, sino para no ser destruido ni sojuzgado, no para causar daño, sino para hacer probar el bien á sus enemigos.

En vano se pretextan motivos, y se buscan razones para justificar las ansias de engrandecerse sobre la opresion del vecino; so-

lo son mascaras de la codicia, de la envidia y de la ambicion, que aspiran á la gloria, á exemplo de aquellos celebrados conquistadores, cuyos hechos y nombres hacen todavia impresion en el concepto de las naciones que los admiran, sin sonar la cruel injusticia de su proceder, ni las atrocidades que cometieron, ni la humanidad de sus barbaros corazones, ni los males inmensos que causaron solo con el fin de que sus nombres fuesen repetidos de la posteridad, y grabados en los fastos de la tierra. Mas la tierra los devoró y la posteridad, iluminada por la virtud y por la sabiduria, no reconocerá finalmente en ellos, sino unos ladrones de provincias y ciudades, y asesinos detestables del humano linage, que abominará sus nombres, su poder y su gloria desvanecida.

LIBRO QUINTO.

VOlvió Antenor á la ciudad de Apamo, de donde salió para ir á jurar las paces y la alianza con Terabano. Avisó inmediatamente á Poliestor de la victoria que sin armas habia alcanzado de los intentos de su enemigo, y le agradeció el socorro que estaba para enviarle, y de que ya no necesitaba, aunque á su movimiento y al concepto de sus fuerzas atribuia en gran parte la paz que habia conseguido. Llegó oportunamente este aviso á Poliestor que habia ya juntado competente exército para socorrerlo, por quanto Metalces Rey de los Emoscitas imploraba su proteccion y amparo contra el rebelde Teuto que lo habia arrojado de su reyno, y usurpadole el trono y la corona.

Aunque Poliestor dió acogida en sus estados al fugitivo Metalces, y le prometió reponerlo en su perdido trono, no lo pudo executar; porque siendo él todavia pupilo, el Senado, que gobernaba en su menor edad el reyno, se le opuso amedrentado tal vez de los progresos del vencedor, ó atemoriza-

do de sus amenazas. Esto fue causa de que establecido ya Teuto en el usurpado reyno, no tardase á inquietar el de Poliestor, y le amenazase igual ruina que al del vencido Metalces.

Libre entretanto Antenor de externos miedos, pudo volver todos sus desvelos y cuidados al bien y felicidad de sus pueblos, continuando en visitar sus provincias y ciudades en compañia del Principe Pedeo. Esta era la escuela en que exercitaba el humano padre los consejos que procuró dar siempre á su hijo, y los sentimientos que le habia infundido. Haciale ver y conocer por sus mismos ojos al pueblo y reyno que habia de gobernar; y tocar con las manos los diversos estados á que reduce la suerte á los hombres, y las miserias y necesidades á que los sujeta. Leccion la mas poderosa y eficaz para fomentar los humanos sentimientos en el corazon de un Principe, á quien se le hace leer el libro vivo de las miserables condiciones de los mortales sobre los quales lo levantó la providencia.

Muy agenos estaban de esto los pasados Reyes del Chersoneso, porque encerrados en sus secretas estancias, se negaban al ayre mismo que habian de respirar. Guardados de

la recelosa solicitud de sus ilustres criados, que los tenian sujetos con el mismo respetuoso obsequio con que los adoraban, no veían sino el resplandor del oro, que lucia en sus muebles y adornos, ó en las nobles libreas de los que de rodillas los servian. Ni oian sino las estudiadas adulaciones, con que procuraban ganarse su favor y confianza aquellos mismos que no dexaban llegar á sus oidos las voces del oprimido inocente, ni el llanto de la miseria, por temor de que pudiesen molestarlos. Ni caminaban sino rodeados de sus ceñudos alabarderos, que dando vigor al golpe con que hacian descansar sus picas, esparcian el terror para acobardar á los profanos, que se postraban en el suelo para adorar á su Soberano. Ni paseaban sino sus jardines enlosados de jaspes, paraque no dañase á sus delicadas plantas.

Ni reconocian sino á sus sabuesos y monteros, y á los cortesanos que velaban en que no conociesen á otros que á ellos mismos, á fin de tenerlos dependientes de sus ambiciosas adoraciones. Ni probaban sino las exquisitas sobras de la abundancia en el seno de una refinada delicadeza en que no respiraban sino perfumes. Ni tenian otras ideas sino las de su poder y grandeza con que se re-

conocian como deidades de la tierra, cuyos antojos debian ser atendidos á costa del sacrificio de sus vasallos, mirandolos como insectos, á quienes podian hollar por juego, ú oprimir por capricho.

En tal escuela de ostentacion, de pompa, de fasto, de adulacion, de grandeza, de ambiciosas miras, de desvelos codiciosos, no era facil que experimentasen compasivos sentimientos, ni que conociesen la moderacion, no menos necesaria á un Principe que á un rigido profesor de la virtud. Porque el choque continuo de los opuestos exemplos desmienten en su interior las voces de la naturaleza; sufocan en su corazon la tierna y deliciosa sensibilidad, manantial de las mas bellas virtudes de un Rey; endurecen su animo á los lamentos de la oprimida inocencia; lo ciegan á las luces de la sabiduria, y lo inducen á sacrificarlo todo al idolo supremo de la soberana altaneria, revistiendola del habito del honor y del decoro de la magestad y grandeza, que en el delirio de su poder llegaron á grabar en sus aceros el mote digno de los tigres: *aborrezcan con tal que teman.*

La escuela de los mas utiles conocimientos de un Principe es el reyno que corre, las ciudades que vé, la choza en que se al-

berga, la selva tal vez en que se descarria, donde la aparecida verdad quita y disipa de sus ojos la niebla con que los envolvia la mentirosa adulacion, y la ambiciosa codicia. Donde la humanidad aviva en su pecho los suaves afectos del amor y de la confianza para con sus vasallos, y arroja de sí los temores que antes lo acometian entre las espesas lanzas de sus guardias. Donde la seguridad reviste su exterior del respetoso decoro que le infunde semejanza de divinidad. Donde la sabiduria destierra de su mente las preocupaciones con que la embotaron los mismos que la instruian. Donde la libertad le da á probar todos los bienes de que antes lo privaba la sujecion en que lo tenia su misma grandeza, haciendolo esclavo de pomposas ceremonias, y de respetadas etiquetas, que lo hacian asemejar á una dura y tiesa estatua que se mueve y menea al impulso de artificiosos muelles.

Holgabase Antenor de haber roto felizmente todas estas ridiculas travas de la soberania, viendo por sus ojos acabados los caminos por donde pasaba, en cuya magnificencia y comodidad se echaba de ver la emulacion de las ciudades, y recibiendo en estas todas las demostraciones de tierna confianza

y afecto, que avivó en los corazones de los vasallos el concepto de la bondad y de la beneficencia de su Soberano, que se les mostraba sin el costoso acompañamiento de numerosas guardias, y sin otro aparato de magestad, que el que daba á su presencia su afabilidad y cariño. Dignabase él de oir con las mismas bondadosas demostraciones al pobre, que al rico; se informaba del genero de vida que llevaban, honraba con su presencia los talleres de la naciente industria para hacer apreciar mas á sus vasallos las artes, otro cimiento de la riqueza y engrandecimiento de un pueblo numeroso que no puede sacar su subsistencia del solo cultivo de la tierra.

Para dar mayor movimiento y alma á este ramo de riqueza nacional, en que puso tambien sus miras principales Antenor, contribuyó la llegada de las naves que habia enviado á la Grecia, para hacer alianza con el Rey Agamemnon, y para rescatar á su hijo Laodoco, á quien los Griegos hicieron prisionero en Troya. Estas eran las públicas comisiones que llevaban los embaxadores; pero la otra principal tambien, y que tenian confiada en secreto, era el atraer con premios y promesas á quantos artifices pudieran en todo genero de artes y ciencias en que co-

menzaba á florecer la Grecia. Con ellos se prometia Antenor dar mayor adelantamiento á las artes, que unidas á la navegacion, al comercio, y á la labranza, formaban las quatro basas, sobre las quales se propuso levantar el edificio de la grandeza y gloria del Chersaneso; pues la de las armas y guerra, la contaba entre los mayores males de un reyno, con las quales unicamente podia ganarse para sí solo un nombre vano y hueco á costa de las vidas de sus vasallos, y de la ruina de la sólida gloria de su reyno.

Recorrieron los embaxadores las célebres ciudades de la Grecia, Micenas, Argos, Sparta, Corinto, Pylos, Salamina, Atenas y otras, de donde traian consigo muchos estimados artifices y hombres doctos, inducidos de las dadivas y promesas que les hicieron en nombre de Antenor, á quien algunos de ellos conocieron en el sitio de Troya. No les fue posible tener noticia alguna de Laodoco, ni hacer alianza con el Rey Agamemnon, á quien mataron su muger Clytemnestra, y Egisto que vivia con ella amancebado, mientras el real marido, prefiriendo el sublime honor del mando de la armada de la Grecia y la gloria de la conquista, á los puros y sólidos bienes de la paz de su reyno y de su

familia, se hallaba ausente de Micenas. Y quando se lisonjeaba coger el fruto de tantos trabajos y disgustos, con los aplausos y honores de la Grecia, que lo recibiria como triunfador del Asia y del reyno de Priamo, lo perdió todo con la vida, que Egisto y Clytemnestra habian determinado quitarle, para gozar con mayor libertad de sus amores.

Ageno Agamemnon de tal maldad, apenas llegó á tocar la suspirada playa con los restos de su armada, casi enteramente destruida en el promontorio Cafaréo, se encaminó á Micenas ansioso de hallar en el pecho de Clytemnestra un amor digno de la gloria, de que creia venir sobrado, y de tantos años de ausencia. Ni Clytemnestra anduvo escasa en las aparentes demostraciones y expresiones de fingida ternura para con él, á fin de llevarlo mas seguramente al cadalso de su deshonra. Consiguiólo ella con el pretexto de querer recrear sus cansados miembros con el baño. Alli mientras con mayor perfidia quiere mostrarsele mas oficiosa, ayudandolo á quitar la tunica, lo embaraza con la misma, facilitando á Egisto, que salió entonces de su escondrijo con el puñal en la mano, que lo matase quitandole el reyno con la vida.

Reynaba todavia Egisto, quando llegaron los embaxadores de Antenor; y dirigieron á él su embaxada pidiendole alianza en nombre de su Rey. Aunque Egisto se la concedió de buena gana, y trató benignamente á los embaxadores, vieronse estos precisados á volver á Argos, desde Corinto donde se hallaban para renovar la alianza con el nuevo Rey Orestes, hijo de Agamemnon, cuyo reyno acababa de recobrar con la muerte de Egisto y de su madre Clytemnestra, vengandose de la que ellos dieron á su padre, y de la que intentaron dar al mismo Orestes, siendo él niño todavia, para asegurarse mas en el usurpado trono y en sus amores.

Escapó entonces Orestes del peligro por el cuidado y desvelos de su hermana Electra, que lo sacó ocultamente de la casa de su padre, y lo envió á la Focida, encomendado al viejo Strofio para que lo criase. El lo hizo con tan gran amor y fidelidad que siendo ya crecido Orestes, le aconsejó á que vengase la muerte de su padre Agamemnon, dandole la traza para ello. Pusola en execucion Orestes, encaminandose hácia la ciudad de Argos en compañia de su amigo Pilades, hijo del mismo Strofio, y llevando consigo una urna, en que fingia Orestes te-

ner encerradas sus cenizas.

Habiendo llegado á la ciudad y al palacio de Clytemnestra, pidió hablar á la Reyna, á quien habia de dar una noticia muy agradable. Admitido á su presencia, le dice, ser él y su compañero dos mozos alquilados por Fanatéo, para traerle las cenizas de Orestes en aquella urna que le presentaba, pues habia muerto en los juegos pithios, derribado del carro por sus ardientes caballos que se desbocaron en la carrera, de la qual le hicieron una magnifica descripcion. Mientras Clytemnestra finge llorar la muerte de su hijo, sobre las cenizas que le descubrió Pilades, el verdadero Orestes la mata á puñaladas; y despues de muerta tiende su cadáver, y lo cubre con un paño esperando que volviese Egisto, que se hallaba ausente de la ciudad.

Manifestaronle quando llegó casi la misma comision que les habia confiado Fanatéo de traerle el cadáver de Orestes. No podian dar á Egisto noticia mas agradable, pues siempre vivia con temores de que Orestes le quitase la vida y el trono, en que se hallaba reconocido por Rey. Por lo mismo ansioso Egisto de ver el cadáver de Orestes, lo lleva este á la estancia en que dexó cubierto el

de su madre Clytemnestra ; y mostrandoselo cubierto como estaba , le dice ser aquel el cadáver que deseaba ver. Al tiempo que el gozoso Egisto se baxa para levantar el paño, Orestes lo mata á puñaladas, como lo hizo con su madre Clytemnestra, y como lo hizo el mismo Egisto con su padre Agamemnon, cuyo vengador se manifestó antes que el herido espirase.

Conociole entonces Egisto , traspasado de heridas y caido sobre el cadáver de Clytemnestra, cuya vista agravando el horror de su muerte, y la memoria de sus delitos, que no cesaba de echarle en rostro su matador, hicieron mucho mas amargo y horrible su funesto trance, pudiendo asi Orestes recobrar el trono de su vengado padre. Debieron por lo mismo recurrir á él los embaxadores de Antenor para pedirle nueva alianza. Orestes se la concedió sin dificultad, y les manifestó deseos de que los Chersonesios freqüentasen sus puertos.

Todo esto contaban á Antenor los embaxadores, que no pudieron darle el consuelo de traerle á su hijo Laodoco, ni comunicarle noticia alguna de él, á pesar de todas las diligencias que hicieron en las ciudades, y puertos de le Grecia ; antes bien le infundieron

sospechas de que hubiese perecido en el promontorio de la Eubea, donde naufragaron las mas de las naves griegas quando volvian de la conquista de Troya. Templó no poco su desconsuelo la establecida alianza con Orestes, y la llegada de muchos artifices y doctos griegos que sacaron los embaxadores del Peloponeso. Dioles á todos ellos tierras para su honesta subsistencia, y pagabales á mas de esto todas las obras que les encargaba asi de estatuas, pinturas y edificios, como de todas las otras artes que exercitaban. Instituyó á mas de esto escuelas públicas paraque pudiesen freqüentarlas los que quisiesen.

La llegada de los otros nobles y mercaderes que fueron á la Grecia con los embaxadores, contribuyó para avivar los desvelos de la industria. Encarecian ellos la cultura y riqueza de las ciudades griegas, la magnificencia de sus juegos y solemnidades. Ensalzaban la grandeza y poder de Atenas, la sumptuosidad y delicias de Argos y de Micenas, las creces de Sparta, las artes de Corinto, la multitud de naciones que acudian á sus puertos, sus comodidades y su poblacion, á pesar de la mortandad y de los daños que les causó la guerra de Troya, y que todavia no podian reparar.

Aunque estos efectos de las miras y fines de Antenor incitaban á muchos á seguirlos y fomentarlos, no dexaron con todo de oirse murmuraciones de los rudos y desidiosos, que prefiriendo su antigua barbarie y toscas costumbres, trataban estas novedades como corrompedoras del valor y de la fortaleza de los animos, diciendo que Antenor no atendia sino á enflaquecerlos y afeminarlos como los Frigios, criados en delicadeza y regalos: que asi iba disponiendo á los Chersonesios semejante ruina á la que aquellos padecieron: que este seria el fruto de la nueva contratacion abierta con los Griegos: que esperasen ver llegar quanto antes los Reyes de la Grecia, con igual armada á la que llevó á Troya Agamemnon; y que no en valde habian visto ya en sus puertos algunos barcos de aquella nacion.

De hecho mientras Antenor iba visitando las provincias, aportaron dos barcos griegos de la colonia que tenian en Bebricia, los quales, inducidos de la vista del convoy que Antenor envió á Elime, y de las mercaderias que traia, se resolvieron á llevar las suyas al Chersoneso, lisonjeandose de abrir alli su comercio. Este accidente suministró motivo á los descontentos, para forjarse tales temores,

y paraque otros los creyesen. Sintió Antenor estos principios de revolucion que podian tener funestas conseqüencias, y poner tal vez invencibles obstáculos á sus designios, si con tiempo no atajaba la sedicion, á la que quiso poner pronto remedio. Aunque el primero que le sugirió el resentimiento y la venganza fue el castigo y la fuerza para contener á los amotinadores; pero temiendo exâsperarlos mas, y darles motivo en cierto modo, si se mostraban pertinaces, para obligarlo á valerse del rigor y de la violencia que aborrecia, determinó tentar otro remedio que pudiera ser mas eficaz, aunque suave: y quando no, siempre tendria tiempo para valerse del rigor, que es el ultimo medio de que debe echar mano un Rey clemente y humano, especialmente contra los delitos de lengua, cuyos articulados sones hieren al viento antes que á la persona, y cuya fuerza se desvanece con el desprecio.

De este pues se sirvió Antenor, haciendo pregonar que habiendo sabido el Rey que formaban muchos de sus vasallos secretos corrillos, en que murmuraban de las disposiciones que tomaba para el acrecentamiento de la riqueza y de la cultura del Chersoneso, rogaba á todos que dixesen en publico su

sentir, sin que para ello formasen secretas juntas, pues daba facultad á todos para que murmurasen en las calles y plazas públicas de su mismo bien, asegurandoles que no se ofenderia por ello: pues eran dueños de manifestar sus sentimientos, quando estos no ofendiesen al decoro ni á la publica conveniencia.

No apaga tan presto al hervor del agua que borbolla á gran fuego la que se le sobreañade de un golpe, quanto la publicacion de Antenor enfrió las murmuraciones de sus vasallos. Luego que al hombre le falta el motivo del odio ó de la oposicion, que irrita y fomenta su tenacidad, desiste y queda satisfecho. Al contrario si se quiere domar con la fuerza su pertinacia, nada se consigue, aunque le encaren lanzas de fuego; porque estas pueden herir y matar el cuerpo, no el animo en que se entroniza la proterva opinion invencible é invulnerable. Nueva prueba de que el vulgo no llega jamas á conocer su verdadero bien, si los años no llegan á desbastarlo ó á iluminarlo los siglos. Enxambre de atolondrados abejorros, á los que conviene enmelarles el cebo para apartarlos del lodazar en que se complacen, antes que exâsperarlos con las amenazas y provocarlos con la violencia.

Esta especie de publico descontento hizo acordar á Antenor la respuesta del oráculo de Apolo, de que el pueblo le indicaria el fin de su reynado. Mas como lo vió sosegado de nuevo á tan poca costa, no reconoció aquel pasagero disgusto por la señal que Apolo queria significarle. Con esto continuó en atender al adelantamiento de la industria y cultura, como si su reynado hubiese de ser estable y duradero, pues esperaba dexarlo á su hijo el Principe Pedeo, estando entonces Antenor muy ageno de temer el lamentable y desgraciado fin que tuvo su hijo.

Anhelaba entretanto que volviesen las naves que envió otra vez al oráculo de Elime, para salir de las dudas en que quedaba sobre el tiempo que le podria durar el reyno. Hicieron retardar su llegada los contrarios tiempos, y quando llegaron dexaron mas confuso é incierto á Antenor con la ninguna respuesta que le traian; porque habiendo importunado los enviados al oráculo paraque quisiese aclarar su prediccion, persistió siempre Apolo en mostrarse mudo Este misterioso silencio lo interpretaron los sacerdotes, diciendo, que la deidad queria dar á entender que los hombres no debian indagar ni de-

sear saber mas, que aquello que los dioses querian manifestarles.

Hubo de atenerse Antenor á la primera respuesta, y preparar su animo para lo que los dioses le ordenaban, qualquiera que fuese la tierra á donde lo llamasen. Ibalo certificando mas de dia en dia de la proxîmidad del termino de su reynado, la quebrantada salud de la Reyna Teana su muger, en la qual ponia la mayor seguridad que podia prometerse en el trono del Chersoneso; pues bien echaba de ver que sus vasallos lo miraron siempre como forastero y frigio, tolerando la disposicion del Rey Ciseo por respeto de la Reyna Teana, por mas que les diese cada dia nuevas pruebas de su humanidad y beneficencia, especialmente de su admirable consejo en conservar la paz, desbaratando sin armas los proyectos y tentativas de sus enemigos, como si fuera una deidad enviada á la tierra para sosegar las disensiones de los hombres, y hacerlos gustar los bienes de la dichosa tranquilidad, y pacificacion que les procuraba con su beneficencia. ¿Mas los dioses llegan á recavar por ventura lo que desean de los duros y ambiciosos mortales?

No desistia con todo Antenor del empeño de engrandecer é iluminar á sus vasallos

con el mismo teson y ahinco con que habia comenzado: pues si muchos entre ellos se mostraban protervos, y mal avenidos con sus sabias disposiciones, otros muchos las apreciaban, dandole prendas paraque no reputase vanos sus esmeros y cuidados; no ignorando él mismo, que todos los utiles establecimientos encuentran siempre contrariedades en sus principios. Antes bien movido él mismo del exîto feliz que tuvo la expedicion de las naves á la Grecia, formó otro mas atrevido proyecto de enviar las mismas naves al Egypto, que era entonces el emporio de la tierra, asi por sus riquezas y por el poder de sus Reyes, como por las ciencias y por las artes de la industria y del ingenio. De los Egypcios las habian aprendido los Griegos, que en cotejo de ellos se hallaban todavia en la infancia de su gloria.

Reynaba entonces en Egypto Abiris, de quien decian poder juntar tres millones de combatientes: que con numero no inferior habia sojuzgado á toda el Africa su padre Timbutis, y hecho tributarios suyos á todos los Reyes del oriente. Que sola la ciudad de Thebas contenia en su inmenso recinto mas de quinientos mil hombres de armas. Que sus barrios eran otras tantas ciudades, en que

tenia el Rey igual número de gobernadores, que velaban sobre su policía. Que los puertos de Tiro, de Sidon y de Canopo contenian inmenso numero de naves, con que acarreaban el oro y la plata de la Yberia, y de otro mundo que habia mas alla de los terminos de la Libia. Que muchas de aquellas mismas naves freqüentaban el Ponto y los puertos de la Colcida y de los Samotraces, no habiendose dexado ver mas en el Chersoneso, despues que fueron sacrificados en el abolido templo de Diana los naufragos de una de sus naves.

Movido de todo esto Antenor, resolvió enviar una embaxada al Rey Abiris, y nombró por embaxadores á algunos de los principales Traces, que se mostraban descontentos no solo para ganarselos con esta honra antes que exâsperarlos con la violencia, sino tambien para darles ocasion lejos de la patria, con la vista y trato de otros pueblos cultos, de desengañarse de su rudeza y mudar sus opiniones y sentimientos, de los quales se despoja mas facilmente el hombre en paises extraños, que en el propio, donde las preocupaciones de la niñez no pueden tener exemplos, cuyo concurso freqüente y rápido las desmorone, y destruya con la fuerza del tardo desengaño.

Abastecido el convoy de todo lo necesario, y fletado de todos generos, á los que concedió las mayores franquicias, quiso hallarse presente Antenor á su partida para dar mayor alma á la expedicion. Y luego que vió zarpar las naves entre las aclamaciones del pueblo, volvió á proseguir su viage por las provincias. Como el principal sistema de su gobierno era la paz, con la qual queria cimentar la dicha y la gloria de su reyno, no necesitaba de tener en pie gente de guerra, cuya manutencion exîgiese gastos, que lo obligasen á imponer nuevos gravamenes y tributos á sus pueblos. No ponia tampoco su grandeza en profusiones de premios para enriquecer mas á los que ya eran ricos; y asi podia emplear las rentas del erario en publica utilidad, que contribuyese al bien general de la nacion y á su adelantamiento.

Reformó los gastos de su corte, abolió todos los empleos que solo lo eran de honor, limitó el numeroso cortejo de las guardias, de que antes se servian los Reyes. Quiso que solo le distinguiese su real mitra y las usuales insignias del trono. Se creia bastante guardado de su humanidad y beneficencia. Era muy corto su acompañamiento en los viages, ni queria estar á cargo de las ciuda-

des que visitaba, ni recibir demostraciones costosas de los pueblos. Sufria todas las incomodidades, que no eran pocas las que encontraba en un reyno todavia inculto, y que fuera de los caminos, en que habia podido empeñar la emulacion de las ciudades para verlos concluidos, apenas presentaba otras señales de cultura.

Los caminos mismos hallabanse desproveidos de albergues, y en muchos lugares de habitacion y de techos, donde poder resguardarse de las inclemencias de los tiempos, y descansar de las fatigas del viage; y como solo se siente la falta de las cosas quando se prueba, asi Antenor, advertido de la de los alojamientos en los caminos, pensó inmediatamente en establecer albergues y domicilios en los mismos paramos. Presentaronsele luego en tropa mil dificultades que impedian la execucion de sus designios; porque muchos de estos albergues, debiendo ser casas solitarias en despoblados, no podrian estar abastecidas de lo necesario para el sustento y comodidad de los viajantes. Se podria suplir, bien sí, esta falta haciendo de antemano abundantes provisiones; pero no estando acostumbrados sus vasallos á salir de unas ciudades á otras, por no haber tomado todavia auge

el comercio é industria interior de los pueblos, sucederia que no habria consumidores de tales provisiones: á cuya pérdida, añadiendose el menoscabo del interes y de la ganancia de los asentistas, estos se verian precisados á desamparar los albergues que caerian en estado deplorable.

Nada puede retardar la determinada voluntad de un poderoso Soberano, animado del deseo del adelantamiento y mejora de su reyno. Estas mismas dificultades le sirvieron á Antenor para conseguir mas presto la execucion. La exêncion de la mitad de los antiguos tributos habia bastado para ver acabados los caminos; y la exêncion por tres años continuos de la otra mitad de los tributos, bastó paraque las ciudades viniesen bien en admitir el proyecto que les presentaba. Era este, que á cada media jornada de sus distritos fundasen un pueblo de cien casas, cuyo terreno y caserio quedaria adjudicado en dominio á las ciudades ó ciudadanos que los edificasen; con condicion que entre aquellas cien casas hubiesen de mantener una posada cómoda, capaz y abastecida de todo lo necesario para los que la freqüentasen.

Que los nuevos pobladores no pecharian en diez años, ni en veinte los que to-

masen á su cargo dichas posadas; por las quales tampoco deberian pagar alquiler en todo aquel tiempo. A estas añadia otras franquicias y privilegios, haciendoles ver los bienes y ventajas que lograrian las ciudades con tales establecimientos; la mayor seguridad de los caminos; la facilidad mayor de los acarreos y del trafago de la industria; la succesiva freqüentacion de unas ciudades á otras; la proporcion mayor para el cultivo de los campos, que quedaban yermos y esteriles por las grandes distancias de los poblados; el mayor concurso de las ciudades, aunque distantes, en sus juegos y solemnidades, con el motivo de hallar alguna comodidad en los caminos, que convidarian asi para el divertimiento, como para los intereses de negocios que se acrecentarian con el mayor trato.

En esto se empleaba Antenor con motivo de su viage, quando yendo á la ciudad de Anape, se le presenta en el camino el infeliz Rey Metalces, que roto y pobre, y qual pudiera un peregrino pordiosero, se le echó á los pies implorando con llanto su bondad y beneficencia contra el ajobo de todas sus desventuras, despues de haber perdido su reyno y el amparo del Rey Poliestor, viendose precisado á huir tambien de la Yacigia;

por quanto Teuto, el usurpador de su cetro y trono, amenazaba á Poliestor que entraria á sangre y fuego en su reyno, si no se lo entregaba vivo ó muerto. Y él habiendo sabido esto, y no pudiendo poner en Poliestor la seguridad y confianza que no le permitia esperar su adversa suerte, recurria á su celebrada beneficencia y justicia paraque lo amparase y socorriese.

Antenor, movido á compasion de aquel desdichado Rey, que tan vivamente le representaba la instabilidad de la humana grandeza, hizolo levantar del suelo, en que se habia postrado, prometiole seguridad en su reyno; lo consoló en su desgracia, y procuró aliviarsela proveyendolo de todo lo necesario. Ni se limitó á esto su beneficencia, sino que desde entonces comenzó á pensar los medios de que podria valerse para restablecerlo en el trono. No tardaron á llegar los embaxadores de Poliestor con la funesta noticia de que Teuto, entrando en la Yacigia con grueso exército, se habia apoderado de dos ciudades fuertes, y pasado á cuchillo sus habitantes, que no le hicieron ninguna resistencia que hubiese podido darle motivo para tal crueldad; y que desde alli amenazaba la ruina á Poliestor por haber dado asilo en sus estados á Metalces.

Decian que en tan criticas circunstancias le acordaba Poliestor la estrecha alianza que entre sí tenian hecha, de que le dió pruebas con el pronto socorro que le enviaba quando le amenazaba con guerra Terabano. Que confiaba por lo mismo que no le negaria ahora su ayuda contra la ferocidad de los progresos de Teuto. Que esto era lo que le suplicaba con el mayor ahinco, y lo mas presto que fuese posible, pues habia divulgado el mismo Teuto, que se encaminaba en derechura á la ciudad de Pirapolis, para incendiarla y arrasarla despues de haberla hecho cadalso de Poliestor, y de la gloria de sus mayores.

Si fue sensible para el corazon de Antenor el miserable caso de Metalces, lo fue mucho mas la nueva que le traian los embaxadores de Poliestor; pues veia que le era inevitable la guerra, que con tantos desvelos y cuidados habia procurado eludir hasta entonces. La ambicion, la codicia y la ansia de conquistar, que encendian la crueldad de Teuto, cerraban por lo mismo todos los caminos á los manejos de la paz y á toda composicion. Parecia á mas de esto que Teuto tenia á la fortuna de su parte, habiendo favorecido hasta entonces sus armas. Con ellas

se habia apoderado del reyno de su legitimo Rey Elpige, despues de haberle quitado la vida, y del de Metalces, á quien habia arrojado de sus estados despues de dos reñidas batallas, en que lo venció, y destrozó sus exércitos.

No desconfió con todo de hallar remedio en su consejo á mal tan grave é inminente, que amenazaba tambien á su mismo reyno. Despachó inmediatamente á los embaxadores prometiendoles el socorro que le pedian, y encargandoles dixesen de su parte á Poliestor, que evitase quanto le fuese posible el venir á las manos con Teuto hasta que llegase él con su exército.

Partieron consolados los embaxadores con la promesa de Antenor; y este mandó hacer inmediatamente públicas plegarias á la Paz, paraque disipase aquella guerra sin sangre de sus vasallos. Pidió al mismo tiempo á las ciudades cien hombres de armas y diez caballos por cada una. El gozo con que ellas recibieron esta peticion, y la facilidad con que allegó en pocos dias un exército considerable, manifestaba la gran inclinacion á la guerra que todavia fomentaban, y que entonces les era ya mas util que dañosa, baxo un Rey pacifico, que habia procurado equilibrala con la industria y la labranza.

Dexó Antenor por gobernador del reyno al Principe Pedeo su hijo en compañia de la Reyna Teana su madre, cuya debil salud, necesitaba de aquel estimable apoyo. El movió con su exército para la Yacigia, previniendo con sus aceleradas marchas los designios de Teuto. Este, sabiendo que venia Antenor á juntarse con los Yaciges, desamparó inmediatamente las ciudades conquistadas, y se retiró al usurpado reyno de Metalces; no porque temiese á Antenor, sino porque pretendia engañar con este paso á los dos aliados, dando á entender que los temia. Esperaba con esto volverlos á desunir, paraque luego que Antenor se restituyese á su reyno, pudiese él entrar con mayor impetu en el de Poliestor, y acometerlo antes que pudiese ser socorrido.

No penetró Antenor por entonces estos sagaces designios de Teuto; pero obró como si los hubiese penetrado. Resolvió no volver al Chersoneso, si primero no tentaba restablecer á Metalces en su reyno. Esto no era posible sin vencer al usurpador, hombre fiero, sagaz y esforzado, que habia concebido la idea de avasallar todos los reynos confinantes, y levantar sobre la ruina de sus Reyes un nuevo imperio para engrandecerlo des-

pues con mayores conquistas. No se limita á poco la ambicion.

Eran notorias estas ambiciosas miras de Teuto, dando sobrados motivos á Antenor para creer que serian vanas todas las tentativas que pudiese hacer. Quiso sin embargo convidar á Teuto con la paz, antes que llegar á las armas, como quien tienta acariciar á una fiera, para ver si con el halago se domeña. Justificaba á lo menos la guerra por su parte en caso que no pudiese evitarla. De concierto pues con Poliestor, envian á Teuto sus embaxadores para saber los motivos que tuvo para entrar en el reyno de Metalces á sangre y fuego, y para usurparle el trono. Que si tenia algun derecho para ello, le rogaban que lo declarase, para dexarlo en la posesion de lo que legitimamente le pertenecia; pero que si Metalces le habia hecho algun agravio, havia ya tomado harta venganza con los trabajos que habia hecho padecer al fugitivo Rey. Que las armas y la fuerza no le daban legitimo derecho para apoderarse de un reyno que no le pertenecia, como no se lo daban á un ladron para robar á quien se le antojase solo por reconocerse con poder para ello. Y que este era el primer principio de la justicia, á cuyas leyes se hallaban igual-

mente sujetos los Reyes, que los particulares; pues todos pudieran padecer igual violencia de otros mas poderosos á quienes les diese gana de hacerla.

A estas razones añadian súplica paraque se retirase al reyno de los Medulos, y dexase libre el suyo á Metalces, á quien de derecho pertenecia por haberlo heredado de sus mayores.

Partieron los embaxadores, y Antenor puso entretanto todos los desvelos de su consejo en encontrar nuevos medios para oponerse á los fieros intentos de Teuto; pues bien echaba de ver que recibiria con risa todas aquellas razones, que no podian tener ninguna fuerza en el animo de un feroz conquistador, si no las acompañaban con las armas. Para esto envian al mismo tiempo otros embaxodores á Asio, Rey de los Tiragetas, á quien suplicaban quisiese entrar en la liga por el comun bien; pues si no contenian en sus principios la fiera ambicion de Teuto, corrian riesgo sus reynos y personas. Que á este fin, mientras ellos lo acometian por una parte, se dexase él ver por otra con su exército para oprimirlo mas facilmente, antes que dexandole cobrar mayores fuerzas lo arrebatase todo tras sí.

Sea que Asio temiese á Teuto, ó que mirase con politico recelo á los dos aliados, ó que tuviese secreta inteligencia con Teuto, no hizo lo que se le suplicaba aunque lo prometió á los embaxadores. Lisonjeados entretanto de su promesa los Reyes, movieron sus exércitos para esperar de mas cerca la respuesta de Teuto, y para que en caso que no fuese favorable, como temian, pudiesen echarsele encima inmediatamente para prevenir los daños y crueldades que pudiera cometer él mismo, si lo esperaban en la Yacigia, y para introducir tambien en sus estados á Metalces que Antenor llevaba en su exército.

La respuesta que tardó á dar Teuto á los embaxadores fue digna de su sagacidad, y semejante á la retirada repentina que hizo de las tierras de Poliestor; que restituiria el reyno á Metalces, luego que Antenor hubiese dado la vuelta á sus estados; pues queria restituir de grado, lo que no recabarian jamas de él sino con el poder de las armas. Esta extraña respuesta puso en contraste la prudencia y consejo de Antenor con sus humanos sentimientos; porque si era sincera, lo que no se podia creer de ningun modo, iba á fomentar la guerra no volviendo á su reyno, como Teuto exîgia: y si era taimada y

engañosa la respuesta, como se pudiera temer, exponia á Metalces á un manifiesto peligro, y daba ocasion á Teuto para entrar con mayor furia y seguridad en el reyno de Poliestor.

Mas las crueldades que él mismo habia cometido, y la injusta usurpacion de los reynos de Elpige y de Metalces, no dexando lugar á la confianza en el corazon de Antenor, lo obligaron á pasar adelante con su exército, y con el de Poliestor, para forzarlo á que diese una respuesta mas decisiva y correspondiente al mensage que se le habia enviado, ó bien á quitarle con la fuerza, lo que á ella solo decia que cederia. No esperaba Teuto este acometimiento que echaba á tierra sus taimados intentos. Llevó con todo al cabo su astucia cediendo la tierra al enemigo al paso que este se internaba en ella, y manifestando que lo temia, á fin de dexarle cobrar mayor confianza, hasta retirarse con todo su exército á lugares asperos y fuertes, donde no pudiese ser facilmente acometido de los exércitos aliados. Ni mostró pasar gran pena de que Antenor, habiendo llegado á la ciudad de Teralpe, repusiese á Metalces en el trono de donde él lo habia derribado.

Recobró á mas de esto Antenor todas las ciudades en que Teuto habia dexado cortos presidios por llevar consigo el mayor numero de gente que podia. Fortaleciólos Antenor; juntó un exército competente de Emoscitas inclinados á Metalces, con los quales pudiese hacer frente á Teuto en caso que volviese á acometerlo; y hecho esto, que era el fin principal porque habia ido, dió la vuelta al Chersoneso, recibidas de Metalces las mas vivas demostraciones de reconocimiento á su adorable beneficencia, y despues de haber disipado sin sangre aquella guerra que parecia inevitable.

La entrada de su exército en el Chersoneso fue un glorioso triunfo, como si volviese cargado de los despojos de las naciones vencidas; pues aunque prohibió Antenor que se hiciesen costosas demostraciones, suplian estas las expresiones del júbilo de los pueblos, viendo que se restituia salvo el exército, victorioso de un enemigo, aunque solo ahuyentado, pero cuyo nombre hecho ya famoso y temible por sus crueldades y rápidas conquistas asombraba á todas las naciones circunvecinas. No quedó con todo enteramente satisfecho el animo de Antenor ni del todo sosegado; pues preveia que la tempestad

se habia solo retirado á los montes. Diole á mas de esto mucho que temer y que sospechar la quedada del Rey Asio en su reyno, faltando á la palabra y al concierto establecido con él y con Poliestor. Hubiera deseado por este motivo acometer á Teuto y desalojarlo de los montes. Pero el proxîmo invierno y la aspereza de los lugares á que se habia refugiado hacian peligrosa la tentativa y expuesta al derramamiento de mucha sangre.

TAYLOR INST. OXFORD

Lisonjeabase á mas de esto que Metalces instruido de las pasadas rotas habria tomado mejor el tiento al enemigo en caso que este volviese á acometerlo. Consiguió á lo menos haber rechazado un temible conquistador; haber repuesto sin sangre á Metalces en el perdido trono; haber socorrido á su aliado Poliestor, y satisfecho la inclinacion á las armas de sus vasallos, de quienes se grangeó mayor afecto y opinion por aquella gloriosa jornada.

Por el exîto feliz de la misma resolvió Antenor dedicar un nuevo templo á la Humanidad, como lo tenia meditado de antemano. Aprovechóse de esta ocasion para ponerlo por obra segun lo hizo con el de la Paz, despues que volvió con Ciseo victorioso de Teutrante. Deseaba que estas dos dei-

dades fuesen las tutelares del Chersoneso. Se valió para ello de los arquitectos griegos que fueron á establecerse en su reyno ; y no sirvió de estorvo á sus deseos la entrada del invierno , en que hizo zanjar los cimientos y acarrear materiales para la obra. Esperaba verlo ya comenzado en la inmediata primavera ; mas apenas la sazon florida habia mitigado los rigores del invierno , quando le llega repentinamente la nueva que Teuto , baxando como torrente de los montes , donde se habia retraido , acababa de recobrar las ciudades perdidas y el reyno de Metalces , á quien habia hecho prisionero : y que entrando en los estados de Poliestor lo habia sorprendido con la rapidez de su curso , dexando ensangrentado el camino con la matanza de sus pueblos , sin detenerse en las ciudades fuertes para combatirlas , atento solo á decidir en las batallas sobre la suerte de los tronos y las vidas de los Reyes.

Esparcia con espanto la fama estas nuevas que verificó Antenor , antes que Poliestor pudiese hacerle saber la crítica situacion en que se hallaba sitiado del exército de Teuto en la ciudad de Pirapolis. Antenor sin esperar su formal aviso volvió á juntar otra vez el exército á toda prisa, lo acrecentó con todos

sus vasallos que quisieron seguirlo, y envió al mismo tiempo mensageros á Terabano para prevenirlo del peligro que amenazaba á todos, sino se armaban contra tan terrible enemigo. Exhortólo á que le enviase el mayor socorro de gente que pudiese; pero aunque Terabano le agradeció el aviso, no le pareció conveniente desamparar su reyno. Con todo le envió quatro mil infantes, y mil caballos para desempeñarse de la obligacion en que le ponia la establecida alianza.

Recibido este socorro de Terabano, que era solo lo que esperaba Antenor para marchar contra Teuto, viendo cerrados enteramente todos los caminos á manejos pacificos, y forzado de la inevitable necesidad, desenvaynó con dolor la espada, y dió la señal de la partida. Se hallaba ya en los estados de Poliestor, quando llegaron los embaxadores, que le dixeron, que Teuto apretaba á la ciudad en que se habia encerrado Poliestor; cuya vida y trono corrian inminente riesgo, sino se apresuraba á socorrerlo. Avivó la dolorosa presencia de los embaxadores el sentimiento de Antenor, que viendo enteramente frustradas las esperanzas de su humano corazon, hizo acelerar las marchas á su exercito. Para animar mas á sus soldados dexó el caba-

llo que montaba, para proseguir el camino á pie, sin que los ruegos de los principales capitanes que lo acompañaban, ni los de sus soldados condolidos de la determinacion de su Rey, pudiesen recavar que aliviase el cansancio del camino; el caballo lo seguia de respeto.

Tenia continuamente fixa su alma y pensamientos el glorioso Antenor, no en la vana ostentacion del triunfo, ni en los honores de la victoria, si llegaba á conseguirla de tan temible enemigo, sino en el modo como podria desbaratarlo y vencerlo sin sangre de sus soldados, y si pudiera ser de sus enemigos mismos. Buscaba en su memoria los sitios mas oportunos que habia corrido para sacar mayores ventajas en la victoria. Formaba diversos planes de campos, de modos como podria dar la batalla á Teuto, y de medios como vencerlo sin combate.

Yacia la ciudad de Pirapolis en una vasta llanura, sembrada de pequeños collados, y á corta distancia de una apiñada cadena de montes por donde habia de pasar el exército de Antenor, para llegar al enemigo que tenia la ciudad sitiada. Teuto previendo la venida de Antenor, envió un cuerpo de Emoscitas paraque ocupasen el paso de aque-

lla sierra, y paraque le diesen aviso luego que descubriesen al exército enemigo. Sabido esto por Antenor, envió no obstante mil caballos ligeros, en cuyas grupas hizo montar otros tantos de á pie, paraque caminando sin cesar toda la noche, llegasen á sorprender antes del dia á los enemigos, y antes que estos pudiesen tener aviso de su llegada.

Ellos, practicos en la tierra, llegan con el favor de la noche á las faldas del monte, donde dexan á los de á caballo, para poder atravesar el valle sin ser sentidos, como lo executaron felizmente, sin hallar rastro de enemigos. Confiados estos en las atalayas que habian puesto en los mas altos cerros, y que podian avisar desde lejos al exército, se habian dexado apoderar del sueño, quedando sin velas el paso mas alto de la sierra, el que ocuparon inmediatamente los Chersonesios. Dispertando algunos de los enemigos al rayar el alba por el eco de los relinchos de la caballeria, que quedó al pie del monte, avisan atemorizados á los demas, creyendo que fuese el exército de Antenor, y corren á ocupar el paso desamparado. Los Chersonesios viendolos subir sin órden, ni concierto, desplomanse sobre ellos y los pasan á cuchillo.

Los pocos que escaparon se perdieron en aquellas fragosidades sin poder ganar camino para ir á dar aviso á Teuto de la llegada de Antenor. Este habiendo llegado á los montes á sol poniente, informado de dos de los enemigos, á quienes se les perdonó la vida, del fin con que Teuto los habia enviado, resolvió hacer descansar las primeras horas de la noche á su exército, para poder sorprender á Teuto con su llegada repentina. Hizo desfilar entretanto la caballeria, y vencido enteramente el paso del monte, puso en órden de batalla su exército en las opuestas faldas del monte cubierto de su arboleda.

Antes de dar la señal de encaminarse contra el enemigo, iba Antenor recorriendo los esquadrones, y diciendo á los soldados, que hasta entonces habia procurado por todos medios ahorrar su sangre, que le era preciosa como si fuera la de sus propios hijos; pero que la cruel ambicion de Teuto lo ponia en la fatal necesidad de dar la batalla. Que solo lo hacia con acerbo dolor de su corazon, á fin de evitar mayores males y daños, no solo á sus aliados sino á ellos mismos, á sus hijos y familias, que quedarian expuestas á toda la ferocidad de Teuto, si ellos, avivando en sus fuertes pechos el antiguo valor con nue-

vo esfuerzo, solo util en aquel lance, no le impedian el paso con la victoria.

Que esta se la prometia segura sino desfallecian en la batalla, que tantas veces habian deseado con ardor. Que puesto que la necesidad la hacia indispensable, se acordasen que de ella dependia la gloria de su nombre, las vidas de sus hijos y mugeres, que quedaban sin defensa, y que desde el Chersoneso les tendian los brazos para implorarla de su solo valor y aliento contra un feroz enemigo. Que este era solo terrible á los que no sabian pelear con él, ni entender su sagacidad. Mas que ésta quedando á cargo de sus expertos capitanes, tocaba á ellos desempeñarse con la fortaleza de una obligacion que les imponia la gloria y su bien mismo, peleando esforzadamente ahora que todo justificaba, todo alentaba su animosidad.

Despues que con estas y otras razones encendió el deseo á sus soldados de venir á las manos con el enemigo, le dieron el aviso que desde un vecino collado se descubria la ciudad y el campo de Teuto. Quiso ir á verlo Antenor por sí mismo, para tomar si podia mas ventajosas disposiciones para la batalla. Quando llegó á descubrir toda aquella muchedumbre de gente destinada á la muerte

por el antojo de la loca ambicion de un hombre solo, no pudo contener las lagrimes apiadandose de la miserable condicion de los mortales, que al número de tantos males con que los trabaja la suerte, añadian ellos mismos varios medios crueles y feroces para destruirse y despedazarse entre sí.

Iba á reclinarse á un árbol vecino para desahogar el llanto de su sentimiento, al tiempo que se presentó de repente á sus ojos un gran globo de luz clarisima, que llamando su sorprendida admiracion, le dexó ver luego á la Paz en el mismo gracioso arreo con que se le presentó en Troya. Solo ahora tenia apoyada su diestra á un gran escudo, parecia descansar en pie sobre la nube que la circundaba; y cuya haz herida del sol naciente, arrojaba tan vivo resplandor que deslumbraba los ojos. Penetrado Antenor de gozo, de admiracion y del respeto que la presencia de la diosa le infundia, fue el primero á decirle: ¿es acaso ilusion de mis sentidos, ó bien verdad, que vuelvo á ver con mis ojos á la pacificadora de los mortales en este sitio destinado al deguello de los mismos? ¿Venis por ventura, Paz adorable, á consolar mi corazon afligido, disipando con vuestra divina presencia los males que ame-

nazan á esos infelices pueblos?

„ No se me concede siempre (respondió „ la diosa) oponerme al querer del destino, „ desde que los hombres prefirieron el san- „ griento culto del dios Marte al mio. Solo „ vengo á darte prenda segura de la victoria „ que alcanzarás de Teuto con este escudo, „ en el que reconoceras tambien el sitio don- „ de quieren los dioses que fundes la ciudad „ que te significaron. Tus descendientes, arro- „ jados de ella por otro feroz Teuto, aca- „ barán de levantar sobre el mar el señorio, „ á que tú mismo echarás los cimientos en „ otra ciudad vecina que no te permitirá el „ destino ver acabada. Ella ha de ser mi mas „ seguro asilo en la tierra, aunque edifica- „ da sobre las olas. Los dioses condescendien- „ do á mis ruegos, prohibirán para siempre „ la entrada en ella á la guerra y á sus de- „ safueros. "

Dicho esto, le entrega el escudo; y apenas lo recibe el atonito Antenor, desaparece de sus ojos, con los quales seguia él el luminoso rastro de la fugitiva luz con que la diosa dexaba señalado el ayre, en que se desvaneció, diciendole Antenor, ¿ porqué tan presto, ó Paz adorable, quisiste negarte á las expresiones de mi eterno reconocimiento,

por don y favor tan grande? ¡Hubiese yo podido á lo menos adorar tu divina mano, de quien lo recibo, y manifestarte toda mi alborozada gratitud por la victoria que me prometes! mas la Paz habia ya desaparecido.

Vuelto en sí Antenor del enagenamiento en que lo dexó el favor de la diosa, pasó inmediatamente los ojos por aquella obra y labor marabillosa, que el campo del escudo contenia. Veíase alli la ciudad de Patavo que edificaba el mismo Antenor sobre el rio Medóaco, cerca del mar Adriatico, que él entonces no conocia. Estaba tambien delineado todo el seno de aquel mar, sobre cuyas olas se levantaban las torres y chapiteles de otra ciudad vasta y populosa. Junto á ella se veía el dios Neptuno, que estaba en pie sobre un carro de nacar resplandeciente apoyando su siniestra al tridente, y con la derecha ponia en las sienes de una magestuosa ninfa que tenia á su lado, una guirnalda de encendido coral entretexido de perlas. Veianse tambien en torno del carro varios coros de Nereydas y Tritones, precedidos de Proteo, de Glauco, de Yno y de Melicerto, que estaban contemplando aquella coronacion. La misma diosa Paz, acompañada de la Abundancia, y sentada sobre una nube, arrebo-

lada del sol, derramaba desde el ayre á dos manos gran copia de flores sobre aquella ciudad marina.

De un extremo de ella salia gran muchedumbre de Triremes, y parecia que tremolasen sus encendidas flamulas y banderas, en las quales se dexaba ver un denodado leon que asentaba sus garras sobre la tierra, desde el mar de donde salia. Este mismo blason llevaban en sus banderas otras armadas de Triremes esparcidos por todo el mar mediterraneo y por el Ponto, que ambos á dos mares estaban tambien grabados en el escudo, manifestando con aquellas naves, que el dominio de aquella gran ciudad se extenderia hasta el mismo Chersoneso y hasta el Egypto, y que habia de señorear las islas del mar Egeo, del Carpasio y del Yonio, y todas las costas de la Grecia, comprehendido el Peloponeso. Formaba una orla admirable al mismo escudo, un gran número de efigies de los mas ilustres Duques y Generales encerrados en pequeños ovalos entorno del escudo, y cuyos memorables hechos fueron con el tiempo la mayor gloria de su patria.

Miraba Antenor y remiraba todas aquellas cosas sin comprehenderlas, teniendolo embebecido la admiracion. Ni hubiera desistido tan

presto de contemplar aquella maravilla, si sus capitanes solicitos por su ausencia no hubiesen acudido para prevenirlo que Teuto se ponia en órden de batalla. Volvió entonces sobre sí, como dispertando de un dulcisimo sueño; embraza su escudo y acude al campo, donde quedan admirados todos, viendo á su Soberano con aquel prodigioso escudo, en el qual no podian fixar sus ojos por el resplandor que arrojaba, teniendolo por don celestial, aun antes que publicase Antenor haberlo recibido de la Paz, que se lo dió por prenda de la victoria que le habia prometido de Teuto.

No necesitaron de mayores exhortaciones sus soldados para encender su esfuerzo con la confianza de la victoria; antes bien pedian impacientes la señal para acometer al enemigo. Hubiera podido Antenor aprovecharse del desorden y confusion que causó en el real de Teuto, la repentina noticia y vista del exército quando menos se lo temian. Mas antes que llegar al trance de la batalla, no sufriendo el humano corazon de Antenor el estrago y carniceria de tantos hombres, quiso tentar el decidir de la victoria peleando de solo á solo con Teuto; pues él era el solo motor y causa de aquella guerra. Con es-

ta ocurrencia digna solo de su humanidad se lisonjeaba poder ahorrar la sangre de los soldados.

Alborozado de esta especie que le sugirió su corazon, resuelve ponerla por obra, luego que estuvieron á tiro los dos exercitos, cuyos aceros centelleaban de ambas partes, heridos del resplandor del sol, lidiando en los animos de los soldados el miedo y la animosidad. Antenor envió entonces un trompeta para convidar á Teuto á la pelea de solo á solo. Teuto avisado de esta novedad acude para enterarse de ella; y oyendo que era el desafio que le hacia Antenor, lleno como estaba del concepto de su propio valor y esfuerzo, lo acepta y envia á decir á Antenor que le esperaba á la frente de su exército. Antenor, para precaver todos los accidentes que podian nacer, junta sus principales capitanes, y nombra por gefe de su exército á Dátares, en caso que él saliese imposibilitado de aquel desafio. Dispuesto esto, acude á donde Teuto lo esperaba.

Teuto al verlo comparecer á la frente de su exército, y frente á frente del lugar en que él se hallaba, siente enardecersele toda la ferocidad que su corazon alimentaba, semejante á un denodado tigre que encontrandose con

el magestuoso leon, atiza su saña y nativa fiereza para embestirlo con mayor ímpetu, mientras el poderoso enemigo espera con terrible quedo que lo acometa para hacerle sentir la fuerza de sus garras. No de otra manera pareció presentarse Teuto en medio del largo espacio que dexaban los dos exércitos. Iba seguido de algunos de sus capitanes, y notandolo Antenor hizo que lo acompañase tambien igual número de los suyos, con los quales se acercó á Teuto. Este le dixo inmeditamente, teniendo ya la espada desenvaynada en la mano: puesto que tu adversa suerte aconsejó provocarme de solo á solo, solo vengo á pelear contigo; pues estos que me siguen, solo te los quise mostrar por testigos del órden que dí á mis soldados, de no interrumpir por ningun caso nuestro combate. Nada mas tengo que decirte, ni vosotros, dixo á los suyos, teneis mas que ver aqui: retiraos.

Antenor le respondió: Qualquiera que sea la suerte que me aconsejó este combate, es mas justo que las querellas y ambicion de los Reyes, las decidan los Reyes mismos con sus brazos, que no con los de sus soldados. Y puesto que diste á los tuyos el órden de no interrumpir el combate, igual órden lle-

varán á los mios estos capitanes que me acompañan. Y vuelto á ellos les dixo: Sedme responsables de esto; id á declararlo á los soldados. Los capitanes se retiran, y Antenor desenvaynó entonces la espada, que fue de Ciseo, y se puso en ademan de esperar al enemigo. Aunque parecia que Teuto quisiese ser el primero en cerrar con su contrario, contuvo el impetu de su fiereza el resplandor del escudo de la Paz, quando lo levantó Antenor para ponerse en ademan de defensa, deslumbrando los ojos de Teuto é infundiendole un gran terror en el corazon, fatal anuncio de la suerte que lo esperaba.

Mas conmovido el mismo Teuto del movimiento que hizo Antenor para embestirlo, recobró su desfallecida fiereza con indignacion, y reparó la estocada de Antenor con su escudo. Correspondióle él inmediatamente con otro, que desvió Antenor con su espada, haciendo vano el tiro. Empeñado ya el combate, se aviva en los animos de los dos cambatientes el deseo de la victoria. Irritaba la ferocidad de Teuto la rabia de experimentar tan fuerte á un enemigo á quien antes despreciaba por cobarde, y lo agitaba el ansia de avasallar con su vencimiento á toda la tierra, para dilatar en ella su glorioso do-

minio sobre las ruinas de sus tronos.

Fortalecia al contrario el animo del humano Antenor el noble deseo de sacrificar aquella fiera á la Paz y á la Humanidad, y de librar la tierra de un monstruo que pudiera cubrirla de estragos, de incendios y de sangre. Su pecho enardecido de esta idea, infundió doble vigor á su brazo, y al golpe que tiró de nuevo á Teuto. Este le opuso en vano su escudo de tres dobleces de cuero; porque pasandolos la espada, llegó á herirlo en el costado, y aunque no mortalmente, brotó de la herida harta sangre paraque inflamase mas el despecho y rabia del enemigo.

El pedernal batido del eslabon no chispea tanto, quanto el enojo de Teuto encendido con la herida que recibió de Antenor. La venganza centelleó en sus ojos y rechinó en sus dientes, impeliendo con mayor furia su acero paraque pasase del mismo modo el escudo del Troyano, como este habia pasado el suyo. Recoge todas sus fuerzas en el brazo, y dirige la estocada apechugandose para darle mayor vigor y mas asegurada fuerza. Recibe el escudo el golpe del acero; pero su punta clavada en él, no pudiendo pasar adelante, fue causa de que se

doblegase al impulso terrible que llevaba, y que Teuto, perdiendo el equilibrio por falta de resistencia en el temple de la doblegada espada, cayese de pechos á los pies de Antenor, y embarazado con el escudo, no pudiendo reparar con las manos la caida, dió de rostro contra el suelo, en que dexó los quebrantados dientes con la sangre que arrojaba.

Antenor viendolo en tierra levanta el brazo para coserlo en ella con la espada, antes que pudiese levantarse; mas contuvo el golpe, no queriendo abusar de la desgracia del caido para matarlo. Todo el exército de Antenor recibió la caida de Teuto con voces y gritos de victoria, los que excitaron en los pechos de los enemigos el deseo de socorrer á su Rey, aunque se contuvieron con pena por el órden mismo que les dió Teuto de no interrumpir el combate. Pero Rachipis uno de los dos hijos que Teuto tenia en el exército, y que estaba á su frente testigo y ansioso del exîto de aquella formidable liza, viendo caer á su padre, no pudo dexar de hacer un ademan de vivo resentimiento, que tomandolo los soldados por señal de acometer, lo executan.

Antenor, que habia retirado el golpe, temiendo que los enemigos le quitasen de las

manos aquella feroz victima, determinó sacrificarla al bien de la humanidad; y al tiempo que Teuto se levantaba ya despechado y adolorido, para proseguir la pelea, le pasó de parte á parte la espada por el pecho, y volvió á caer en el mismo sitio sin alma que salió rabiosa de la prision del cuerpo. Asegurado Antenor de la herida, y viendo ya sobre sí á todo el exército enemigo, hizo señal á los suyos paraque acometiesen.

Ellos ufanos de la victoria, parten de carrera con gritos de victoria, recogen en sus filas al victorioso Antenor, y llegan á travar la batalla. Aunque al principio enardecia la venganza á los de Teuto, para cerrar con animosidad en el combate, quebrantaron luego su primer impetu los Samotraces, que iban en la vanguardia del exército de Antenor; y no tardaron ellos á desfallecer, luego que los Chersonesios azorados de la victoria de su Rey, llegaron á entremezclarse en el combate.

Atámates, el mayor de los dos hijos de Teuto, á quien su padre encargó el mando del exército, y que no tenia ni el esfuerzo, ni el alma del que lo engendró, luego que vió travada la batalla, perdió todo el consejo con el dolor y abatimiento de la muerte de

su padre; y no sabia á que parte atender, mucho menos quando su hermano Rachipis, acudió desesperado á decirle que enviase el cuerpo mas fuerte de los Medulos á sostener á los Emoscitas que cedian. Acrecentó su confusion el aviso que recibió al mismo tiempo de que Antenor enviaba un cuerpo de caballeria para que se metiese en la ciudad sitiada. La enviaba para aconsejar á Poliestor que hiciese una salida quando viese empeñado el choque. Pero Atámates temiendo que fuesen á acometerlo por la espalda, destaca gran parte del ala derecha de su caballeria al tiempo que la de Antenor iba á rienda suelta hácia Pirapolis, donde se metió. El exército enemigo, privado de aquella defensa y reparo de la destacada caballeria, se abandonó al desorden que comenzó á manifestarse. Creció luego la confusion con la salida oportuna que hicieron los de la ciudad, acometiendo á la retaguardia del exército enemigo, que comenzó á perder su formacion, no estando sostenido de la caballeria, formada de Emoscitas involuntarios; los quales viendose fuera del campo de batalla, con el motivo de ir á perseguir la caballeria enviada por Antenor, quisieron vengarse de Teuto, desamparando á Atámates, y tomando el camino de sus tierras.

Esta desercion apresuró la victoria. Atámates viendo desbaratar por todos lados á los suyos, se abandona al temor, y piensa salvar su vida con la fuga. Rachipis que aun resistia con intrepido ardor á los victoriosos Chersonesios, oyendo que su hermano Atámates lo desamparaba, se retiró para huir y ponerse en salvo, cediendo el campo de batalla á los enemigos.

Echando de ver entonces Antenor la declarada fuga de los hijos de Teuto, envia tras ellos la caballeria paraque los prendiesen. Hizo suspender al mismo tiempo la matanza que hacian sus soldados en los Medulos, á quienes habian cerrado por todas partes, y dió órden paraque hiciesen botin de las tiendas y bagaxe de los reales enemigos. Excitó la compasion de los primeros que entraron en el real, la vista del infeliz Rey Metalces, metido en una jaula como una fiera, llevaba al cuello una cadena que le tenia tambien los pies prendidos; pero tan corta, que le hacia estar siempre encorvado. En esta postura se servia Teuto de él para montar á caballo, poniendole el pie sobre la espalda en vez de estribo, para mayor ignominia de aquel real cautivo.

Hallabase este tan extenuado de fuerzas

por la escasa y vil racion con que su soberbio vencedor lo alimentaba, que le faltaron expresiones y ademanes para agradecer á Antenor la libertad, que le hizo dar inmediatamente, luego que avisado del infeliz estado en que se hallaba, acudió á él para aliviar su miseria é ignominia. Hizo reconocer inmediatamente el campo de batalla, paraque fuesen curados los heridos, y enterrados los muertos. De estos se encontraron cinco mil; y hubiera sido mayor el destrozo, si Antenor no hubiese vedado perseguir á los fugitivos y matarlos, contentandose con hacer prisioneros solo á los hijos de Teuto, Rachipis y Atámates. Rachipis murió luego de las heridas que recibió en la batalla. Atámates, traido á la presencia de Antenor se postró á sus pies para implorar su clemencia. Perdonóle Antenor la vida; pero quiso retenerlo prisionero. No tardó á salir de la ciudad de Pirapolis el joven Rey Poliestor, acompañado de todo el Senado, para dar á Antenor los parabienes de la victoria, y para agradecer su socorro, del qual reconocia su libertad y la de su reyno y trono. Antenor abrazólo tiernamente entre las aclamaciones y demostraciones de júbilo de los soldados vencedores, y de los alborozados Pirapolita-

nos que salian de la ciudad ensalzando el valor y la victoria de los Chersonesios. Antenor no quiso recibir ninguna pública demostracion de triunfo, como el Senado le insinuaba, á quien dió por respuesta, que las victorias sangrientas antes debian plañerse que celebrarse.

Entró poco despues en la ciudad convidado de Poliestor; pero en su presencia y continente, y en los mismos agradecidos ademanes con que correspondia á los aplausos de los ciudadanos, que ensalzaban su valor, su clemencia y humanidad, manifestaba que no sentia otro consuelo en aquella victoria, que el de haberlos socorrido, y haber librado la tierra de un monstruo, cuya fiera ambicion amenazaba á todos ruina. Su muerte hizo desvanecer la gloria á que aspiraba Teuto con sus crueles conquistas, que le hubieran dado lugar eminente en las historias y fastos de la tierra, si la fortuna hubiera coronado sus crueldades y desafueros. Las hubieran celebrado los hombres, como ilustres proezas de valor; pues no es otra la celebridad que se grangearon con las armas todos los felices conquistadores, cuyos nombres todavia merecen elevado lugar en nuestra opinion; como si la grandeza del robo y

de las muertes, hiciera gloriosos á los ladrones y asesinos. Tal fue siempre el preocupado concepto de los mortales, que alaban y celebran lo que oyeron alabar y celebrar á sus mayores.

Poco despues de la victoria encaminóse Antenor con su exército al reyno de Metalces para volverlo á reponer en su trono, y para apaciguar las turbulencias y bandos que habia excitado Teuto. Conseguido esto aconsejó á Metalces que usase de amor y de clemencia con sus vasallos, antes que de rigor y de vexaciones, pues habia experimentado la venganza que ellos tomaron, siguiendo el partido de Teuto que lo derribó por dos veces del trono. Acrecentó la complacencia de Antenor la venida de Emerades, hijo del Rey Elpige, á quien el rebelde Teuto habia quitado la corona y la vida, para darle el parabien por la victoria que habia obtenido del matador de su padre y de sus hermanos, pues á ella debia el que gozase ya pacificamente del reyno de su padre, despues de los muchos trabajos que Teuto le hizo padecer huyendo de sus pesquisas.

Agradecióle Antenor aquella atencion de venir en persona á darle el parabien, y le rogó quisiese hacer con él alianza, como se

lo rogó tambien á Metalces. Prometieronselo uno y otro, especialmente Metalces, que reconocido á su beneficencia, le manifestaba su gratitud con demostraciones que pudieran desdecir de su recobrado carácter, si no las disculpase la grandeza del beneficio del humano Antenor, que se despidió de él para restituirse á su reyno.

Destinóle Poliestor solemne recibimiento por todas las ciudades de su reyno por donde habia de pasar, paraque fuese celebrada su victoria. Fueron tambien extraordinarias las demostraciones que le hicieron sus vasallos, quando llegó á entrar el exército triunfante en el Chersoneso. Permitióles Antenor aquel general desahogo del júbilo que les avivaba el terror mismo que concibieron al nombre y fama de Teuto y á sus crueldades.

Habiendo llegado á la ciudad de Taurea intimó que se celebrasen solemnes juegos y fiestas á la Paz por la alcanzada victoria que reconocia de la diosa, cuyo templo adornó con los despojos de los enemigos, é instituyó nuevos honores en reconocimiento del maravilloso escudo que recibió de la misma.

Hizóse temible y respetable Antenor con aquella célebre victoria de los Reyes vecinos y lejanos. Asio y Terabano le enviaron lue-

go sus embaxadores para darle el parabien por ella. Disimuló Antenor el resentimiento que contra Asio tenia por haberle faltado á la palabra de la alianza con el peligro que amenazaba á él y á Poliestor. Las excusas con que sus embaxadores pretendieron justificar el proceder de su Soberano, manifestaban antes desacierto que dañada voluntad. El tiempo descubrió lo contrario; pero Antenor apasionado por la paz, satisfecho de aquel atento oficio, aunque aparente, despidió á los embaxadores con sinceras demostraciones de reconocimiento, y volvió enteramente sus miras al adelantamiento, cultura, riqueza y felicidad de su reyno.

LIBRO SEXTO.

POdia de hecho lisonjearse Antenor de haber echado los cimientos á la sólida gloria y grandeza de su pueblo en la labranza, comercio, navegacion, artes, industria y talento, y hasta en el culto mismo y religion, despues de haber destruido el bárbaro de Diana, é instituido el de la Paz y de la Humanidad. Esperaba por lo mismo que el tiempo supliria lo demas iluminando á sus vasallos; y que ellos llevarian al cabo el edificio de su felicidad y grandeza, que él habia cimentado para su hijo Pedeo, á quien procuró infundir las mismas maxîmas y sentimientos de paz y de generosidad. No perdia de vista Antenor que aquel reyno le era solo prestado por el destino, y que los dioses querian que fuese á otras tierras, que ahora veía delineadas en el escudo de la Paz sin saber quales fuesen, porque aunque hizo que lo reconociesen todos los Griegos establecidos en el Chersoneso, ninguno de ellos supo darle noticia.

Pero confiado en la voluntad de los dio-

ses, y asegurada su confianza con el precioso don de la Paz, esperaba de dia en dia la señal que le habian de dar sus vasallos del termino de su reynado, como le significó el oráculo, para ir en busca de aquellas tierras desconocidas. Trataba freqüentemente de esto con su hijo Pedeo, disponiendose para la separacion, que solo le seria sensible por haberse de ausentar de él para siempre. Estaba bien lejos Antenor de sospechar la catastrofe que amenazaba á su hijo con motivo del casamiento, en que deseaba verlo establecido antes de dexar el Chersoneso, dandole esposa digna de sus mayores, que contribuyese para hacer mas estable y pacifico su reynado.

Puso para ello su vista en una de las hijas que dexó Ytolco padre del Rey Asio, celebradas por su hermosura. Pedeo manifestó deseos á su padre Antenor de ir á verlas por sí para escoger la que mas le agradase. No supo negarse Antenor á la manifestada voluntad del hijo, á quien pudiera servir aquel viage para reconocer las tierras de Asio, y para tomar nuevas luces. Destinóle por compañero á un sabio griego llamado Calistenes, que era al mismo tiempo pintor excelente, y dioles correspondiente número de

criados que los sirviesen, y pudiesen defenderlos en qualquier encuentro que les acontecie-se por el camino.

Emprendiolo Pedeo con gran gozo por la libertad en que le dexaba su padre de escoger la esposa que mas le agradase, pintandosela el amor en la fantasia, á medida de la que deseaba su genio. Para prevenir todo accidente, y poder hacer tambien la eleccion con mayor libertad, quiso ir como embaxador de su padre, no como Principe. Dexó el nombre de Pedeo, y tomó el de Atamante; y de este modo quedaba con mas libertad para dexar el casamiento de una y otra de las dos hermanas del Rey Asio, en el caso que ninguna de las dos le agradase. Con esta intencion presentandose al Rey Asio, le dice la comision que traía de Antenor, de ir á buscar una esposa para el Principe Pedeo, rogandole en su nombre quisiese dexar retratar á sus dos hermanas, paraque vistos los retratos pudiese escoger el Principe la que mas le agradase.

Holgóse mucho Asio de aquella embaxada que le procuraba el casamiento de una de sus hermanas con el heredero del trono del Chersoneso. Depuso en parte el mal animo y los peores designios que tiempo ha iba

fomentando contra Antenor y contra su corona. Favorecia secretamente la conjuracion de sus vasallos descontentos, á quienes prometió sostenerlos con sus armas, luego que creyesen oportuno declararse. Este fue el motivo verdadero porque el mismo Asio faltó á la palabra dada á los embaxadores de Antenor y de Poliestor, quando le rogaron quisiese entrar en la liga contra Teuto; y aunque despues de la victoria le envió Asio sus embaxadores á Antenor para darle los parabienes por ella, lo hizo solo para disimular la secreta inteligencia que mantenia con los principales conjurados.

Cabeza de estos era Terómenes, hermano del sacerdote Eopas, derribado de la torre por la muerte de Ciseo: y como su suplicio redundó en ignominia de toda su familia por mas que Antenor usó de suma humanidad y clemencia con Terómenes, restituyendole los confiscados bienes por no haberlo encontrado complice en el delito de su hermano, no pudo esto aplacar el enojo y la rabia, que desde entonces concibió Terómenes contra Antenor; y se ausentó de la corte y del Chersoneso para maquinar mejor su ruina, como su hermano Eopas habia tramado la de Ciseo.

El medio de que debia valerse para lle-

var al cabo sus designios, y el mas oportuno para hacer partidarios de la rebelion, era proclamar por Rey del Chersoneso á Mestes, hijo natural del Principe Tespias, y de una concubina suya llamada Termesia, que era sobrina del mismo Terómenes, unico sabedor de aquellos secretos amores del Principe, que habia facilitado el mismo tio para ganarse mas el animo de Tespias. Su inesperada muerte despues de la batalla que ganó á Teutrante, antes que Antenor llegase al Chersoneso, echó á tierra las viles miras y esperanzas del confidente de aquellos amores. Pero con el motivo de ocultar la preñez de su sobrina Termesia, y el hijo que pariese, hizola pasar con otro nombre á una isla, donde la mantenia con intencion de descubrir el parto, luego que muriese el Rey Ciseo, en caso que fuese varon y que viviese.

Ignoraba todo esto Ciseo, y la muerte de su hijo Tespias fue causa de que nombrase á Antenor por heredero del trono, juntamente con su hija Teana á falta de otros hijos varones. Esta adopcion volvió á echar á tierra las nuevas esperanzas que concibió Terómenes de publicar el nacimiento del niño Mestes; mas no por esto las perdió enteramente, y antes bien encendió mucho mas

sus deseos el enojo concebido contra Antenor despues del suplicio de su hermano Eopas, y su ambiciosa indignacion, por verlo asentado pacificamente en el trono de Ciseo, en donde esperaba ver colocado al hijo de Tespias y de su sobrina; y en donde ahora trazaba ponerlo su resentimiento, por medio de la rebelion á que induxo á sus deudos y amigos, confiandoles el secreto de Mestes.

Con ellos mantenia secreta correspondencia, desde la Tiragecia, á donde se habia refugiado, pudiendo asi introducirse mas facilmente en la corte del Rey Asio, á quien confió tambien el nacimiento de Mestes y sus designios, luego que pudo prometerse que Asio los protegeria. Pero Asio fomentaba la conjuracion por fines diversos de los de Terómenes, esperando servirse de Mestes para apoderarse del Chersoneso, en caso que tuviese feliz éxîto la rebelion. Mas como era de animo taimado y ruin, y en todo opuesto á su padre Ytolco, costóle poco desamparar la causa de los conjurados, y abrazar el partido que Antenor le presentaba, enviando á pedir una de sus hermanas, por esposa de su hijo Pedeo. Traiale mucha mas cuenta travar parentesco con Antenor, que patrocinar la causa incierta de Mestes, cuya proclama-

cion llevaba mil dificultades, mucho mas despues que Antenor se habia ganado los animos de la mayor parte de sus vasallos y zanjado su concepto para con ellos, y para con las naciones vecinas con la victoria que ganó de Teuto.

Recibe pues con particulares demostraciones á los embaxadores Calistenes y Atamante, ignorando que fuese este el mismo Principe Pedeo; porque Terómenes que le conocia se hallaba entonces ausente de la corte. Dioles al mismo tiempo entera facultad paraque retratasen á sus hermanas, despues que se hizo explicar el modo como lo habian de hacer, pues le parecia imposible á aquel Rey bárbaro, que se pudiese formar al vivo sobre la tabla solo con los colores la semejanza de los rostros, no teniendo ninguna idea de la pintura.

Esta excitó tanto su curiosidad que quiso hallarse presente quando Calistenes retrataba á sus hermanas. El, como sabio, y como pintor diestro, se valió de la curiosidad y de la ignorancia de Asio, para hacerse aparejar todo lo necesario para los retratos en una de las mismas estancias del palacio; y haciase dar mano de Atamante, á fin de que este pudiese ver á su satisfaccion las perso-

nas y rostros que retrataba.

Sorprendido y embobado Asio de todos aquellos aparejos de ceras y de colores, queria verlos y tocarlos; manoseaba los pinceles, preguntaba para qué habia de servir cada una de aquellas cosas, ansiando el momento de ver nacer la semejanza de los rostros de sus hermanas en las dispuestas tablas. Ansíabalo no menos Atamante, para poder ver el original; pues sabia que aunque las dos hermanas eran hermosas, la menor llevaba á la otra todas las ventajas de la hermosura. Llamábanse Eurigone y Ericia. Ellas sabiendo tambien la llegada de los embaxadores, y el fin con que venian, suspiraban que llegase el momento para presentarse con todos los adornos que la rusticidad de aquella corte y tiempos les concedia.

Pero la naturaleza, igualmente poderosa y sabia en todos tiempos y lugares, y que no necesita de adornos ni esmeros del arte para dexarlas atrás, y para hacer resaltar y admirar sus perfecciones, llenó de sorpresa y de admiracion á Calistenes y á Atamante, quando se les presentó Eurigone, que era la mayor de las dos hermanas, acompañada de sus esclavas, para hacerse retratar en presencia del Rey Asio su hermano. Sus adornos,

aunque reales, pudieran parecer bárbaros á los ojos del griego Calistenes; pero lejos de reparar en ellos, le robaron su admiracion las acabadas facciones del fino y delicado rostro de Eurigone. Brillaban en él sus negros ojos animados de un dulce y vivo fuego, que hacia resaltar con encantador contraste la blancura de sus carnes, esmaltadas sus mexillas del roséo colorido, de que raras veces suele ser liberal la naturaleza, y que en vano se afana en remedar el arte que lo desmiente.

El supuesto Atamante la vé; y enagenado de su maravillosa belleza y gracia, la destina en su palpitante corazon por compañera de su trono y de su tálamo. Calistenes, sentado ya delante del bastidor en que tenia colocada la tabla para retratarla, se vale de la autoridad que le daba su oficio, para rogar á la hermosa Eurigone que se acercase mas, no tanto porque lo exîgiese su vista y destreza, quanto porque deseaba complacer al supuesto Atamante, que podia asi satisfacer mejor sus deseos y curiosidad. Habialo hecho sentar Calistenes á su lado con el pretexto de que le tuviese diversos pinceles de que no necesitaba. Asio estaba asentado al otro lado del pintor, anhelando que comenzase su encantador oficio. Llegó finalmente

á poner en la tabla el pincel para delinear el rostro de Eurigone, y lo executa en pocas pinceladas.

Asio, que vió formado en la tabla el mismo perfil del rostro de su hermana, cree que ya se le asemeja enteramente, y prorumpe en ademanes de admiracion y de alabanzas de Calistenes; pero este le decia que se sosegase, porque nada habia hecho todavia. Entretanto Atamante, que comenzaba á concebir en los ojos de Eurigone el amor que su hermosura encendia en su pecho, veíase tentado á cada momento de hacerle alguna demostracion, que le declarase el ardiente afecto que por ella sentia; mas sin que lo llegáse á manifestar enteramente, lo echaba bien de ver la misma Eurigone, por la propensa y afectuosa atencion con que Atamante la contemplaba. Pues aunque solo revestia su rostro de los sentimientos del corazon, estos no se escapan á la sagaz y penetrante vista del sexô: con ella suplió la naturaleza el poderio de que privó su flaqueza, para hacer mas terribles las armas de sus incentivos, haciendoles conocer vivamente los efectos que causan para precaverse de ellos, ó para rendirse, segun es la pasion ó el interes, ó las otras miras que lo animan.

Tenia Eurigone en aquellas circunstancias sobrados motivos para que estuviesen muy alerta todas sus lisonjas y esperanzas. Iba á decidirse si habia de quedar arrinconada en aquel palacio baxo el dominio de su impetuoso hermano, ó bien ir á reynar en el Chersoneso, ó lo que tal vez no era menos, en el corazon y tálamo de un joven principe. Estos temores y deseos tenian á su alma en ardiente agitacion, y aparecíansele en sus ojos, aunque contenidos por su sagaz disimulo. Arrebatábalos la linda presencia de Atamante, y la confiada propension que él manifestaba á su hermosura.

Calistenes, á quien el empeño y la viva situacion del animado rostro de Eurigone, le avivan la fantasía, y encendian sus pinceles para retratar, no solo la imagen material, sino tambien los expresados sentimientos y gracias con que Eurigone revestia su rostro, reparó que ella atendia mas al joven Atamante que al pintor que la retrataba; y en aquella afectuosa postura la acabó de bosquejar tan al vivo, que Asio, no pudiendose contener en el enagenamiento que le causó su admiracion, abrazó á Calistenes, autor de aquel prodigio que tal á sus ojos parecia.

Esta familiaridad que usó Asio con Ca-

listenes, asi como hizo interrumpir su serio trabajo, asi tambien dió ocasion al joven Atamante, para que atreviendose á romper el freno de la sujecion y del respeto, con que la presencia del Rey Asio tenia atada su pasion, hiciese un afectuoso ademan á Eurigone con el rostro y con la mano, con el qual quiso darle á entender que él era el principe y el amante, para quien debia servir el retrato y el original. Aunque Eurigone no lo comprendió enteramente, tuvo su perspicaz amor sobradas prendas con aquella demostracion, para lisonjearse de que por lo menos seria preferida á su hermana Ericia, pues el que se la hacia era el embaxador encargado de la eleccion, que podia interpretra la voluntad del principe que lo enviaba.

Tuvo bastante con esto su exâltada fantasía para encontrar mil razones con que fomentar sus avivadas esperanzas, y el contento que le dió aquella demostracion, y que llevó consigo luego que el Rey le mandó que se retiráse, despues que oyó decir á Calistanes, que nada mas podia hacer por entonces, pero que para perficionar el retrato convendria que Eurigone se dexase ver otra vez. Con esto hubo de ceder el lugar á su hermana Ericia, cuya memoria turbó no po-

co las concebidas esperanzas de Eurigone, con los recelos que le nacieron de que Ericia pudiese serla preferida ; y la demostracion de Atamante , que no habia visto á Ericia , no podia sosegar estos sus temores.

Tomaron de aqui su origen los enfurecidos celos de Eurigone , que llegaron á perder infelizmente al inconsiderado Atamante, y á la desdichada Ericia , dignos entrambos de suerte mas venturosa. Aquel por su excelente corazon y por los humanos sentimientos , en que se asemejaba á su padre Antenor , y que prometian en él un adorable soberano ; Ericia por su marabillosa hermosura , y por la inocencia , bondad , y suavidad de su genio : prendas que dexó ver á primer vista , quando compareció en la real estancia semejante á la Aurora , revestida de su mas suave resplandor , con que llega á ofuscar la brillantez del lucero que la precedia.

La viva sorpresa que causó su vista al joven Atamante cubrió su corazon de arrepentimiento , por la demostracion que acababa de hacer á Eurigone antes de haber visto á Ericia , que tan grandes ventajas le llevaba , asi en la perfeccion de sus facciones y morvidez del rostro y colorido , como en las gracias y lindeza de su presencia y talle. La

impresion que hizo la vista de Ericia en el pecho de Atamante fué tan grande, que casi estuvo á punto de descubrirse á Asio para pedirsela por esposa antes que Calistenes comenzase á retratarla. No hizo menor impresion la misma en la fantasia y destreza del pintor, que acabó y perficionó su retrato en poco tiempo, sin que Atamante lo echase de ver; tan enagenado lo tenia la presencia del original. Distráxolo de su enagenamiento la pregunta que le hizo Calistenes, de si le faltaba alguna particularidad al retrato.

Atamante vuelto entonces en sí, fué cotejando las facciones y contornos de la pintura con el rostro de Ericia. Esta, poniendo sus ojos en Atamante, como esperando su juicio y decision, vió el ademan expresivo que este le hizo para que conociese que era él el Principe Pedeo, acompañando su afectuosa demostracion con las palabras de que se sirvió para dar la respuesta á Calistenes, á quien dixo: no veo que falte cosa alguna ni al retrato ni al original. Tienen toda la perfeccion de la hermosura: si mal no conozco al Principe Pedeo, Ericia será la preferida, y al proferir el nombre del Principe se señaló á sí mismo con la mano, mirando-

la con tanto ardor, que el gozo y contento que infundió con aquella expresion en el ánimo de Ericia, engendraron luego la fuerte correspondencia de amor que los perdió.

Quiso tambien Calistenes que juzgase el Rey Asio si faltaba algo al retrato; Asio se pone á mirarlo y contemplarlo; y arrebatado de la verdad y semejanza que saltaba de la tabla iba á besarlo. Hubieralo hecho, si Calistenes, notando su movimiento, no le advirtiera inmediatamente que estaban todavia frescos los colores. Deseó Asio que la misma Ericia participáse de la admiracion y complacencia que él probaba, y la llamó para que se viese retratada tan al vivo en la tabla. Ella, encendida de modesto rubor, y del gozo de acercarse al joven Atamante, que habia ya empeñado su afecto mucho mas que la pintura su admiracion, no supo prorumpir en demostraciones y alabanzas de su retrato, como Asio lo esperaba. Fueron por lo mismo muy diferentes los afectos y sentimientos que ella llevó á su retiro, que los de su hermana Eurigone. Esta, á pesar de sus lisonjas y esperanzas, sentia la importunidad de los recelos y temores de que Ericia le fuese preferida. Ericia tenia mas seguras prendas de confianza, no solo por la ventaja

de su hermosura, sino tambien por la mayor demostracion de afecto que le hizo Atamante, confirmada con la expresion de palabra, lo que no hizo con Eurigone.

Asio sobremanera prendado de la maravillosa habilidad de Calistenes, quiso tenerlo á su mesa, y honrar su talento con aquella nueva demostracion. Usó de la misma con Atamante, para ganarse mas su afecto; pues manifestaba llevar mayor autoridad que Calistenes en aquella embaxada, y que en cierto modo dependia de él la eleccion de la esposa para el Principe. Y como manifestó el mismo Atamante mayor propension á Ericia que á Eurigone, á fin de tener nueva prenda de él de la preferencia que mostraba dar á la Princesa, comenzó Asio á encarecer su hermosura, sus excelentes calidades y la fortuna del Principe Pedeo en lograr tan cabal esposa.

No necesitaba Atamante de tantos estimulos para declarar su pasion mas de lo que debiera, pues se explicó en tales terminos, que Asio llegó á sospechar si era verdaderamente al mismo Principe. No se atrevió sin embargo á llevar adelante su curiosidad, no habiendose declarado del todo el mismo Atamante. Ocurrióle á mas de esto á Asio que

podria salir de sus dudas, luego que llegase el refugiado Terómenes, á quien esperaba de dia en dia, de vuelta del Chersoneso, á donde habia ido para concertar con los otros conjurados el tiempo y modo de la proclamacion de Mestes, segun la promesa que le hizo el Rey Asio.

Mas este se enfrió enteramente en esta causa, con el motivo de la embaxada de Antenor, resolviendo desde luego desamparar á los rebeldes y su conjuracion. Atendió á su interes y á ver colocada una de sus hermanas en el trono del Chersoneso, antes que á Mestes, muchacho todavia y desconocido. Esta era su firme voluntad antes que Atamante suscitase en su pecho la duda si seria el mismo Principe Pedeo. Mudó luego de determinacion despues de la suscitada sospecha; porque si de hecho era el Principe, se inclinaba á prenderlo y á matarlo para apoderarse mas facilmente del Chersoneso, haciendo tambien prender y matar á Terómenes, trujaman de la conjuracion. Muerto este, era su designio enviar algunos emisarios á la isla, donde Mestes estaba escondido, paraque se lo traxesen; pues podia servirse de él para llevar adelante la rebelion contra Antenor; y en caso que le saliese bien, matar

tambien á Mestes para quedar dueño del Chersoneso.

Tales eran las crueles é inhumanas ideas, que hizo nacer en el animo del Rey Asio la sospecha que le infundió Atamante. Para mas disimularlas, usaba de las mayores demostraciones de afecto con él, hasta darle de beber en su mismo vaso. Entretanto ansiaba que llegase Terómenes, para que lo certificase de la verdad, y le diese ocasion de aspirar á tan poca costa á la posesion de un reyno ya floreciente. Se lisonjeaba que muerto el Principe Pedeo, le seria facil echar del Chersoneso á Antenor, atendido el general descontento y aversion, que, segun le habia pintado Terómenes, profesaban los vasallos á su Rey intruso y forastero; de modo, que si se dexaba ver con su exército á la raya del Chersoneso, todos acudirian á sus banderas.

La otra ventaja que Asio esperaba sacar de esta cruel determinacion, era el quedarse con Calistenes de cuya maravillosa habilidad estaba enamorado sobremanera. Hablando de ella el primer dia que lo tuvo á su mesa, le preguntó donde la habia aprendido, y como era que siendo griego habia ido á establecerse en el Chersoneso. Calistenes queriendo satisfacer los deseos de Asio, le dixo

asi: aunque la historia de mi vida no merece que se haga de ella mencion, no obstante para satisfacer á vuestros manifestados deseos, no os ocultaré ninguna particularidad, especialmente de las que pueden servir para daros una idea del estado en que se halla hoy dia la pintura en la Grecia.

Sabed pues, que nací en Daulia. Mi padre Yfito capitaneó al sitio de Troya á los Focenses, en la segunda expedicion que hicieron los Griegos á aquel sitio memorable. Quiso mi padre que fuese yo á Troya con él; opusose mi madre Picre, é hizo todo lo posible paraque no fuese: por quanto habiendo ido a Delfos á consultar al oráculo de Apolo, este le respondió que pereceria yo en Troya si iba á ella. No siendo esta razon bastante para disuadir á mi padre que despreciaba el oráculo, mi madre Picre mucho mas temerosa por lo mismo, me envió secretamente fuera de Daulia, á una villa llamada Mione, encomendandome á una hermana suya paraque me tuviese escondido. Haciaseme muy pesado su mal genio, y como se me proporcionase hablar un dia con otro mozo travieso, propusome este si queria ir á Atenas con él, y lo executo.

Faltandome alli el dinero que saqué de

casa de mi tia en Mione, no sabia que empleo dar á mi vida. Iba pensando sobre esto, quando me aconteció ver salir del puerto del Pireo un navio. Su vista hirió tan vivamente mi fantasia, que hallando alli mismo en el puerto un carbon, no pude dexar de dibuxarlo en la pared, aunque no tenia ninguna idea de dibuxo. Pasó casualmente entonces un pintor llamado Eveno, el qual reparando en mi grosero dibuxo, me preguntó, ¿si queria ser pintor? respondiendole yo que si; me llevó á su casa, diciendo por el camino que queria ser el autor de mi fortuna. Quiso él que le informase sobre mis padres y condicion: y tuvo á bien escribir á mi madre Picre, dandole cuenta del lugar en que me hallaba paraque me socorriese.

Hacialo ella secretamente, porque mi padre Yfito habia dexado órden de enviarme inmediatamente á Troya si comparecia en Daulia. Este fue nuevo motivo paraque yo perseverase con Eveno en el estudio de la pintura, en que hice en pocos años tales progresos, que Eveno mismo no se recataba de decir que lo aventajaba. Pero muerto este, su hijo Pterilas, que estudiaba conmigo, me despidió de su casa por la envidia que me tenia. Pusome á mas de esto pleyto paraque

le pagase todo aquel tiempo que su padre me habia tenido en su casa, añadiendo á esta pretension injusta, la de una suma exôrbitante que me pedia. Yo por no enredarme en aquel pleyto, determiné pasar á Salamina.

Alli huve de recurrir á mis pinceles para mantenerme; y queriendo darme á conocer, escogí por argumento de mi primera pintura á un loco, á quien toda la ciudad conocia, llamandolo por apodo Traeloacá. Lo pinté tan al vivo que Anfimaco, hombre rico y principal, prendado de aquella pintura me dió por ella diez talentos, á competencia de un rico mercader de Canopo, que habia venido á Salamina. Deseó entonces este llevarse una de mis pinturas, y me ofreció otros diez talentos, si pintaba á su satisfaccion una célebre meretriz de Salamina, llamada Oftalmia, que era un portento de hermosura. La copié tan á medida de los deseos del mercader Yalcoris, que á mas de los diez talentos se ofreció llevarme á Menfis si queria ir con él.

Admití de buena gana su oferta, deseoso de perficionarme en el arte de la pintura que oía celebrar mucho en el Egypto, y curioso de ver las grandes ciudades de Menfis y de Thebas, cuya fama hacia un gran eco en

mi imaginacion. Llegamos felizmente á Canopo, donde Yalcoris me hospedó en su magnifica casa pagandome generosamente algunas pinturas que me encargaba. Pero al tiempo que estabamos para pasar á Menfis, ofreciendosele á Yalcoris hacer un viage á la ciudad de Amatunta, deseó que fuese con él, paraque le pintase la célebre Venus que era alli venerada. No supe negarme á tan generoso bienhechor, y partí con él: pero la fortuna que le habia sido siempre favorable, lo desamparó entonces, haciendo dar al navio en que ibamos, contra un vaxio de la costa de Chipre, donde pocos nos salvamos. Tocóle la desventura al generoso Yalcoris de perecer con todo su tesoro.

Pudimos los naufragos salir á tierra, donde nos acogió en su cabaña un pastor, y nos encaminó á la ciudad de Pafos. Alli recogiendo algun dinero de limosna, compré con él el aparejo necesario para pintar nuestro naufragio. De esta pintura de mi desgracia, saqué suma bastante para pasar á Grecia, en un barco que estaba para zarpar, sin pensar mas ni en Menfis ni en el Egypto, sino en ponerme en salvo quanto antes de tales peligros, especialmente faltandome Yalcoris, cuya desgracia me fue sumamente sensible. Lle-

gué á la ciudad de Palene, desde donde pasé á Daulia para ver á mi madre, y saber nuevas de mi padre. Me lisonjeaba que no seria conocido despues de tanto tiempo de ausencia; y á la verdad, lo dexé de ser en demasia. Porque sabiendo que habia muerto mi madre Picre, y que mi padre Yfito habia perecido á manos de Hector en el sitio de Troya, me quise descubrir por hijo suyo, para entrar en la posesion de la herencia que me pertenecia.

Me contrastó la legitimidad de mis pretensiones Elpenor, hermano de mi padre, no solamente porque decia ser ficcion mia la de hacerme hijo de Yfito, sino tambien porque mi padre me habia desheredado, desde que partió al sitio, por no haberlo querido seguir en aquella funesta expedicion. No quedandome otro medio para subsistir que el de mi oficio, volví á Atenas para vivir á cargo de mis pinceles; mas no hallé ya quien quisiese pagar mis obras segun merecian. Atenianse solo á criticarlas quando las exponia al público para venderlas. Esto me fue indicio de que juzgaban en el toque de sus bolsas, y que la ociosidad y la pobreza, de que se resentia toda la Grecia por la guerra de Troya, les sugerian aquellos juicios ri-

diculos que hacian para hacer perder el precio á mis obras, y paraque yo rebaxase del que les ponia.

Esto me fue tambien nueva prueba de que la riqueza y la felicidad de un pueblo culto, sacan insensiblemente de la obscuridad á los talentos, y de la miseria tal vez en que los vuelven á hacer caer las públicas desgracias y desastres. Aburrido me hallaba ya otra vez de Atenas, y tentado á desampararla, quando supe, que los embaxadores de Antenor buscaban artifices para llevarlos al Chersoneso. Oido el honesto establecimiento que alli me proponian, lo admití de contado y me embarqué con ellos para Taurea, donde ví cumplido el pronostico del pintor Evano, en los honores con que el Rey Antenor se dignó premiar mi trabajo, proporcionandome á mas de esto el medio para merecer la singular honra de vuestra real aprobacion, y de las distinciones con que os dignais coronar mi fortuna. Asi dió fin Calistenes á su relacion.

Entretanto combatian los celos y el amor á las dos hermanas Eurigone y Ericia en lo interior del palacio. Porque siendo de suyo Eurigone mas advertida que Ericia, y dandole motivo para serlo mucho mas los temo-

res de que Ericia pudiese serle preferida, quiso saber de ella el modo con que la recibieron los embaxadores quando se presentó para ser retratada. Ericia no sospechando engaño en la taimada pregunta de Eurigone, le cuenta todas las demostraciones que le hizo el joven embaxador, y lo que dixo el mismo sobre su hermosura. Nada le ocultó la inocente Ericia, atendida la confianza y fraternal familiaridad con que se trataban. ¿Cómo pudiera sospechar traycion en el animo de su amada Eurigone?

Mas ésta al contrario, quanto mas la requemaban interiormente la envidia y el despecho, tanto mas lo disimulaba con las fingidas expresiones con que iba adulando la vanidad de la incauta Ericia, á fin de sacarle todo lo que pasaba entre ella y Atamante. Abrasabanla las ideas de su humillacion; de la exâltacion y fortuna de su hermana; de sus burladas esperanzas, y de las falsas demostraciones con que Atamante habia lisonjeado y solicitado su amor. Asi se dexaba llevar insensiblemente de los deseos de la venganza que comenzaba á irritar su animo; ahora aprobaba los medios que el enojo le sugeria para ello; ahora contenia sus impetus, enfriados con las sugestiones de su in-

terna presuncion, no queriendo dar entero credito á lo que Ericia de sí contaba, reputandolo tambien efecto de su vanidad lisonjeada. Reflexîonaba sobre sí misma, que si hubiese querido contar tambien á Ericia las demostraciones que habia recibido de Atamante, las haria redundar en mayor alabanza propia, y mayor envidia de Ericia. Mas que lejos de abatirse á tal puerilidad, queria al contrario ocultar á su hermana las expresiones del joven embaxador, y sus propios sentimientos hasta que pudiese certificarse de la verdad de sus sospechas, quando fuese llamada para perficionar el retrato.

No tardó á llegar este momento ansiado, y temido al mismo tiempo de la agitada Eurigone. El aviso que Asio le envió para ello, causó en su animo el tumulto de dudas y temores de que Atamante confirmase su reprobacion, atendidas las ventajas que Ericia le llevaba en hermosura. Dexabanle sin embargo alguna interior esperanza su hermosura misma, y las recibidas demostraciones de Atamante; y como no le quedaba otro tiempo para asegurarse que aquel que el retrato le proporcionaba, voló á la real estancia donde la esperaban.

Calistenes y Atamante, que en aquellas

circunstancias hacian de jueces á los rostros que uno y otro estudiaba, aunque con muy diferentes fines, no pudieron dexar de notar la gran diferencia que echaban de ver en el rostro de Eurigone, asi en el ayre y temple de su semblante, como en el colorido. El alma hace siempre asomar al rostro sus internos afectos y sentimientos, dexando en él impresos, aunque con colores imperceptibles, los toques de las pasiones que la inquietan. La magestad y semejanza del rostro eran las mismas, pero privadas de aquella viveza y de aquellos faciles asomos de la confianza, que antes en él reian; y se notaba en vez de ellos una sequedad fria y desanimada, que revestia todo su continente. Sus serias miradas, preñadas de un fuego indagador, iban á buscar entre mil dudas el juicio de Atamante, á quien temian, echandole en rostro al mismo las indiscretas demostraciones con que solicitó su afecto.

Sentia Atamante, y conocia en sí el embarazo en que lo ponia la presencia de Eurigone, y que acrecentaba su arrepentimiento, obligandolo á evitar sus miradas, como lo hacia, poniendo y deteniendo sus ojos en el retrato, que Calistenes iba retocando, para no encontrar á los de Eurigone. Crecia

en estos la fiera seriedad, al paso que la forzada distraccion de Atamante confirmaba su desengaño, ansiando la resentida Princesa que Calistenes acabase aquel ya inutil trabajo, para poder dar suelta á su desesperacion y resoluta venganza.

Libróla finalmente Calistenes de aquella penosa sujecion, acabando el retrato entre mil demostraciones de admirada complacencia que el Rey hacia viendolo tan semejante al original. En vano se esforzaba Atamante en alabarlo, y en encarecer la hermosura de Eurigone, para disimular su ya notado desvio y enagenamiento. En vano quiso Asio que ella se complaciese viendo en la tabla su viva semejanza, y Calistenes en merecer su aprobacion. La exâsperada Eurigone no atendia sino á su resentimiento y despecho, deseando que Asio la mandase partir para ausentarse de alli, y desahogar mas libremente en secreto su dolor.

Proporcionóselo la repentina partida del Rey; el qual avisado de que su amado caballo Lampo estaba para morir, lo sintió tanto, que sin atender ni al retrato, ni á los embaxadores, ni á Eurigone, los dexó alli para acudir á remediar á su moribundo caballo. Libre entonces Eurigone de la sujecion

del Rey, sin desplegar sus labios, y sin hacer demostracion alguna, ni á Calistenes, ni á Atamante, les vuelve la espalda y se va, manifestando en su mismo seco silencio y afirmados pasos el resentimiento que la animaba; y para confirmarlo, dixo solo á la esclava, con despego, que la siguiese. Dexó con esto mucho mas confusos á Atamante y á Calistenes, que quédando alli solos, trataban del modo seco y desabrido con que acababa de partir la Princesa, sin poder atinar la causa de dónde procedia aquel su manifiesto resentimiento, porque estaba bien lejos Atamante de sospechar en ella los celos que la exâsperaban.

Tratando sobre esto los sorprende la llegada de la hermosa Ericia, á quien ellos no esperaban. Fue Eurigone la causa de que ella compareciese, porque encontrandose las dos hermanas al tiempo que Eurigone salia del quarto del Rey, deseó saber Ericia si la habian acabado de retratar. Eurigone por efecto del mismo resentimiento, que no pudo reprimir enteramente, á la pregunta que Ericia le hacia, le respondió con reportado desden, id á verlo por vos misma, pues os esperan, y sereis bien recibida. La inocente Ericia toma á la letra las palabras de su her-

mana, segun eran grandes las ansias que sentia de volver á ver á Atamante, y se encamina en derechura á la real estancia, donde creía que la esperase el Rey con los embaxadores; seguiala Megape, su esclava confidente.

Pero luego que entró, viendo á los embaxadores solos sin el Rey, sin cuyo llamamiento habia entrado, se turba; iba á volver atras, quando Atamante enardecido de su inesperada vista, atropellando con todo reparo y respeto, se atreve á acercarse á ella, y le dice: divina Ericia, la suerte me proporcionó este momento, para declararos que teneis á vuestros pies al Principe Pedeo con el nombre de Atamante, que solo tomé para hacer mas acertada mi eleccion. Vuestras superiores gracias y hermosura son acreedoras al trono del Chersoneso, donde os coronará mi amor ardiente.

Turbada mucho mas Ericia con esta declaracion de Atamante, y con las afectuosas demostraciones con que la acompañaba; temerosa por otra parte que viniese el Rey y la sorprendiese alli, solicita su partida, diciendo á Atamante: no puedo manifestaros mi debido agradecimiento; conviene que parta; Megape, la esclava que me acompaña, es

mi confidente ; con ella podeis. . . . . El ruido que hicieron los guardias en la estancia inmediata , interrumpió su discurso é hizo apresurar su partida , dexando pesaroso á Atamante con aquel accidente , aunque satisfecho por otra parte de lo mucho que quiso significarle Ericia , diciendole que Megape era su confidente.

No pudieron quedar descansados los celos de Eurigone , quando vió la confianza con que Ericia se dexó engañar de lo que le dixo , tomandolo ella por cosa de hecho que la esperasen para acabar el retrato , y sabiendo Eurigone que no habia de encontrar al Rey. Entró por lo mismo en mayor curiosidad, que la obligó á enviar inmediatamente tras ella una de sus esclavas llamada Ypséa, paraque fuese á ver con disimulo lo que pasaba entre Ericia y Atamante. Ypséa , obedeció la órden de Eurigone ; y habiendo visto y oido las demostraciones y palabras de Pedeo con Ericia , fue á referirselas á su ama.

Se acaba esta de confirmar entonces en sus sospechas ; prorumpe en expresiones de rabia y de desesperacion , y jura la ruina de entrambos. Quiso con todo asegurarse mas, oyendolo de la boca de la misma Ericia. Enxuga las lágrimas que habia exprimido en

sus ojos el despecho ; compone su alterado semblante ; disimula sus sentimientos ; se reviste de traydora jovialidad , peor mil veces que el odio manifiesto , y acude á verse con Ericia , para saber de ella lo que le dixeron los embaxadores. Ericia , á quien la declaracion de Pedeo hizo mas cauta y reservada, finge que le habian mostrado su retrato , y que Atamante le hizo las mismas demostraciones que la vez primera.

Queda enfriada Eurigone de esta apariencia de ingenuidad que llevaba la falsa confesion de Ericia; y como por otra parte, la opinion que tenia de la sencillez y sinceridad del animo de su hermana , le hacia parecer verdadero lo que le decia , se despide de ella para ir á tratar de mentirosa á su esclava Ypséa , pues era embuste todo lo que le habia contado de Atamante y de Ericia. Ypséa que estuvo muy atenta á todo lo que pasó entre ellos , se confirma en lo que habia dicho, haciendo mil protestas, y asegurando de nuevo á Eurigone de la verdad , con que desmentia la confesion de la Princesa Ericia. ¿Porque de dónde habia de saber ella que aquel joven embaxador , con el nombre de Atamante , fuese el Principe Pedeo que venia á pedirla por esposa , y que la prome-

tia coronar en el trono del Chersoneso, sino se lo hubiera oido decir al mismo Atamante?

Estas convincentes razones, alteran de nuevo la opinion de Eurigone, y encienden en su animo mayor ira y deseos de venganza por la ficcion de Ericia. Ni perdonó á amenazas, ni á denuestos contra los solapados amantes, que hacian de ella tan ultrajoso menosprecio. Asi desahogaba con llanto y con improperios su irritado dolor en el seno de Ypséa, que en vano se esforzaba á consolarla, ofreciendose á ser el instrumento de su venganza, si á ella se resolvia.

El ruido que hicieron los alabarderos, y que fue causa de que Ericia se ausentase de la real estancia, fue anuncio de la llegada del Rey, que se presentó á los embaxadores fiero y dolorido por la pérdida de su amado Lampo, que acababa de morir. Calistenes para consolarlo, se ofrece á pintarle el caballo al natural, y tan al vivo como antes que muriese, paraque asi lo pudiese tener siempre delante de sus ojos. Aunque á Asio parecia esto imposible, deseó que Calistenes desempeñase su oferta. El promete traerle el caballo al dia siguiente si queria dexarselo ver antes que lo enterrasen. Quiso acompañarlo el mismo Asio para mostrarselo; y des-

pues que Calistenes imprimió la imagen en su fantasia, se despide del Rey, y se vá con Atamante á preparar lo necesario para cumplir con su promesa.

Volvió Asio á su estancia, donde llamando su atencion el retrato de Eurigone, que dexó Calistenes en el bastidor, deseó cotejarlo á solas con el original, y acabar de tener esta complacencia, que le cortaron á lo mejor los que le traxeron la noticia del moribundo caballo. A este fin envia órden á Eurigone paraque compareciese. Hallabase ella todavia en el regazo de Ypséa, donde se lamentaba de su desventura y de sus burladas esperanzas. Sorprendida del inesperado órden del Rey, no sabia si disimular su dolor, ó bien si agravarlo mas para dar ocasion al Rey su hermano de que le preguntase la causa del sentimiento que deseaba descubrirle.

Un pasagero afecto de compasion para con su hermana, la contiene acordandole los años de inocencia que habia pasado en su compañia. Mas suscitandosele de nuevo los celos, se movia á vengarse de la misma, ablandandose, ó endureciendose, segun la iban predominando los contrarios sentimientos en que fluctuaba su inconstante corazon. Resuelve finalmente aconsejarse con las circuns-

tancias del lugar y del tiempo; pues creía que el Rey la llamaba paraque Calistenes retocase su retrato; y como no queria que Atamante echase de ver su afliccion, enxuga de presto sus lágrimas, toma de prestado una fingida serenidad de fisonomia, y entra en la real estancia.

Alli viendo con admiracion al Rey solo sin los embaxadores, con el retrato en las manos, tuvo en suspenso sus afectos; pero acordandole inmediatamente el retrato su despreciada hermosura, costóle poco recobrar en un instante todos los asomos de su reprimido dolor, prorumpiendo de repente en sollozos á la presencia del Rey. Maravillado este de aquel repentino llanto, le pregunta la causa. Ella, aunque se resistia á decirla para empeñar mas al Rey á que se la preguntase de nuevo, importunada del mismo le confiesa finalmenre todo lo que pasó entre Ericia y Atamante, y el descubrimiento que este le hizo, de ser el Principe Pedeo, mientras fue á ver el caballo.

Asio, que era ya de suyo colerico, feroz y arrebatado, oyendo la relacion de Eurigone, que le confirmaba las sospechas concebidas contra Atamante, se irrita, y enfurece contra el descarado atrevimiento del mismo,

en solicitar en sus estancias el amor de una Princesa hermana suya, y contra el engaño de su embaxada, fingiendo lo que no era, y desmintiendo lo que era, á su persona. Como esto le daba ocasion para poner en execucion los crueles designios, que ya llevaba de hacer prender y matar al Principe, se determina á ponerlo por obra. Sin detenerse llama al capitan de su guardia, y le dá órden de prender inmediatamente á los embaxadores. Pero acordandose del caballo que pintaba Calistenes, y temiendo que no lo acabase si lo hacia prender, suspende el órden, y remite su execucion para quando Calistenes le traxese el caballo.

Ocurrióle á mas de esto, que en negocio de tanta monta no debia atenerse solamente al dicho de una muger resentida, sino que debia esperar la llegada de Terómenes para que este lo asegurase de la verdad. Asi podia allanar de un solo golpe todos los obstáculos de sus designios, haciendo prender y matar al Principe, y al mismo Terómenes, y enviar á la isla persona de confianza, que se apoderase de Mestes y de la madre, antes que se tuviera noticia en el Chersoneso de la prision y muerte del Principe y de Terómenes, cabeza de los conjurados.

Pareciendole este partido el mas seguro, lo abraza sin querer hacer por entonces demostracion alguna con Ericia para no dar lugar á ninguna sospecha. Antes bien para disimular su determinacion, no viendo comparecer al otro dia á Calistenes, lo envió á llamar manifestandole los impacientes deseos que tenia de ver á su Lampo retratado. Calistenes comparece finalmente con la pintura, y haciendola descubrir delante de Asio, queda este atonito y maravillado, viendo no solamente á su caballo, sino tambien á sí mismo que lo montaba; uno y otro pintados con tal gallardia y viveza de expresion, que Asio sin poderse contener de contento abraza á Calistenes, y lo declara Señor principal de su reyno, diciendole entre los repetidos abrazos que le daba, que escogiese las tierras que mas le agradasen en sus estados.

Agradeciole Calistenes su generosidad, pues hallandose dependiente de Antenor, no podia aceptar sin su aprobacion aquellos honores y recompensas que él le hacia; y á mas de esto se reconocia sobrado pagado y satisfecho con las sumas demostraciones que acababa de recibir del mismo. Esta desinteresada respuesta solo sirvió para avivar mas los deseos de Asio de retener á Calistenes, y

de robarselo en cierto modo á Antenor ; resolvió hacerlo prender tambien paraque no pudiese volver al Chersoneso , en caso que rehusase quedar de grado en su reyno, y en su mismo palacio , donde queria tenerlo, pareciendole que no habia lugar mas digno para el obrador de tales maravillas. Haciasele incomprehensible como habia podido pintar el caballo vivo despues que lo vió muerto , y con tan grande semejanza sin haberlo tenido delante de los ojos para copiarlo. Ni sabia , ni podia apartarse de aquella admirable tabla, que lo tenia encantado viendose á sí , y á su amado Lampo tan vivo y tan parecido.

Atamante que se hallaba presente , creyendo que el Rey hubiese ya apagado su curiosidad , introduxo la conversacion de los retratos , rogando á Asio le permitiese llevarselos , para poder presentarlos quanto antes al Principe Pedeo , que les habia dado prisa en aquella comision. Asio que estaba ya determinado á prenderlo , y que solo esperaba á Terómenes para executarlo , tenia prevenida la respuesta para dilatar su partida. Asi le dixo que no permitiria que se llevasen aquellos retratos , si Calistenes no le hacia otros semejantes, pues deseaba tenerlos consigo. Calistenes se ofreció inmediatamente á

satisfacer sus justos deseos; y mostrando voluntad de hacerlos alli mismo, le rogó Asio que fuese á pintarlos, donde habia pintado el caballo, y que volviese dentro de dos dias; tiempo que tenia destinado para un negocio de grande importancia.

Decialo esto Asio para dar á ellos largas, y tiempo á la llegada de Terómenes que compareció al segundo dia. Habia él apresurado su viage, porque habiendo sabido en el Chersoneso la venida de los embaxadores, y que uno de ellos era el mismo Principe Pedeo, ansiaba dar este importante aviso al Rey paraque pudiese aprovecharse de ocasion tan oportuna, para apresurar la conjuracion, haciendo matar al Principe; paraque cortadas con su vida todas las esperanzas á los que estaban apasionados por él, se echasen todos al partido de Mestes, como hijo de Tespias, y desamparasen á Antenor, que quedaria sin hijo de la sangre de Teana, á quien habia dexado moribunda en Taurea.

Todo esto dixo Terómenes luego que llegó al Rey Asio, prometiendose que este no dexaria escapar de las manos ocasion tan oportuna. Ignoraba el traydor que aunque eran tales las intenciones de Asio, las tuviese tambien de prenderlo á él mismo y de

matarlo. Aunque lo tenia ya resuelto en su ánimo quiso que antes lo certificase de si Atamante era verdaderamente el Principe Pedeo. Hizolo poner para esto en sitio, desde donde, sin ser visto de Atamante, quando este hubiese entrado, saliese él de repente á sorprenderlo y á convencerlo con su vista, fingiendo que llegaba entonces. Da entretanto sus órdenes al capitan de la guardia para que tuviese prevenida poca, pero esforzada gente, con la qual se apoderase de los embaxadores y de Terómenes, quando él le diese la señal.

Para executarlo con mayor seguridad espera la noche, y antes que esta llegase á cubrir al suelo de sus tinieblas, envia á avisar á los embaxadores, que hallandose libre de negocios, podian venir y traer los retratos con toda libertad y confianza. Atamante que habia avivado la llama de su amor con el retrato de Ericia, que tenia continuamente ante sus ojos, apresura su ida á Palacio, determinado á declararse al Rey por hijo de Antenor, y por el Principe Pedeo, para pedirle á Ericia por esposa, muy ageno de la infeliz suerte que le esperaba. Asio los recibe con las mismas demostraciones que antes; y mientras se entretiene en cotejar los retratos,

he aqui que se presenta Terómenes de repente; y despues de haber hecho reverencia al Rey, hace casi igual demostracion con Atamante, dandole su verdadero nombre de Pedeo, y llamandolo su Principe.

Pedeo, que quedó sorprendido al ver comparecer á Terómenes en aquel lugar, y yerto de que lo descubriese en presencia de Asio, vuelve inmediatamente sobre sí, y se vale del mismo descubrimiento de Terómenes para confirmarselo á Asio con intrepida grandeza, diciendo: puesto que ya no podeis dudar, generoso Asio, que soy el Principe Pedeo, y que Terómenes se me adelantó en hacer lo que yo tenia determinado antes de volver al Chersoneso, me valgo de esto mismo para pediros con mayor satisfaccion á Ericia por esposa; pues esa es la que me destina el amor por compañera en el trono del Chersoneso.

¿A Ericia? pregunta Asio, haciendo severamente el admirado. Esa se os concederá; y dando inmediatamente la señal al capitan de la guardia, salen de repente los soldados, que echandose sobre Pedeo, Calistenes y Terómenes los prenden á todos tres. Luchó en vano Pedeo para desasirse, afeando aun despues de preso, y echando en rostro á

Asio su traycion; pero Asio manifestando despreciar sus fieros, mandó que los llevasen á la carcel para hacerlos degollar. A Calistenes lo quiso tener encerrado en su palacio para obligarlo á que se quedase con él; y temiendo al mismo tiempo que los criados de Pedeo no viendolo comparecer aquella noche, sospechasen su prision, los hizo prender y matar. Executó lo mismo con los criados de Terómenes, excepto un solo esclavo Tirageta, que solia acompañarlo á la isla, en donde Mestes estaba escondido.

A este, despues de haberlo exâminado, le dá la comision de ir secretamente á la isla y de apoderarse de Mestes, y de la madre, prometiendole montes de honores si lo cumplia. Envia tambien órdenes á las ciudades, paraque inmediatamente se juntase exército, para presentarse con él en las fronteras del Chersoneso, que era la señal que tenia dada Terómenes á los conjurados paraque se declarasen, y proclamasen á Mestes por su Rey.

Entretanto ninguno sabia fuera de palacio la prision de Pedeo y de Terómenes, que, encerrados en los calabozos que habia en el mismo palacio, gemian sin saber el motivo porque Asio los hizo prender, ni el fin que

llevaba en ello. Pedeo especialmente rabioso por la traycion de Asio, lloraba su doble desventura, agravandosela mucho mas que el dolor por su libertad perdida, la memoria de Ericia, cuyo nombre hacia resonar entre sollozos en las paredes de aquel obscuro soterraneo en que se veia aherrojado sin poder esperar otro consuelo que el de la misma muerte, que acabase sus penas y su rabioso resentimiento. Creía Asio que ninguno supiese su prision, fuera de los soldados que la executaron; pero el amor que tenia en continua vela y agitacion á Ericia, desde que el Rey mandó llamar á su hermana Eurigone, se sirvió de esto mismo para descubrirle la prision de su amado Pedeo.

Porque deseando saber ella el motivo que tenia el Rey para llamar á Eurigone, mandó á su esclava Megape, que hiciese lo posible para saberlo de una de las esclavas de su hermana. Megape cohechó á una de ellas, y por su medio penetró los lloros de Eurigone delante del Rey, á quien descubrió todo lo que pasó entre ella y Atamante, mientras fue á ver el caballo. El dolor y la desesperacion, que encendió esta noticia en el pecho de la inocente Ericia, la obligaron, despues de haberse cansado de llorar su suer-

te desgraciada, á preparar el veneno para darse la muerte antes que se la hiciese dar su enfurecido hermano, por haber comparecido sin su órden en su estancia, y entretenidose con Atamante.

Mas como pasaron dos dias, despues que Eurigone hizo aquella declaracion al Rey, sin que este diese ningun paso contra ella, comenzó á lisonjearse de que Asio habria despreciado la declaracion de su hermana, y que estaria dispuesto á concedersela por esposa al Principe. Rogó no obstante á Megape que procurase saber si Atamante volvia á Palacio. No perdonaba entretanto la misma Ericia á manejo; ni á desvelos para saber su llegada, hasta sobornar á uno de los soldados del palacio para certificarse de ella. Mas como Pedeo estaba ya prevenido por la misma Ericia de que Megape era su confidente, encontró medio para hacerla saber que iba á pedirla por esposa al Rey su hermano.

Ericia, acalorada con este secreto mensage, esperaba entre mil ansias y congojas el éxîto de la venida de Pedeo tan á deshora, y envió á Megape paraque parando oido al quarto del Rey, viese si podia sacar alguna cosa. No tardó mucho á comparecer la esclava ante su afanada Princesa. La trastornada Mega-

pe, pálida, llorosa y fuera de sí, le dá la infausta noticia, que habiendo estado atenta á lo que pasaba en la estancia real, habia oido un gran alboroto, y voces de Pedeo; que despues de sosegado el tumulto, acudió á una ventana de las que daban al patio, para informarse del guardia que tenian sobornado, y que con esta ocasion habia visto llevar preso al Principe á uno de los calabozos, y que el mismo sobornado Seraxês, era uno de los soldados que lo llevaban.

Ericia al oir esto cae desfallecida sin sentidos en los brazos de su desconsolada confidente, que se deshacia en llanto sobre su amada Princesa, sin saber que remedio darle, y sin atreverse á desampararla para llamar ayuda. A sus gemidos y lamentos acude otra de sus esclavas, y entre las dos remedian á la miserable Ericia, que vuelta apenas en sí, pidió á Megape el veneno aparejado. Megape le aconseja con lagrimas á desistir de aquellos funestos intentos, y le propone que podian tentar primero el animo de Seraxês; pues asi como las habia servido en otros lances, tal vez en este no rehusaria hacer lo que se le mandase.

Lisonjeada Ericia de esta proposicion de su esclava, resuelta como estaba ya á morir,

no duda arriesgar de qualquier modo su vida para salvar á su desdichado amante, y sin replicar, encarga á Megape que vea de hacer lo posible para hablar á Seraxês, y proponerle, que le daria todas sus joyas y preseas, y que le haria dar todas las tierras y honores que desease en el Chersoneso, si daba escape al Principe encarcelado. Megape sin detenerse, abrigada de las tinieblas de la noche, baxa sola, espia el momento de llamar á Seraxês, y quando lo vió solo acude á él y le propone los deseos y ofertas de la Princesa, si cumplia lo que le pedia. Seraxês tentado de ellas, consulta consigo mismo y con su interes, lo que le traia mas á cuenta. Echando de ver que quedaba harta noche paraque pudiese ponerse en salvo el Principe, condesciende con la proposicion de Megape, y se determina á dar libertad al preso.

Megape, obtenido su consentimiento, corre á dar aviso á la Princesa; esta sin detenerse, pues la muerte no la amedrentaba, recoge todas sus joyas, y acompañada de su esclava se presenta á Seraxês para entregarselas luego que abriese la prision. Entretanto Seraxês resuelto á dar libertad al Principe, como no podia ponerlo por obra sin deshacerse del otro centinela que lo velaba en

su compañia, lo habia ya executado dandole dos puñaladas á traycion, de modo que quando llegó la Princesa Ericia, pudo satisfacer libremente sus ansias, entrando en la carcel, en donde dió parte á Pedeo de lo que pasaba, y se ofreció á seguirlo y defenderlo en la fuga.

Pedeo que solo estaba esperando su cruel muerte, al oir lo que Seraxês le decia, lo reputaba sueño; hasta que libre ya de las cadenas, fuera de sí del sumo gozo, abraza á Seraxês prometiendole todos los honores y riquezas que pudiera desear si lo sacaba salvo del palacio. Seraxês lo hace salir del calabozo, y lo presenta á Ericia, que entre mil ansias lo esperaba. Pedeo la estrecha entre sus brazos, le jura eterno amor y reconocimiento, y le promete morir antes que desampararla, despues que la exhortó con instancias ardientes á que huyese con él al Chersoneso. Ericia atemorizada de la proposicion, y mucho mas de los peligros y dificultades que se le presentarian, si huia, rehusa executarlo á pesar del amor ardiente que á ello la impelia.

Del mismo amor enardecido Pedeo, é instigado del tiempo que perdia en persuadir á su amada Princesa la fuga, arrebata con ella hácia un postigo que entretanto habia

abierto Seraxês, vengandose con esta violencia de la traycion que Asio le habia hecho. La arrebatada Ericia no atreviendose á dar voces en su desfallecida porfia, se dexó llevar al postigo, donde se despidió con llanto de Megape, que no quiso Pedeo que los siguiese por temor de ser mas facilmente descubiertos si la llevaban consigo. Envió delante á Seraxês paraque pudiese llegar quanto antes al Chersoneso, y dar aviso á su padre Antenor del peligro en que se hallaba en la dudosa fuga que emprendia.

Tomaronla él y Ericia, acosados del temor de ser descubiertos, siguiendo entre tinieblas el camino del Chersoneso por donde Pedeo habia venido. Caminaron toda aquella noche entre mil angustias y temores, hasta que las disminuyó en parte la llegada del nuevo dia, quando ya estaban bastante apartados de la ciudad, proporcionando la suerte á Ericia el mudar de trage en la casa de un labrador, donde se acogieron para tomar algun descanso, y poder continuar su viage.

A la luz del dia, descubriendo los centinelas que iban á mudar la guardia, el cadáver que yacia en un lago de su sangre, no lejos del calabozo donde estaba encerrado Pedeo, se sorprenden de aquella novedad; re-

parando luego en la puerta abierta del calabozo, entran en él, y no viendo ni al preso, ni á Seraxês que lo guardaba, comienzan á dar voces gritando traycion. Acuden los otros guardias, buscan por todas partes á Seraxês y á Pedeo; pero en vano, hasta que encontrando abierto el postigo, no dudaron de su fuga, sin que ninguno pudiese sospechar que con el Principe hubiese tambien huido la Princesa Ericia.

Apenas llega á oidos del Rey Asio la noticia de la fuga de Pedeo y de Seraxês, se abandona á todos los excesos de furor y de enojo, dando inmediatamente órden paraque los persiguiesen y matasen donde quiera que los pudiesen hallar. Manda al mismo tiempo degollar á Terómenes; y si Calistenes no hubiera tenido la fortuna de pintar el caballo, lo hiciera tambien matar segun eran violentos los impetus de su exâsperado resentimiento. Pero el caballo que tenia á la vista, fue poderoso para contener su irritado furor. Mandó sin embargo que lo guardasen á vista alli mismo, en la real estancia, donde se hallaba; y sin detenerse, hizo juntar toda la gente de á caballo que pudo, para llegar al Chersoneso antes que los que habian huido, dexando órden paraque lo siguiese la

infantería, segun fuesen llegando los cuerpos y esquadrones á la ciudad.

Toda su mira era prevenir la llegada de Pedeo al Chersoneso, en caso que escapase de las pesquisas de los muchos emisarios que envió por todos los caminos, y dexarse ver en las fronteras paraque los conjurados proclamasen á Mestes antes que supiesen la muerte de Terómenes, que procuraba tener oculta. Esto fue lo que le hizo apresurar su salida aquel mismo dia con toda la caballeria qúe pudo juntar, tomando el mismo camino que los fugitivos, ageno de dar con ellos, y solo atento y ansioso de llegar quanto antes al sitio donde mandó al esclavo de Terómenes que le llevase á Mestes, para apoderarse de él, y hacerlo servir de instrumento de la rebelion.

Entretanto Pedeo y Ericia continuaban el camino, ansiosos de llegar á poner el pie en el Chersoneso. El temor de ser prendidos hacialos ocultar varias veces en los sembrados, ó se refugiaban en las caserias que podian encontrar para tomar descanso, del qual se hallaba freqüentemente necesitada la desdichada Ericia, á quien agoviaban sobremanera los temores, las penas y trabajos de aquella fuga. Pero por priesa que se dieron

en ganar camino, vieronse precisados á detenerse por no poder pasar un riachuelo que venia crecido todavia con las anteriores lluvias. Alli los alcanzó Asio y su caballeria.

Ellos al descubrirla, temiendo que viniese en busca suya, se entregaron á todas las angustias y congojas que hicieron presa de sus asustados corazones. Ni hallaron mejor arbitrio que desviarse del camino para ir á esconderse algo mas lejos de él, entre los matorrales que criaba la corriente en la ribera, donde les pareció que era imposible que los descubriesen. ¡Ah! ¿cómo pueden los desgraciados mortales evitar la suerte funesta que les está destinada?

Quietos y agazapados estaban Pedeo y Ericia baxó un frondoso matorral, lamiendoles el agua las plantas, y esperando con ansia que pasasen la riada aquellos caballos que desde lejos habian descubierto. Hacian entre tanto mil votos á los dioses paraque los amparasen, y los dexasen llegar salvos al Chersoneso. Asio llegando al paso del rio, como lo vió tan crecido, mandó á algunos soldados que lo vadeasen, y pareciendole algo peligroso, hace ir otros á lo largo de la ribera paraque encontrasen otro paso mas vadeable. Los soldados tantean varias partes, llegando

cerca del lugar donde se habian refugiado los desgraciados Principes, á quienes desamparaba el aliento al paso que oian de cerca las pisadas de los caballos.

Ericia aconseja á Pedeo huir de aquel sitio, é iba él á condescender con sus instancias, quando ven meterse en el rio los soldados de á caballo para pasarlo; y esto obligó á uno y á otro á quedar alli sin moverse. Hubieran tal vez evitado su desgracia, si uno de los caballos habiendo llegado á la mitad de la corriente, donde el curso era rápido y profundo, no se hubiese dexado arrebatar del agua, pudiendo ganar solamente suelo cerca de donde estaban los infelices fugitivos, que estuvieron con todo quietos en el crecido peligro.

Pero viendolos el soldado, les preguntó creyendolos gente de la tierra, ¿si sabian que hubiese por alli cerca algun facil vado para el Rey? Pedeo, sacando fuerzas de flaqueza, le respondió sin saberlo, que mas arriba encontrarian el vado que deseaban. Los otros soldados, oyendo que hablaba con gente acuden alli para informarse de ella del vado que deseaban. Uno de ellos reparando en el hermoso rostro y lindas facciones de Ericia, le ocurre si seria muger, aunque llevaba ves-

tido de hombre. La curiosidad excita su luxuria en aquel lugar solitario, y resuelve reconocerla; pero Ericia, impelida del temor, huye, siguiendola Pedeo. Los gemidos y voces que daba Ericia confirma en sus sospechas al atrevido, y se empeña por lo mismo en alcanzarla. Consiguelo facilmente, acudiendo los otros soldados para ver lo que era.

Estaban ellos muy agenos de imaginarse que pudiesen ser aquellos infelices, el escapado Pedeo y Ericia, de cuya fuga nada sabian. Solo atienden á reconocer aquella graciosa muger, que aunque sucia del polvo, y algo desfigurada de las angustias y trabajos del camino, conservaba todavia la perfeccion de sus delicadas facciones, é irritó, con su forzado descubrimiento, los deseos de violarla á los que la tenian asida para que no escapase. Atan á un arbol á Pedeo, paraque no pudiese molestarlos, y luego quieren forzar del todo á la desdichada Ericia. Viendo ella que eran vanos sus esfuerzos contra el desenfreno de aquellos brutos, y no aprovechando sus lágrimas, ni los ruegos que les hacia, paraque le quitasen antes la vida, escoge el noble pero funesto partido de declarar quien era, diciendoles con ira revestida de magestad: ¿Bárbaros, en la hija del Rey Ytolco,

en la hermana de vuestro Rey, en la Princesa Ericia, osaréis saciar vuestra luxuria?

Aunque el fuego del honor y del decoro, con que Ericia animó estas palabras, sorprendió y contuvo por un poco á los soldados, se esforzaron en arrojar de sí las dudas que ella les infundia, pues no sabian que la Princesa hubiese escapado; y asi le respondieron que la Princesa Ericia estaba bien lejos de alli, ni se iba vaga por los sembrados. Ella al contrario replicaba, que sola su funesta suerte la habia traido á aquel lugar, y los rigores de su hermana Eurigone, habiendole facilitado la fuga del palacio Seraxês. Oyendo uno de aquellos soldados que nombraba á Seraxês, á quien él conocia, contuvo á los demas diciendoles, que mirasen lo que hacian, pues Seraxês era el que habia escapado con el Principe Pedeo.

Enfrenaron estas palabras el licencioso arrojo de los soldados, que pusieron luego los ojos en el mozo á quien tenian atado al árbol, preguntando á Ericia quien era. Ella les dice ser el infeliz compañero de su fatal suerte, ofreciendoles quantos honores y riquezas deseasen, si les concedian la libertad que les pedia para ella y para aquel mozo, cuyo nombre no se atrevió á proferir. Ellos

desechan sus ofertas, y la amenazan de nuevo de quererla violar sino les decia quien era. Pedeo se resuelve entonces á prevenir la amorosa constancia de su amada Ericia, diciendoles desde el árbol: A mí, á mí me toca daros esa respuesta, ni desmentiré mi nombre ni mi carácter. Respetad á vuestra infeliz Princesa: su honor me interesa mas que mi vida; esa es la hermana de vuestro Rey, y yo soy el Principe Pedeo.

Arrojó entonces Ericia un triste y doloroso suspiro prorumpiendo luego en llanto y en lamentos. Los soldados, sorprendidos todos al oir que el mozo se declaraba por el Principe Pedeo, acuden á él para certificarse mejor, al tiempo que llegaban otros soldados enviados por Asio. Informados estos de aquella novedad, no pudiendo ya dudar de la confesion de los mismos presos, determinan presentarlos al Rey, adelantandose algunos para darle la noticia. Recibela el feroz Asio con gozosa admiracion, mezclada con indignacion y enojo, no pudiendo comprehender, cómo pudo escapar su hermana Ericia con Pedeo, pues se ignoraba todavia su fuga quando salió de la ciudad.

Disipó todas sus dudas la vista de los presos, reconociendo luego á uno y á otro

con ojos preñados de enojo, de fiereza y de venganza. La infeliz Ericia atemorizada de la fiera presencia del Rey, postróse de rodillas implorando su piedad para ella y para el desdichado Principe su esposo. Pedeo, lejos de abatirse á suplica ninguna, miraba al contrario con fiero, pero magestuoso silencio al que vibraba contra él las rencorosas dudas, no de perdonarlo, sino de qué muerte lo haria morir. Todos los soldados atonitos de aquel caso, y llenos de temerosa suspension por el silencio terrible del Rey, comenzaron á interesarse en sus animos por las vidas de aquellos desdichados Principes, pero sabian quan feroz é inexôrable era su Soberano.

Iba el mismo á pronunciar la sentencia de su muerte; mas acordandose de Seraxês, de quien le interesaba saber el paradero, se lo pregunta á Pedeo con indignacion. Pedeo, á pesar de la funesta suerte que lo amenazaba, revistiendose de magestad, le responde: Te lo diré luego que tu me informes porqué motivo has violado con mi prision todos los derechos de las gentes y de la justicia. Exâsperado Asio con esta respuesta sin poder contener su provocado furor, dice á los soldados: matad á esos traydores. Ellos obede-

ciendo al enojo del Rey ensangrientan sus desenvaynados aceros en los cuerpos de aquellos desdichados Principes, que en el ultimo enagenamiento de su amor aciago se abrazaron para recibir las heridas repetidas, que abrieron diversas salidas á su real sangre, y vida; desprendiendose solo de sus estrechos abrazos despues que sus almas desampararon sus hermosos cuerpos. Cayeron estos en el suelo semejantes á dos tiernas plantas, que separadas de sus unidos troncos, á los repetidos golpes de la segur, postran sus frondosas copas en el suelo, en que pierden toda su hermosa lozania.

Sus muertes no apagaron el furor del Rey, que mandó echar al rio sus cadáveres; y hecho esto, prosiguió su camino pasando un ancho vado que encontraron los soldados. Dexó algunos de ellos paraque formasen puente con troncos de árboles, á fin de que no se detuviese la infanteria que le seguia; porque deseaba juntar quanto antes, á lo menos apariencia de exército, en las fronteras del Chersoneso para poder mover á los rebeldes, y animarlos á la proclamacion de Mestes.

Entretanto Seraxês, sirviendose del dinero y de las joyas que le habia entregado Ericia, pudo encontrar caballos y apresurar su

llegada al Chersoneso y á Taurea, donde dió parte á Antenor de la huida de Pedeo, despues que lo sacó él mismo de la carcel en que Asio lo habia puesto. Este tristisimo é inesperado mensage causó á Antenor mil congojas y angustias mortales por la desgracia de su amado Pedeo, teniendolo el grave y profundo sentimiento en funesta incertidumbre sobre lo que debia hacer en aquel caso. El amor le sugirió enviar luego toda la gente armada que pudo paraque buscasen al fugitivo Principe, cuya muerte todavia ignoraba, mandandoles que entrasen en las tierras de Asio sin hacer daño, que publicasen el fin á que iban, y que ofreciesen honores y premios á los que protegiesen y salvasen al Principe.

Pero desgraciadamente el gefe que dió Antenor á toda aquella gente que enviaba, era uno de los conjurados, que se entendia con Terómenes, hombre sagaz y taimado, que supo encubrir su mala intencion para con Antenor, mientras este lo colmaba de honores, y lo honraba con su confianza. Aceptó él pot lo mismo de mejor gana aquel encargo de amparar al fugitivo Principe, pues asi podia executar mas facilmente sus traidores intentos, y apresurar la con-

juracion, yendose á juntar con el Rey Asio, sin saber que este se hallaba ya en la raya del Chersoneso con parte de su exército. Desde alli habia comenzado á solicitar la rebelion, esparciendo que venia con su exército para proclamar por Rey á Mestes, hijo de Tespias.

Nada sabian los Chersonesios de este Mestes, hijo de Tespias, por quanto Terómenes juramentó sobre ello á sus confidentes; los quales luego que supieron la llegada de Asio acudieron á sus banderas, arrastrando trás sí á toda la gente que podian, asegurandola de la verdad de la exîstencia de Mestes unico pimpollo, que quedaba del ilustre tronco de los Tapsidas, á quien debian reconocer por Rey en vez de Antenor, frigio, que solo atendia á corromper sus antiguas costumbres, y á enflaquecer su valor.

Estas voces, que hacian impresion en los animos de los rudos, incitaban á la rebelion, especialmente á los que se hallaban cerca de las fronteras donde Asio podia defenderlos con su exército. La muerte de la Reyna Teana, sucedida en estas funestas circunstancias, las agravó sobremanera, y añadió nuevo y acerbisimo dolor al animo de su inconsolable marido, que todavia se hallaba suma-

mente angustiado por su querido hijo Pedeo. No tardaron á publicar los rebeldes, que Asio lo habia hecho matar, luego que supieron la muerte de la Reyna, proclamando al mismo tiempo abiertamente á Mestes por su Rey. Tan funestas noticias, llegando á los oidos de Antenor, hicieron prueba de la fortaleza de su animo, aunque lo pusieron en terminos de darse la muerte, para librarse con ella del insoportable peso de tantas desventuras, y para acompañar á su buena y amada Teana, y á su querido hijo Pedeo, muerto tan barbaramente por el cruel Asio.

Pero los dioses, que lo tenian destinado para hacer nacer de él un dichoso y duradero señorio, fortalecieron su animo, y le dieron nuevo vigor y aliento para resistir á la furiosa tempestad, que desplomando toda su saña sobre su cabeza, parecia que lo habia de aniquilar. En estas funestisimas circunstancias, aportaron las naves que habia enviado á la Frigia, cuya llegada sacudió de su corazon el profundo sentimiento en que se hallaba sumergido; especialmente quando le dixeron los embaxadores, que su hija Pasitea y Toante, hijo de Sarpedon, reynaban en la Frigia; que habian sido falsas las voces de su muerte, quando huyeron de la ciudad de

Absirte ; y que antes bien , habiendo llegado salvos con Eunomo á la Licia , juntó Toante exército , con el qual echó á Telefo de la Frigia , en donde quedaba reconocido por Rey.

Mitigó no poco su acerbo dolor esta inesperada noticia , y alivió en parte la pena que sufria , y el indeleble sentimiento por las muertes de Teana y de Pedeo , y por el levantamiento de sus vasallos. La misma noticia hizole cobrar nuevo esfuerzo y animosidad para hacer frente al Rey Asio , y contener á los rebeldes mandando juntar luego exército á este fin ; pues aunque eran muchos los rebeldes , eran muchos mas los que penetrados de su adorable humanidad y beneficencia , no menos que de sus generosas miras y desvelos , estaban resueltos á exponer sus vidas y sangre , para mantenerlo en el trono en que lo habia legitimamente coronado la declaracion de Ciseo.

Mientras Antenor juntaba el exército , el Rey Asio , que solo esperaba la llegada de Mestes para penetrar en el Chersoneso , lo executó luego que le tuvo en su poder , antes que pudiesen saber los rebeldes la muerte de Terómenes , que ocultaba con pretexto de tenerlo en su reyno , donde necesitaba de él. Para amedrentar á los Chersonesios dexa-

ba Asio ensangrentado el camino que hacia con toda especie de crueldades y desafueros. Su proceder barbaro y la violada fé en las primeras ciudades que le abrieron las puertas, obligó á las demas á cerrarselas, resueltas á mantenerse por Antenor hasta el ultimo aliento. La fiereza y enojo que no podia desahogar en ellas, lo cebaba Asio en los infelices pueblos que no podian defenderse con muros, ni escapar de sus armas, á cuyo filo perecian, sin compasion de sexô, ni de edad, arrasando los campos, incendiando las aldeas, y destruyendo hasta los caminos reales, que eran uno de los monumentos de la naciente grandeza del Chersoneso, y del zelo y amor de su Rey.

Herida en lo mas vivo del sentimiento la humanidad de Antenor por estas crueldades de Asio, encaminó contra él su exército quanto antes pudo, para prevenir ulteriores males, y librar su reyno de tan barbaras hostilidades; pues la paz que pudiera proponerle, seria peor mil veces que la guerra que pudiese evitar. Ibase aumentando su exército al paso que se acercaba el enemigo; porque los Chersonesios llegaron á conocer en el peligro la diversidad que habia de Asio á Antenor, preponderando ya en los animos de

los rebeldes mismos el afecto á su Rey humano y clementisimo, luego que llegaron á saber la muerte de Terómenes y las intenciones de Asio de alzarse con el reyno, aunque publicaba quererlo conquistar para su pupilo, de quien se manifestaba tutor tan cruel.

Sin perder pues tiempo Asio en sitiar las ciudades que le negaban la entrada, se dió prisa para sorprender á Antenor antes que pudiese juntar mayor exército; porque quanto mas iba internandose Asio en el Chersoneso, tanto mas se desengañaba del descontento que Terómenes le habia encarecido, á fin de empeñarlo en proteger la rebelion. Esta al contrario se desvanecia, en vez de tomar cuerpo baxo el abrigo de sus armas, y se arraygaba mas en los animos de los vasallos el afecto y fidelidad para con su Rey Antenor, que á la segunda jornada se hallaba con otro tanto mayor numero de soldados, que los que Asio contaba en su exército.

Con ellos le hubiera sido facil desbaratar á Asio y á los rebeldes, si hubiese querido ensangrentar las armas; pero ahorró la sangre de los suyos, y la de los enemigos con su singular consejo y humanidad, luego que supo por las espias que Asio habia

tomado el camino del valle Micale, por donde era indispensable que pasase si queria internarse en la tierra. Lisonjeóse Antenor de poderlo encerrar en él, y apoderarse de todo el exército sin desenvaynar una sola espada. Para esto forma dos cuerpos de exército del que llevaba; encarga el mando del uno á Dátares paraque fuese á ocupar las gargantes del valle por donde el exército de Asio habia de salir; y él con otro cuerpo se fue á ocultar en las selvas inmediatas al otro paso por donde habia de entrar en el valle el enemigo. Envió la gente ligera paraque señorease las cimas de los dos opuestos montes que formaban aquel gran valle, con órden que estuviesen quietos, y no se dexasen ver hasta que Asio estuviese dentro del valle con su exército.

Luego que tuvo aviso por las espias que Asio se habia metido en él, saca á los suyos de la selva, y se apresura á ocupar el paso por donde habia entrado Asio en el valle, y hacer sonar todas las trompetas é instrumentos belicos, paraque la gente ligera se dexase ver en las cimas, y para dar tambien señal á Dátares de su llegada al paso; atronando con aquellos sones el valle para espantar mas al enemigo. Dátares, oida la señal de An-

tenor, hace sonar tambien por su parte todos los instrumentos militares que llevaba, cuyo eco terrible, retumbando por todo aquel valle, hacia no menos funesta y horrible impresion en los corazones de los enemigos. El incauto Asio, aturdido de ver á la frente y á la espalda las tropas de Antenor, determina tentar la salida por la parte que Dátares ocupaba.

Mientras sus primeros esquadrones se empeñaban en la subida, Dátares, que no se habia dexado ver todavia, aparece de repente sobre la cuesta, prosiguiendo los suyos en sonar los cuernos y clarines, cuyo eco seguro y victorioso, aterra los animos de los miserables Tiragetas, y de su temerario Rey, que no sabia que partido tomar para salir de aquel vasto calabozo, en que se habia encerrado él mismo. Angustiado en su desesperacion, en vano enviaba por todas partes diversos cuerpos de gente, paraque le encontrasen salida, ó paraque pudiese abrirse el paso entre los encastillados enemigos. Todos volvian cubiertos de terror y de confusion, rechazados por los fatales sones de los belicos instrumentos, de que quiso Antenor que se sirviesen solamente en vez de las armas.

Cansado Asio de lidiar con su despecho, espera la noche para tentar la salida á qual-

quier costa cubierto de las tinieblas. Antenor envió órden á Dátares, por medio de la gente ligera que tenia apostada de trecho en trecho en las laderas, paraque pasase la noche duplicando los sones, hiriendo los escudos con las armas, y paraque encendiese grandes fuegos en las cimas. Hizolos encender tambien Antenor por su parte, de modo, que todo aquel vasto valle quedaba terriblemente iluminado con las renovadas hogueras, dexando ver allá baxo el exército de Asio, como una larga sombra que se dexa distinguir entre los primeros asomos de las tinieblas de la naciente luna. No podia mover paso sin que lo notasen desde las cimas de las sierras.

Tentaron algunos esforzados esquadrones apechugar por dos veces contra la subida que Dátares defendia. Otras tantas, retraydos de las gruesas piedras que dexaban caer los Chersonesios, y de los sones mas horribles que las piedras, se vieron precisados á desistir de la imposible empresa, volviendo á confirmar á Asio en la inaccesible dificultad y en la desesperacion, que lo hacia prorumpir en mil exêcraciones, contra su suerte. Huvo finalmente de ceder á la necesidad, y rendirse al que podia dexarlo perecer de ham-

bre con todo su exército en aquella espaciosa tumba. Quiso primero esperar el dia para ver si podia encontrar salida á lo menos para su persona, entre aquellas encaramadas breñas; y experimentando finalmente que eran vanas todas sus tentativas, resuelve enviar á Sipamo, deudo suyo, á Antenor paraque en su nombre le propusiese, que rendiria las armas y las banderas, y por rescate del exército le cederia las dos provincias que confinaban con sus estados.

Antenor, oida la propuesta de Sipamo, responde, que el exército saldria libre sin rescate pero sin armas. Mas que el Rey Asio, que lo habia conducido para proteger la rebelion de sus vasallos, moviendole una guerra tan cruel y tan injusta, se debia rendir á discrecion de quien pudiera dexarlo perecer alli de rabiosa muerte. El despecho á que se entregó Asio al oir esta respuesta, fue tan fiero, que se dió dos heridas para matarse, antes que verse obligado á rendirse á discrecion de Antenor; pero contenido por Sipamo, y por sus principales Tiragetas no pudo acabar de executarlo. Debilitado sin embargo de las heridas, instigado de su deudo, y forzado finalmente de los gritos y amenazas de los soldados, se determinó á recibir todas las

condiciones que se le quisiesen imponer.

Publíca entonces Antenor el perdon y libertad para todo el exército, si depuestas todas las armas en medio de aquel valle, desfilaban sin ellas, prometiendoles salida libre y sin daño. Los soldados oido esto, comienzan á dexar sus armas amontonadas unas sobre otras segun las iban arrojando; no vió jamas la tierra mas glorioso trofeo erigido por los enemigos mismos á la humanidad. Hecho esto, subian la cuesta unos tras otros, tristes, mohinos, y vergonzosamente desairados sin armas, hasta que se entregaron en poder del exército vencedor. Para evitar los robos y daños, que podia causar toda aquella gente miserable y baldía, mandó Antenor que los atasen de ciento en ciento, dandoles escoltas paraque los alimentasen y sacasen fuera del Chersoneso.

Contaronse mas de doce mil infantes y ocho mil caballos. De estos se apoderó Antenor, como tambien de todo el bagage y tesoro del exército. Algunos de los rebeldes principales se mataron antes que caer en manos de Antenor, dexando asi de experimentar su humanidad, pues perdonó á todos los demas. A Asio y á otros principales Tiragetas los hizo prender; y tocó la misma suerte

al proclamado Mestes y á su madre. Aunque Asio deseó ver y hablar á Antenor, se negó este enteramente, pues la muerte cruel y atroz de su amado hijo Pedeo, le pedia venganza de un Rey traydor é inhumano, no menos que las barbaridades y desafueros que hizo cometer en sus estados. No quiso juzgarlo por sí mismo, sino que lo remitió al consejo de sus capitanes.

Estos, despues de haberle hecho cargo de todas sus crueldades, y de la prision y muerte del Principe Pedeo, lo condenaron á padecer una muerte semejante. En fuerza de esta sentencia, fue entregado al brazo de los soldados, que á porfia ensangrentaron en él sus espadas. A los demas Tiragetas les hizo dar libertad. Tan funesto y tan merecido fin tuvo el joven Rey Asio, probando en su muerte, que ni el poder, ni la fuerza dan derecho ni autoridad á los Reyes, para atropellar con todas las leyes de la equidad y de la justicia, de la qual solo los constituye jueces y arbitros la suerte, para que venguen sus violaciones, no paraque al antojo de sus pasiones las violen y huellen ellos mismos, pues tarde ó temprano hallan siempre no previstos defensores que vindiquen sus sagrados derechos.

Muerto Asio repartió Antenor el botin entre los soldados, y se encaminó con todo su exército á Taurea, sin permitir que ninguno lo desamparase, y llevando consigo á Mestes y á su madre. Todos creían que los haria degollar, y acrecentó esta opinion el haber hecho acampar todo el exército al rededor de Taurea, y el haber convocado á ella los cuerpos de los ciudadanos. Esperaban todos con ansia y con respetuoso temor el éxîto de aquella extraordinaria convocacion. Hizo levantar un trono delante del templo de la Paz, y estando juntos los convocados, los gefes del exército, y el pueblo, dexóse ver Antenor sobre el trono con la corona en la cabeza, y despues de tenerlos á todos pendientes y suspensos de lo que les diria, les habló asi:

Gracias doy á los dioses inmortales, porque errante y profugo de mi destruida patria, me encaminaron á Taurea, donde me sacaron debaxo del cuchillo de la cruel supersticion para colocarme en el trono de los Tapsidas. Esta fue la voluntad del Rey Ciseo: otro derecho no puedo alegar al trono, en que me veo, y en que me colocó su declaracion, mucho menos despues de la muerte de la Reyna Teana mi muger. Con ella

goberné el reyno que se me confió ; con ella me lisonjeo haber echado los cimientos á la solida gloria y grandeza del Chersoneso , valiendome solo de los medios que me sugirió el amor que os profesé , y el deseo de vuestro mayor bien.

Todo esto en vez de grangearme la correspondencia de vuestro aprecio y afecto, produxo solo quexas , murmuraciones , y finalmente la rebelion. No hay pues , paraque pretenda yo reynar á tanta costa. Ni necesitaba de la declarada conjuracion de Terómenes , para tener pruebas de vuestra enagenada voluntad. Mas como ella me acaba de manifestar vuestras intenciones sobre Mestes, creido hijo de Tespias , os convoqué paraque averiguada la verdad de su descendencia , lo coroneis por vuestro Rey , y lo respeteis en el trono de sus mayores , si asi lo deseais. Sino retendré todavia la corona en mi cabeza , hasta que me señaleis la frente á que debo trasladarla. Hubiera renunciado esta misma corona apenas llegué á Taurea, si me hubiese dexado llevar de los impulsos de mi corazon. Otra mira no tuve en mantenerla en mis sienes , que la de vuestro mismo bien , á fin de evitar los daños que se os pudieran seguir si formaseis bandos en la eleccion de nuevo Rey.

Al oir esto el pueblo, interrumpe con llanto y con voces tristes el razonamiento de Antenor, diciendo, que solo á él querian tener por Rey, que no permitirian que otro reynase en el Chersoneso. Luego pasando á los ruegos le suplicaban que no quisiese desampararlos; que la rebelion se habia desvanecido; que no le quedaban sino vasallos fieles y apasionados, que ofrecerian su sangre y vidas por la suya. Antenor despues de haber dexado desahogar al pueblo, volvió á pedirle atencion y prosiguió á decir asi:

Si solo debiera atender á vuestra presente voluntad, y á vuestros ruegos, pudiera tener el gozo y complacencia de dexarlos satisfechos, no por anhelo ambicioso, ni por codicia del Reyno, sino solo por el fin de ver crecer vuestra gloria y riqueza, á las que procuré con tanto desvelo echar el cimiento. Mas el juramento que de mí exîgisteis para reconocerme por Rey en el caso que llegase á sobrevivir á la Reyna Teana, me obliga á la abdicacion, y mucho mas que el juramento, la declarada voluntad de los dioses. Porque sabed, que antes que yo llegase al Chersoneso, como consultase al oráculo de Apolo en Elime, sobre mi venida, me dió la deidad por respuesta, que encon-

traria en Taurea el cadalso que se habia de convertir luego en trono ; pero que mi reynado no duraria largo tiempo , por quanto los dioses querian que fuese á otras tierras , para que edificase en ellas una ciudad , de cuyo seno saldria un nuevo y duradero señorio, cuya gloria aventajaria á la de Dardano , la de Asaraco y la de Ilo.

Deseando yo tener alguna certidumbre sobre el tiempo que habia de reynar en el Chersoneso , despues que ví en mí cumplida la primera profecia , quando me hallé colocado en este trono , envié á Elime embaxadores paraque en mi nombre rogasen al oráculo quisiese indicarme el tiempo que habia de durar mi reyno : solo les dió por respuesta el dios Apolo , que mis vasallos me lo indicarian. ¿ Pudo acaso verificar mas claramente al oráculo vuestra rebelion ? Fuerza es pues , que yo siga la voluntad de los dioses , á quienes debo obedecer ; y asi no solo os ruego , sino que tambien uniendo á mis ruegos la autoridad , que retengo todavia , os mando que consulteis entre vosotros mismos, á quien quereis por vuestro Rey ; luego que lo hayais determinado , me lo hareis saber para trasladar esta corona de mis sienes á las suyas.

Os aconsejo bien sí , que si averiguais

que Mestes es hijo verdadero de Tespias, lo prefirais á qualquier otro en vuestra eleccion. A este fin lo conservé, y lo libré del poder de su bárbaro tutor, que lo guardaba para quitarle la vida y el reyno. Os lo encomiendo, pues, porque creo que es justo que sea vuestro Rey, y mas conveniente para vosotros y para la Paz, que por ultimo os encargo que ameis y que respeteis, pues de ella y de su culto os vendrán todos los bienes que consolidarán vuestra felicidad, y la de vuestros hijos y familias como ardientemente lo deseo.

Mudo y atonito de admiracion y de ternura quedó todo aquel inmenso gentio, oyendo el discurso y la renuncia de su Rey, y mucho mas el que les propusiese y encomendase á Mestes, quando todos creian que lo haria degollar como á principal fomento de la rebelion. Deseaban por lo mismo que Antenor continuase en gobernar el reyno, y que declarase é Mestes por compañero suyo en el trono, como Ciseo lo habia hecho con él. A este fin le hicieron dos representaciones los cuerpos de las ciudades; mas viendo que estaba inflexîble y determinado á seguir y obedecer á los dioses, que le mandaban partir, se resolvieron á hacer lo que les habia

insinuado, y mandado con tan admirable desinteres y humanidad para con Mestes: y luego que averiguaron que era verdadero hijo de Tespias por los allegados y los esclavos, testigos de los secretos amores de Tespias con Termasia, se determinaron á elegirlo por su Rey.

Disponia entretanto Antenor su partida en las mismas naves que llegaron de la Frigia, y detuvo á este fin. En ellas hizo embarcar sus privados tesoros, y todos los Chersonesios que quisieron seguirlo. Embarcaronse tambien casi todos los Griegos establecidos en el Chersoneso, pues sin la sombra de Antenor no se atrevieron á quedarse en una tierra, que solo los toleraba por respeto y temor del Rey que los protegia. Luego que Mestes quedó declarado Rey, lo coronó Antenor en el mismo trono que habia hecho erigir delante del templo de la Paz, y en presencia de todo el pueblo al que hizo un tierno razonamiento por despedida, y otro mas breve á Mestes encomendandole la Paz. Prorumpió todo el pueblo en grandes sollozos, quando Antenor llegó á quitarse la corona de la cabeza, para ponerla en la de Mestes.

Acabada la ceremonia acompañó Antenor

al nuevo Rey al palacio, donde se despidió de él para partir esperandolo las naves. Mestes, que reconocia de él la vida y el trono, lo abrazó tiernamente, y lo colmó de dones; y no contento con esto, quiso tambien acompañarlo hasta el puerto, entre el inmenso pueblo, que no podia ver sin llanto y sin lamentos aquel espectáculo digno de su admiracion; contemplando al humano y glorioso Antenor, cortejado del Rey su sucesor, á quien él mismo acababa de coronar y entregar el trono que poseia, y que dexaba como pudiera hacerlo un forastero particular, que vista la tierra, la dexa para pasar á otra.

Mas Antenor llevaba clavada en su humanisimo corazon la ingratitud de sus antiguos vasallos, á quienes amó siempre, y por cuya gloria, cultura, riquezas y felicidad se habia interesado tanto, pues bien echaba de ver que faltando la fuerte mano que sostenia aquel glorioso edificio, este vendria al suelo, y ellos volverian á sus antiguas costumbres y harbarie, por mas que les dexaba sembradas las semillas de la cultura y grandeza, que los dioses tenian reservada para el futuro señorio que en la mar habian de establecer sus descendientes.

FIN DE LA PARTE PRIMERA.

Dolphin
6.10.26
2 vols